

RADICALITZEM *la vida*

La majoria de llibres de Virus editorial es troben sota llicències lliures i per la seva lliure descàrrega. Però els projectes autogestionaris i alternatius, com Virus editorial, necessiten un important suport econòmic. En la mesura que oferim bona part del nostre treball pel comú, creiem important crear també formes de col·laboració en la sostenibilitat del projecte. Subscriu-t'hi!!

La mayoría de libros de Virus editorial se encuentran bajo licencias libres y para su libre descarga. Pero los proyectos autogestionarios y alternativos, como Virus editorial, necesitan de un importante apoyo económico. En la medida en que ofrecemos buena parte de nuestro trabajo para lo común, creemos importante crear también formas de colaboración en la sostenibilidad del proyecto. ¡Subscríbete!



Satèl·lit
sense quota

-5%
5 compras
mínimo anual
Pack bienvenida
Punto de lectura
+ postal



Càpsida

60€
-5%
En toda la librería online
4 libros
Virus editorial
sin límite de precio
Pack bienvenida
Bolsa #RadicalitzemLaVida
+ Punto de lectura
+ postal
Descuentos
En grupos de lectura
i otras actividades



Replicant

100€
8 novedades
Virus editorial
durante un año
Pack benvinguda
Bolsa #RadicalitzemLaVida
+ Punto de lectura
+ postal
-5%
En toda la librería online
Descuentos
En grupos de lectura
i otras actividades

https://www.viruseditorial.net/es/editorial/socios

Charles Reeve

EL SOCIALISMO SALVAJE

AUTOORGANIZACIÓN Y DEMOCRACIA DIRECTA DESDE 1789 HASTA NUESTROS DÍAS

VIRUS

LICENCIA CREATIVE COMMONS
AUTORÍA - NO DERIVADOS -
NO COMERCIAL 4.0

Esta licencia permite copiar, distribuir, exhibir e interpretar este texto, siempre y cuando se cumplan las siguientes condiciones:

Autoría-atribución: deberá respetarse la autoría del texto y de su traducción. Siempre habrá de constar la autoría del texto y/o la traducción.

No comercial: no puede utilizarse este trabajo con fines comerciales.

No derivados: no se puede alterar, transformar, modificar o reconstruir este texto.

Los términos de esta licencia deberán constar de una manera clara para cualquier uso o distribución del texto. Estas condiciones solo podrán alterarse con el permiso expreso del autor o la autora.

Este libro tiene una licencia Creative Commons Attribution-NoDerivs-NonCommercial. Para consultar las condiciones de esta licencia puede visitarse: creativecommons.org/licenses/by-nd-nc/1.0/ o enviar una carta a Creative Commons, 559 Nathan Abbot Way, Stanford, California 94305, EE. UU.

© 2018 de la obra, Charles Reeve y Éditions l'Échappée
© 2020 de esta edición, Virus Editorial

Título:
Le Socialisme sauvage. Essai sur l'auto-organisation et la démocratie directe dans les luttes de 1789 à nos jours (2018)

Edición y maquetación: Virus Editorial
Corrección ortotipográfica y de estilo: Carlos Marín Hernández
Traducción del francés: Eulogio Férriz e Isabelle Dejean Xuriguera
Diseño de colección: Silvio García-Aguirre y Pilar Sánchez Molina
Diseño de cubierta: Miquel Costa Reimóndez

Primera edición en castellano: octubre de 2020

La traducción de este libro ha contado con el apoyo del CNL

ISBN: 978-84-17870-03-4
Depósito legal: B-13171-2020

Virus Editorial i Distribuïdora, SCCL
C/ Junta de Comerç, 18, baixos
08001 Barcelona
T. / Fax: 934 413 814
editorial@viruseditorial.net
www.viruseditorial.net

ÍNDICE

Introducción
Llegados a lo que empieza, o el elogio del exceso 11

La Revolución francesa (1789-1795)
Soberanía versus delegación 15

La Comuna de París (1871)
Los límites al ejercicio de «la democracia pura» 37

La Primera Internacional (1864-1877)
El principio de autoridad y la organización revolucionaria 55

Huelga general o de masas:
El sindicalismo revolucionario y el deseo de autogobierno 69

La revolución en Rusia (1905-1917)
La democracia «no falsificada» de los sóviets 87

La receta leninista:
El «control obrero» versus el «humor cambiante de la democracia obrera» 113

La Revolución alemana (1918-1921)
Un movimiento espontáneo e imprevisto 131

Rusia y Alemania, el tiempo de los balances:
El socialismo salvaje y las últimas fracturas del viejo campo socialista 163

La idea de los consejos y la sociedad futura 177

Los consejos, principios y debates 195

España 1936
Una revolución inacabada 215

Lo extraño y lo novedoso
del mes de mayo de 1968 249

Una forma apartidaria del socialismo salvaje:
La revolución portuguesa (1974-1975) 279

Donde lo nuevo solapa lo antiguo
Los nuevos movimientos 307

Del zapatismo al zadismo
Vanguardismos y autoorganización 329

Los *comunes* y sus impases 357

Conclusión
La crisis de la representación
y la intermitencia de la emancipación social 371

Bibliografía 381
Índice onomástico 397
Índice temático 401

Este texto no hubiera salido a la luz sin la ayuda y la presencia luminosa de L. B. Mis agradecimientos a todos cuantos aceptaron leer atentamente la totalidad o partes del manuscrito y que me sugirieron algunas modificaciones y correcciones. Como se suele decir, los errores, las insuficiencias y las omisiones se deben a mis propias limitaciones.

En recuerdo de la vida transcurrida fuera del tiempo del Viejo Mundo, Mayo del 68 y la Revolución portuguesa de 1974-1975.

A Serge Bricianer (1923-1997)
Francisco (Paco) Gómez (1917-2008)
Paul Mattick (1904-1981)
Y Ngô Văn (1913-2005)
Amigos que fueron un referente humano
y político en mi vida.

Y esta edición castellana, a María Fuentetaja,
amante de los libros y de la revolución,
que decidió irse de este mundo en el 2007.

Nota editorial. Como se podrá comprobar en la lectura, este libro se sustenta en una profunda base bibliográfica, de la cual en muchos casos las referencias en castellano están ya descatalogadas. Se ha hecho un minucioso esfuerzo por ofrecer referencias y paginaciones en todos los casos en los que se ha podido. Allí donde no hemos podido localizar la obra por medios analógicos o digitales, se ofrece igualmente la referencia, pero sin la paginación correspondiente.

Como novedad respecto a las ediciones francesa, alemana y portuguesa de este libro, se han añadido sendos índices onomástico y temático.

INTRODUCCIÓN
LLEGADOS A LO QUE EMPIEZA, O EL ELOGIO DEL EXCESO

Nos dicen que hoy en día el fin del mundo es más fácil de imaginar que el fin del capitalismo. Esta fórmula, firmada por un actor mediático de la escena neomarxista, es oscura y se presta a confusión.[1] Hoy parece obvio que el mundo y el capitalismo corren el peligro de un único y mismo fin. Sin embargo, la fórmula también traduce el estado de espíritu de las fuerzas políticas descompuestas y decepcionadas por la caída del bloque capitalista de Estado, y para las cuales la esperanza era indisociable del modelo estatal de la felicidad social. El eslogan de Nuit Debout de la primavera del 2016, «Otro fin del mundo es posible», es una réplica positiva a la fórmula pesimista de Slavoj Žižek. Dice que si la trayectoria del capitalismo, marcada por muchos horrores y la barbarie, puede llevarnos con toda seguridad a la catástrofe final, siempre nos queda la libertad de pensar en su subversión y de actuar en consecuencia. El fin del mundo, capitalista se entiende, no será necesariamente el fin del mundo humano.

1. La fórmula es de Slavoj Žižek.

No hemos querido realizar un trabajo de historiador sobre los diversos periodos revolucionarios del movimiento socialista, si bien la historia se sitúa obviamente en el centro de nuestra reflexión. Nos proponemos visitar de nuevo estos periodos, discutirlos a través del prisma de las concepciones heréticas del socialismo. Lo hemos hecho de una manera parcelaria, a veces sucinta, con una idea preconcebida que asumimos plenamente. Nos conciernen y nos interesan las corrientes que las historiografías oficial y oficiosa —aquellas que se colocan al lado de la normalidad de los poderes existentes o por venir— califican de «excesos de los extremos». Y que los jefes del socialismo ortodoxo calificaron muy pronto de «salvajes», ya que no las controlaban. Con esta idea preconcebida, reivindicamos unas opciones tajantes: en pro de la defensa del mandato imperativo de los *enragés* durante la Gran Revolución francesa, en pro del combate de los sóviets que intentaron conservar el poder sobre la reorganización de la producción y de la sociedad en el transcurso de la revoluciones rusas, en pro de la experiencia de autogobierno de los consejos y de los intentos de socializar la economía durante la Revolución alemana de 1918-1920, en pro de las realizaciones de las colectividades anarquistas durante la Revolución española, en pro de las prácticas de autoorganización autónomas durante la huelga general de Mayo del 68 y de la Revolución portuguesa de 1974-1975. Limitados por el espacio de este ensayo, hemos optado por dejar de lado otros momentos o periodos subversivos de la historia moderna. En particular las revueltas obreras contra los regímenes de capitalismo de Estado en Europa del Este tras el fin de la Segunda Guerra Mundial: Berlín 1953, Hungría 1956, Polonia 1956 y 1970-1971 —revueltas en el transcurso de las cuales la fuerza de autoorganización espontánea y los objetivos antiburocráticos pusieron al descubierto la violencia de esta nueva forma de explotación del trabajo y de organización social, dejando ver sus puntos flojos y dejando presagiar su desmoronamiento—.

Varias premisas forman la estructura de esta concepción que compartimos, con algunos matices y desacuerdos secundarios, con aquellas y aquellos que se reivindican de las corrientes

antiautoritarias del socialismo. Algunas certezas no son negociables, como, por ejemplo, la crítica de la delegación permanente del poder y del principio de autoridad que la acompaña irremediablemente. Son fundamentalmente incompatibles con la transformación del mundo. Sabemos, estudiando la historia, que el proceso contradictorio de subversión del capitalismo no puede sino desarrollarse en y a través de la organización asumida colectivamente, por los propios interesados, de las nuevas formas de vida, de producción y de consumo. No puede cobrar fuerza sino oponiéndose descaradamente a las separaciones de la economía, de la política y de la sociedad, que son los fundamentos de la reproducción del viejo poder.

Más allá de esas certidumbres, todo puede discutirse, cuestionarse, y esta obra solo pretende ser una contribución a esta necesaria puesta al día.

Con esa visión de conjunto que finaliza con los movimientos recientes y los debates que suscitan, queremos recordar cuánto se asemejan algunos de los movimientos sociales actuales a las corrientes del *socialismo salvaje*. Pues, con sus contradicciones y sus límites, esos movimientos se apartan de los principios y de los objetivos del socialismo de los jefes, del partido que posee el saber de la transformación. Hasta la fecha, dichos movimientos no han sido recuperados o desfigurados por las organizaciones institucionales del pasado. Simplemente les ha faltado la dinámica autónoma, permitiendo asimismo que las viejas tendencias puedan destruir las semillas de ruptura. Los balbuceos del porvenir siempre se cruzan con los últimos sobresaltos de un pasado derrotado. Pero no se pueden obviar los problemas planteados y ahí están para durar. Pues los nuevos potenciales avanzan a ciegas, con erupciones que se agotan y que vuelven a aparecer.

En resumidas cuentas, seguimos sin haber superado el antagonismo entre la democracia de la delegación permanente y el ejercicio directo de la soberanía. Como escribió Piotr Kropotkin a propósito de la Gran Revolución, la democracia directa siempre ha de pelear para *salir a la luz* en los movimientos de emancipación.

Pues tenemos la intención de seguir con el lector el hilo rojo, o rojo y negro, de la emancipación social, de la exigencia del dominio de la subversión del mundo por aquellas y aquellos que se sienten concernidos e interesados. Dicho de otra manera, queremos seguir el camino arduo y escarpado del socialismo salvaje que enlaza la Gran Revolución con Occupy Wall Street.

LA REVOLUCIÓN FRANCESA (1789-1795)
SOBERANÍA VERSUS DELEGACIÓN

El origen de las formas organizativas basadas en la representación se remonta a las sociedades precapitalistas y a los Estados de la Antigüedad. Más adelante, aparecen en las ciudades de la Edad Media europea en las que los productores —artesanos asociados en corporaciones— dirigían los asuntos públicos en las asambleas. También fue así durante la primera revolución inglesa del siglo XVII (1648-1657), en la que las organizaciones de soldados se basaban en el principio de la representatividad. No obstante, «la democracia no aparecía aquí como la forma de expresión de una concepción teórica sobre la igualdad de los derechos de todos los seres humanos»[1] y la organización política estaba dominada por unas minorías que disfrutaban del poder económico, con el resultado de que los explotados eran excluidos del proceso de representación.

1. Anton Pannekoek: «La démocratie», en: *Les conseils ouvriers*, Spartacus, París, 1982 (en castellano: *Los consejos obreros*, Deriva, Santiago de Chile, p. 272).

Corregir la democracia pura

Durante la Revolución francesa de 1789, la burguesía opuso la idea de soberanía popular —la igualdad formal de los ciudadanos— a la soberanía de derecho divino de la monarquía, constituyendo más adelante el pedestal de las teorías políticas sobre el poder representativo. El propio movimiento de la Revolución, la necesidad para la burguesía emergente de unir fuerzas con los explotados para suprimir los obstáculos feudales que impedían el desarrollo del capitalismo, traía como consecuencia inmediata el cuestionamiento del ejercicio de dicha soberanía.

> *Si contra el absolutismo [la burguesía moderna] necesitaba proclamar que todo poder emana del pueblo, no podía admitir que el pueblo pretendiera ejercerlo. Había que encontrar un paliativo.*[2]

Dicho con mayor precisión, los burgueses, cuya fuerza como clase aún era débil, «temían que las clases inferiores, a quienes aplastaban bajo la competitividad y la explotación, pudieran acabar controlando la legislación».[3] La forma acabada de ese «paliativo» se concretó en el sistema representativo de tipo parlamentario. La delegación permanente permitió mantener la idea de soberanía popular revalorizando a la vez la vieja institución parlamentaria, heredada del ocaso de el feudalismo. «El poder emanaba del pueblo; pero en la práctica, se le negaba el derecho a ejercerlo por sí mismo: tan solo se le permitía "delegarlo".»[4] Así se creyó poder resolver «uno de los grandes inconvenientes de la democracia» del que hablaba Montesquieu, representante de la nobleza liberal: la «incapacidad» del pueblo para ejercer su propia soberanía tal y como la reivindicaba la

2. Daniel Guérin: *Bourgeois et bras-nus. 1793-1795*, reedición de Libertalia, Montreuil, 2014.
3. Anton Pannekoek: *Les conseils ouvriers*, *op. cit.* (en castellano, p. 272).
4. Daniel Guérin: *Bourgeois et bras-nus*, *op.cit.*

Revolución. Las formas prácticas de dicho paliativo, a través de la delegación permanente, fueron las que estuvieron en juego en una larga y contradictoria lucha. El ejercicio del voto, limitado al principio por la renta, la pertenencia social o el sexo de los miembros del pueblo, no fue sino ampliado a la mayoría de los individuos de las clases pobres y, más adelante, a las mujeres. Asimismo, la lucha a favor del sufragio universal estuvo muy ligada al espíritu y a la acción política de los explotados. Y, con el desarrollo de las luchas de clases y del capitalismo, la combinación del sufragio universal con la delegación permanente y el sistema representativo acabaron siendo indispensables para consolidar el consenso social, legitimando así el poder político de la burguesía: «Lejos de ser un peligro o una fuente de debilidad para el capitalismo, es una de sus fuerzas».[5]

Algunos pensadores, como Rousseau, empezaron por reconocer que la delegación de la soberanía no era sino la propia negación de la soberanía y afirmaron que «la voluntad general no se representa». Al recurrir a la idea de *naturaleza humana*, más adelante acabaron por concluir que la verdadera democracia jamás existiría, ya que los hombres no son perfectos. Robespierre no se alejaba mucho de esa concepción cuando escribía:

> *La democracia es un estado en el que el pueblo soberano, guiado por leyes que son el fruto de su obra, lleva a cabo por sí mismo todo lo que está en sus manos, y por medio de delegados todo lo que no puede hacer por sí mismo.*[6]

Los jacobinos, tendencia política extrema de la nueva clase dirigente, optaron claramente por oponerse a que el pueblo ejerciera la democracia de forma directa, lo que Robespierre llamaba «democracia pura». Intentaron corregir la imperfectibilidad del sistema representativo de tipo parlamentario por la vía

5. Anton Pannekoek: *Les conseils ouvriers, op. cit.* (en castellano, p. 274).
6. Maximilien Robespierre: *Sobre los principios de moral política*. Discurso pronunciado el 18 pluvioso del año II (5 de febrero de 1794) en la Convención, trad. Joan Tafalla, bit.ly/2kkwGsa.

jurídica, estableciendo garantías y reglas destinadas a prevenir los excesos y la arbitrariedad de los representantes electos. Uno de los postulados de la doctrina de Robespierre era, precisamente, que la persona a quien se le delega la soberanía siempre tendría la tentación de ser infiel y carecería de integridad, pues el ejercicio del poder comportaba ciertos peligros:

> *El mandatario es* a priori *propenso a la infidelidad porque el ejercicio de cualquier mandato comporta una parte de ventajas personales (orgullo, fortuna o ambición), cuya adquisición o conservación deteriora, a la larga, la integridad inicial de los que mejores intenciones tienen.*[7]

Igualmente, el pueblo soberano no solo era incapaz de ejercer su poder, sino que había que protegerlo de las infidelidades de aquellos que lo representan, recurriendo a unos controles independientes sin mandato electo que estarían en condiciones de garantizar los derechos del pueblo y de protegerlo de las deficiencias de sus mandatarios. La idea no era nueva. En otras circunstancias históricas y sociales, la democracia griega de la Antigüedad se preocupó de ello, al colocar a sus *expertos* fuera del campo político y recurriendo a los esclavos. Se trataba de separar el poder de decisión (de los hombres libres) del poder de ejecución (de los esclavos).[8]

Para los jacobinos de la Gran Revolución francesa se trataba, pues, de proteger la esfera pública de los defectos y abusos del sistema de delegación permanente del poder cuyas

7. Gaston-Martin: *Les Jacobins*, Presses Universitaires de France, col. Que sais-je, 1949, p. 53.
8. Paulin Ismard: *La Démocratie contre les experts. Les esclaves publics en Grèce ancienne*, Seuil, 2015. La existencia de la esclavitud, en particular la de los *dêmosios*, esclavos públicos, fue una de las garantías de la existencia de la democracia en la Antigua Grecia. Estos ejercían de obreros, contables o controladores de la moneda, unas funciones específicas y necesarias para el funcionamiento de la ciudad. Aunque no gozaran de libertad propia, los esclavos públicos eran al fin y al cabo los «depositarios de la libertad común», ya que su existencia podía evitar que el saber específico destruyera la igualdad de los hombres libres.

imperfecciones, que le eran inherentes, reconocían. Hasta tal punto —paradoja o confesión— que incluso llegaron a proponer la protección del pueblo por «supervisores» no elegidos, no sometidos al principio democrático de la delegación del poder. Para ellos era la única forma de contrarrestar la desposesión de la soberanía producida por el propio sistema representativo. Reconocer el principio democrático de la igualdad formal desvelaba inevitablemente la desigualdad social que la fundamenta. Asimismo, conscientes del peligro que acarreaba expropiarle el ejercicio de la soberanía al pueblo insurrecto, los jacobinos se declaraban inmediatamente dispuestos a aceptar, dentro de unos ciertos límites, la acción popular como medio de presión sobre el sistema representativo. Una suerte de excepción soberana. Puede verse, en esta solución al problema, una ilustración de la representación de Piotr Kropotkin de los jacobinos como una corriente fundamentalmente oportunista, especificidad que relacionaba con su composición social. «Lejos de gobernar la Revolución, el Club de los Jacobinos no hizo más que seguirla. [...] El espíritu del Club cambiaba a cada nueva crisis.»[9] Escrupuloso a la hora de situar la acción popular en el centro de su estudio de la Gran Revolución, Kropotkin consideraba por otro lado que, tras la Revolución, la historiografía otorgó a los jacobinos una capacidad de iniciativa exagerada que no se correspondía con el papel que esa corriente había desempeñado en la sociedad.[10]

9. Piotr Kropotkin: *La Grande Révolution. 1789-1793*, Stock, París, 1909, p. 405 (en castellano: *La Gran Revolución Francesa. 1789-1793*, Libros de Anarres, Buenos Aires, 2015, p. 233).
10. El debate sobre la Revolución francesa, que hoy en día vuelve a plantearse en los medios radicales, surge de nuevo con esa misma separación. Por un lado están los neojacobinos, muy bien representados por el libro de Éric Hazan: *Une histoire de la Révolution française*, La Fabrique, París, 2014. Aunque se reivindique de un «robespierrismo crítico», Hazan infravalora la importancia de los *enragés*. Véase la crítica de Claude Guillon: «"Une histoire de la Révolution française"... pour quoi faire?», bit.ly/2WDtM2F. Varios textos se distancian de la interpretación neojacobina, como Claude Guillon: *Notre patience est à bout. 1792-1793, les écrits des Enragé(e)s*, Éditions IMHO, París, 2009 (reedición mejorada, 2017) y *Deux Enragés de la Révolution. Leclerc de Lyon et Pauline Léon*, La Digitale, 1993; y los textos de Sandra C.: *La Révolution française*

En efecto, la acción del pueblo para acceder al pleno ejercicio de su propia soberanía marcó el ritmo de la Revolución, obligando a que las dos corrientes mayoritarias y opuestas, montañeses y girondinos, se reposicionaran constantemente durante los acontecimientos. Esta acción, que se afirmó sobre todo durante los episodios violentos contra las resistencias del Antiguo Régimen, en 1792 y 1793, se vio amenazada por las secciones revolucionarias y los clubes que, por ese motivo, se distanciaban de la Convención, la asamblea representativa elegida a dos niveles. Como órganos de la vida pública, las secciones de París, que se federaban entre sí y organizaban acciones comunes a menudo ilegales respecto a la Asamblea, manifestaban un espíritu de organización espontánea. La población parisina había logrado constituir, al lado de la Asamblea Nacional, «un poder positivo que dio cuerpo a las tendencias revolucionarias».[11] Dicho poder fue la Comuna revolucionaria de París, nacida tras el 9 de agosto de 1792, y que no debe confundirse con el órgano administrativo local que existía desde 1789 y también denominado como «la comuna». Fue, por lo tanto, en el marco de los distritos (convertidos más adelante en secciones) de la primera comuna donde cobró importancia el debate —ya a partir de julio de 1789— sobre la cuestión del «mandato imperativo», que fue el término utilizado en la época para designar la «democracia directa».

La Comuna revolucionaria reivindicaba un gobierno directo del pueblo. Fue el apogeo de la insurrección durante la cual la calle mantuvo la presión sobre la realeza, hasta su abolición y la proclamación de la república. «La Comuna debe legislar y administrar por sí misma, directamente, todo cuanto sea posible; el gobierno representativo debe restringirse a un mínimum; todo lo que la Comuna puede hacer directamente debe ser decidido por ella, sin intermediario, sin delegación, o por delegados

selon Éric Hazan y *Révolution bourgeoise et luttes de classe en France, 1789-1799*, que da título al folleto publicado en el 2014 que reúne ambos textos, bit.ly/3agB9ko. El libro de Daniel Guérin, *Bourgeois et bras-nus*, *op. cit.* es también una obra de consulta de los enfoques libertarios de la Revolución.

11. Piotr Kropotkin, *La Grande Révolution*, *op. cit*. (en castellano, p. 230).

reducidos al carácter de mandatarios especiales que actúen bajo el control incesante de sus mandantes.»[12] Las indecisiones de la Asamblea y luego las de la Convención, los temores en relación con la Comuna y la radicalización de la calle reforzaron las ganas por parte de las corrientes burguesas de limitar, de corregir, hasta de reprimir la soberanía popular. A la burguesía revolucionaria le preocupó el rápido progreso de ese principio democrático directo en el seno de las clases populares que se oponía de frente a la idea jacobina de democracia representativa. Al respecto, no se puede sino estar de acuerdo con los que afirman que «la desconfianza en relación con los modos y los órganos de decisiones espontáneamente creados por el pueblo, y finalmente la represión que experimentaron» traducen sin duda alguna la naturaleza burguesa de la Revolución.[13]

Piotr Kropotkin, pese a sus escasas fuentes —las que existían a principios del siglo XX—, hizo un verdadero trabajo de historiador sobre la Revolución. Y lo hizo expresando claramente sus opciones políticas y logrando asimismo recalcar los principios del movimiento social con una visión de futuro. Afirmó que dichos principios eran los precursores de la radicalidad moderna en política. «La Gran Revolución [...] fue el manantial de todas la concepciones comunistas, anarquistas y socialistas de nuestra época.»[14]

El desplazamiento del espíritu revolucionario

Sin perderse en el desarrollo complejo de la Gran Revolución, cabe recordar aquí algunos de los hechos más importantes. Ante todo, el papel primordial que desempeñaron las

12. Sigismond Lacroix (ed.): *Actes de la Commune de Paris pendant la Révolution*, París, 1894-1914, citado en Piotr Kropotkin: *La Grande Révolution*, *op. cit.* (en castellano, p. 149).
13. Claude Guillon: *Une histoire de la Révolution française, op. cit.*
14. Piotr Kropotkin: *La Grande Révolution*, *op. cit*., p. 745 (en castellano, p. 411).

organizaciones populares, los comités y secciones. No se puede imaginar la vida política de los clubes, los enfrentamientos entre las grandes corrientes de la Revolución, sin ese fermento revolucionario, sin ese radicalismo de la calle. Un siglo más tarde, Karl Kautsky, teórico socialdemócrata, pese a no ser muy propenso a apoyar la espontaneidad creadora, reconoció que el levantamiento del pueblo y la iniciativa colectiva originaron los momentos más importantes de la Revolución.

> *Las decisiones importantes de las diversas asambleas nacionales, de la Constituyente, de la Legislativa, de la Convención, no hacían sino confirmar lo que el pueblo ya había realizado. En los enfrentamientos revolucionarios, parecía que esas asambleas recibieran directrices del pueblo y no que estas las dieran.*[15]

El espíritu y la energía revolucionaria se fueron desplazando continuamente en función del cambio de papeles adoptado por las organizaciones. Kropotkin forma parte de los que supieron poner de relieve ese movimiento propio de cualquier situación revolucionaria. En el juego de la acción política y de las contradicciones del proceso revolucionario, las organizaciones populares fueron perdiendo progresivamente su función original soberana y se transformaron en engranajes del Estado. Asimismo, el Estado centralizado consiguió que los comités y las secciones populares no ejercieran sus funciones, que eran el cimiento de la Comuna revolucionaria, sometiéndolos por tanto a la burocracia central. En la situación de guerra declarada a la Revolución desde fuera, la importancia que recobraron las tareas policiacas de control y de represión social fue

15. Karl Kautsky: *Les luttes de classe pendant la Révolution française*, trad. Jacques Hebenstreit, Demopolis, 2015 [1889] (existe una edición en castellano publicada en línea, *La lucha de clases en Francia en 1789. Los antagonismos de clase en la época de la Revolución Francesa*, Grupo Germinal, Valencia, 2018, bit.ly/2wCdQTt. Al ser una traducción de la versión francesa de 1901 de Librairie G. Jacques & C[a], París, en este caso hemos optado por la traducción directa de la versión francesa citada originalmente, más actualizada.

determinante en esa sumisión al Estado nacional. «El Estado las había devorado [las secciones]. Y su muerte fue la muerte de la Revolución»,[16] escribe Piotr Kropotkin, citando de paso a Michelet que hablaba del «aniquilamiento de la vida pública». El centro revolucionario se desplazó hacia los clubes, lo cual facilitó el aplastamiento de la Comuna. Como centro, le sucedieron las tendencias radicales de los *enragés*. El hecho de que en 1793 los jacobinos apoyaran a la Comuna revolucionaria contra los montañeses y la Convención para, un año más tarde, oponerse a ella y ejecutar a los jefes hebertistas (Chaumette y Hébert), fue una prueba más de la naturaleza politiquera, y por ende oportunista, de esa corriente de la burguesía radical.

El atolladero de la excepción soberana

Sumergida *a posteriori* en el gran debate sobre el Terror, la cuestión de la *excepción soberana* pudo fácilmente ser simplificada como un simple ejercicio de venganza popular, o como acción directa violenta. Los jacobinos querían canalizar la «venganza soberana» hacia el terror instituido, cuando las tendencias moderadas, los girondinos, identificaban con la anarquía y la barbarie cualquier ejercicio directo de soberanía. Por ende, se puede afirmar que la «venganza instituida», la creación de los tribunales revolucionarios (1793) y la promulgación de las leyes represivas fueron medidas necesarias para canalizar las acciones en las que imperaba la soberanía directa, utilizando el terror de Estado para neutralizar el exceso de soberanía popular.[17] Como decía Danton: «Seamos terribles para que el pueblo no lo sea». De igual manera se confirmaba la «incapacidad» del pueblo para ejercer su propia soberanía, fuente inevitable de excesos, e incluso de «terror».

16. Piotr Kropotkin: *La Grande Révolution*, *op. cit.*, p. 685 (en castellano, p. 381).
17. Sophie Wahnich: *La liberté ou la mort. Essai sur la Terreur et le terrorisme*, La Fabrique, 2003.

En esa cuestión también hemos de referirnos al análisis muy sensato de Karl Kautsky, quien consideró que el uso del terror por parte del pueblo fue algo más que un «arma de guerra», destinada a desanimar al enemigo interior y a movilizarlo contra el enemigo exterior. El estado de guerra había impuesto el Terror pero, a su vez, este fue un producto de la situación histórica:

> *Los acontecimientos les habían dado el poder [a los* sans-culottes*], pero no les permitían poner en pie unas instituciones que les beneficiaran. Disponían de los mecanismos del poder en la totalidad del territorio francés, pero no podían y no querían someterse voluntariamente a la miseria que hacía recaer sobre ellos el desarrollo rápido de la economía capitalista y que la guerra agravaba. Tuvieron que combatirlo con intervenciones violentas en la vida económica [...] pero sin poder acercarse a su objetivo. La explotación era como una hidra, cuantas más cabezas se cortaban más cabezas volvían a crecer. Para alcanzar su objetivo, los* sans-culottes *se veían obligados a ir más lejos.*[18]

Cuanto más luchaba el pueblo contra el Antiguo Régimen, más contribuía a reforzar el poder de los nuevos explotadores. «Las circunstancias hacían insostenible todo cuanto se oponía a la revolución capitalista.»[19] Asimismo, Kautsky sugiere que ese atolladero dificultaba el ejercicio directo de la soberanía, alejaba al pueblo de cualquier proyecto emancipador y, por el contrario, lo empujaba hacia el terror.

La *peligrosidad* del pueblo

El postulado de la *peligrosidad* del pueblo se remontaba a mucho antes de la Revolución y la filosofía ilustrada. Para los

18. Karl Kautsky: *Les Luttes de classe pendant la révolution française*, *op. cit.*, p. 90.
19. *Ibid.*, p. 91.

filósofos ingleses de las instituciones políticas de finales del siglo XVII, Thomas Hobbes y John Locke, la revuelta de los oprimidos jamás puede poner en tela de juicio la legitimidad de las instituciones políticas y del gobierno. Como mucho, se puede tolerar en situaciones de abuso de poder. El pensamiento político burgués de la Revolución francesa no rompió realmente con esa idea y siguió abordando la intervención popular de forma prudente. De la misma manera, en la imaginería del poder postermidoriano, las clases trabajadoras se convirtieron progresivamente en clases peligrosas, brazo armado de las ideas jacobinas.

Más adelante, hacia los años 1840, la idea de las «clases peligrosas» se impuso en la visión burguesa de las revueltas populares y de las revoluciones, visión que los análisis de Gustave Le Bon afinaron después.[20] La imagen del pueblo, del proletariado incipiente, debía ajustarse a la de una agrupación de criminales potenciales, incluso de desequilibrados, a la de una masa desorganizada, informe, salvaje, a la espera de un guía instruido y consciente. Hasta nuestros días, el temor a los actos insensatos y bárbaros de la *muchedumbre* es uno de los argumentos que legitima el sistema representativo que se presenta como la única forma viable, responsable, de democracia. El gobierno de los que *saben hacer bien* en lugar de los que *no pueden hacer*, retomando la idea de Robespierre y de sus amigos. La concepción jacobina de una soberanía delegada a unos dirigentes capaces de defender los intereses del pueblo en el marco del respeto al interés de la nación en su conjunto, así como la construcción de un «contrato social» desde arriba formaron el hilo de la teoría política democrática.

El triunfo del sistema representativo frente a las experiencias del ejercicio directo de la soberanía popular y el sometimiento de la *excepción soberana* experimentaron un recorrido discontinuo y tumultuoso durante la Revolución. En la historiografía dominante, algunos de los autores más famosos

20. Gustave Le Bon: *La psychologie des foules*, Félix Alcan, 1895 (en castellano: *La psicología de las masas*, trad. Emeterio Fuentes, Verbum, Madrid, 2018).

hablan, es cierto, de una tendencia «hacia la práctica de un gobierno directo y la instauración de una democracia popular»,[21] realizada de forma «espontánea y no como producto de la aplicación de un sistema *a priori*».[22] En lugar de captar que efectivamente «la democracia directa se "deduce" práctica y lógicamente de la soberanía popular»,[23] existe la tendencia a verla como una suerte de práctica política infantil (en la acepción leninista), intuitiva, carente de consistencia teórica. Una práctica que posteriormente cedería su lugar a la verdadera democracia representativa basada en una teoría política. No obstante, lo *espontáneo* se remite aquí, en palabras del propio Piotr Kropotkin, a las ideas que surgían de la experiencia y de las necesidades concretas del momento y no de una sabia elaboración.

El mandato imperativo y el ataque contra la soberanía popular

El ejercicio directo de la soberanía popular fue un proceso marcado por unos animados debates sobre la naturaleza de la delegación, sobre la selección de los ciudadanos (en función de sus ingresos y de su sexo) en la práctica de la democracia directa y, sobre todo, sobre la revocación de los diputados por aquellos que los han mandatado; la célebre cuestión del «mandato imperativo». El objetivo declarado de dicho mandato consistía en ligar los miembros elegidos a aquellos que los habían elegido. La cosa no fue tan fácil y creó unos cuantos conflictos. ¿Había, pues, que presentarse cada vez ante los representados? Varios opositores evocaron las prácticas utópicas que iban contra los principios de eficiencia del gobierno y también la

21. Albert Soboul: *La Première République. 1792-1804*, Calmann-Lévy, 1968, p. 101, citado en Claude Guillon: *Notre patience est à bout…*, *op. cit.*, p. 39.
22. Maurice Genty (1985), citado en Claude Guillon: *Notre patience est à bout…*, *op. cit.*, p. 39.
23. Claude Guillon: *Notre patience est à bout…*, *op. cit.*, p. 40.

necesidad de «impedir la anarquía». Ahora bien, si se reivindicaba el mandato imperativo era porque había funcionado en las prácticas populares antes y durante la Revolución, y no porque fuera un sueño remoto. El lado espontáneo de la Revolución se manifestó precisamente con la reapropiación de las experiencias concretas del pueblo. El combate político en pro del mandato imperativo emprendido por los *enragés* se topó, como no, con la feroz oposición de las demás grandes tendencias revolucionarias, que a menudo tuvieron que aflojar la cuerda ya que la presión popular a favor de la democracia siguió siendo fuerte.[24]

Las corrientes dominantes de la Revolución, los montañeses y los girondinos, pese a su irreductible antagonismo, se opusieron al desarrollo de las prácticas de la democracia directa. Tal fue el caso, por ejemplo, cuando los *enragés* y demás representantes de los *sans-culottes* pidieron una intervención del Estado y, sobre todo, de las organizaciones populares en el problema esencial de la subsistencia.[25] Lo que separaba a los montañeses de los girondinos era menos importante que lo que los unía, o sea, la misma oposición contra la reivindicación popular de un control de los precios, de la cual los *enragés* se habían convertido en portavoces. «No podéis —les dirá Marat— ocuparos continuamente de los asuntos del Estado, eso debe ser asunto de los representantes».[26] En cuanto a Robespierre, temía que un «exceso de democracia […] tumbara la soberanía nacional».[27]

24. Maurice Dommanget: *Les Enragés dans la Révolution française*, Spartacus, París, 1987 [1948]; y Jacques Roux: *Manifeste des Enragés*, Spartacus, París, 1948 [1793]. Véase también el texto del *enragé* J.-F. Varlet: «Projet d'un mandat spécial et impératif» (1792), reeditado en Claude Guillon: *Notre patience est à bout…*, *op. cit.*, pp. 54-65. Sobre Jacques Roux, véase Walter Markov: *Jacques Roux, le curé rouge*, Libertalia, Montreuil, 2017.
25. Opuestos al dirigismo de Estado en la economía, los girondinos votaron la pena de muerte para todos aquellos que se oponían a la libre circulación de las mercancías; la supresión de las barreras comerciales internas fue una de la primeras medidas de la Revolución. Los jacobinos también votaron la ley.
26. Marat en *L'Ami du peuple*, n.° 16, septiembre de 1789, citado en Claude Guillon: *Notre patience est à bout…*, *op. cit.*, p. 50.
27. Robespierre citado en Claude Guillon: *Notre patience est à bout…*, *op. cit.*, p. 51.

Como hemos visto, en la Revolución el enfrentamiento entre la corriente deseosa de limitar el ejercicio de la soberanía popular y la que defendía ese ejercicio se materializó en la oposición entre la Asamblea soberana y la Comuna revolucionaria, que manifestó ser una organización menos estática. En París se constituyó una comuna revolucionaria a partir de la asamblea de las secciones de los barrios. Dichas secciones, inicialmente unos órganos meramente electoralistas del tercer estado, se transformaron en movimiento revolucionario y se convirtieron en clubes de discusión abiertos. En el movimiento de la Revolución formaron una fuerza de presión sobre la Comuna, que era considerada (hasta termidor)[28] como un «poder popular» más cercano a la soberanía directa. Un poder peligroso, ya que amenaza al sistema representativo. Para no enfrentarse al problema, la Asamblea insistió en identificar la Comuna con el pasado —con la Edad Media—, atribuyéndole el peligro de hacer saltar por los aires la nación. Desde luego, la forma *comuna* que apareció en el siglo XI se remonta a la sociedad feudal y a las libertades comunales, a la defensa de los intereses del tercer estado de las ciudades. La «comuna libre medieval» era anterior a la formación del Estado de la burguesía y del propio parlamento. En la época, era la manifestación concreta de la lucha que la burguesía había emprendido, con la perspectiva de acabar con el orden feudal y sustituirlo por el suyo propio.[29] Pero durante la Revolución, la naturaleza de esa forma de organización también se había transformado. La Comuna reivindicó el principio de unidad

28. Termidor se refiere aquí al periodo entre julio de 1794 y octubre de 1795, posterior al derrocamiento de Robespierre, cuyo gobierno (apoyado por una mayoría parlamentaria de jacobinos y *cordeliers*) se caracterizó por una fuerte represión y la ejecución de numerosos opositores considerados traidores o contrarrevolucionarios. Pero el golpe de Estado y la ejecución de Robespierre no solo no acabó con eso, sino que la conocida como Reacción de Termidor abrió un periodo de nuevas ejecuciones arbitrarias y juicios y condenas sin garantías, además de dar lugar a la actuación de la *jeunesse dorée*, una especie de comandos parapoliciales que perseguían a jacobinos y otras figuras identificadas con la llamada fase del Terror. *(N. de la E.)*

29. Karl Korsch: «La Commune révolutionnaire», en *Marxisme et contre-révolution*, Seuil, 1975, p. 90.

y no se opuso al nuevo Estado centralizado. Volvería a aparecer, más radicalmente transformada, años más tarde: en 1871.

Inicialmente, las secciones —que habían sucedido a los distritos de la comuna de la administración local— elegían directamente a los representantes del consejo municipal revolucionario, llamado Comuna de París. Esos representantes estaban bajo el control del pueblo y eran revocables. Después, la centralización jacobina transformó dichas secciones en organismos del poder del Estado central. Una prueba decisiva del restablecimiento de la situación fue la prohibición, en 1793, de los clubes femeninos. Si la dualidad de poder ya no existía antes de la derrota de los jacobinos, tras termidor se normalizó el curso de la vida política, se prohibieron las sociedades populares, los lugares de debate político, más adelante las asambleas de secciones y, finalmente, se sustituyó el sufragio universal por el sufragio censitario. Vaciar de todo poder las formas de ejercicio directo de la soberanía del pueblo —los clubes, las secciones y la Comuna—, suprimir cualquier atisbo de doble poder, tal fue el balance político de la Revolución hasta termidor (julio de 1794). Balance en el que puede resumirse la victoria del sistema representativo parlamentario contra todas las tendencias opuestas a la limitación de la soberanía directa del pueblo, incluidos los más indecisos.

Cuestión social y soberanía

Los límites planteados progresivamente a la soberanía popular habían ido a la par con la degradación de las condiciones de vida de los pobres: «El problema social se presentó durante la Gran Revolución, principalmente en la forma del problema de los artículos de primera necesidad y el problema de la tierra».[30] Se impuso repentinamente en el debate político. Las tendencias más extremistas de los *sans-culottes* —los Leclerc,

30. Piotr Kropotkin: *La Grande Révolution*, *op. cit.*, p. 628 (en castellano, p. 353).

Roux, Varlet en París y Chalier y L'Ange en Lyon— y los *enragés* en general no cesaron de exhortar al pueblo para que ejerciera la soberanía. Haciéndose eco de las presiones de la calle, colocaron la democracia directa en el centro de su agitación.[31] Lo que dinamizó la Revolución y alimentó los propósitos de los *enragés* fueron pues las propias condiciones sociales de la revolución, la revuelta de los *sans-culottes* contra la brecha existente entre la igualdad de hecho y la igualdad política, la revuelta contra la cuestión de la propiedad privada, su reivindicación sobre el reparto de la riqueza y finalmente la cuestión agraria. «Lo que reclaman e imponen los pobres se convierte en el programa de los *enragés*».[32] No se pueden menospreciar las posibilidades emancipatorias de esa corriente por el hecho de ser minoritaria. En cambio, podemos estar de acuerdo con Kropotkin cuando descubrió en los *enragés* una idea del porvenir que intentaba imponerse. «Durante toda la Revolución la idea comunista trabajó para salir a la luz.»[33]

En uno de sus estudios de 1930 sobre la Revolución, Karl Korsch escribía:

> *La contradicción interna de esa revolución y, más concretamente, la de su expresión más completa, la dictadura de los jacobinos, se reduce al hecho de que apuntaba a la realización de la libertad, la igualdad y la fraternidad en la esfera política a la vez que las suprimía en la esfera económica, sin aportar más que cambios formales sobre el antiguo régimen feudal de explotación y de opresión de las masas trabajadoras, dejando que subsistiera la esencia, incluso exacerbándola.*[34]

Asimismo, las tendencias burguesas de la Revolución, los jacobinos en primer lugar, habían actuado constantemente para

31. Véase el precioso texto de Varlet: *Projet d'un mandat spécial et impératif*, 1792, citado en Claude Guillon: *Notre patience est à bout…*, *op. cit.*, pp. 54-65.
32. Claude Guillon: *Notre patience est à bout…*, *op. cit.*, p. 74.
33. Piotr Kropotkin: *La Grande Révolution*, *op. cit.*, p. 743 (en castellano, p. 11).
34. Karl Korsch: «La Commune révolutionnaire», *op. cit.*, p. 100.

disociar la cuestión social de la cuestión de la soberanía. Insistiendo en el hecho de que la igualdad política de la democracia representativa no debía confundirse con la igualdad económica y social. Es sabido que, si bien los jacobinos eran políticamente autoritarios, tendían a ser liberales cuando se trataba de proteger la propiedad privada. Robespierre la reivindicó abiertamente oponiéndose a la ley agraria, pidiendo que la riqueza y los ricos fueran tomados en consideración, e incitando, eso sí, a que los ricos respetasen a los pobres: «La igualdad de bienes es un quimera. Se trata más bien de hacer todo cuanto se pueda para honrar la pobreza y no tanto de erradicar la opulencia».[35] No obstante, Kropotkin observó que la fuerza de la idea comunista no dejó de influenciar a quienes la combatieron, incluido Robespierre: «Los alimentos necesarios al pueblo —dijo en la tribuna— son tan sagrados como la vida. Todo lo necesario para conservarla es una propiedad común de la sociedad entera. Solo el excedente puede ser considerado propiedad individual y ser cedido a la industria de los comerciantes».[36] Kropotkin llegó incluso a defender la «superioridad» de la corriente comunista de la Gran Revolución respecto a la corriente socialista de 1848. En la Gran Revolución, escribía, la corriente comunista «iba directa al grano al abordar al reparto de los productos».[37]

La pasividad, incluso la indiferencia de las clases pobres en relación con la caída del *Incorruptible* ha podido interpretarse como fruto del desvanecimiento de la ambigüedad de Robespierre y de que el pueblo había presentido haber perdido la partida. Las jornadas de pradial[38] de mayo de 1795, las insurrecciones y los disturbios de los suburbios parisinos que siempre estuvieron en el centro de la actividad revolucionaria, fueron desencadenados por la degradación de las condiciones de vida, la inflación, el paro y el hambre, y no por la

35. Robespierre, citado en Sophie Wahnich: *La liberté ou la mort*, *op. cit.*, p. 78.
36. Piotr Kropotkin: *La Grande Révolution*, *op. cit.*, p. 744 (en castellano, p. 265).
37. *Ibid.*, p. 628 (en castellano, p. 353).
38. Pradial es el tercer ciclo de primavera (comenzaría entre el 20 y el 21 de mayo) según el calendario de la Revolución francesa, que comienza en otoño. *(N. de la E.)*

solidaridad con Robespierre y sus amigos. Fue una revuelta de contenido social más que político. Y pese a que los últimos jefes jacobinos intentaron, una vez más, encabezarla para oponerse a la Convención, el pueblo ya no tenía fuerza organizada, se había agotado su poder de movilización.[39]

El agotamiento de la revolución y la vía estrecha del vanguardismo

Todas las tendencias extremistas de la Revolución batallaron precisamente a favor de la defensa de esa correlación —sin igualdad económica y social no puede ejercerse la soberanía política—. Tras los *enragés* y los hebertistas, fueron Babeuf y sus amigos quienes acusaron al gobierno revolucionario de haber «despojado» al pueblo de la soberanía. Babeuf recordaba: «Donde ya no hay derechos no hay deberes»;[40] y, apuntando al enemigo, afirmaba: «Trabaja mucho, come poco, o te quedarás sin trabajo y ya no comerás nada. He ahí la ley bárbara dictada por los capitales».[41]

Muy a menudo, la corriente babuvista ha sido presentada como una enemiga irreductible de la propiedad privada y como defensora de un comunismo distributivo. Sin embargo, su programa se inscribía en la continuidad de las propuestas que los *enragés* habían sometido, casi siempre de forma desordenada e individual, a la Convención: requisa y tasación de los productos básicos, lucha contra los acaparadores, nacionalización del comercio, terror contra las clases del Antiguo Régimen, ejercicio pleno de la soberanía y de la democracia directa y derechos de las mujeres. Los babuvistas aparecieron en el escenario de la Revolución tras la represión de los extremistas por parte de los jacobinos y después de termidor. Se habían organizado como corriente independiente

39. Haïm Burstin: «Échos faubouriens des journées de Prairial», *Annales historiques de la Révolution française*, vol. 304, n.º 1, 1996.
40. Babeuf: *Textes choisis*, Éditions sociales, 1965, p. 132.
41. *Ibid.*, p. 190.

y cerrada, clandestina incluso. Una vez más echaremos mano de Piotr Kropotkin por su visión de conjunto de las concepciones políticas del babuvismo en el movimiento de la Revolución. Babeuf tiene una concepción del comunismo muy «estrecha», que tomó cuerpo cuando la reacción termidoriana acabó con el movimiento ascendente de la Gran Revolución.

> *La idea de llegar al comunismo por la conspiración, por medio de una sociedad secreta que se apoderase del poder [...] fue un producto del agotamiento, no un efecto de la savia ascendente de 1789 a 1793.*[42]

Sus concepciones sobre los medios de acción «empequeñecían la idea. En aquella época se comprendía que un movimiento hacia el comunismo era el único medio para asegurar las conquistas de la democracia».[43]

En efecto, había en el proyecto político de los Iguales una contradicción más importante, heredada de los límites de la época. Si por una parte denunciaban claramente la mentira del sistema representativo parlamentario y afirmaban que sin igualdad económica la igualdad formal era una patraña, por otra los babuvistas pretendían ser una élite dirigente capaz de imponer, desde arriba hacia abajo, una nueva forma de representación (basada en las secciones y los clubes, en las asambleas populares que llamaban «asambleas de la soberanía») «por el bien del pueblo». La nueva organización propuesta se basaba en el abandono de las reivindicaciones de soberanía y de democracia directa, debía ser el fruto de la conspiración de una minoría consciente —expresión de una forma extrema de dirigismo— y eran los jefes de la insurrección quienes debían garantizar el respeto de la soberanía.

> *Tras haber sentado las bases de la economía social, destinada a mantener la igualdad, el comité de la insurrección pensaba arreglar las cosas de tal forma*

42. Piotr Kropotkin: *La Grande Révolution*, *op. cit.*, p. 630 (en castellano, p. 354).
43. *Ibid.*, p. 633 (en castellano, p. 355).

que la soberanía del pueblo no fuera violada jamás, esto es, que no se le pudiera imponer ninguna obligación al pueblo sin su consentimiento real, que este pudiera emitir su voluntad y que en sus deliberaciones gozara de toda la madurez deseada.[44]

Se trataba pues de un proyecto que reivindicaba la dictadura revolucionaria provisional para ampliar la soberanía popular y edificar «la verdadera democracia» de la futura sociedad comunista —construcción contradictoria que presagiaba otros modelos totalitarios venideros—. Para los babuvistas, la democracia directa estaba, no cabe duda, directamente ligada a la instauración de la igualdad económica; ambas, sin embargo, dependían de la acción conspiradora de una élite revolucionaria decidida. El conjunto del pensamiento socialista jacobino posterior a la Revolución incorporó su proyecto sin dificultad y hemos podido constatar una filiación directa entre las concepciones de Babeuf y Buonarroti y las de Blanqui, Barbès y más adelante las de la propia Internacional.[45] Esa concepción dirigista aparecerá de nuevo, modificada en la forma pero no en su esencia, en la teoría del Estado de la socialdemocracia y después en la de la socialdemocracia radical, los bolcheviques. Para esas corrientes, los órganos de base de los movimientos sociales, consejos o sóviets, no eran sino una «excepción soberana», una fuerza susceptible de ser instrumentalizada por el partido de los que saben hacer las cosas bien, en la perspectiva de tomar y de transformar el aparato de Estado necesario a la construcción del socialismo.

En resumidas cuentas, en su esencia era un programa jacobino vanguardista, el cual, como señalaba Karl Korsch en 1929, consistía en «acoplar la Constitución de 1793 y las reivindicaciones económicas y sociales de la clase obrera». Según dicha concepción, que prevaleció en el desarrollo ulterior del

44. Filippo Buonarroti: *Conspiration pour l'égalité dite de Babeuf*, Éditions sociales, 1957 [1828], p. 190.
45. Piotr Kropotkin: *La Grande Révolution*, *op. cit.*

movimiento socialista, el comunismo presupone, en el plano socioeconómico, la instauración previa de la «democracia radical» de origen jacobino, el Estado revolucionario.[46] El organismo que dirige la insurrección debe asemejarse al partido de vanguardia y el Estado revolucionario ha de ser unitario y centralizado, antifederalista.

46. Karl Korsch: «Fédéralisme, centralisme, marxisme» (1930), en: *Marxisme et contre-révolution*, *op. cit.*, pp. 101 y ss.

LA COMUNA DE PARÍS (1871)
LOS LÍMITES AL EJERCICIO DE «LA DEMOCRACIA PURA»

Los fallos de la oposición centralismo / federalismo

El antagonismo entre la idea centralista y la idea federalista en la organización política y social fue anterior a la Revolución francesa y a la concepción jacobina. El centralismo autoritario también había sido una corriente de la aristocracia en su lucha contra las fuerzas del feudalismo. Y, desde la Revolución francesa hasta principios del siglo XX, el modelo jacobino de acción política centralizada se impuso en la política burguesa y dio forma, de manera más o menos destacada, a las corrientes del socialismo, a algunos utopistas y luego a las corrientes marxistas. El Estado centralizado y el rechazo de la idea federalista fueron asociados al sistema representativo parlamentario, a la delegación permanente de la soberanía. La delegación de la soberanía opuesta a la democracia directa, el papel del Estado opuesto al autogobierno, el centralismo opuesto al federalismo fueron los temas centrales en los debates del movimiento socialista.

La aportación de Proudhon, sus concepciones descentralizadas de la economía y de la organización política, eran contrarias

a las concepciones centralizadoras del jacobinismo. Él denunciaba el «contrato social» impuesto por el Estado centralizador, oponiéndole una idea federalista de la organización social. A menudo, las corrientes jacobinas identificaron su federalismo con una vuelta al pasado —lectura simplista y errónea, pues a través de esta idea también aparecía la denuncia de una nueva forma de explotación—. Bajo el antagonismo del unitarismo y del federalismo, pensadores como Proudhon y Edgar Quinet

> *…descubrían que, luchando para aniquilar una antigua servidumbre e instaurar una nueva libertad, la Revolución había engendrado al mismo tiempo, con la fuerza implacable de una necesidad histórica, una nueva forma de servidumbre.*[1]

El desacuerdo entre Marx y Proudhon se focalizó, sobre todo, en las concepciones económicas. Las posiciones políticas del filósofo francés posteriores a la Revolución de 1848, a la vez que las ambigüedades de sus seguidores a propósito del Gobierno de Napoleón III, acentuaron su antagonismo. Dicho esto, durante sus años de actividad en Alemania —y también en 1848 y a partir de 1864 en el seno de la Internacional— Marx le dio escasa importancia al debate centralismo/federalismo. Para Proudhon, la concepción de la organización política descentralizada y su idea de federalismo se desprendían de sus concepciones económicas, de su reivindicación de la sociedad como asociación de productores privados. Marx compartió con él el «asco por la sensiblería socialista»[2] y el rechazo de los socialistas utópicos. Tenía una visión del poder político que le otorgaba al Estado unitario, centralizado, el papel clave en la transformación social y la abolición de la explotación. Así, criticó el proyecto de Proudhon como un intento de «allanar el antagonismo entre el capital y el

1. Karl Korsch: «Fédéralisme, centralisme, marxisme», en *Marxisme et contre-révolution*, *op. cit.*, p. 106.
2. Karl Marx: «Deux lettres sur Proudhon», en *Œuvres*, vol. I, *Économie I*, Gallimard, col. Bibliothèque de la Pléiade, edición dirigida por Maximilien Rubel, París, 1963, p. 1449.

trabajo» con su sistema bancario y su economía basada en el intercambio de productos.[3] Para él, esta propuesta era antinómica con una ruptura con el sistema de explotación capitalista y la emancipación social resultante.

Es entonces cuando la Comuna de París de 1871 irrumpió repentinamente en ese debate, presentándose como un acontecimiento histórico determinante para el porvenir de las ideas socialistas y su división en dos corrientes, al obligarlas a posicionarse de nuevo sobre la cuestión del poder político. Entonces se planteó de forma más aguda la cuestión del sistema de representación y de la expresión de la soberanía popular en una perspectiva de clase más nítida ahora, ya que la evolución del capitalismo había colocado el enfrentamiento entre la clase de los productores y la burguesía en el centro de la vida social.

La Comuna fue proclamada por una decisión del Comité Central de la Guardia Nacional, emanado de los comités o consejos de los batallones. Los electos expresaban sensibilidades diversas: desde blanquistas hasta fourieristas y militantes de las cámaras sindicales. Eran mayoritariamente centralistas —defensores de la concepción jacobina más que de la federalista— y principalmente colectivistas —algunos, como Eugène Varlin, se oponían a Proudhon—. Según las circunstancias, sus ideas se acercaban a las de Marx o a las de Bakunin, sin que podamos decir que estuvieran subordinados a las dos figuras de la Asociación Internacional de los Trabajadores (AIT). Al respecto, resulta abusivo considerar el funcionamiento de las corrientes de la época a imagen y semejanza de los partidos obreros que emergieron más adelante.

Si los proudhonianos quisieron reconocer en la práctica política de la Comuna la influencia de los principios federalistas anticentralistas, Marx, por su parte, se vio obligado a

3. Karl Marx: «Révolution et contre-révolution en Europe» (1848-1849), en *Œuvres*, vol. IV, *Politique I*, Gallimard, París, 1994, p. 44. En cuanto a la crítica de las concepciones económicas de Proudhon, véase «Misère de la philosophie. Réponse à la philosophie de la misère de M. Proudhon» (1847), en *Œuvres*, vol. I, *Économie I*, *op. cit.*, pp. 1-136 (en castellano: *Miseria de la filosofía*, trad. Tomás Onaindía, Edaf, Madrid, 2004).

reconsiderar algunas de sus concepciones. En el *Manifiesto del Consejo General de la AIT*, define «el verdadero secreto de la Comuna de París» como

> *…esencialmente, un gobierno de la clase obrera, fruto de la lucha de la clase productora contra la clase apropiadora, la forma política al fin* descubierta *para llevar a cabo dentro de ella la emancipación económica del trabajo.*[4]

En la filigrana de la fórmula «al fin descubierta» está la confesión de que es el movimiento real el que le llevó a reconocer esa nueva forma de gobierno y a reformular sus concepciones políticas.

El elemento negativo y el elemento positivo

En más de una ocasión se ha hecho hincapié en que Marx se esmeró en resaltar los rasgos generales, los nuevos principios de gobierno, pero no tanto en estudiar el funcionamiento concreto de la Comuna y la realidad concreta de los hechos. Ello se correspondía bien con su método de análisis, o sea, su búsqueda de las grandes tendencias y de los principios de un movimiento. A su vez, Marx no se entretuvo en el hecho de que las ideas de los partidarios de la Comuna eran tributarias de diversas concepciones, entre otras las de Proudhon y Bakunin. Incluso intentó conciliar las tendencias federalistas de la Comuna con su visión del Estado revolucionario. Ante todo, Marx quería resaltar el elemento de negación de la Comuna, la destrucción del Estado burgués. En sus apuntes, redactados durante los acontecimientos, que iban a dar lugar a *La guerra civil en Francia*, escribe claramente:

4. Karl Marx: *La Commune de Paris. Adresse du Conseil général de l'AIT*, Le Temps des Cerises, 2002 (en castellano: «Manifiesto del Consejo General de la Asociación Internacional de los Trabajadores sobre la guerra civil en Francia», en Marx/Engels/Lenin: *La Comuna de París*, Akal, Madrid, 2010, p. 40).

> *No fue pues una revolución contra tal o cual forma de poder de Estado. […] Fue una revolución contra el Estado como tal, ese engendro sobrenatural de la sociedad; fue la toma por el pueblo y para el pueblo de su propia vida social. No fue una revolución para traspasar ese poder de una fracción de las clases dominantes a otra, sino una revolución para quebrar ese horrendo aparato de la dominación de clase.*[5]

Sin embargo, sesenta años más tarde, un marxista crítico como Karl Korsch subrayó que Marx relegaba a un segundo plano el elemento de afirmación, constructivo, de la Comuna: su carácter federativo y anticentralista.[6]

Ya veinte años antes de la Comuna, en 1850, en el *Mensaje del Comité Central a la Liga de los Comunistas*, Marx defendía la idea de una representación más cercana al ejercicio directo de la soberanía:

> *Al lado de los nuevos gobiernos oficiales, los obreros deberán construir inmediatamente gobiernos obreros revolucionarios, ya sea en forma de comités o consejos municipales, ya en forma de clubs obreros o de comités obreros […] con jefes y un Estado Mayor Central elegidos por ellos mismos, y ponerse a las órdenes no del gobierno, sino de los consejos municipales revolucionarios creados por los mismos obreros.*[7]

5. Karl Marx: *La Guerre civile en France, 1871*, edición que incluye los trabajos preparatorios de Marx, Éditions sociales, 1968, pp. 211-212 (en castellano: *La guerra civil en Francia*, Fundación Federico Engels, Madrid, 2003. Esta traducción al castellano no incluye los trabajos preparatorios que recogen algunas de estas citas). Extractos procedentes de *Critique Sociale*, n.º 3, 2008, bit.ly/3ilJhVm.
6. Karl Korsch: «La Commune révolutionnaire», en *Marxisme et contre-révolution, op. cit.*, pp. 109-119.
7. Karl Marx: *Adresse du Comité central à la Ligue des communistes*, 1850 (en castellano: «Mensaje del Comité Central a La Liga de los Comunistas», en *Obras Escogidas*, t. I, Akal, Madrid, 1975, p. 107).

En su forma de ver, esos consejos, clubes o comités constituían un doble poder revolucionario que quebrantaba el poder del Estado burgués. Sin embargo, no parecía considerar esas formas de organización de democracia directa como órganos de autogobierno. Las consideraba, en cierto modo, como organizaciones provisionales, transitorias, que le podían ser de utilidad al nuevo Estado revolucionario que debía, por su parte, seguir el modelo de una institución centralizada, jerarquizada. El ejercicio directo de la soberanía no dejaba de ser sino una excepción, un paso en la construcción de la organización centralizada dirigente. Igualmente, en 1864 —tras la derrota de las revoluciones de 1848— Marx escribía: «La conquista del poder político se ha convertido en el gran deber del proletariado».[8] E incluso en 1871 preconizó la organización del proletariado en partido político, «indispensable para garantizar el triunfo de la revolución social y de su supremo objetivo: la abolición de las clases».[9] Esa idea de la «conquista del poder político» es lo que precisamente aclaró la experiencia de la Comuna.

Si, tras el fracaso de las revoluciones de 1848, Marx integró los comités de base en su teoría del derrumbamiento del Estado burgués, no es sino después de la experiencia de la Comuna de 1871 que habla de «la destrucción» del antiguo aparato de Estado: «La clase obrera no puede simplemente tomar posesión de la máquina estatal existente y ponerla en marcha para su propios fines».[10] Refiriéndose a una nueva edición del *Manifiesto comunista*, Marx y Engels presentaron esa formulación como una simple «mejora

8. Karl Marx: «Adresse inaugurale et Statuts de l'Association internationale des travailleurs» y «Statuts, article 7a2», en *Œuvres*, *op. cit*., p. 471 (en castellano: «Manifiesto inaugural de la Asociación Internacional de los Trabajadores» y «Estatutos Generales de la Asociación Internacional de los Trabajadores», en *Obras escogidas*, t. I, *op. cit*., p. 401).
9. *Ibid*., p. 467.
10. Karl Marx: prefacio a *Le Manifeste communiste* (1872), en *Œuvres,* vol. I, , *op. cit*., p. 1481. (Esta referencia del prefacio al *Manifiesto comunista* en realidad recoge una cita del «Manifiesto del Consejo General de la Asociación Internacional de los Trabajadores sobre la guerra civil en Francia», en Marx/Engels/Lenin: *La Comuna de París*, *op. cit*., p. 31.)

de tal o cual fórmula», un «retoque de ciertos pasajes»,[11] cuando en realidad nos encontramos ante un cambio importante de su visión política y la de la corriente socialista que compartía esas concepciones y estaba bajo su influencia. Por consiguiente, la Comuna es «la forma política al fin descubierta» que se convirtió en el modelo de gobierno de la clase obrera. «No un organismo parlamentario sino una corporación de trabajo, ejecutiva y legislativa al mismo tiempo»[12] —concepción unitaria que se combinaba con un ejercicio directo de la soberanía—.

Marx empleó por primera vez la fórmula «dictadura de la clase obrera» tras la Revolución de 1848.[13] En opinión de Maximilien Rubel, a ese concepto le daba un contenido que se asimila al de un poder revolucionario de la «inmensa mayoría» del proletariado, desmarcándose así de las formas organizativas dirigistas defendidas por las minorías comunistas, en particular las corrientes de Babeuf y Blanqui. Para Marx, dicho concepto era la «antítesis» de la dictadura de la clase burguesa y correspondía, a la vez, a la más amplia democracia articulada por el pueblo organizado y emancipado del Estado.[14] Tras su muerte, Engels hizo hincapié en la experiencia de la Comuna como modelo de dictadura del proletariado. Sin duda, este no modificaba realmente la idea de Marx y no concebía la palabra *dictadura* en el sentido totalitario que cobró más adelante. Por otro lado, el conflicto entre Bakunin y Marx había dejado huellas, y Marx no había parado de explicar *a posteriori* que la desorganización de la Comuna era debida a la falta de centralismo y de una dirección unificada. De todos modos, los partidos socialdemócratas y su ala extremista rusa, los bolcheviques, no hicieron sino endurecer esa orientación hacia la defensa de un Estado socialista centralizado. Lenin, en *El Estado y la revolución*,

11. *Ibid*. (en castellano: *Manifiesto comunista*, Akal, Madrid, 1997, p. 6).
12. Karl Marx: *La Guerre civile en France, 1871*, *op. cit*. (en castellano, p. 67).
13. Karl Marx: «Les Luttes de classe en France, 1848 à 1850», en *Œuvres*, vol. IV, *op. cit*., p. 235 (en castellano: *Las luchas de clases en Francia de 1858 a 1850*, Fundación Federico Engels, Madrid, 2015, p. 148).
14. Notas de Maximilien Rubel a «Les luttes de classe en France, 1848 à 1850», en *Œuvres*, *op. cit*., p. 1286.

integró esa concepción de un «Estado de los sóviets» en el que estos han de integrar y, supuestamente, servir al nuevo Estado. De este modo, se reducía la experiencia de la Comuna al hecho político, a su elemento de negación: la destrucción del antiguo Estado y su sustitución por un nuevo Estado centralizador controlado por el partido de vanguardia. Y en 1921, Trotsky (que entretanto se había convertido en más leninista que Lenin y en uno de los jefes del Estado bolchevique) dio una explicación al fracaso de la Comuna que ensalzaba el autoritarismo centralista:

> *La hostilidad a una organización centralizada [...] es sin lugar a dudas el punto débil de cierta fracción del proletariado francés. Para algunos revolucionarios, la autonomía [...] es la suprema garantía de la verdadera acción y de la independencia individual. Pero esto no es más que un enorme error que costó muy caro al proletariado francés.*[15]

La Comuna no habría fracasado a causa de la falta de solidez de la democracia, de la atonía del ejercicio directo de la soberanía por los trabajadores, sino por la ausencia de una «fuerte dirección de partido», a causa de la falta de «un aparato centralizado y unido por una férrea disciplina».

Quedan resaltados aquí los términos del enfrentamiento entre dos concepciones de la acción revolucionaria que tomó cuerpo durante los primeros años del siglo XX, en el transcurso de la era de las revoluciones.

Las tribulaciones de la democracia directa

La experiencia y los logros de la Comuna de París pueden considerarse hoy a la luz de la lucha permanente que tuvo lugar

15. Leon Trotsky: «Les leçons de la Commune», prefacio a C. Talès: *La Commune de 1871*, Spartacus, París, 1971, p. 171 (en castellano en *Marxixts Internet Archive*, 2001, bit.ly/2WC5Xq5, penúltimo párrafo, primer punto).

entre dos corrientes: la que actuó a favor de la institución de una democracia basada en la delegación del poder y la que luchaba a favor de la ampliación del ejercicio directo de la soberanía por parte de los trabajadores. Ambas visiones se enfrentaron y a veces cohabitaron en el espíritu y en la práctica de los partidarios de la Comuna. En *Paris, bivouac des révolutions*,[16] Robert Tombs reconsidera la gigantesca bibliografía sobre la Comuna. Entre otras cosas, vuelve a mencionar las prácticas de la democracia directa presentes en su espíritu y sus acciones, en la organización de la vida cotidiana, en la vida política y en la especificidad de la guardia nacional, la cual no funcionaba como un ejército regular.[17] Coincide con Jacques Rougerie en decir que

> *...la República ideal como la concebían los de la Comuna era una forma de democracia directa en la que el pueblo pretendía ejercer la soberanía en lugar de delegarla, en la que los representantes eran tolerados por los representados.*[18]

Para Tombs, la actitud de los partidarios de la Comuna respecto a la violencia revolucionaria fue uno de los aspectos que confirmó la presencia de sus valores emancipatorios. Asimismo, hace hincapié en que los escasos actos de violencia cometidos contra individuos durante ese periodo de venganzas y ejecuciones sumarias fueron obra de las corrientes más rígidas y autoritarias —de los blanquistas en particular— y que, en su conjunto, la Comuna siempre intentó situarse más allá de la violencia brutal. Prueba de ello —pese a que siempre existió una diferencia entre el modelo, las aspiraciones y la realidad— es el firme rechazo al restablecimiento de la pena de muerte, incluso en los casos de traición militar y de colusión con el enemigo.

Robert Tombs parte de la práctica concreta para deshacer algunos mitos, representaciones, leyendas e imágenes de la

16. Robert Tombs: *Paris, bivouac des révolutions. La Commune de 1871*, Libertalia, Monteuil, 2014.
17. *Ibid*., p. 317.
18. *Ibid*., p. 241.

Comuna. De esta forma, relativiza el ejercicio de la democracia directa durante esta experiencia, aspecto en el que la cuestión de la participación de las mujeres resulta particularmente esclarecedora. Insiste en que jugaron un papel limitado en este periodo, sin comparación alguna con el que tuvieron durante la Revolución francesa. Recuerda la supremacía masculina en las instituciones públicas de la Comuna y que nada se hizo para que las mujeres se integraran en ellas.[19] Podían «tomar la palabra y hacer peticiones, pero no podían votar o tomar decisiones».[20] Durante la Comuna, ni se cuestionó ni se reivindicó el sufragio universal, reservado para los hombres desde 1848. Muchas mujeres fueron militantes activas y tomaron la palabra en el debate político, incluso formaron clubes y comités de mujeres, pero permanecieron subrepresentadas en las organizaciones revolucionarias. Participaron en los enfrentamientos, pero sobre todo en actividades logísticas y de apoyo a la guerra —como en todos los conflictos—, y apenas intervinieron en los enfrentamientos de forma directa. El propio nombre de los clubes lo evidencia: Unión de las Mujeres para la Defensa de París y los Cuidados de los Heridos, y Sociedad para la Reivindicación del Derecho de las Mujeres (animado por Élisée Reclus, un hombre amigo de Louise Michel). En su obra *El imaginario político de la Comuna de París*, Kristin Ross describe cuán estaba presente el deseo de un mundo nuevo en las experiencias *communardes*, pero matiza mucho esa apreciación. Para ella, la Unión de Mujeres fue «la mayor y la más eficaz de las organizaciones de la Comuna».[21] No obstante, reconoce que a esas organizaciones «no les interesaban para nada las reivindicaciones parlamentarias o formuladas en términos de derechos», que sus miembros sentían «indiferencia por el derecho al voto [...] y por las formas tradicionales de la política

19. *Ibid.*, p. 295.
20. *Ibid.*, p. 281.
21. Kristin Ross: *L'imaginaire de la Commune*, La Fabrique, 2015, p. 36. (en castellano: *Lujo comunal. El imaginario político de la Comuna de París*, trad. Juan Mari Madariaga, Akal, Madrid, 2016, p. 36).

republicana en general»,[22] y que, por encima de todo, querían poder encontrar trabajo reclamándole a la Comuna la creación de cooperativas de producción.

Sin embargo, podemos compartir plenamente la conclusión de Robert Tombs cuando dice:

> *Esa falta de confianza en cuanto a la igualdad política sin duda ha de influenciar nuestra interpretación de las actitudes y de las actividades de las* communardes.[23]

A nosotros nos gustaría añadir: ¡y de los *communards*! Vemos cuántas dificultades para abrirse paso tuvo la amplia soberanía del pueblo a la que aspiraban los *communards*.

Utopismo y cuestión social

El papel limitado desempeñado por las mujeres no deja de estar relacionado con la prudencia manifestada por la Comuna en la cuestión social. Como bien sabemos, la Comuna fue dominada por las corrientes republicanas, jacobinas y reformistas. Eso explica, entre otras cosas, el escaso ímpetu dedicado a las realizaciones sociales. Prueba de ello, la negativa a atentar contra la propiedad privada en general, contra las empresas y los empresarios capitalistas,[24] contra el sistema bancario, el respeto de una cierta jerarquía de los salarios e incluso los intentos, por parte de la Comuna, de bajar los salarios de los trabajadores de las cooperativas. ¿Podemos obviar que la jornada de trabajo siguió siendo de diez horas? El propio Marx reconoció que las principales medidas de la Comuna fueron tomadas a favor de la clase media.[25] Es más, uno de los representantes

22. *Ibid.*, p. 37.
23. Robert Tombs: *Paris, bivouac des révolutions, op. cit.*, p. 282.
24. *Ibid.*, pp. 190-191.
25. Karl Marx: *La Guerre civile en France, 1871*, *op. cit.*

de la Internacional, mandatado en los consejos de la Comuna, el obrero húngaro Leo Frankel, se indignó:

> *La revolución del 18 de marzo fue obra exclusiva de la clase trabajadora. Si no hacemos nada a favor de esa clase, no veo razón alguna para seguir perteneciendo a la Comuna.*[26]

La protesta de ese allegado de Marx traducía la impotencia de los mandatados revolucionarios frente a la orientación dominante de la Comuna. Ese mismo Frankel, que consiguió que se aprobaran algunas medidas socialistas como la que limitaba el trabajo nocturno, llamaba también los trabajadores a comprometerse con la formación y la gestión de las cooperativas, a actuar directamente en defensa de sus intereses. Afirmaba ser un defensor de una práctica más directa de la soberanía. A la inversa, podemos señalar la actitud de un Jules Andrieu, colaborador de prensa de la AIT, miembro del consejo de la Comuna y delegado en los servicios públicos. Pretendió que la Comuna debía, ante todo, ser eficaz y no le importó mucho, por no decir nada, la reorganización de los servicios, su jerarquía interna y el sistema de salarios. Antiguo funcionario, razonaba como un administrador y, lejos de imaginar un nuevo tipo de Estado, consideraba la Comuna como una continuidad del Estado existente.[27]

Cierto es, escribió Lissagaray, que no había que buscar el programa revolucionario de la Comuna en los salones del Hôtel de Ville (Ayuntamiento de París), sino en la calle, en la lucha a favor de otra sociedad:

> *... estas mujeres, estos hombres de todas las profesiones, confundidos, todos los obreros de la tierra aplaudiendo nuestra lucha, todas las burguesías coaligadas contra nosotros, ¿no expresan el pensamiento común, no dicen claramente que aquí se lucha por la República y por el advenimiento de una sociedad social?*[28]

26. Citado en Robert Tombs: *Paris, bivouac des révolutions, op. cit.*, p. 198.
27. Jules Andrieu: *Notes pour servir à l'histoire de la Commune de Paris*, Libertalia, Montreuil, 2016.

Élisée Reclus no decía otra cosa cuando subrayaba que el ideal superior de la Comuna «lo alzaron de cara al porvenir, no sus gobernantes, sino sus defensores».[29] Dar paso a la Comuna es dar paso al pueblo, según la fórmula de Jules Vallès, quien en *L'Insurgé* plasmaba todo el espíritu de la autonomía y de la emancipación de esa insurrección.[30] Al final de su impresionante estudio de la Comuna, Robert Tombs quisó recordar: «Una parte crucial de la mística de la Comuna reside en la pureza virginal de ese utopismo que no se puso en práctica».[31]

La aspiración a la democracia pura

Desde el advenimiento de las revoluciones burguesas, la inglesa y sobre todo la francesa, la teoría política del poder democrático se desarrolló en torno a la necesidad de separar la soberanía popular —y más adelante la soberanía proletaria— de su pleno ejercicio. Ese «gran inconveniente de la democracia» que era una preocupación para Montesquieu, lo habían resuelto autoritariamente las clases dirigentes con la delegación permanente del poder de la democracia parlamentaria. Pero la Comuna de 1871 volvió a poner en el primer plano de la historia las aspiraciones a la *democracia pura* que Robespierre rechazaba, alzando de nuevo la bandera de una ampliación de la soberanía a la colectividad de los productores. Propuso unos mandatarios controlables y revocables, una institución

28. Prosper-Olivier Lissagaray: *L'Histoire de la Commune de 1871*, Maspero, París, 1969 [1876], p. 301 (en castellano: *La Comuna de París*, trad. Ricardo Martín y Daniel Iribar, Txalaparta, Tafalla, 2007, p. 276).
29. Citado en C. Talès: *La Commune de 1871, op. cit.,* p. 163.
30. Véase también la obra de Kristin Ross: *L'imaginaire de la Commune, op. cit.*
31. Robert Tombs: *Paris, bivouac des révolutions, op. cit.*, p. 432.

que fusionara las funciones legislativas y ejecutivas, a la vez centralizada y que permitiera la autonomía. Esas exigencias tuvieron una tímida y prudente repercusión en el seno de las corrientes socialistas —en Marx y sus partidarios—, pero una mayor repercusión en los defensores de los principios anticentralistas y antiautoritarios: anarquistas y anarcocomunistas. Desde ese punto de vista, y a pesar de la fuerte presencia de las corrientes dirigistas en su seno, la Comuna moduló la orientación jacobina heredada de la Revolución francesa, lo cual tuvo un efecto muy relativo, pero supuso un paso adelante en el camino hacia la plena soberanía de los explotados.

Fue tras la Comuna de París cuando se expresó claramente en los debates del movimiento socialista la correlación entre centralismo jacobino y Estado revolucionario y, por consiguiente, la oposición entre soberanía de tipo jacobino y soberanía directa:

> *[La] actitud general del marxismo respecto a la revolución burguesa y a la cuestión del Estado revolucionario acarrea necesariamente el posicionamiento tradicional a favor del Estado unitario y centralizado tanto como el rechazo categórico del federalismo que hasta ahora han sido indisociables de la concepción rigurosamente marxista del Estado.*[32]

Vale decir que cualquier evolución hacia el federalismo era, por ende, considerada como nefasta para la función del Estado revolucionario.

El fin de una era

En su estudio de la Gran Revolución, Piotr Kropotkin ya se había dado cuenta de la ambigüedad de la oposición centralismo/federalismo, cuyas líneas divisorias cambiaban en función de las

32. Karl Korsch: «Fédéralisme, centralisme, marxisme», en *Marxisme et contre-révolution, op. cit.*, p. 102.

circunstancias y de los intereses de clase. Citando a Louis Blanc, escribía que «el federalismo de los girondinos consistía sobre todo en su odio a París, en su deseo de oponer las provincias reaccionarias a la capital revolucionaria. París les causaba miedo; he ahí todo su federalismo»,[33] y que en la práctica montañeses y girondinos eran tan centralizadores y autoritarios tanto unos como otros.[34] Treinta años más tarde, en sus estudios sobre la revolución, Karl Korsch también evidenció que, a menudo, los centralistas burgueses eran liberales en las cuestiones económicas. En realidad, la burguesía era a la vez federalista y unitarista, en función de las circunstancias y de sus intereses. Korsch hizo notar que después, en el campo socialista, esa oposición entre centralismo y federalismo tampoco fue insuperable y recordaba que Proudhon había admitido, en 1848, la necesidad momentánea de la centralización política.[35] En ese mismo terreno, defendía la idea de que «es erróneo ver con Proudhon y Bakunin una superación del Estado burgués en su forma "federativa"».[36] La mayoría de las corrientes marxistas asociaron, casi siempre erróneamente, el federalismo con el separatismo y cualquier Estado con el Estado unitario y centralizador. Sin embargo, en el seno del movimiento socialista del siglo XIX se discutía sobre cómo encontrar una alternativa al Estado autoritario, y no sobre cómo superarlo. El propio Proudhon tenía la idea de un Estado basado en una federación de comunas y asociaciones obreras. Como ya hemos subrayado, su proyecto no tenía nada en común con el federalismo del pasado feudal, se oponía al aislamiento, a la fragmentación y al egoísmo de intereses diversos. Proudhon incluso consideró que el Estado centralista era el que representaba una amenaza para la unidad, mientras el Estado federalista permitía una

33. Piotr Kropotkin: *La Grande Révolution*, *op. cit.*, p. 469 (en castellano, p. 267).
34. *Ibid.*, p. 470 (en castellano, p. 268).
35. Pierre-Joseph Proudhon: *Du principe fédératif*, 1863, citado en Karl Korsch: *Marxisme et contre-révolution*, *op. cit.*, p. 100 (en castellano: *El principio federativo*, trad. Aníbal D'Auria, Libros de Anarres/Terramar Ediciones, Buenos Aires/La Plata, 2008).
36. *Ibid.*, p. 115.

suerte de unidad más armoniosa de las fuerzas sociales. Según la interpretación que Daniel Guérin hace de Proudhon, con el Estado autoritario centralista,

> *…lo único que se conseguiría […] sería crear un antagonismo irreconciliable entre la soberanía general y cada una de las soberanías particulares, soliviantar a una autoridad contra la otra; en una palabra, organizar la división creyendo fomentar la unidad.*[37]

Bakunin también insistió en varias ocasiones en el hecho de que la Comuna se proclamaba federalista sin negar por ello la unidad nacional. De ese intenso debate sobre el antagonismo entre los principios federativo y unitarista, Karl Korsch sacó una conclusión fecunda para el porvenir: la idea federalista puede verse como una «alternativa histórica» al centralismo del Estado unitario, percibido como el paso obligado por el autoritarismo de Estado para derrumbar el orden capitalista.[38]

Korsch se desmarcó de las interpretaciones ambiguas de Marx, Engels y Lenin, que negaban que «el mandato imperativo, de corta duración y revocable en todo momento, o un funcionario cobrando "el salario de un obrero" tuvieran por ello menos intenciones burguesas que un parlamentario electo»;[39] y que afirmaban que una forma tipo Comuna o tipo Estado de los consejos, instituida por un partido revolucionario «permitiría un día que el Estado pierda su carácter de instrumento de represión de clase que le es inherente».[40] En opinión de Korsch, la idea de extinción definitiva del Estado en la sociedad comunista que Marx y Engels habían retomado de la tradición del socialismo utópico, en la extraña concepción de Lenin siempre acaba

37. Daniel Guérin: *L'Anarchisme*, Gallimard, col. Folio, 1987, p. 90 (en castellano: *El anarquismo*, Libros de Anarres, Buenos Aires, s. f.).
38. Karl Korsch: «Fédéralisme, centralisme, marxisme», en *Marxisme et contre-révolution, op. cit.*, p. 107.
39. Karl Korsch: «La Commune révolutionnaire (II)», en *Marxisme et contre-révolution, op. cit.*, p. 115.
40. *Ibid.*

perdiendo «cualquier sentido revolucionario». En efecto, para él, la dictadura del Estado proletario es de hecho «un Estado en vías de extinción»,[41] en la medida en que «instaura la democracia verdadera: la proletaria».

En ese debate, Korsch adelantó una interpretación novedosa de la fórmula de la Comuna: «Forma al fin descubierta de la emancipación». Para él, la Comuna no fue la forma acabada, el *modelo* de un nuevo Estado revolucionario —que fueron los términos en que se lo reapropiaron el marxismo y, *a posteriori*, el marxismo-leninismo—, sino una forma que existió en un momento histórico y que fue una «forma política susceptible de extenderse».[42] Una fuerza capaz de instaurar una sociedad sin clases ni Estado, de acabar con el poder político especializado y separado, y de construir una asociación emancipadora. Este enfoque también nos permite pensar como «la Comuna de 1871 marcó en cierto modo el fin de una era»: la de la forma política democrática entendida como la ampliación al máximo de la democracia formal, pero separada de la democracia económica y social.[43] Acotada a estas fronteras, la democracia representativa parlamentaria se amplía hasta el límite de sus posibilidades. Más allá de estas, el pueblo soberano ha de hacer suya la soberanía en su totalidad. Retomando aquí la fórmula de Robespierre, el ejemplo de la Comuna muestra que «lo que de aquí en adelante el pueblo puede hacer correctamente» es la totalidad de las cosas; es decir, ir más allá incluso de la forma más amplia de democracia representativa, sobrepasando las limitaciones del ejercicio de poder que imponen sus contornos. Tras la Comuna, la vía hacia una sociedad emancipada implicaba la superación, a través del movimiento real, de la representación en el terreno político y la

41. V. I. Lenin: *L'État et la Révolution*, citado en Karl Korsch, *ibid.*, pp. 115-116 (en castellano: «El Estado y la revolución», en *Obras Completas*, t. XXVII, Akal, Madrid, 1976, p. 69).
42. Karl Korsch: «La Commune révolutionnaire (II)», *op. cit.,* p. 110.
43. Serge Bricianer: comentario del artículo de Korsch: «La Commune révolutionnaire (II)», *op. cit.*, p. 118.

construcción de unas formas asociativas capaces de ejercer la plena soberanía de todas y todos los que están desposeídos del poder institucional.

Para que esta orientación adquiriera una forma y un contenido más concretos, tuvieron que irrumpir los movimientos de masas de principios del siglo XX, las huelgas de masas europeas y rusas, la expansión de las corrientes sindicalistas revolucionarias, las primeras grandes disensiones en el seno de las corrientes centralistas de la socialdemocracia y la aparición de los movimientos de los consejos.

LA PRIMERA INTERNACIONAL (1864-1877)
EL PRINCIPIO DE AUTORIDAD Y LA ORGANIZACIÓN REVOLUCIONARIA

Tras la derrota de la Comuna, la Internacional vivió una crisis. El declive de la organización se tradujo en una disminución de sus efectivos a la vez que en la apatía y el reflujo de los movimientos sociales en Europa. Por añadidura, el debate entre marxistas y bakuninistas se recrudeció, en especial cuando Marx revisó su posición sobre el papel del Estado durante la transformación revolucionaria, insistiendo de nuevo en su reconquista más que en su destrucción. Finalmente, la tendencia bakuninista fue excluida en 1872, durante el Congreso de La Haya. Como hemos mencionado, ya antes de la Comuna Marx se había enfrentado a las ideas de Proudhon acusándolo de mirar hacia atrás. Pero fue después de la derrota de la Comuna cuando Bakunin y Marx acabaron por enfrentarse de verdad sobre la cuestión del centralismo y del autoritarismo en la teoría del Estado y de la organización.

Sobre este tema existe una amplia y abundante literatura.[1] Aquí lo resumiremos de forma escueta con mayor insistencia precisamente en la cuestión de la organización y de la aportación de Bakunin respecto a la crítica del Estado.

Antagonismo y clarividencia

En general, se han considerado los desacuerdos entre los dos hermanos rivales del socialismo a través del prisma de sus dos personalidades diametralmente opuestas, en lugar de confrontar a las corrientes que representaban. En sus ataques, el propio Marx asoció a Proudhon con Bakunin. Hasta el punto que a veces Bakunin pasó por ser un proudhoniano extremista. Sin embargo, Marx no podía realmente aplicarle a Bakunin la crítica que le hacía a Proudhon. Las diferencias que separaban a los dos anarquistas eran importantes. Los proudhonianos eran unos «social-individualistas» cuyo enemigo era el colectivismo que, a su vez, era inevitablemente autoritario. No eran revolucionarios ya que favorecían un cambio social gradual respecto a la violencia de clase y preconizaban el desarrollo de unas contrainstituciones en el seno del sistema. Defendían la familia patriarcal y la propiedad

1. Véanse Franz Mehring: *Karl Marx. Histoire de sa vie*, Bartillat, París, 2009 (en castellano: *Carlos Marx*, trad. Wenceslao Roces, Grijalbo, Barcelona, 1973); Georges Haupt: «La confrontation de Marx et de Bakunin dans la Première Internationale: la phase initiale», en Jacques Catteau (dir.): *Bakunin, combats et débats*, Institut d'Etudes Slaves, París, 1979; Max Nettlau: *Histoire de l'anarchie*, Le Cercle/La tête de feuille, París, 1971 (en castellano: *La anarquía a través de los tiempos*, trad. Claudio Lentínez, Júcar, Gijón, 1977), y «Les origines de l'Internationale antiautoritaire», *Le Réveil*, 16 de septiembre de 1922; Otto Rühle: *Karl Marx. Vie et oeuvre*, Entremonde, Ginebra, 2011 [1928]; Hanns-Erich Kaminski: *Michel Bakunin, la vie d'un révolutionnaire*, Aubier-Montaigne, París, 1938, reeditado por Bélibaste, París, 1971 y La Table Ronde, París, 2003). En cuanto a una visión estalinista post-Mayo del 68, véase Jacques Duclos: *Bakunin et Marx. Ombre et lumière*, Plon, París, 1974 (en castellano: *Bakunin y Marx. La oscuridad y la luz*, Grijalbo, Barcelona, 1979. Un texto más moderno sobre el tema, J.-C. Angaut: «Le conflit Marx-Bakunin dans l'Internationale: une confrontation des pratiques politiques», *Actuel Marx*, n.º 41, 2007.

privada. Pero, sobre todo, se trataba de una corriente específicamente francesa. En cuanto a Bakunin, era un internacionalista. Tanto Proudhon como él se oponían, es cierto, al poder político y al Estado centralizador, pero Bakunin no solo se manifestaba en contra del autoritarismo sino también del individualismo, que, según él, era un principio burgués que legitimaba las relaciones autoritarias. Como Marx, defendía una colectivización de los medios de producción. Y si se pretendía colectivista no comunista, es porque asociaba el comunismo con el poder político concentrado en el Estado. Era un incansable partidario de la revolución, reivindicaba la violencia revolucionaria contra todas las instituciones y la abolición de la propiedad privada.

El enfrentamiento entre Marx y Bakunin en la Internacional se focalizó sobre todo en la cuestión de la organización, relegando la cuestión del Estado a un segundo plano. En esa confrontación, Marx evitó atacar a Bakunin en tanto que anarquista e intentó incluso obtener el apoyo de otros anarquistas para reforzar su visión de la Internacional: una organización con un programa abierto a las diversas corrientes del socialismo. En cuanto a los partidarios de Bakunin, defendían una concepción de la organización más elitista, incluso más secreta. Paradójicamente, y más allá de ese debate, Bakunin mostró una sorprendente clarividencia en la medida que presintió, en el cuerpo de ideas asociadas al pensamiento de Marx, una orientación y ciertos elementos susceptibles de desembocar en una ideología de dominación autoritaria, un sistema capitalista de Estado. Que de vez en cuando Bakunin haya mezclado esa crítica con una retórica con tufos antisemitas y tintes paneslavistas y antigermánicos no ha hecho sino embrollar la cuestión de fondo. Vio en el proyecto de organización de la clase obrera basado en el modelo de la centralización estatal las premisas del sometimiento a los proyectos de los *sabios socialistas* del partido dirigente. Aquello le pareció que era una variante de la sumisión política a la religión y, más adelante, a la autoridad de la *ciencia*. Al exaltar la espontaneidad de los individuos en el seno de la sociedad, Bakunin criticó y refutó la religión de los jefes y del capitalismo de Estado.

Fue el primero en tener la intuición de la probable relación entre un marxismo centralizador transformado en doctrina de Estado y la evolución del capitalismo.

El principio de autoridad

Durante la Comuna de París, Marx, forzado por los acontecimientos y el movimiento real, aceptó que la destrucción del Estado no podía disociarse de la subversión de las relaciones capitalistas de producción. Luego, retomó la idea de las medidas necesarias y de los objetivos transitorios aplicados por un aparato de Estado conquistado por el partido revolucionario para abrir paso al socialismo. Más adelante, el marxismo se constituyó como doctrina política en el marco de la lógica de la participación del partido en las instituciones burguesas, parlamentos y gobiernos, con la perspectiva de conquistar el poder de Estado.

El pensamiento de Bakunin se consolidó plenamente con la crítica de la idea de Estado y con su papel en el movimiento de la emancipación social. Más allá del contenido de clase del Estado, se esmeró en poner de relieve sus fundamentos ideológicos particulares, que denominó «el principio de autoridad».

> *Toda teoría consecuente y sincera del Estado, está esencialmente fundada en el principio de autoridad, esto es, en esa idea eminentemente teológica, metafísica, política, de que las masas, incapaces de gobernarse, deberán sufrir en todo momento el yugo bienhechor de una sabiduría y de una justicia que, de una manera o de otra, le serán impuestas desde arriba.*[2]

De forma general, Bakunin vio en el sometimiento de los trabajadores a unos jefes y a unas organizaciones verticales que

2. Mijail Bakunin: «Fédéralisme, socialisme et antithéologisme», en *Œuvres*, t. I, Stock, 1895, texto dirigido y con prefacio de James Guillaume, p. 171 (en castellano: *Obras completas,* t. III, trad. Diego Abad de Santillán, La Piqueta, Madrid, 1979, p. 142).

conllevaba la constitución de un nuevo Estado, la manifestación de un nuevo tipo de opresión asociada al principio de autoridad. Por ende, para él dicho principio, en tanto que parte del Estado, debía ser desenmascarado y criticado por la acción política de clase. Ni la revolución ni un nuevo orden social son posibles si los trabajadores se someten a una organización política, solo es posible mediante «la organización de la fuerza no política, sino social, y por tanto antipolítica, de las masas obreras».[3]

Vemos que, para Bakunin, la definición de lo «político» difería de la de Marx. Aquel defendía, por así decirlo, una revolución «antipolítica», en la medida que surgía de una lucha contra el Estado y los partidos modelados a su imagen y basados en el mismo principio de autoridad.

Tras la Comuna, se reanudaron los debates sobre la organización de los trabajadores. En ellos se abordaron las cuestiones de la soberanía, del ejercicio del poder sin mediaciones, de la acción y de la democracia directa. Según Bakunin, la naturaleza de la organización de los explotados que pretende subvertir el orden social debía romper con el modelo estatal. Por tanto, no someterse al principio de autoridad constituía el primer paso de esa tarea subversiva.

Los límites de la acción política minoritaria

Para Bakunin, las experiencias de la Comuna de París proporcionan una gran cantidad de enseñanzas en cuanto a la acción política se refiere. El aplastamiento de las tentativas de los *communards* de Lyon (septiembre de 1870) y de Marsella (marzo de

3. Mijail Bakunin: *Œuvres complètes*, t. IV, *op. cit*., p. 251 (en la edición de las obras completas editadas por La Piqueta, este fragmento debería corresponderse con el texto «Advertencia para el imperio knutogermánico» que figura en la p. 185 del t. II de las *Obras completas*, pero, aunque el primer párrafo del texto es el mismo que en el texto análogo de las *Œuvres complètes*, t. IV, el resto del texto en castellano es diferente).

1871) ya había evidenciado los límites de las ideas bakuninistas, que concebían la revolución como un proceso fomentado por la acción de grupos secretos. Más tarde, el fracaso de las insurrecciones cantonalistas en España (1873) no hizo sino confirmarlo. Sin embargo, Bakunin quiso delimitar los objetivos y las posibilidades de la acción política de los grupos. Se trataba de

> *...elaborar, de aclarar y de propagar las ideas que se corresponden con el instinto popular y, además, de contribuir, sin escatimar esfuerzos, a la organización revolucionaria de la fuerza natural de las masas, y nada más; y el pueblo por sí solo puede y debe hacer todo lo demás. De lo contrario, se acabaría en la dictadura política, esto es, en la reconstitución del Estado [...] y se llegaría, por un camino indirecto pero lógico, al restablecimiento de la esclavitud política de las masas populares.*[4]

Sobre la marcha, rechazó cualquier medida revolucionaria transitoria, provisional, y concluía que cuando la revolución «está concentrada en manos de algunos individuos gobernantes se convierte inevitable e inmediatamente en la reacción».[5] Medio siglo más tarde, Otto Rühle, uno de los teóricos del socialismo radical antipartido, nutrido por la experiencia de la Revolución alemana de los consejos de 1918, intentó relacionar ambas concepciones:

> *Bakunin más bien veía en el hombre el «sujeto» de la historia, un revolucionario espontáneo que no necesita sino que lo suelten para cumplir la tarea histórica; por el contrario, Marx veía en ese mismo hombre el objeto al que antes hay que enseñar a actuar para que pueda cumplir su cometido.*

Para Rühle, ambas concepciones debían haberse conciliado, ya que «amalgamándolas es cuando aparece el verdadero

4. *Ibid*., p. 260.
5. *Ibid*., pp. 344-345.

retrato del hombre en la historia».[6] Lo que pasa es que, como revelaba Bakunin,[7] Marx atribuía esa tarea de enseñanza a una institución cuyos principios parecían estar en contradicción con los objetivos de emancipación deseados: el partido centralizador y autoritario. Al contrario, Bakunin afirmaba:

> *Deseamos el mismo triunfo de la igualdad social y económica, pero a través de la supresión del Estado y de todo aquello que se sigue llamando derecho jurídico y que, desde nuestro punto de vista, no es sino la negación del derecho humano. Queremos reconstruir la sociedad, realizar la unión de los hombres, pero no queremos proceder con un método que parta desde arriba apoyándose en la autoridad reforzada de los funcionarios, ingenieros, empleados y sabios oficiales, procederemos desde abajo hacia arriba a través de la libre federación de las asociaciones obreras liberadas del yugo del Estado.*[8]

Y, algún tiempo más tarde, volvió sobre ese desacuerdo fundamental y sobre la contradicción que percibía de que Marx

> *...desea sinceramente el levantamiento de las masas y me pregunto cómo no ve que la instauración de una dictadura universal, colectiva o individual, que, de alguna forma, ejerce en la revolución mundial las funciones de ingeniero jefe, regulando, dirigiendo como si fuera una máquina el movimiento insurreccional de las masas de todos los países, no entiendo cómo no puede darse cuenta de que, por sí sola, esa dictadura bastaría a paralizar y adulterar cualquier movimiento popular.*[9]

6. Otto Rühle: *Karl Marx. Vie et oeuvre*, *op. cit*., p. 253.
7. Mijail Bakunin: «Lettre du 28 janvier 1872», citado en Otto Rühle, *ibid*., p. 259.
8. Otto Rühle: *Karl Marx. Vie et oeuvre*, *op. cit*., p. 259.
9. Texto publicado en *La Liberté* de Bruselas, octubre de 1872, citado en Otto Rühle, *ibid*., p. 271.

A principios del siglo XX, otro crítico clarividente del socialismo autoritario, Georges Sorel (1847-1922), hizo hincapié en las consecuencias de esa contradicción en el funcionamiento de los partidos de la socialdemocracia. Fue uno de los primeros socialistas en señalar el distanciamiento creciente que se instaló entre el pensamiento de Marx y los «marxistas», unas «máquinas políticas, cuyas costumbres no podían sino estar en contradicción con la emancipación de los productores.[10] Refiriéndose al desarrollo de los partidos socialistas constituidos siguiendo el modelo del Estado, dirigidos por una casta de jefes, funcionarios e intelectuales, hizo la siguiente predicción:

> *Se podría suponer además que operándose hoy de un modo más perfecto la trasmisión de la autoridad, gracias a los recursos nuevos que facilita el régimen parlamentario, y hallándose el proletariado sólidamente encuadrado en los sindicatos oficiales, veríamos la revolución social acabar en una maravillosa esclavitud.*[11]

Y de forma más precisa si cabe, afirmó que «si gracias a los obreros llamados reformistas, el socialismo político llegara a triunfar, nos adentraríamos en una era de espantosa servidumbre».[12]

10. Georges Sorel: *La décomposition du marxisme*, Librairie des sciences politiques et sociales Marcel Rivière, 1908 (en castellano: *La descomposición del marxismo*, trad. Mikael Gómez Guthart, Godot, Buenos Aires, 2014).
11. Georges Sorel: *Réflexions sur la violence*, Entremonde, 2013 [1908], p. 256 (en castellano: *Reflexiones sobre la violencia*, trad. Luís Alberto Ruíz, La Pléyade, Buenos Aires, 1973, p. 177).
12. Georges Sorel: *Matériaux d'une théorie du prolétariat*, Slatkine, Ginebra, col. Ressources, 1981, p. 278.

La religión del socialismo de Estado

La historia iba a confirmar que las proposiciones y las críticas de Bakunin tenían un carácter premonitorio, al ofrecer una nueva orientación al pensamiento crítico. Unos veinte años antes del libro de Gustave Le Bon, *La Psychologie des foules*,[13] Bakunin partía del individuo como ser social, colocaba la colectividad de los individuos autónomos en el centro del proceso de emancipación social y al margen de la obediencia a los jefes y de una jerarquía exterior. Esa colectividad se distinguía de la *multitud*, una entidad abstracta que alimentaba el imaginario y el fantasma de las clases dirigentes y de la burguesía desde la Gran Revolución. Se suponía, al fin y al cabo, que era portadora de ferocidad, de brutalidad y de infantilismo, de terror, Además, según Le Bon, el individuo que forma parte de una multitud actuante es un individuo que abdicó de sí mismo, que no es consciente de sus actos, que es un autómata sin voluntad. Freud[14] iba más lejos. Se dio cuenta de que, para Le Bon,

> *... la masa es extraordinariamente influible y crédula; es acrítica, lo improbable no existe para ella. [...] Los sentimientos de la masa son siempre muy simples y exaltados. Por eso no conoce la duda ni la incerteza.*[15]
>
> *[...]*
>
> *Tan pronto como unos seres vivos se encuentran reunidos en cierto número, se trate de un rebaño de animales o de una multitud humana, se ponen instintivamente bajo la autoridad de un jefe. La masa es un rebaño obediente que nunca podría vivir sin señor. Tiene tal sed de obedecer que se subordina instintivamente a cualquiera que se designe su señor.*[16]

13. Gustave Le Bon: *La psychologie des foules*, *op. cit.*
14. Sigmund Freud: «Psychologie des foules et analyse du moi» (1921), en *Essais de psychanalyse*, Payot, 1985 (en castellano: «Psicología de las masas y análisis del yo», en *Obras completas*, vol. 18, trad. José L. Etcheverry, Amorrortu, Buenos Aires, 1976).
15. *Ibid*., p. 133 (en castellano, p. 74).
16. *Ibid*., p. 137 (en castellano, p. 77).

Para Le Bon, tanto en las multitudes efímeras como en las artificiales y estables (por ejemplo, las multitudes religiosas), el cabecilla es una figura imprescindible, ineludible. Para Freud —más allá de sus desarrollos sobre la sustitución del *ideal del yo* por el *ideal de la multitud* que le interesa en primer lugar— existe la idea de que el ideal de la multitud está encarnado en el cabecilla. Es precisamente a través del cabecilla como el individuo de la multitud se somete, adopta ese ideal. Freud añade que este papel esclarece «el principal fenómeno de la psicología de las masas: la falta de libertad del individuo dentro de ellas».[17] Retomando la idea de Le Bon según la cual «el socialismo constituirá una de esas religiones efímeras»,[18] Freud sugirió que, en el fenómeno de la multitud, «otro lazo de masas reemplaza al religioso, como parece haberlo conseguido hoy el lazo socialista».[19] A Bakunin no se le había escapado esa similitud entre la sumisión a lo religioso y la sumisión al socialismo. Más tarde, en 1906, Georges Sorel abordó esa cuestión en su ensayo *El carácter religioso del socialismo*.[20]

Freud, que en el transcurso de su vida se limitó a tener una mera sensibilidad socialdemócrata, parecía pensar que el movimiento socialista no iba más allá de ese «vínculo» de sumisión a los jefes.[21] Sin embargo, hay que recordar que nos situamos en 1921, tres años después de la Revolución rusa y dos años después de la Revolución alemana. Durante esos años, la actividad de las colectividades y de los individuos libres y conscientes puso radicalmente en cuestión el marco institucional del

17. *Ibid*., p. 156 (en castellano, p. 91).
18. Gustave Le Bon: *Psychologie du socialisme*, citado en Georges Sorel: *Matériaux d'une théorie du prolétariat*, *op. cit*., p. 313.
19. Sigmund Freud: «Psychologie des foules et analyse du moi», en *Essais de psychanalyse*, *op. cit*., p. 160 (en castellano, p. 94).
20. Georges Sorel: *Matériaux d'une théorie du prolétariat*, *op. cit*., p. 309.
21. Freud tenía muchos amigos y discípulos liberales y socialdemócratas. Algunos eran políticamente más de izquierdas, como Alfred Adler, Wilhelm Reich y Otto Gross. Hacia la mitad de los años 1890, Emma Goldman había asistido en Viena a conferencias de Freud. Aldolf Joffe, un dirigente bolchevique próximo a Trotsky, siguió una terapia con Adler.

socialismo de los jefes y la «sed de obediencia» que se le asociaba, y, de manera espontánea, provocó unos novedosos y potentes movimientos basados en los consejos.

De hecho, en todas esas reflexiones hay puntos convergentes y puntos antagonistas con la idea desarrollada por Bakunin medio siglo antes. La relación entre lo religioso y el socialismo de Estado que él denunciaba se materializaba en una casta que definió como un «cuerpo sacerdotal de Estado, la clase gobernante y poseyente, que respecto al Estado es lo que la clase sacerdotal de la religión, los sacerdotes, es para la Iglesia».[22] Si para Le Bon las multitudes eran profundamente destructoras, Bakunin consideraba que esa energía era precisamente el «instinto de revuelta» de las masas. La consideraba a la vez como una fuerza destructiva y constructiva, positiva; el inicio de un movimiento de emancipación y el medio a través del cual el individuo accede a su libertad. Como mínimo ambigua fue la posición de las corrientes de la socialdemocracia que hicieron suyas las conclusiones de Le Bon para justificar sus concepciones de partido centralistas y autoritarias. En el mismo sentido se expresó el dirigente socialdemócrata Kautsky quien, desde 1911, alegó que las acciones inconscientes e incontrolables de las masas indicaban cuán necesaria era la acción del partido dirigente, que había de organizar, concienciar y hacer madurar la acción colectiva.[23] Durante la Revolución alemana de 1918, el diputado del SPD (partido socialdemócrata) de Kiel, Gustav Noske —futuro responsable del asesinato en Berlín de Rosa Luxemburg y de Karl Liebknecht en enero de 1919—, creyó haber descubierto en la mayoría de los obreros, soldados y marinos alemanes «la necesidad innata de orden que tienen los alemanes»,[24] una formulación reaccionaria que se remitía

22. Mijail Bakunin: «Aux compagnons de l'Association internationale des travailleurs du Locle et de la Chaux-de-Fonds», en *Œuvres complètes*, *op.cit*., p. 226.
23. Karl Kautsky: «L'action de masse», *Die Neueu Zeit*, octubre de 1911.
24. Gustav Noske, citado en Sebastian Haffner: *Allemagne, 1918. Une révolution trahie*, Complexe, 2001, p. 65 (en castellano: *La revolución alemana de 1918-1919*, trad. Dina de la Lama Saul, Inédita, Barcelona, 2005, p. 68; en catalán: *La*

también a la idea de Le Bon sobre el individuo sin voluntad sometido a los jefes, y a las multitudes pasivas.

Bakunin enunciaba sus concepciones sin elaborarlas mucho. A veces argumentaba de forma imprecisa e inconsistente. Rechazaba los sistemas abstractos por considerar que paralizaban el pensamiento y la acción. Su teoría correspondió a la imagen dispersa de su vida, y jamás pudo convertirse en ideología. Las corrientes anarquistas no individualistas se inspiraron poco en él en cuanto a la cuestión de la organización, y oscilaron entre el plataformismo[25] de Archinoff y el clásico modelo de la doble organización, sindical y política, siendo la CNT y la FAI españolas el ejemplo más completo, entre muchos otros. El propio Bakunin fue particularmente contradictorio en su práctica organizacional, incluido en el seno de la Internacional y en su lucha contra Marx. Persistió en concebir la acción revolucionaria a partir de pequeños grupos centralizados y organizados de forma secreta, que debían arrastrar a los trabajadores en unas conspiraciones condenadas al fracaso. Capaz de desvelar en teoría el vínculo contradictorio entre el principio de autoridad y el movimiento de autoemancipación social, permaneció, no obstante, atado a la concepción jacobina y babuvista de la acción insurreccional que todavía era preponderante en aquella época. Para él, la acción espontánea se quedó circunscrita a la idea del *instinto de revuelta*, al que asoció la acción de los revolucionarios profesionales capaces de darle conciencia a la idea subversiva. La autoorganización no era independiente de esa intervención.

revolució alemanya. 1918-1919, trad. Montserrat Franquesa i Gòdia, Edicions de 1984, Barcelona, 2005).

25. Propuesta elaborada entre otros por Piotr Archinov y Nestro Maknho que, a partir de una reflexión crítica sobre el desplazamiento y la derrota del anarquismo en la revolución soviética, iba destinada a reforzar a los grupos anarquistas como fuerzas revolucionarias: «La "Plataforma organizacional de los comunistas libertarios" [...] establecía las bases para la construcción de una organización específica de los anarquistas basada en los principios de la unidad teórica, la unidad táctica y la responsabilidad colectiva» (*Historia del movimiento makhnovista. 1918-1921*, Tupac Ediciones/La Malatesta, Buenos Aires/Madrid, 2008, p. 33, n. 12). *(N. de la E.)*

La puesta en relieve del principio de autoridad abrió, sin duda alguna, una brecha en las concepciones jacobinas autoritarias del movimiento socialista. Los límites planteados a la soberanía plenamente ejercida y el paliativo de la representación permanente del poder se traducían en cualquier parte en la sumisión ante los jefes, en la traba al desarrollo de las capacidades individuales y colectivas de emancipación. La imposibilidad por parte del pueblo de ejercer plenamente su poder y la falta de democracia directa hacían aparecer cada vez más los defectos del sistema parlamentario y descubrían su fundamento, la desigualdad social. La democracia delegada aparecía como la negación de la democracia como tal y exaltaba las aspiraciones de emancipación social. Treinta años después del esbozo de la Comuna, el movimiento social había de romper ese sistema de representación para retomar por su cuenta esas nuevas expectativas. Debía construirse de manera salvaje, rompiendo con el socialismo de los jefes y de los aparatos.

HUELGA GENERAL O DE MASAS:
EL SINDICALISMO REVOLUCIONARIO Y EL DESEO DE AUTOGOBIERNO

Enseñarse a sí mismo

Hasta principios del siglo XX, la socialdemocracia fue sin duda alguna la fuerza hegemónica del movimiento obrero organizado en Alemania, Bélgica, Holanda y Rusia. Los partidos socialdemócratas evolucionaron progresivamente de la concepción de Marx, para quien la conciencia comunista emanaba del proletariado, hacia una concepción en la que el partido —construido siguiendo el modelo centralista y jerárquico— pretendía ser el depositario de la conciencia de clase. Se descartó, incluso se obvió, la advertencia de Bakunin sobre las consecuencias contradictorias de la concepción estatal. En otros países —en Francia, Italia y España en particular—, los miembros de las corrientes antiautoritarias del movimiento socialista, los anarquistas, mantuvieron una fuerte presencia en el movimiento obrero y persistieron en rechazar esa vía. Claro está, la socialdemocracia de la Segunda Internacional se oponía al federalismo y reivindicaba el centralismo,

doctrina que pretendía ser una garantía de disciplina, realismo, eficacia y, por ende, de la fuerza para el movimiento obrero; argumentos que retomaron más tarde la izquierda socialdemócrata rusa, los bolcheviques y la Tercera Internacional bolchevizada, y a los que darían continuidad todas la corrientes, grupos y sectas vanguardistas hasta nuestros días. Los marxistas socialdemócratas no percibieron contradicción alguna entre los medios para obtener esa eficacia y los objetivos a alcanzar, porque el crecimiento de los partidos marxistas parecía ininterrumpido e ineluctable en las sociedades donde eran hegemónicos. Un crecimiento que demostraba que la línea adoptada por los jefes de la socialdemocracia era la correcta y se situaba en el «sentido de la historia». Como Bakunin señaló, los «ingenieros jefe» del socialismo pretendían dirigir las insurrecciones como si fueran máquinas, sin darse cuenta, sin embargo, de que la forma autoritaria asfixiaría la iniciativa popular espontánea, acarreando en un determinado momento y de manera inevitable la parálisis de los movimientos. Asimismo, se habían alejado de la idea de Dietzgen, el amigo de Marx, quien había lanzado esta clara advertencia: «Para un obrero que quiera participar en la autoemancipación de su clase, la primera necesidad consiste en no dejarse enseñar por otros, sino en enseñarse a sí mismo».[1] Igualmente, no podían respaldar la idea según la cual cuando la revolución «está concentrada en manos de algunos individuos gobernantes, se convierte inevitable e inmediatamente en la reacción».[2] En nombre de su opción dirigista, los jefes socialdemócratas continuaron empeñados en *educar* a las masas con sus propios medios, partidos y sindicatos. Oponían la autoridad de su *ciencia*, de su saber, la fuerza burocrática de sus organizaciones, a la

1. Joseph Dietzgen citado en Serge Bricianer: *Pannekoek et les conseils ouvriers*, Études et Documentation Internationales, París, 1969, p. 23 (en castellano: *Pannekoek y los consejos obreros*, trad. Margarita Latorre y Joaquín Jordà, Anagrama, Barcelona, 1976, p. 31).
2. Mijail Bakunin: *Œuvres complètes*, t. IV, *op. cit.*, pp. 344-345 (el texto «Lettre au journal *La Liberté* de Bruxelles» no figura en la edición de las obras completas en castellano).

autodeterminación intelectual y práctica de los individuos, a su espontaneidad. Así, nada hacía presagiar que ese crecimiento de las organizaciones engendraría la ciega sumisión del movimiento obrero a sus jefes, su parálisis frente al giro patriótico de la socialdemocracia; finalmente, su destrucción a causa de la carnicería durante la guerra.

De la misma forma que la Comuna de París constituyó una destacada experiencia para las ideas socialistas hasta que ahondó la fractura entre las corrientes centralistas y las corrientes opuestas al principio de autoridad, los movimientos huelguísticos de principios del siglo XX despertaron los espíritus más clarividentes del movimiento socialista, le dieron de nuevo un papel protagonista a las corrientes anarquistas y sindicalistas antiautoritarias, provocaron la primera grieta importante en la corriente dominante del marxismo, la socialdemocracia. Abrieron un periodo repleto de animados debates y enfrentamientos ideológicos, que duró hasta el inicio de la Primera Guerra Mundial y continuó con el movimiento de los sóviets y el de los consejos durante las revoluciones rusas y alemana.

La socialdemocracia y las huelgas de masas

Las grandes huelgas que estallaron a principios del siglo XX en los países de Europa Occidental, en Bélgica y en Holanda en particular, se toparon inmediatamente con la oposición de los sindicatos mayoritarios apoyados por la socialdemocracia. Los jefes de esas organizaciones consideraban el espíritu espontáneo de esos movimientos, la iniciativa y la acción directa de los trabajadores como una amenaza peligrosa para el proceso progresivo, programado y dirigido hacia el socialismo de Estado. Sabían que esos movimientos desviaban a las masas de trabajadores de la actitud tradicional de obediencia hacia las direcciones de los partidos y sindicatos. Consecuencia inesperada, esa reacción de las direcciones provocó también la crítica de las minorías socialistas más radicalizadas que sintonizaban con el movimiento real. La

insubordinación masiva de los trabajadores fue tan gigantesca que algunos cuadros y dirigentes de las organizaciones rompieron con la fidelidad y la disciplina de partido fomentando a su vez la aparición de una nueva disidencia. Los estrechos vínculos orgánicos que existían entre los aparatos de la socialdemocracia y los grandes sindicatos consensuales fueron trastornados por esos movimientos espontáneos, lo cual incitó a que los disidentes se aproximaran a las pequeñas organizaciones sindicales más independientes, incluso anarquistas. Fue lo que pasó en Holanda, donde la corriente *tribunista* (del nombre de la revista, *De Tribune*), encabezada por militantes y teóricos conocidos de la socialdemocracia como Gorter y Pannekoek, rompió, en 1909, con el partido socialdemócrata holandés en base a una crítica de la orientación del partido respecto a las huelgas. La huelga general de 1902 en Bélgica y la postura conservadora de los grandes sindicatos indujeron también a una pequeña pero influyente facción de la socialdemocracia alemana, a la que pertenecía Rosa Luxemburg, a cuestionar la táctica del potente aparato socialdemócrata. En 1908, Luxemburg continuaba pensando que la ruptura con el partido implicaba «perder el contacto con las masas», lo que no le impidió contemplar esa dolorosa situación. Pero, de inmediato, zanjó: «¡El peor de los partidos obreros es mucho mejor que ninguno!».[3]

Dos temas principales movilizaban a los disidentes de la socialdemocracia holandesa y alemana. Primero, la incorporación de la nueva energía revolucionaria que se desprendía de esas grandes huelgas, y luego, la necesidad de analizar políticamente las potencialidades de las huelgas generales que estallaban por doquier.

No hablaremos detalladamente aquí del debate que recorrió entonces la socialdemocracia y su crisis, y que desembocó en la participación en la Unión Sagrada y en la gran carnicería de la Primera Guerra Mundial.[4] Solo queremos relacionar la

3. John Peter Nettl: *Rosa Luxemburg*, Spartacus, París, 2012, citado en Serge Bricianer: *Pannekoek et les conseils ouvriers*, *op. cit*., p. 43 (en castellano, p. 57).
4. Rosa Luxemburg: *La Crise de la social-démocratie*, Spartacus, 1994 (en castellano: *La crisis de la socialdemocracia*, Akal, Madrid, 2017).

nueva orientación de las facciones marxistas radicales con las concepciones de la corriente sindicalista revolucionaria —que evolucionaron en paralelo, posibilitadas y alimentadas por el ciclo de las luchas sociales de principios del siglo XX—, la cual, tras la Revolución de 1905, experimentó la emergencia de una nueva tendencia portadora de concepciones novedosas en torno al movimiento de los sóviets.

A principios del siglo XX, el capitalismo fue el que experimentó primero un giro decisivo con la aceleración de la Revolución Industrial, la transformación tecnológica de la producción y sus consecuencias en la concentración de las empresas y las condiciones de vida de los trabajadores. El vigoroso desarrollo de la gran industria desintegró las condiciones de trabajo y de vida del viejo proletariado artesanal y favoreció la aparición de una nueva condición obrera, violenta y explosiva. En Francia, la importante corriente socialista de Jules Guesde era más bien impermeable a la espontaneidad revolucionaria. Si bien la mayoría de sus miembros subordinaba la acción sindical a las directrices del partido político, algunos no se oponían a la idea de soberanía directa de los trabajadores y otros incluso votaron la Carta de Amiens en el Congreso de la CGT en 1906. Por su parte, la corriente reformista de Jean Jaurès concebía la transformación social como un proceso progresivo de reformas basado en la conciliación y el compromiso con los capitalistas y el Estado. Pero las huelgas y las revueltas estallaron producidas por las duras condiciones de explotación de la época. Por ello, desde finales del siglo XIX los anarquistas y los anarcocomunistas tuvieron una influencia cada vez mayor en los sindicatos. Fundada en 1895, la CGT francesa era el campo de batalla de dos tendencias. Por un lado estaban aquellos que fueron tentados por los primeros esfuerzos de domesticación del Estado, por el *realismo* de las reformas sociales, y que se mostraron dispuestos a cogestionarlas. Enfrente, la corriente del sindicalismo de clase rechazaba esa vía y optaba por una defensa intransigente de los intereses de los trabajadores. Desde la última década del siglo XIX hasta la Primera Guerra Mundial, el movimiento de las Bolsas de Trabajo desempeñó una

tarea determinante en ese enfrentamiento y constituyó un eje en la evolución del movimiento obrero organizado.

Las Bolsas de Trabajo

Inicialmente, las Bolsas fueron un elemento constitutivo de la corriente sindicalista revolucionaria. Caso específico en la historia del movimiento europeo, las Bolsas de Trabajo francesas sirvieron de modelo para la formación de organizaciones similares en Italia, las Camere del Lavoro.[5] Las primeras fueron creadas hacia 1882, pero no tuvieron un desarrollo importante sino durante la gran ola de huelgas de los primeros años del siglo XX.

Las Bolsas eran unas estructuras horizontales, organizadas por lugares geográficos, que proponían la creación de vínculos y de solidaridad interprofesionales. Eran el modelo de una práctica de sindicalismo independiente, basado en la estrategia de la más amplia democracia de base y la acción directa. Las Bolsas de Trabajo, que se oponían a la idea interclasista republicana de la época, rechazaron la democracia representativa y, por consiguiente, se alejaron de la vida de los partidos políticos.

> *Los militantes de las Bolsas de Trabajo, y de forma más específica, los sindicalistas revolucionarios y los militantes anarquistas, consideraban la acción directa como una práctica sindical en la que son los propios trabajadores quienes intervienen directamente en su lucha, a todos los niveles, sin recurrir a los especialistas de la representación y de la negociación.*[6]

5. En Italia, las Camere del Lavoro fueron una de las fuerzas constitutivas de la Confederazione Generale del Lavoro (CGL) creada por los socialistas. Desde principios de los años 1920, las Camere fueron brutalmente atacadas por las fuerzas fascistas.
6. David Rappe: «Les Bourses du travail, une expression de l'autonomie ouvrière», *Cahiers d'histoire. Revue d'histoire critique*, n.º 116-117, 2001. Del mismo autor, véase *La Bourse du travail de Lyon. Une structure ouvrière entre services sociaux et révolution sociale. Histoire de la Bourse du travail de Lyon des origines à 1914*, Atelier de Création Libertaire, París, 2004.

Según la visión sindicalista rupturista y de independencia en relación con la representación política, las Bolsas eran unos centros de resistencia a la violencia del capitalismo que, a la vez, desempeñaban una función social. Crearon una contrasociedad, en la que tenían lugar actividades culturales y de educación, servicios de salud, de formación profesional, de colocación y de ayuda a los parados. En Francia, las Bolsas asumieron un papel equivalente al que desempeñaba el modelo alemán de la máquina socialdemócrata, una amplia red de organizaciones y de estructuras que pretendían acompañar y apoyar a los trabajadores desde su nacimiento hasta su muerte. Los trabajadores, sometidos a las violentas condiciones de explotación y al autoritarismo del Estado a principios del siglo XX, sentían la necesidad de agruparse. En el modelo socialdemócrata, la «contrasociedad» obrera se sometía al partido y a sus sindicatos (correas de transmisión); funcionaba siguiendo los principios autoritarios de dichas organizaciones y respetando el marco jurídico del sistema capitalista. Por el contrario, para Fernand Pelloutier, uno de los grandes representantes del sindicalismo revolucionario francés de la época, las Bolsas eran «el núcleo de esa sociedad equitativa que todos deseamos decididamente alcanzar».[7] Sus actividades debían seguir los principios de la democracia directa y desarrollarse a través de la autonomía colectiva de sus miembros. Esa diferencia de talla y de naturaleza se desveló claramente cuando los socialdemócratas se adhirieron a la Unión Sagrada en agosto de 1914, y de ese modo condujeron a una clase obrera organizada y sumisa a la gran carnicería patriótica.

Si es cierto que las Bolsas de Trabajo desempeñaron inicialmente ese papel de educación emancipadora, posteriormente se volvieron contra su naturaleza originaria al depender cada vez más de la vida política local —del poder municipal en particular—, permitiendo que los partidos políticos interfirieran en sus estructuras y acabaran por dominarlas. Las Bolsas, originariamente elementos constitutivos del sindicalismo revolucionario,

7. Guillaume Davranche: *Trop jeunes pour mourir. Ouvriers et révolutionnaires face à la guerre (1909-1914)*, L'Insomniaque/Libertalia, Montreuil, 2014, p. 30.

se convirtieron después en engranajes del sindicalismo reformista e integrador.

Desde 1902, la organización de la CGT era fruto de la fusión de la corriente territorial de la Federación de las Bolsas de Trabajo y de la corriente profesional de la Federación Nacional de Sindicatos. En el Congreso de Amiens de 1906, la CGT eligió decididamente una orientación sindicalista revolucionaria basada en el principio de independencia en relación con los partidos políticos y a favor de la acción directa. El Congreso afirmó, por una mayoría aplastante, que no tenía que «preocuparse por los partidos y las sectas», pues el sindicalismo se bastaba a sí mismo y constituiría, tras la huelga general, la «base de la reorganización social» de una sociedad emancipada del capital.[8] Esa visión imperó en la CGT hasta finales de la década de 1910, cuando la derrota de las grandes huelgas (jalonadas de acción directa, disturbios, sabotajes y enfrentamientos con la policía) anunció el debilitamiento de la CGT sindicalista revolucionaria. La central fue amenazada de disolución por el Estado republicano después de la detención de sus dirigentes y del fracaso de la huelga general de agosto de 1908. Durante algunos meses, una dirección reformista se hizo con el sindicato y rechazó los principios de democracia directa. Sin embargo, el clima de revuelta y de agitación social se perpetuó hasta la víspera de la guerra, más precisamente entre 1908 y 1910, en París y en la región parisina.[9]

En el mismo momento, a principios de 1908, fueron fundadas en Chicago las Industrial Workers of the World (IWW). Su gran experiencia marcó de forma duradera el movimiento social y cultural en los Estados Unidos y se inscribió en la historia como un ejemplo de organización sindicalista revolucionaria. Aunque con rasgos específicos de la sociedad americana, las IWW retomaron por su cuenta lo esencial de los principios de la CGT

8. *Ibid.*, p. 16.
9. Para leer un animado relato de esas huelgas y de los debates que tuvieron lugar en el seno del movimiento sindical, véanse Guillaume Davranche: *Trop jeunes pour mourir, op. cit.*; y Anne Steiner: *Le goût de l'émeute* (2012), y *Le Temps des révoltes* (2015), L'échappée, París.

de Amiens. A pesar de un rígido fetichismo organizacional, la forma sindicato de industria, las IWW practicaron la acción directa a gran escala y se enfrentaron a cualquier práctica de cogestión interclasista, que tenía en los acuerdos de empresa su expresión más acabada. Esos acuerdos eran percibidos como una sumisión a los intereses de la patronal, como un obstáculo para la huelga, arma decisiva de los trabajadores, sobre todo en los momentos más críticos para los capitalistas.

Auge sindicalista revolucionario y disidencias marxistas

La CGT de la Carta de Amiens de octubre de 1906 manifestaba un claro rechazo del poder de los intelectuales y, por tanto, volvía a aparecer la influencia de las ideas de Bakunin. Por *intelectuales* hay que entender el poder del saber, la dirección de los jefes y la negación de la más amplia democracia real. El sindicalismo revolucionario defendía la acción directa colectiva como valor educativo y reivindicaba la huelga general como la única forma de tomar el poder y de cambiar la sociedad. Georges Sorel, que había desarrollado una crítica acerba del vanguardismo y que había hecho una de las primeras críticas del «marxismo reformista» como ideología autoritaria, fue uno de los teóricos de esa corriente de pensamiento y de las prácticas del sindicalismo revolucionario. Consideraba que el sindicalismo revolucionario era el «socialismo proletario», por oposición al socialismo pequeñoburgués o socialismo político, que calificaba como «socialismo de los intelectuales».[10] Para ese marxismo revolucionario atípico, el sindicalismo revolucionario realizaba «todo cuanto había de cierto en el marxismo [...] esto es, que la lucha de clase es [...] el aspecto ideológico de una

10. Larry Portis: «Présentation», en Georges Sorel: *Textes choisis*, Maspero, 1982, p. 78.

guerra social llevada por el proletariado [...] que el sindicato es el instrumento de la guerra social».[11] El sindicalismo revolucionario pretendía ser la expresión de la corriente que rechazaba cuantas revoluciones fueran dirigidas por los representantes de las fuerzas políticas. Era *apolítico* en la acepción que Bakunin le daba a esa palabra. Sus concepciones se organizaron en torno a la idea de soberanía directa de los trabajadores, de una superación de las mediaciones y de los sistemas de representación y de delegación permanente del poder.

Cuando leemos los análisis de los marxistas radicales de la época que fueron los defensores de la huelga de masas, Rosa Luxemburg y también Anton Pannekoek, nos sorprende la vehemencia con la que querían desmarcarse de la idea de «huelga general» de los sindicalistas revolucionarios. Esa distinción fue un paso obligatorio para ser escuchados en las organizaciones socialistas y para evitar ser acusados de querer unirse a las corrientes que habían sido excluidas de la Internacional en 1896. Para ellos era importante negarle a la organización sindicalista revolucionaria la capacidad de ser «el instrumento de la guerra social», de la revolución. Para los marxistas de la socialdemocracia, esa tarea, como bien sabemos, seguía reservada al partido. Lo era también para los escasos marxistas tentados por una disidencia respecto al marxismo *oficial* de los partidos socialdemócratas, ya que seguían impregnados de la concepción del partido dirigente. Fue así incluso para alguien como Anton Pannekoek que había recibido la influencia de la gran figura del socialismo libertario holandés, Domela Nieuwenhuis, propagandista de la huelga general.[12]

Paradójicamente, en ese terreno es donde podemos encontrar ciertas afinidades entre sus posiciones y las de algunos teóricos del anarcocomunismo, como por ejemplo Errico Malatesta. En la época, Malatesta era uno de los espíritus más vivos y

11. Georges Sorel: *Matériaux d'une théorie du prolétariat*, *op. cit.*, p. 67.
12. De Ferdinand Domela Nieuwenhuis puede leerse en francés Jean-Yves Bériou (éd.): *Le Socialisme en danger*, Payot, París, 1975. Se puede encontrar una descripción de Domela Nieuwenhuis en el libro de Thom Holterman: *L'anarchisme au pays des provos*, Atelier de Création Libertaire, Lyon, 2015.

respetados de esa corriente. Hacía un análisis materialista muy pertinente del papel de la institución sindical negándole la posibilidad de transformarse en un órgano revolucionario. En 1907, en el Congreso Anarquista de Ámsterdam, le contestó al sindicalista revolucionario Monatte de la CGT:

> *El sindicalismo [...] incluso ataviado con el adjetivo revolucionario solo puede ser un complemento legal, un movimiento que lucha contra el capitalismo en el medio económico y político que le imponen el capitalismo y el Estado. Por lo tanto no tiene salida, y no podrá obtener nada que sea permanente y general salvo dejar de ser sindicalismo.*

Y también:

> *El sindicalismo, pese a todas las declaraciones de sus partidarios más ardientes, contiene en sí, debido a la propia naturaleza de sus funciones, todos los elementos de degeneración que han corrompido los movimientos obreros en el pasado. [...] En una palabra, el sindicato obrero es por naturaleza reformista y no revolucionario.*[13]

Por ello, los anarcocomunistas como Malatesta se atribuían un papel en «la aportación del espíritu revolucionario» a los sindicatos y convergían en ese tema con el principio dirigista, reivindicando la separación entre ambas formas de organización: la organización sindical y la organización política anarquista.

Las líneas de demarcación ideológicas entre marxistas y sindicalistas revolucionarios no siempre estaban claramente definidas; además las enturbiaba un movimiento real cuando menos revoltoso. Por ejemplo, cuando Luxemburg insistía diciendo que la educación política de los trabajadores se adquiere en «la escuela política viva, en la lucha y por la lucha en el curso de la

13. Malatesta (bajo el seudónimo de Israël Renof): *Articles politiques*, Union Générale d'Éditions, París, 1979, pp. 143, 156 y 169.

revolución en marcha»,[14] no se alejaba fundamentalmente del discurso de la CGT sindicalista revolucionaria, que consideraba que los trabajadores se educaban a través de la acción directa. Desde luego, Luxemburg seguía siendo fiel a la idea de la necesidad de una organización específicamente política y separada de la organización sindical. Pero, sin dejar de recordar que la espontaneidad no emergía de la nada sino de las acciones y de las ideas del pasado, de la experiencia del movimiento social, empezaba a matizar la función del partido dirigente. Tanto más cuanto que decía percibir una nueva capacidad —«obligación», escribía ella— de la clase obrera: «Educarse, reunirse y dirigirse ella misma».[15] Asimismo, cuando escribió «el elemento económico y el elemento político están indisociablemente ligados [...] existe interacción completa entre ambos»,[16] no se desmarcaba realmente de las concepciones del sindicalismo revolucionario. En cambio, se situaba cada vez más en neta oposición frente a las concepciones autoritarias del marxismo socialdemócrata. Insistía en la sobrevaloración del papel de la organización y la infravaloración de los proletarios desorganizados; criticaba el mando de la socialdemocracia. Finalmente, cuando constataba que «nuestro aparato de organización y la disciplina de nuestro Partido sirven para frenar el movimiento más que para dirigir las grandes acciones de masa»,[17] daba un salto en su pensamiento y la ruptura con la corriente socialdemócrata parecía posible e inevitable. Los futuros debates durante la Revolución alemana ya estaban, de hecho, brotando en esa crítica del partido dirigente convertido en partido paralizante. Durante esa revolución, los marxistas radicales acabaron por cuestionar la necesidad de la doble

14. Rosa Luxemburg: *Grève de masse, parti et syndicats*, en *Œuvres*, vol. I, trad. Irène Petit, Maspero, 1969, p. 114, reeditado por La Découverte, París, 2001 (en castellano: *Huelga de masas, partido y sindicatos*, trad. José Aricó y Nora Rosenfeld, Siglo XXI, Madrid, 2015, p. 31).
15. *Ibid.*, p. 153 (en castellano, p. 82).
16. *Ibid.*, pp. 130-133 (en castellano, p. 54).
17. Rosa Luxemburg: «La théorie et la pratique» (1910), en Karl Kautsky, Rosa Luxemburg y Anton Pannekoek: *Socialisme: la voie occidentale*, 1983, Presses Universitaires de France, pp. 221-222.

organización, la separación entre la acción política y la acción económica o sindical y, en consecuencia, acabaron por formar organizaciones unitarias en los lugares de trabajo.

La victoria del sindicalismo integrador y sus reveses

De 1902 a 1908, el sindicalismo revolucionario se vio confrontado a una violenta y sangrienta represión cuyas consecuencias le resultaron fatales, en un momento en que era alentado por una potente ola de huelgas y de manifestaciones y en que se respiraba un clima casi insurreccional. En Francia, en vísperas de la Primera Guerra Mundial, el derrumbe de la CGT acarreó la derrota de la corriente antimilitarista e internacionalista en la que se enmarcaban muchos de sus militantes.[18] Pasó lo mismo en los Estados Unidos, donde las IWW fueron diezmadas por una campaña antiterrorista de la policía y de la patronal cuando intentaban levantar la bandera del internacionalismo contra la matanza de la guerra.[19]

Para las clases dirigentes, nunca se trató de que el sindicalismo se convirtiera en algo diferente al «elemento de conservación social» al que se refería Malatesta. Se opusieron cuanto pudieron al desarrollo del sindicalismo revolucionario que pretendía que la organización sindical fuera una base revolucionaria. El derrumbamiento de esa corriente abrió paso a la era del sindicalismo negociador, responsable, integrador.

Treinta años más tarde, Anton Pannekoek volvió a plantear la cuestión de la oposición entre esas dos formas de sindicalismo haciendo hincapié, sobre todo, en la impronta que de diferente manera habían dejado en las conciencias. Asimismo, se dio cuenta de

18. Julien Chuzeville: *Militants contre la guerre. 1914-1918*, Spartacus, París, 2014.
19. Joyce Kornbluh: *Wobblies & hobos. Les Industrial Workers of the World. Agitateurs itinérants aux États-Unis. 1905-1919*, L'Insomniaque, Montreuil, 2012. Ese libro es una versión abreviada y adaptada de la obra original en inglés de la editorial Charles H. Kerr: *Rebel Voices. An IWW Anthology*, Chicago, 1998.

lo primordial que fue la victoria del sindicalismo integrador para hacer pasar los intereses de la clase capitalista por los intereses generales de la sociedad:

> *En primer lugar, porque a los trabajadores les queda la ilusión de que son dueños de sus propios intereses. En segundo lugar, porque todos los vínculos de adhesión, que como su propia creación, la creación de sus sacrificios, de su lucha, de su exaltación, hacen que los sindicatos sean queridos para los trabajadores, están ahora al servicio de los dueños.*[20]

Según él, el sindicalismo revolucionario se presentaba en la historia como una forma intermedia o transitoria entre los sindicatos de las huelgas oficiales y la autoorganización de las huelgas espontáneas. Refiriéndose más precisamente a la experiencia de las IWW, argumenta que esas formas transitorias son

> *... intentos de corregir los males y la debilidad del sindicalismo y preservar sus principios correctos, de evitar el liderazgo de una burocracia de funcionarios y la separación por obra de un estrecho criterio según las especialidades y los intereses comerciales, y de preservar y utilizar las experiencias adquiridas en luchas anteriores.*[21]

El teórico de los consejos obreros consideraba que la experiencia de esas formas transitorias no estaba limitada en el tiempo y que en otros periodos y situaciones de crisis del capitalismo moderno podrían producirse situaciones similares. Circunstancialmente, un contexto particular podría llevar a los explotados a superar el *realismo* paralizante del sindicalismo integrador, aunque siguieran unidos a la forma sindical y a la creación de pequeños sindicatos «de lucha».

20. Anton Pannekoek: «Le syndicalisme», en *Les conseils ouvriers, op. cit.*, pp. 111-112 (en castellano, p. 141).
21. Anton Pannekoek: «L'action directe», en *Les conseils ouvriers*, *op. cit.*, pp. 118-119 (en castellano, p. 150).

El sindicalismo revolucionario, por su proyecto voluntarista de transformación de la organización sindical en una organización revolucionaria y de acción directa, retomaba el hilo histórico de los extremistas de la Revolución francesa y de la Comuna. En su espíritu estaba el afán de alcanzar el ejercicio pleno y directo del poder de los explotados, su autoeducación a través de la acción directa colectiva, la negativa a delegar su poder a los «ingenieros y sacerdotes del saber» que Bakunin aborrecía. Total, reivindicaba la práctica del autogobierno. Esa especificidad del sindicalismo revolucionario estaba repleta de potencialidades que, de lejos, superaban a sus debilidades. Algunas corrientes socialistas marxistas se sintieron amenazadas por esas propuestas, al igual que la burguesía, aunque fuere por razones diferentes. Persistían en ver en ello el retorno del viejo debate entre federalismo y centralismo cuando, de hecho, las organizaciones sindicalistas revolucionarias expresaban una crítica radical de la política del pasado, y «eran, en cierta medida, reacciones a la burocratización creciente del movimiento socialista y a sus prácticas de colaboración de clase».[22] Algunos años más tarde, las huelgas insurreccionales que irrumpieron en las sociedades europeas y en Rusia confirmaron para los sectores minoritarios de la izquierda marxista socialdemócrata sus reticencias en relación con el inmovilismo y la ceguera de las direcciones. Se fijaron en lo que les parecía nuevo en esos movimientos y, en consecuencia, se aproximaron a las corrientes sindicalistas revolucionarias.

Rosa Luxemburg, Anton Pannekoek, Herman Gorter y otros no tan conocidos —como la socialista holandesa Henriette Roland Host (1869-1952), gran agitadora y oradora de principios del siglo XX— fueron sensibles a la dinámica y a la

22. Paul Mattick: «La gestion ouvrière» (1969), en *Intégration capitaliste et rupture ouvrière*, Études et Documentation Internationales, 1972, p. 214 (en castellano: *Integración capitalista y ruptura obrera*, trad. Lluis Riera, Laia, Barcelona, 1978. Existe una versión en castellano en línea, basada en la edición de Castellote editor, *Los consejos obreros y la cuestión sindical*, 1977, que incluye este texto, bit.ly/3dFg45l, sección I, párrafo 12).

fertilidad de la espontaneidad revolucionaria que calificaron de nueva «energía de las masas». En unas sociedades en las que los partidos socialistas y los sindicatos se habían convertido en potentes aparatos burocráticos, la creación de los comités de huelga, elegidos por la base e independientes de los sindicatos era, sin duda alguna, el signo de una nueva vitalidad colectiva que expresaba una ruptura con la sumisión a las prácticas sindicales y políticas dominantes.

Durante esas grandes huelgas de principios del siglo XX, la izquierda socialdemócrata descubrió «la propia potencia, las propias acciones de la clase obrera», y emprendió la crítica de la acción sindical institucional —la vía del compromiso, de la conciliación y de la pasividad—, así como la crítica de la acción parlamentaria, íntimamente ligada a la burocratización de los partidos. En 1905, en Alemania, los sindicatos mayoritarios rechazaron la idea de la huelga de masas y lograron mantener el control de los explotados en el marco legal y negociado de las relaciones sociales. Pero la formación espontánea de los sóviets en la Revolución rusa de 1905, nuevas organizaciones de lucha que se coordinaban horizontalmente, reavivó el debate en el seno de la socialdemocracia. El texto de Luxemburg *Huelga de masas, partido y sindicatos* (1906)[23] marcó una ruptura política capital en las concepciones dominantes del marxismo socialdemócrata. En ese texto insistió en el carácter novedoso de las huelgas que estallaron desde Escocia hasta Alemania, desde los Países Bajos hasta Austria, con la creación en las empresas de comités independientes de los sindicatos existentes. Unas huelgas que

> *... nacieron espontáneamente con motivo de unos incidentes locales particulares y fortuitos y no después de un plan preconcebido y deliberado y, con la potencia de las fuerzas elementales, tomaron las dimensiones de un movimiento de gran envergadura.*[24]

23. Rosa Luxemburg: *Grève de masse, parti et syndicats*, *op. cit.*
24. *Ibid.*, p. 129 (en castellano, p. 51).

Y Rosa Luxemburg recordó a los jefes del partido que

> *... la huelga de masa ni se «fabrica» artificialmente ni se «decide» o se «propaga» en un espacio inmaterial y abstracto, sino que es un fenómeno histórico, resultante en un cierto momento de una situación social a partir de una necesidad histórica.*[25]

Como otros en su época, la teórica polaca quiso comprender, aprender de y caracterizar los novedosos movimientos del periodo. Puso en relación esa energía revolucionaria con la espontaneidad de la acción y de la independencia respecto a los partidos; lo cual era otra forma de subrayar el inmovilismo de los grandes aparatos burocráticos que persistían en reivindicar la representación y la dirección de *las masas*. En el mismo momento, Kautsky, teórico respetado de la socialdemocracia, siguió defendiendo, erre que erre, la vía de las instituciones y la posible transformación del Estado burgués en un nuevo Estado:

> *El objetivo de nuestra acción parlamentaria sigue siendo el mismo de siempre: conquistar el poder político obteniendo la mayoría en el Parlamento y erigir a este en gobierno soberano.*[26]

El distanciamiento entre ambos modelos de representación, el de los elegidos de los comités de huelga y el de los parlamentaristas, era cada vez más importante e infranqueable. La masa de trabajadores dejaba momentáneamente de someterse a los jefes y se ejercitaba en practicar el autogobierno. Era un espíritu de lucha similar al del proyecto del sindicalismo revolucionario, pese a que las organizaciones que lo reivindicaban acababan de perder fuerza a causa de la fuerte represión de los Estados.

25. *Ibid.*, pp. 99-100 (en castellano, p. 11).
26. Karl Kautsky: «La nouvelle tactique» (1911-1912), citado en Serge Bricianer: *Pannekoek et les conseils ouvriers*, *op. cit.*, p. 113 (en castellano, p. 147).

El desencadenamiento guerrero al que fueron abocadas las sociedades por el movimiento contradictorio del capitalismo fue una ganga muy esperada por las clases dirigentes de todos los países para volver a consolidar su poder. La histeria nacionalista y la activa colaboración patriótica de las fuerzas socialdemócratas acabaron con las manifestaciones de un joven movimiento emancipador. Los explotados fueron triturados por la violencia extrema de la guerra. El terror cambió de lado, ya no venía de las «multitudes» irracionales sino de los amos.

> *Ahora millones de proletarios están cayendo en el campo del deshonor, del fratricidio, de la autodestrucción, con la canción del esclavo en sus labios. Ni eso se nos ha perdonado. [...] Pero no estamos perdidos y la victoria será nuestra si no nos hemos olvidado de cómo se aprende. Y si los dirigentes modernos del proletariado no saben cómo se aprende, caerán para «dejar lugar para los que sean más capaces de enfrentar los problemas del mundo nuevo».*[27]

27. Rosa Luxemburg: *La Crise de la social-démocratie*, *op. cit.*, pp. 39-40 (en castellano, p. 18).

LA REVOLUCIÓN EN RUSIA (1905-1917)
LA DEMOCRACIA «NO FALSIFICADA» DE LOS SÓVIETS

Los sóviets de 1905

En 1920, el anarquista Rudolf Rocker escribió: «Esta concepción de los consejos señala el momento más importante y constituye la piedra angular de todo el movimiento obrero internacional». Y añadía: «El sistema de los consejos es la única institución capaz de conducir a la realización del socialismo». Recordaba que los partidos obreros socialistas habían rechazado por completo la idea del consejo y, refiriéndose a lo dicho por Bakunin al aludir a la ideología del «socialismo científico» de la socialdemocracia, señalaba, con algo de ironía: «La "utopía" se ha mostrado más poderosa que la "ciencia"».[1] Según Rocker, el desarrollo del sindicalismo revolucionario

1. Rudolf Rocker: «Le système des soviets ou la dictature du prolétariat?», *Freie Arbeiterstimme*, Nueva York, 15 de mayo de 1920; publicado de nuevo en Alexandre Skirda (ed. y trad.): *Les Anarchistes russes et les soviets*, textos de Rocker, Archinov, Valevsky, Yartchouk y Makhno, Spartacus, París, 1973 (en castellano: *Los anarquistas y los soviets*, trad. Joaquín Jordà, Anagrama, Barcelona, 1977, pp. 15-16).

... despertó esta idea, y la llamó a una nueva vida. Durante la época más activa del sindicalismo revolucionario francés, de 1900 a 1907, es cuando la idea de los consejos se desarrolló bajo su forma más clara y acabada. [...] Desde entonces, ni en Rusia ni en ningún lugar la idea de los consejos se enriqueció con ningún elemento nuevo que los propagandistas del sindicalismo revolucionario no hubieran formulado quince o veinte años antes.[2]

Esta afirmación puede cuestionarse. Efectivamente, si bien se puede subrayar que las prácticas del sindicalismo revolucionario se inscriben en el marco de la democracia directa de los explotados contra la democracia representativa de lo político, identificar esa corriente con un «sistema de los consejos» no deja de ser excesivo, ya que fue un proyecto que se materializó más tarde, tras las revoluciones rusas y alemana. A este respecto, en el estudio que sigue siendo la mejor obra sobre este tema, *Los Soviets en Rusia*, Oskar Anweiler escribe, hablando de los sóviets rusos de 1905:

Presentados como la base del sistema bolchevique de los consejos o como la forma de organización de la revolución, los sóviets de 1905 no fueron sino los precursores de los consejos de 1917. [...] La aparición de los sóviets de 1905 fue el fruto de toda una serie de factores concretos; los sóviets no se asignaron sino progresivamente unos objetivos más amplios y la formación de una ideología específica de los consejos no se materializó sino en la última etapa del movimiento.[3]

Sin embargo, es cierto que el sindicalismo revolucionario pensaba que los sindicatos movidos por un espíritu revolucionario eran las organizaciones de base necesarias para construir la nueva sociedad liberada de la explotación. Esa corriente se

2. *Ibid.* (en castellano, p. 15).
3. Oskar Anweiler: *Les Soviets en Russie, 1905-1921*, trad. Serge Bricianer, Gallimard, París, 1972, pp. 21-22 (en castellano: *Los soviets en Rusia, 1905-1921*, Zero, Madrid, 1975, p. 27. En este fragmento hemos optado por una traducción directa).

oponía de frente a la concepción de la conciencia política aportada a la clase obrera por militantes intelectuales desde el exterior. Criticaba el papel de guía de los partidos, unas instituciones que pretendían ser las depositarias del proyecto socialista. No obstante, para el propio Rocker, el sistema de los consejos era la aplicación de un proyecto preconcebido por una organización: la del sindicalismo revolucionario. Así, no tenía en cuenta la fuerza creadora de las huelgas de masas de principios de siglo en Europa Occidental, en cuyo seno aparecieron y se propagaron los sóviets, los comités de huelga y los consejos. La corriente del sindicalismo revolucionario había formulado, claro está, un proyecto cuyas ideas y experiencia estaban presentes en el pensamiento y en la acción de numerosos militantes de los sóviets y de los consejos; pero fue un movimiento espontáneo y representó un salto cualitativo, ya que creó una dinámica diferente que permitió que se expresaran nuevas potencialidades y una multitud de posibilidades.

Durante las semanas posteriores a la gran huelga general en Rusia y que desembocó en la insurrección de noviembre de 1905, un joven revolucionario, presidente del sóviet de los delegados obreros de San Petersburgo, se empeñó en definir ese nuevo movimiento, formado por comités obreros elegidos espontáneamente fábrica a fábrica y sin la más mínima presencia de las organizaciones sindicales y políticas:

El Consejo de los Diputados Obreros se formó para responder a una necesidad objetiva, suscitada por la coyuntura de entonces: tenía que haber una organización que gozara de una autoridad indiscutible, sin tradición alguna, que agruparía de golpe a las multitudes diseminadas y sin vínculos entre ellas; esa organización debía ser un aglutinador de todas las corrientes revolucionarias en el seno del proletariado; debía poder tener iniciativas y controlarse ella misma automáticamente.[4]

4. Leon Trotsky: *1905*, Les Éditions de Minuit, París, 1990 (en castellano: *1905*, Ediciones IPS, Buenos Aires, 2009), citado en Oskar Anweiler: *Les Soviets en Russie*, *op. cit.*, p. 62.

Ese joven revolucionario era el propio Leon Trotsky, militante de la tendencia socialdemócrata menchevique, la cual consideraba entonces a los sóviets como elementos de «autoadministración revolucionaria».[5]

Nuevos movimientos o acciones sin madurez

El movimiento de los sóviets en Rusia de 1905, y *a posteriori* las grandes huelgas políticas de 1908 y 1910 en Europa Occidental, tuvieron diversas y decisivas consecuencias para las diferentes corrientes socialistas organizadas. Provocaron las primeras grandes grietas ideológicas en los partidos marxistas socialdemócratas. Las tendencias anarquistas colectivistas y sindicalistas revolucionarias participaron activamente en ellos, pese a que a menudo sus pequeñas organizaciones se vieran superadas por la energía de los movimientos de masas y la creación de comités, consejos y sóviets. Estos, retomando una expresión de Rocker, se convirtieron sin duda alguna en «la piedra angular» del movimiento obrero, y propiciaron, a principios del siglo XX, un giro decisivo a los debates en torno a la idea del socialismo. Emergía un nuevo movimiento social, con formas originales de acción, de organización, de pensamiento, que le daba a las luchas una orientación diferente. Espontáneo y autónomo, ese movimiento confirmó las ideas de las corrientes del socialismo antiautoritario, principalmente anarquistas, ya que en él descubrieron la presencia de los principios anticentralistas. Por el contrario, desestabilizó profundamente a las organizaciones mayoritarias del movimiento obrero, a los enormes aparatos de la socialdemocracia y a los sindicatos relacionados con ellos. Los escasos socialistas que permanecían atentos al movimiento real de los explotados, consideraron la extraordinaria energía y creatividad que se desprendían de la

5. Oskar Anweiler, *ibid*., p. 55 (en castellano: p. 52)

huelgas de masas como la señal de una nueva aspiración revolucionaria. A la inversa, para las direcciones socialdemócratas el desconcierto fue enorme. Particularmente en Alemania, donde el partido se había convertido en una potente maquinaria, en una institución pagada de sí misma y confiada en sus objetivos. Al referirse a la Revolución rusa de 1905, Rosa Luxemburg se dirigía así a sus colegas dirigentes del partido:

> *Si por cualquier motivo y en cualquier momento, se producen en Alemania grandes luchas políticas y huelgas de masas, se iniciará, al mismo tiempo, una era de gigantescas luchas sindicales, sin que los acontecimientos se pregunten si los dirigentes sindicales aprueban o no el movimiento. Si se mantuvieran apartados o trataran de oponerse a la lucha, la consecuencia será simplemente que los dirigentes del sindicato serían marginados por el desarrollo de los acontecimientos, y las luchas, tanto las económicas como las políticas, serían llevadas adelante por las masas, se prescindiría de ellos; al igual que los dirigentes del partido, en caso análogo.*[6]

Entre las grandes figuras de la socialdemocracia, Karl Kautsky fue uno de los que reconocieron la fuerza de las huelgas de masas. Pero en ellas no vio algo políticamente positivo. Al contrario, las consideró como acciones retrógradas, negativas, ya que el partido no podía controlarlas. La práctica y el pensamiento vanguardistas condicionaban las mentes de los jefes más brillantes del movimiento socialista. Para Kautsky, sin jefes, sin dirección política, las masas solo podían ser unas fuerzas sin visión, destructoras, como recordó Gustave Le Bon en muchas ocasiones. La conciencia socialista no podía nacer, constituirse, renovarse, a partir de la lucha colectiva, sino que debía ser aportada a *las masas*, con matices más o menos importantes, desde el exterior por los *sabios* del partido. Los movimientos espontáneos, las iniciativas autónomas eran, para

6. Rosa Luxemburg: *Grève de masse, parti et syndicats*, *op. cit.*, pp. 160-161 (en castellano, p. 86).

los socialistas marxistas mayoritarios, una prueba de la falta de madurez de los explotados en lucha, pues la madurez tenía que expresarse a través del electoralismo y la práctica sindical, el seguidismo respetuoso de los jefes, de sus programas y de sus consignas.

Anton Pannekoek, al igual que Luxemburg, reconoció en esas huelgas y movimientos «una nueva forma de acción». En un estilo que le era propio, definió la irrupción de un nuevo fenómeno político desmarcándose del discurso del marxismo de la socialdemocracia que defendía la cohesión de los viejos aparatos, la única organización real, concreta y posible.

> *En realidad, el espíritu de la organización no es más que el alma que da al cuerpo energía vital y capacidad de acción. Pero esta alma inmortal no puede ascender a los cielos sin cuerpo, al contrario de como lo concibe la teología cristiana; se crea constantemente un cuerpo, la organización, porque los hombres que habita se unen en vistas a la acción común y organizada. Lejos de ser abstracta, cosas de la imaginación en relación a la «organización concreta», a la forma actual de asociación, no es menos real y concreta.*[7]

Aunque sorprendido, Pannekoek —que hasta entonces había escrito muchísimas páginas críticas sobre el anarquismo— fue tachado por Kautsky de simpatizante sindicalista revolucionario. «¡Bueno, adelante con el sindicalismo revolucionario!», le contestó, muy molesto, a causa de la obcecación del gran dirigente socialista.[8]

7. Anton Pannekoek: «Théorie marxiste et tactiques révolutionnaires» (1912), citado en Serge Bricianer: *Pannekoek et les conseils ouvriers*, *op. cit.*, p. 114 (en castellano, pp. 148-149).
8. *Ibid.*, p. 117 (en castellano, p. 152).

La superación de las organizaciones existentes

El revuelo político provocado por la eclosión de nuevos movimientos en Europa Occidental desbordó el marco de la socialdemocracia alemana y se extendió a Rusia, donde las corrientes socialdemócratas, mencheviques y bolcheviques, así como anarquistas, fueron superadas en la Revolución de 1905.

Los motines en el ejército, las revueltas campesinas y las huelgas obreras que culminaron en la huelga general de octubre, las primeras expropiaciones de tierras y sobre todo de fábricas fueron a la par de la creación espontánea de un amplia red de sóviets formados por delegados elegidos directamente por los campesinos y los trabajadores. Sin duda, la poca fuerza de los sindicatos favoreció ese movimiento de autoorganización. Pero la experiencia de la comuna rural, la *obchtchina*, muy presente en la conciencia popular, dio forma a esta creatividad social, principalmente en el campo, e impulsó la autoorganización de los sóviets. Prueba de ello, la reacción provocada por la ley Stolypin, de noviembre de 1906, que fue «la principal reforma social introducida por la contrarrevolución».[9] Esta reforma agraria debilitaba a las comunas rurales del Imperio zarista en beneficio de la propiedad privada de la tierra. En Ucrania en particular, la resistencia frente a la destrucción de la comuna rural fue un potente fermento de revuelta, inseparable de la fuerza del movimiento colectivista makhnovista. Hacia 1877, en sus famosos intercambios con los populistas rusos, Marx había pensado que esa comuna, en las condiciones particulares de una revolución, podía convertirse en «el punto de apoyo de la regeneración social en Rusia [...] un elemento de superioridad sobre los países todavía subyugados por el régimen capitalista».[10] Marx no podía imaginarse que los fundamentos igualitarios de esa forma

9. Malcom Menzies: *Makhno, une épopée*, L'échappée, 2017, p. 37.
10. Karl Marx: «Lettre à Vera Zassoulitch», en *Œuvres*, vol. II, *Économie II*, ed. Maximilien Rubel, Gallimard, col. Bibliothèque de la Pléiade, 1968, pp. 1557 y 1573 (en castellano: *Escritos sobre la comunidad ancestral*, Fondo Editorial y Archivo Económico, La Paz, 2015, pp. 152 y 204).

rural de organización reaparecerían actualizados en la forma de los sóviets. Con mayores potencialidades que las comunas rurales, con una influencia mucho mayor sobre la sociedad, del campo a las ciudades, los sóviets fueron, al igual que las comunas rurales, «el punto de partida directo del sistema económico al que tiende la sociedad moderna».[11]

Al principio, no parece que los anarquistas —igual de minoritarios que las demás fuerzas políticas, exceptuando a los socialdemócratas, en la inmensidad de la sociedad rusa— le otorgaran mayor importancia a esas nuevas organizaciones en las que, no obstante, se implicaron plenamente. De acuerdo con la idea que tenían de un movimiento espontáneo de masas, les parecía que los sóviets se correspondían bien con la propaganda que siempre habían desarrollado sobre la autoorganización.[12]

Los socialdemócratas minoritarios —los mencheviques— también participaron en los sóviets, los cuales definieron como organizaciones de «autoadministración revolucionaria».[13] Según su idea determinista de la historia, la etapa de la revolución burguesa era ineludible en Rusia; el «curso objetivo de la historia» pasaba por el desarrollo de la clase obrera y la construcción de sindicatos de clase. En esa perspectiva, los sóviets debían jugar un papel de presión desde abajo; constituían un

11. *Ibid.*, p. 1566 (en castellano, p. 199).
12. Durante el Congreso Internacional Anarquista de 1907, no se habló de la huelga general de octubre de 1905 en Rusia en el debate sobre el sindicalismo y la huelga general (Nicolas Walter: «Anarchism in Russia», *Anarchy*, n.º 81, noviembre de 1967). A propósito de la historia del movimiento anarquista ruso, véase Paul Avrich: *The Russian Anarchists*, Princeton University Press, Princeton, 1967 (en castellano: *Los anarquistas rusos*, trad. Leopoldo Lovelace, Alianza Editorial, 1974).
13. Tras el II Congreso de Londres, en 1903, del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia (POSDR), los mencheviques, minoritarios, se constituyeron en corriente. El desacuerdo se manifestó en cuanto a las concepciones de la organización: partido de masas (flexible) para los minoritarios, partido centralizado (de revolucionarios profesionales) para los bolcheviques. En cuanto a las fuerzas militantes, los mencheviques siguieron siendo mayoritarios en las organizaciones clandestinas del POSDR hasta Octubre de 1917. Pero entonces fueron minoritarios en el Congreso de los Sóviets. *(N. de la E.)*

doble poder cuya tarea era la de democratizar el Estado burgués.[14] Al ser percibidos como unas formas sindicales en construcción, los sóviets no tenían en ningún caso vocación alguna de sustituir al partido; sin embargo, como las propias fuerzas del partido eran aún escasas, los sóviets podían ocupar su lugar de forma provisional y ser estructuras de preparación de sus cuadros dirigentes. Por consiguiente, para los socialistas minoritarios los sóviets eran unas organizaciones espontáneas y efímeras, apolíticas, en la medida en que orgánicamente no estaban ligadas a ningún partido.

Por su parte, los bolcheviques, corriente mayoritaria antirreformista de la socialdemocracia rusa, le dieron un apoyo condicional y prudente a los sóviets de 1905.

La gran diferencia que separaba fundamentalmente a las dos corrientes de la socialdemocracia consistía en la interpretación sobre la naturaleza de una posible revolución en el seno de la sociedad rusa. Ambos, mencheviques y bolcheviques, pensaban que las condiciones materiales para una transformación socialista de la sociedad no estaban presentes en Rusia, una sociedad muy poco desarrollada desde el punto de vista de las fuerzas capitalistas. El derrocamiento del viejo sistema de propiedad de la tierra no podía sino producir una revolución burguesa. Mientras que los mencheviques se atenían al determinismo de ese razonamiento y concluían que, por lo tanto, había que asumir la fase intermediaria de la revolución burguesa, los bolcheviques razonaban como revolucionarios voluntaristas y consideraban que más allá de esa etapa democrática transitoria se podía ir hacia el socialismo. Para ello contaban, sobre todo, con la extensión de la revolución en Europa. En la concepción de Lenin, para que la transición de la etapa de la revolución burguesa hacia la revolución socialista pudiera efectuarse en Rusia, la dictadura del proletariado y de los campesinos debía asumir las tareas de la revolución burguesa. Por «dictadura revolucionaria» había que entender, claro está, «dictadura del

14. Idea que defendía Martov en particular.

partido revolucionario». En ese momento ya estaban presentes las premisas de la idea de «revolución permanente», una sucesión de etapas, de fases de transición, que más adelante constituyeron la táctica y la estrategia bolcheviques. Contrariamente a los mencheviques, que atribuían a los sóviets un mero papel de fuerza de presión para la reforma y la modernización del Estado democrático burgués, el voluntarismo vanguardista de los bolcheviques les atribuía un lugar en la preparación de la revolución, en la formación del nuevo Estado sometido al partido revolucionario.

La cautela de Lenin y la sensibilidad de Trotsky frente a los sóviets

Lenin mantuvo en varias ocasiones la ambigüedad en sus escritos a propósito del papel de los sóviets, permitiendo diferentes lecturas, a menudo contradictorias entre sí. De igual manera había apoyado a Rosa Luxemburg en los debates en el seno de la socialdemocracia. Pero solo reconocía la fuerza creadora de las masas revolucionarias en la medida en que fortalecía su lucha contra el reformismo menchevique. En la cuestión de la espontaneidad revolucionaria, cuando Luxemburg y Kautsky se enfrentaron en 1910, Lenin tomó partido a favor de este último, que era considerado como un adversario de los reformistas.[15] Compartía la cautela de Kautsky respecto a las organizaciones espontáneas, pues en ellas veía un peligro de anarquismo, de anarcosindicalismo, que el partido siempre tenía que estar dispuesto a combatir. En un principio, los bolcheviques no captaron hasta qué punto este enfrentamiento ideológico escondía una ruptura más profunda en la corriente socialista marxista. Dispuestos a defender una táctica voluntarista radical, la de la toma del poder en oposición al gradualismo de los

15. John Peter Nettl: *Rosa Luxemburg*, *op. cit.*, pp. 317-318.

mencheviques, no obstante permanecían fieles al principio de la doble organización política y sindical que formaba la columna vertebral de la socialdemocracia. Pero, sobre todo, para los bolcheviques no se podía cuestionar el papel reservado a la organización política, el partido, en cuanto al conocimiento y la transmisión del contenido del socialismo, en cuanto a su papel de dirección de *las masas*. Por último, ambos partidos, mencheviques y bolcheviques, no veían o ignoraban las nuevas características de unos sóviets que reivindicaban y ponían en práctica un sistema de representación directa, en el cual el poder y la acción se hallaban directamente bajo el control de la colectividad en lucha por la defensa de sus intereses.

Finalmente, los sóviets de 1905 fueron aceptados algunas veces como órganos revolucionarios y otras rechazados como organizaciones apolíticas y confusas.

> *[Lenin] estaba al mismo tiempo decidido a sujetarlos, conformarlos a su voluntad y dirigirlos a la meta por él deseada. [...] Solo puede concebir los sóviets como órganos dirigidos, para él son instrumentos de dirección del Partido dentro de las masas obreras, no verdaderas formas de una democracia obrera.*[16]

En cambio, como ya hemos señalado, Trotsky —cercano a los mencheviques en 1905— fue más sensible al carácter espontáneo y democrático de esas organizaciones. No solo reconoció su naturaleza espontánea, independiente de la actividad de los partidos y de los débiles sindicatos existentes, sino que, entre los socialistas rusos de la corriente marxista, fue uno de los pocos que se situaba en la misma onda que Rosa Luxemburg y demás disidentes socialdemócratas de izquierdas, que concedían a esas organizaciones una nueva creatividad que rompía con el modelo jacobino. Los sóviets eran, en opinión de Trotsky, «la verdadera democracia, no falsificada [...] sin burocracia

16. Oskar Anweiler: *Les Soviets en Russie, 1905-1921*, *op. cit.*, pp. 102-103 (en castellano, pp. 90-91).

profesional, conservando los electores el derecho de reemplazar cuando quieran a sus diputados».[17] Parvus, uno de sus allegados, incluso admitió que «con el Consejo de Diputados Obreros en Petersburgo se impuso, por primera vez, una organización que no actuó de forma destructora, sino constructiva».[18]

Febrero de 1917 y las nuevas tareas

Una vez más en la historia, el movimiento de autoorganización y las experiencias de ejercicio directo de la soberanía colectiva se impusieron a la vida política e institucional de los partidos y de los sindicatos, y propiciaron los debates y las confrontaciones en el seno de las organizaciones socialistas y entre ellas. El movimiento de los sóviets rusos suscitó retoques ideológicos, nuevas reagrupaciones, cambios de táctica política, rupturas, sobre todo en las corrientes centralizadoras y jacobinas. La Revolución rusa de 1905 y las huelgas de masas en Europa Occidental correspondieron a un primer momento de esa problemática. La Revolución rusa de 1917 la profundizó radicalmente.

Al principio, en 1905, los sóviets eran meras organizaciones reivindicativas, pero al multiplicarse en la sociedad y al debilitarse las instituciones del Estado, se vieron obligados a plantearse cuestiones más globales, a intervenir en problemas relacionados con la organización social y en campos diferentes de los de la producción. Tal y como sucedió en experiencias anteriores de «huelgas de masas», la separación entre la lucha económica y la lucha política fue superada por la dinámica y la amplitud del movimiento. Pero el restablecimiento de la

17. Leon Trotsky: *1905*, Les Éditions de Minuit, 1976, p. 213 (en castellano en bit.ly/2SU5bEa, p. 214).
18. Citado en Oskar Anweiler: *Les Soviets en Russie*, *op. cit.*, p. 110 (en castellano, p. 96).

situación por parte del régimen zarista las hizo desaparecer tan rápido como habían aparecido. Sin embargo, el régimen no se fortaleció y hasta la guerra no consiguió consolidar realmente su control sobre la sociedad. Ya desde 1915, el descontento social había aniquilado el entusiasmo patriótico y la explosión social parecía de nuevo ineluctable. En febrero de 1917, tras semanas de insurrecciones y de sublevaciones populares contra la matanza ocasionada por la guerra, el hambre y los sufrimientos sociales, una huelga general hizo caer al régimen zarista que, sobre la marcha, fue sustituido por un Gobierno provisional. El sistema de propiedad de la tierra fue derribado. En el frente estallaron motines con la formación de sóviets de soldados, lo que acarreó una rápida descomposición del ejército y arrojó a hordas de soldados al camino de retorno del frente, hordas que propagaron la revolución social en los campos mientras se extendían las ocupaciones de fábricas en los centros industriales. El aparato gubernamental y administrativo del antiguo régimen se derrumbó y dejó en evidencia la fragilidad del Gobierno provisional. En adelante, los nuevos sóviets «se encontraron con una nueva tarea. Hasta entonces habían sido los órganos de la revolución, pero ahora tenían que transformarse en los órganos de la reorganización de la sociedad».[19]

Movimiento espontáneo, la Revolución de Febrero de 1917 se extendió como la pólvora por todo el territorio de Rusia, muy particularmente en los campos, al contrario de lo que había sucedido en 1905. Oskar Anweiler subrayó que en 1917 los sóviets fueron más dependientes de los partidos que en 1905. En 1917, los sóviets no surgieron directamente de una huelga de masas en los grandes centros industriales o de ocupaciones de propiedades agrícolas, sino que fueron más bien fruto de una insurrección política contra el régimen zarista y contra la guerra. Muy rápidamente, se convirtieron en los lugares predilectos donde se desarrollaron la actividad y la

19. Anton Pannekoek: «La Révolution russe», en *Les conseils ouvriers*, *op. cit.*, p. 136.

confrontación de los militantes revolucionarios y de las organizaciones políticas, en el contexto particular del doble poder que se estaba asentando.

> *El especial rasgo característico de la Revolución de Febrero era, junto a la sorprendentemente fácil eliminación del zarismo, el singular carácter doble del poder estatal que se desprendió de la Revolución: la coexistencia del Gobierno Provisional y del Consejo Obrero y de Soldados de Petersburgo.*[20]

Dirigente socialista revolucionario moderado, Kérenski, el hombre fuerte del Gobierno provisional, consideraba que los sóviets eran organizaciones incompletas, efímeras: «No como órganos de gobierno [...] sino como meros instrumentos destinados a facilitar el paso a un nuevo orden democrático».[21] Desde 1905, el partido socialdemócrata no había cambiado, como quien dice, un ápice, su visión de ese movimiento de autoorganización de base. Los mencheviques y los socialistas revolucionarios, cuyos militantes estaban mayoritariamente dentro de los sóviets, reconocían que esos órganos habían jugado su papel en la caída del antiguo régimen, aunque no pensaban que pudieran ser portadores de nuevas perspectivas. En su opinión, los sóviets no podían hacer otra cosa que decaer una vez instalado el Gobierno provisional. Los bolcheviques y los socialistas revolucionarios de izquierda los consideraron de otra forma, ya que sus intenciones estratégicas diferían de las de los mencheviques: tenían por objetivo utilizarlos para la toma del poder. Esos sóviets debían convertirse en la estructura básica del nuevo Estado revolucionario. Para Oskar Anweiler, «así se establecía una relación de identidad entre la conquista del poder por los consejos y la conquista de los consejos por los bolcheviques».[22] Pero esa identidad era la negación del carácter

20. Oskar Anweiler: *Les Soviets en Russie*, *op. cit.*, p. 159 (en castellano, p. 135).
21. *Ibid.*, p. 176 (en castellano, p. 149).
22. *Ibid.*, p. 179 (no se ha localizado esta cita en la edición en castellano).

autónomo y novedoso de los sóviets, anunciaba por sí misma su futuro control por las organizaciones políticas y, más tarde o más temprano, su disolución en el nuevo Estado revolucionario.

Cuando el voluntarismo bolchevique seduce a los anarquistas

En 1917, Lenin volvió a poner de moda el análisis de Marx sobre la Comuna de 1871. Los sóviets fueron entonces presentados como unos órganos revolucionarios de doble poder.

> *Lenin establecía asimismo una filiación directa de la Comuna parisina con los consejos de 1917 pasando por los sóviets de 1905; en cada caso se trataba, por definición, de un nuevo Estado proletario que representaba una forma superior a la de la república democrática burguesa.*[23]

Momentáneamente, pareció que Lenin se alejaba de la concepción marxista clásica de la socialdemocracia según la cual el paso al socialismo se realizaría a través de la acción de un poder centralizado. Sin embargo, el debate en el seno del propio partido bolchevique aún no estaba, ni mucho menos, zanjado. La inmensa mayoría de los bolcheviques reconocían la importancia de los sóviets, pero dudaban de su capacidad para tomar el poder de Estado. Algunos dirigentes del partido consideraban, incluso, que con ese giro táctico Lenin abandonaba por ahora la vía jacobina y se acercaba a las concepciones anarquistas. Entre los mencheviques, varias voces se alzaron acusando a Lenin y a sus amigos de estar influenciados por el bakuninismo. A sus ojos, su vanguardismo extremo y su voluntarismo eran

23. *Ibid.*, p. 191 (en castellano, p. 162. Aquí hemos optado por una traducción directa).

anarquismo. Un socialdemócrata ruso de 1919 llegó a afirmar que «toda la ideología de los bolcheviques está penetrada de las ideas del socialismo utópico o incluso del más auténtico anarquismo».[24] Esa apreciación la apoyó con mayor concisión uno de sus correligionarios alemanes: «La teoría del bolchevismo o, para ser más exacto, del leninismo, no es más que un retorno al bakuninismo».[25] De hecho, con el movimiento de los sóviets Lenin pudo revelar su habilidad política y modificar sus concepciones. Seguía convencido de que el partido era necesario para la toma del poder, pero consideraba que los sóviets eran los órganos que le permitirían alcanzar ese objetivo. Sin embargo, el partido seguía reservándose el poder de decisión. Así, cuando se produjo la insurrección de octubre de 1917 contra el Gobierno provisional, «El II Congreso soviético de toda Rusia se enfrentó con el hecho consumado de la conquista del poder por los bolcheviques y no por los sóviets».[26] De todos modos, los bolcheviques reconocieron que el movimiento de los sóviets representaba una ruptura con las prácticas reformistas del pasado y dieron prueba de su capacidad táctica al utilizar el movimiento para establecer su propio poder. Las corrientes que defienden la naturaleza *proletaria* de la Revolución rusa insisten en el papel desempeñado por el partido bolchevique, fuerza que supuestamente detenta «la conciencia revolucionaria del proletariado». Al contrario, se puede defender que fueron la emergencia del movimiento de los sóviets y su fuerza de ruptura antirreformista las que le dieron un carácter proletario a la revolución. En efecto, la Revolución rusa mostró

> *…cómo una clase de obreros industriales es capaz de quebrantar y destruir el poder del Estado por medio de una colosal acción de masas, una oleada de huelgas salvajes sin precedentes, y a continuación, cómo los comités de huelga se transforman durante estas acciones en consejos obreros, órganos de lucha y de autogestión, encargados de las tareas y de las funciones políticas.*[27]

24. D. Gravronsky, citado en Arthur Lehning: *Anarchisme et marxisme dans la révolution russe*, Spartacus, París, 1971, p. 29 (en castellano: *Marxismo y anarquismo en la Revolución Rusa*, Libros de Anarres, Buenos Aires, 2004, p. 41).
25. Heinrich Cunow, citado en Arthur Lehning, *ibid*., p. 29 (en castellano, p. 41).
26. Oskar Anweiler: *Les Soviets en Russie*, *op. cit.*, p. 260 (en castellano, p. 216).

En un periodo revolucionario, las corrientes políticas se enfrentan a unas situaciones reales que son más complejas que los análisis, los programas y las proclamas. En ciertas circunstancias, las orientaciones, por muy claras que parezcan, se ven empañadas por las tareas y las urgencias del momento y surgen convergencias entre fuerzas *a priori* de naturaleza antagónica.

Al principio del periodo revolucionario, hacia febrero de 1917, la separación entre las corrientes anarquistas y la mayoría socialdemócrata bolchevique no siempre fue demasiado pura en el terreno de las luchas y las acciones. Anarquistas, socialistas revolucionarios de izquierda y bolcheviques acabaron juntos en su oposición al Gobierno provisional apoyado por la minoría menchevique. No obstante, los bolcheviques tenían como objetivo confeso tomar y conservar el poder político, razón por la cual fueron, al fin y al cabo, más indecisos que los anarquistas en su oposición al Gobierno. El anarquista Volin se percató de ello; en sus cálculos, los bolcheviques se comportaron como auténticos políticos:

> *Si la Constituyente validara su poder, su posición se consolidaría rápida y singularmente en el país y en el extranjero. En caso contrario, se sentirían bastante fuertes para desembarazarse de ella en la primera ocasión.*[28]

27. Anton Pannekoek: «La Révolution russe», en *Les conseils ouvriers*, *op. cit.*, p. 139 (esta cita no ha sido encontrada en la edición en castellano referenciada en esta edición. En cambio, aparece con la misma referencia en Serge Bricianer: *Pannekoek y los consejos obreros*, *op. cit.*, p. 329).
28. Volin: *La Révolution inconnue*, Verticales, 1997 [1947], p. 202 (en castellano: «La revolución desconocida», *Fondation Besnard*, bit.ly/2UDCYkV, p. 86).

Sin embargo, confundió a bastantes anarquistas rusos el hecho de que el voluntarismo leninista se acercara a la acción directa. En Rusia, los anarquistas apoyaron las medidas que defendían las comunas campesinas, la expropiación y la gestión de las fábricas por los sóviets, así como los decretos sobre el control obrero. Los anarquistas estuvieron en primera línea durante el ataque al Palacio de Invierno en Petrogrado, en octubre de 1917. Y cuando los bolcheviques disolvieron la Asamblea Constituyente en enero de 1918 y expulsaron a la minoría socialdemócrata, también fueron apoyados por los anarquistas. Al principio, muchos se enrolaron en el Ejército Rojo, como Gregori P. Maximoff (uno de los militantes más activos entre los anarcosindicalistas rusos). Fue un caso ejemplar: se alistó en el Ejército Rojo en 1919 y luego fue detenido por desobediencia cuando los bolcheviques empezaron a utilizar al ejército como fuerza de policía contra los trabajadores. Condenado a muerte, Maximoff fue liberado gracias a la intervención del sindicato de metalúrgicos. La retórica de Lenin en *El Estado y la revolución*, su elogio reiterado de la democracia directa de los trabajadores en los sóviets y la propuesta de construir un Estado siguiendo el modelo de la Comuna de París, favorecieron la ambigüedad y la duda. En muchos países, a causa de la distancia y de la falta de información, la Revolución rusa fue percibida, al principio, como una revolución anarcocomunista, que a veces podía inducir a ciertas facciones del movimiento anarquista a formar partidos comunistas.[29]

Sobre las condiciones «objetivas»

En su lucha contra la mayoría menchevique del partido, Lenin y sus amigos se opusieron tajantemente al reformismo, denunciándolo como la vía del compromiso con el capitalismo. No

29. Fue el caso, por ejemplo, en dos sociedades bien distintas, los Estados Unidos y Portugal.

obstante, para ambas tendencias, mencheviques y bolcheviques, la conciencia de clase no era fruto de la práctica de las luchas sino de la teoría elaborada por el partido —teoría sin la cual no había movimientos, reformista o revolucionario—. Por consiguiente, las ideas socialistas no procedían directamente de las relaciones de explotación o de la reflexión sobre la lucha colectiva contra el capitalismo. Eran elaboradas por los intelectuales, las élites dirigentes del movimiento socialista. Para sus oponentes, los anarquistas primero y los disidentes de la izquierda marxista más tarde, ese tipo de concepción expresaba la división entre trabajo intelectual y trabajo manual, justificaba la separación entre sabios e ignorantes, entre los «sacerdotes» socialistas y el pueblo, entre dirigentes y dirigidos. Durante mucho tiempo, la concepción de la socialdemocracia marxista había afirmado que, a través de sus luchas espontáneas, los explotados solo alcanzarían una mera conciencia tradeunionista. Retomando esa idea,[30] los bolcheviques no podían explicar la hegemonía de la línea reformista en el movimiento obrero sino como fruto de una mala dirección. Analizaron la crisis de la socialdemocracia como una crisis del partido, crisis que procedía de arriba. Privados de este modo de sus dirigentes revolucionarios, las masas se desorientaban y perdían de vista sus objetivos revolucionarios. Dicho esto, y según el modelo clásico de la socialdemocracia, el partido bolchevique era una máquina dispuesta a conquistar el poder político según los principios estatales de la centralización y de la eficacia, y la clase obrera no era el sujeto soberano de su propia emancipación; solo era una de las condiciones objetivas sobre las cuales actuaba el partido: «La clase obrera era para él [Lenin] una parte de las condiciones objetivas de la revolución, no una parte de las exigencias subjetivas de esta».[31] Para la socialdemocracia y para los bolcheviques, el proletariado no podía pues, a través de su propio movimiento autónomo,

30. Lenin hizo la crítica del «peligro tradeunionista» en *¿Qué hacer?* (en castellano existe una edición de Akal, Madrid, 2015, pp. 53-98).
31. Paul Mattick: *Marxisme, dernier refuge de la bourgeoisie?*, Entremonde, 2011, p. 274.

subvertir el viejo orden y construir una sociedad socialista. *Las masas* correspondían precisamente a esa «condición de objetividad», y por tanto las dos formaciones que se consideraban indispensables debían dirigirlas, conducirlas.

> *Tanto uno como otra [bolchevismo y socialdemocracia] pensaban que era a través del partido que la clase obrera tomaba conciencia de sus intereses de clase y podía actuar para defenderlos.*[32]

Esa concepción retomaba la de la corriente jacobina y eliminaba las posibilidades de un proyecto de autogobierno. Para ambas corrientes del socialismo de Estado, el partido era el único representante de la clase obrera y el depositario «histórico» de la conciencia de la revolución social, del porvenir.

Fue a partir de la primera mitad de 1918 cuando los anarquistas y los sindicalistas se distanciaron del partido bolchevique, cuando este consiguió que los órganos del Estado se sometieran a su poder y ejerció su dominio sobre la economía. La ruptura fue definitiva en abril de 1918, al desencadenarse la primera ola de represión contra los medios libertarios. Hecho significativo, es entonces cuando Lenin reivindicó la orientación hacia el capitalismo de Estado del nuevo poder. Cuatro meses más tarde, en agosto de 1918, cuando las nacionalizaciones echaron por tierra las veleidades de construir un poder autónomo de los comités de fábrica y se fortaleció el poder vertical de los expertos económicos al servicio del partido, los anarcosindicalistas también empezaron a referirse al régimen de forma crítica, calificándolo de «capitalismo de Estado», de «comunismo de Estado», de «régimen burocrático», e incluso de «dictadura de partido» en la que una nueva clase se había apoderado de la gestión,[33] críticas anteriores a las de las primeras disidencias bolcheviques organizadas —como la de la

32. *Ibid.*, p. 349.
33. Véanse Alexandre Skirda: *Les Anarchistes russes et les soviets*, *op. cit.*; y Paul Avrich: *Les Anarchistes russes*, Nada, París, 2017 [1967].

Oposición Obrera, que fue la más importante—[34] y que resonaban de manera cada vez más extendida en la sociedad, sobre todo entre los obreros revolucionarios confrontados cada día a las maniobras y a la prepotencia de los jefes bolcheviques.

Regenerar la revolución o el partido

En aquel momento confluyeron dos importantes acontecimientos: la Insurrección de Kronstadt y el X Congreso del Partido Bolchevique que acabó con las últimas oposiciones internas.

La rebelión de Kronstadt, que estalló por solidaridad con las huelgas surgidas en Petrogrado, alzó la bandera de la lucha contra el control de los sóviets por el partido.[35] Entre otras cosas, los insurrectos reivindicaban: reelecciones libres con voto secreto en los sóviets, total libertad de expresión, libertad sindical, liberación de los presos políticos revolucionarios y supresión de la propaganda oficial, interrupción de las requisas en el campo, supresión del racionamiento. La Oposición Obrera y los insurrectos de Kronstadt coincidieron en su crítica del régimen bolchevique:

> *Ambos criticaban a la dirección [del partido] por haber traicionado el espíritu de la revolución, por haber sacrificado los ideales igualitarios y democráticos en aras del oportunismo y de la «eficacia», y por tener tendencia a interesarse de forma burocrática por el poder en sí.*[36]

34. Maurice Brinton: *Les Bolcheviks et le contrôle ouvrier*, folleto del grupo Solidarity, *Autogestion et Socialisme*, n.º 24-25, septiembre-diciembre de 1973 (reed. Les Nuits Rouges, 2016).
35. *La Commune de Cronstadt*, recopilación, Bélibaste, 1969.
36. Robert Vincent Daniels: *The Conscience of the Revolution*, Harvard University Press, Cambridge, 1960, pp. 145-146, citado en Maurice Brinton: *Les Bolcheviks et le contrôle ouvrier*, *op. cit.*, p. 67.

Pero la convergencia se quedó en eso. La Oposición Obrera no pedía que el Estado fuera más democrático como tampoco cuestionaba el monopolio del poder del partido; reclamaba esencialmente una mayor libertad de discusión y de democracia dentro de la estructura. Tampoco se apartó de las concepciones del partido sobre el papel de los sindicatos en el nuevo Estado, cuestión principal en los debates del X Congreso. Por el contrario, los insurrectos de Kronstadt se posicionaron de entrada fuera de ese marco, reivindicando elecciones libres en los sóviets, cosa que el partido no podía aceptar.

Durante el X Congreso del Partido Bolchevique, los debates y los enfrentamientos fueron el reflejo del profundo malestar que estremecía al país, de las huelgas y levantamientos que estallaban casi en todos sitios, «pero esos acontecimientos no constituían sino la parte visible de un enorme iceberg. El descontento y la desilusión imperaban en todas partes».[37] Por su lado, los bolcheviques sabían que, con el peso de las circunstancias históricas, existían importantes contradicciones en la sociedad rusa entre los intereses del campesinado y los de los trabajadores de la industria. Ya que no confiaban en la energía y la creatividad revolucionarias, consideraron que la única forma de enfrentarse a esas contradicciones era la dictadura del partido. Los jefes bolcheviques, Lenin a la cabeza, hasta llegaron a ver en la posición que defendía a los sindicatos frente al partido la expresión de un antagonismo entre ambas formas de organización. Para que aquel pudiera ejercer su dictadura, era obvio que había que aplastar la rebelión de Kronstadt y reducir al conjunto de la oposición política. Ironía de la historia, los miembros de la Oposición Obrera que acababan de ser silenciados integraron voluntariamente el contingente de delegados del partido que formaba parte de las tropas que aplastaron la Insurrección de Kronstadt.[38] ¡Así se manifestaba la fe en el partido!

37. *Ibid.*, p. 180.
38. Oskar Anweiler: *Les Soviets en Russie*, *op. cit.*, pp. 310-321 (en castellano, pp. 258-266).

A pesar de la simpatía que suscitó la rebelión en una sociedad dominada por el descontento y carcomida por el miedo —eso explica la petición del voto secreto—, del malestar que ya sufrían algunos militantes bolcheviques,[39] de los intentos de mediación con la dirección bolchevique de personalidades revolucionarias respetadas y presentes entonces en Rusia (como Emma Goldman y Alexander Berkman), la rebelión fue aplastada de forma sangrienta por el nuevo Estado «un día antes del aniversario de la Comuna de París…» —¡subrayó con rabia Emma Goldman!—. Si bien no fue el único, Víctor Serge observó que el partido bolchevique optó por la propaganda y la mentira en el momento preciso en que los sublevados de Kronstadt reivindicaban el retorno a la democracia en el seno de los sóviets y una mayor libertad de expresión. Parecía que la mentira ya no tuviera límites, se había convertido en la política entronizada.[40]

Sin dudarlo, los anarquistas apoyaron a los sublevados de Kronstadt y sus reivindicaciones. Con ellos, veían la posibilidad de una regeneración de la revolución, la «tercera y última etapa de la Revolución rusa», el fin de «la usurpación del poder por un nuevo partido político»[41] y el regreso a un sistema de representación más democrático. Según Volin, durante el periodo de 1919-1921 la idea de revolución social

> *…se expandió en el ambiente revolucionario de las masas laboriosas. […] Su influencia aumentaba a medida que los acontecimientos se extendían. […] Así, la lucha entre las dos concepciones de la revolución social y, al mismo tiempo, entre el poder bolchevique y ciertos movimientos defensivos de*

39. Véase, entre otros, el testimonio de Víctor Serge: *Mémoires d'un révolutionnaire*, Seuil, París, 1951 (en castellano: *Memorias de un revolucionario*, Traficantes de Sueños, Madrid, 2019). No obstante, Víctor Serge era muy allegado a Zinoviev.
40. Víctor Serge: «Cronstadt 1921», en *Mémoires d'un révolutionnaire*, *op. cit.*
41. «Tout le pouvoir aux soviets, serait-ce la fin?», texto de anarcosindicalistas rusos, *Goloss Trouda*, n.º 11, Petrogrado, 20 de octubre de 1917; publicado de nuevo por Volin en *La Révolution inconnue*, *op. cit.*, p. 194 (en castellano, pp. 82-83).

las masas trabajadoras fue de gran trascendencia en los acontecimientos.[42]

Cuando incluso algunos sectores de la base del partido bolchevique manifestaban su creciente insatisfacción frente al desarrollo de la situación, Volin tenía tendencia a limitar el despertar del espíritu revolucionario a los medios influenciados por los anarquistas. Prueba de ello eran, para él, los férreos métodos de represión utilizados por el partido bolchevique contra los anarquistas y los sindicalistas revolucionarios, «los mismos métodos que había empleado contra los reaccionarios».[43] Esta visión de una posible «regeneración de la revolución» fue demasiado optimista, pues, hacia 1921, se había roto el impulso revolucionario y el anhelo de los anarquistas en favor de una «tercera etapa de la revolución» no pudo realizarse en una sociedad agotada y en la que tampoco había ya el entusiasmo revolucionario.

El voluntarismo anarquista tenía como equivalente la decepción que imperaba en el seno de la izquierda bolchevique. A esta última le preocupaba el aumento de los arribistas y oportunistas en el partido, la integración de los cuadros del antiguo régimen en las instituciones del nuevo Estado y en el Ejército, todo ello en nombre del respeto de las competencias y de la «necesidad de disponer de especialistas». Pero la gran masa de bolcheviques críticos temía sobre todo a la contrarrevolución y acabó aceptando la idea de sus jefes que afirmaban que oponerse a la dictadura del partido conducía a la anarquía y, por ende, a la contrarrevolución.

Entonces, dos posiciones se enfrentaron sobre la cuestión de las potencialidades de los sóviets. Los anarquistas, los sindicalistas y algunos escasos bolcheviques de izquierda insistían en creer que la vuelta a una «democracia real», directa, podría reavivar la energía revolucionaria de los sóviets; mientras que, por otro lado, la mayoría de los bolcheviques críticos buscaban la salvación en la renovación revolucionaria de la dirección del

42. Volin: *La Révolution inconnue, op. cit.*, pp. 156-157 (en castellano, p. 64).
43. *Ibid.*, p. 156 (en castellano, p. 64).

partido.[44] El hecho es que, una vez aplastada la Insurrección de Kronstadt, la dirección del partido se vio reforzada y se apresuró en retomar por su cuenta lo esencial de las reivindicaciones económicas de los vencidos, bajo el nombre de Nueva Política Económica (NEP). Sobre la marcha, el X Congreso tildó a la Oposición Obrera de «desviación anarcosindicalista» y prohibió el derecho a fracción en el partido. Al suprimir en el seno de las organizaciones de base las aspiraciones a la autonomía y a la democracia, desaparecían también las oposiciones organizadas en el seno del partido, al igual que la posibilidad de un verdadero debate político.

Durante la Rebelión de Kronstadt, los dirigentes bolcheviques se inventaron una mentira que relacionaba la contrarrevolución con la reivindicación de la democracia directa de los sóviets como una representación directa de los explotados. Una mentira que, añadida a otras, se convirtió en la política oficial del nuevo régimen. Un siglo después, esa falacia sobrevive al desmoronamiento de la fría ideología del estalinismo y sigue siendo divulgada por respetables historiadores.

Eric J. Hobsbawm, en su libro *La era de los extremos*, equiparó la victoria de la Revolución rusa sobre la contrarrevolución con la confrontación política de Lenin frente a la «anarquía».[45] Al ignorar todos los trabajos serios sobre el movimiento de los sóviets, Hobsbawm también retomó la idea según la cual los sóviets eran órganos invertebrados e inmaduros: «Los sóviets tenían el poder (o al menos el poder de veto) en la vida local, pero no sabían qué hacer con él ni qué era lo que se podía o se debía hacer».[46] Así, estuvieron ineluctablemente condenados a someterse a la dirección del partido y a la «extraordinaria influencia de Lenin [...] el conocimiento

44. Víctor Serge compartirá también esa posición (véase *Mémoires d'un révolutionnaire, op. cit.*).
45. Eric J. Hobsbawm: *L'Âge des extrêmes*, Complexe, 1999, p. 95 (en castellano: *Historia del siglo XX*, trad. Juan Fací, Jordi Ainaud y Carme Castells, Grijalbo/Mondadori, Buenos Aires, 1999).
46. *Ibid.*, p. 93 (en castellano, p. 68).

de lo que querían las masas, lo que les indicaba cómo tenían que proceder».[47]

Más allá de la complejidad de la situación, los acontecimientos del año 1921 esclarecieron los fundamentos y la naturaleza de la Revolución rusa y del comunismo de partido a nivel mundial, en el giro decisivo que marcó su devenir. Según Víctor Serge, el propio Lenin, que era consciente de que la tan esperada «revolución europea» faltaría a la cita, habría analizado ese giro como un paso contrarrevolucionario realizado por el propio partido para conservar el poder: «Esto es termidor. Pero no nos dejaremos guillotinar. ¡Haremos nuestro termidor nosotros mismos!».[48] La aniquilación de Kronstadt significó la derrota de la idea de los sóviets. La dimensión emancipadora de la Revolución rusa fue sepultada por el jacobinismo proletario junto con las últimas aspiraciones igualitarias. El sistema capitalista de Estado en construcción mostraba su total antagonismo con los principios de la democracia directa, de la soberanía de los productores. Emma Goldman lo había predicho: de aquí en adelante «nada parará la rueda infernal de la máquina comunista».[49]

47. *Ibid.* (en castellano, p. 69).
48. Víctor Serge: *Mémoires d'un révolutionnaire, op. cit.*, p. 144 (en castellano, p. 183).
49. Emma Goldman: *Épopée d'une anarchiste*, traducción al francés y adaptación por Kathy Bernheim y Annette Lévy-Willard, Hachette, Vanves, 1979, p. 284. Una versión completa de la obra original, *Living my Life*, va a ser editada por la editorial L'échappée, traducida por Laure Batier y Jacqueline Reuss (en castellano: *Viviendo mi vida*, vol. 1 (2014) y vol. 2 (2019), Capitán Swing/Fundación Anselmo Lorenzo, Madrid).

LA RECETA LENINISTA:
EL «CONTROL OBRERO» VERSUS EL «HUMOR CAMBIANTE DE LA DEMOCRACIA OBRERA»

El nuevo orden social bolchevique

El control creciente del nuevo Estado revolucionario y de la economía por el partido bolchevique empezó a partir de octubre de 1917 y estuvo marcado por crisis y conflictos políticos. El control acabó siendo prácticamente total antes del final de la guerra contra los ejércitos blancos. El final de la guerra civil en Ucrania con la derrota de los blancos vencidos por el Ejército Rojo y los makhnovistas, en noviembre de 1920, fue el acontecimiento determinante de todo este desarrollo. En cuanto lograron la victoria, los bolcheviques se volvieron contra sus aliados y empezaron a estrangular las experiencias de colectivización anarcocomunistas en el campo ucraniano y a neutralizar a las tropas de Makhno.[1] Todo eso fue una señal de la incompatibilidad del proyecto económico de los bolcheviques con los intentos de gestión directa de la producción por

1. Véanse Alexandre Skirda: *Nestor Makhno, le cosaque libertaire. 1888-1934*, Les Éditions de Paris, París, 2005; y Malcolm Menzies: *Makhno, une épopée*, *op. cit.*

los trabajadores. La consolidación del control centralizado del partido bolchevique sobre la economía fue a la par que la burocratización de los sóviets y la integración de los comités de fábrica en los sindicatos. También hacia finales de 1920, Trotsky luchó en el seno del comité central del partido para que se aplicaran sus ideas sobre la militarización del trabajo y para imponer una gestión productivista a los sindicatos.

Confirmada por la experiencia histórica particular de la Revolución rusa, la eficacia de los bolcheviques se convirtió en una nueva doctrina, el leninismo. La táctica aplicada con éxito para conquistar y conservar el poder del Estado en la situación de Rusia a principios del siglo XX se erigió en receta replicable, siempre y por doquiera. Era la verdad política ante la cual los partidos comunistas se doblegarían de ahora en adelante bajo la dirección de la Tercera Internacional. Veinte años más tarde, algunos disidentes de las corrientes comunistas europeas empezaron a cuestionar los fundamentos filosóficos de ese marxismo-leninismo convertido en doctrina del conjunto de los partidos comunistas:

> *Se ofrece a los intelectuales de todo el mundo el leninismo, bajo el nombre de «marxismo» o «dialéctica», y se intenta persuadirlos de que constituye la teoría básica en que todas las ciencias especiales encuentran cabida como en un marco general.*[2]

De este modo, esas críticas se remontaron inevitablemente a la raíz autoritaria del pensamiento de Lenin y de su doctrina. Esta

> *…corresponde a la creencia inquebrantable, jacobina, en una forma política determinada (partido, dictadura, Estado), que considera estar adaptada a los objetivos revolucionarios*

2. Anton Pannekoek: *Lénine philosophe*, Spartacus, París, 1970 [1938], p. 113 (en castellano: *Lenin filósofo*, trad. Laín Díez, Ayuso, Madrid, 1976, p. 151). En esta obra, el autor discute sobre las concepciones filosóficas de Lenin y en particular su materialismo.

> *de las revoluciones burguesas del pasado y que, por consiguiente, también se espera que esté adaptada a los objetivos de la revolución proletaria.*[3]

Por tanto, el leninismo se presentó ante sus críticos como una variante moderna de la teoría jacobina, adaptada a las tareas de una sociedad atrasada, en la que el objetivo de la transformación social no consistía en reorganizar la vida a partir de unas nuevas bases, sino en sustituir el reino de los antiguos jefes por el de unos altos funcionarios que gestionaran la producción desde arriba. Para esos críticos de la teoría leninista, la emancipación en las sociedades en las que el capitalismo alcanzaba un grado elevado de desarrollo exigía otras prácticas sociales, otros principios de pensamiento y de acción:

> *[La clase obrera] debe actuar y decidir por sí misma, hombre por hombre; debe pensar por sí misma. […] De nada le sirve que se le inculque la fe de que sus dirigentes saben a qué atenerse y han demostrado tener razón en la discusión científica, resultado este último fácil de obtener cuando cada cual no logra avistar sino la literatura del propio partido. Ella misma debe formarse una opinión propia junto al choque de los argumentos. No existen verdades hechas que ella tenga simplemente que aprender de memoria; la verdad en cada nueva situación y ante cada nuevo problema debe elaborarse mediante el propio trabajo cerebral. No existen las verdades inamovibles que ya bastaría con absorberlas tales cuales; frente a una nueva situación, no se puede encontrar la solución idónea sino ejerciendo uno mismo sus capacidades intelectuales.*[4]

3. Karl Korsch: «La philosophie de Lénine» (1938), observaciones críticas acerca de *Lénine philosophe*, anexo, *op. cit.* (en castellano: «La filosofía de Lenin», en *La izquierda comunista germano-holandesa contra Lenin*, trad. Emilio Madrid Expósito, Ediciones Espartaco, Barcelona, 2004, p. 383).
4. Anton Pannekoek: *Lénine philosophe*, *op. cit.*, p. 109 (en castellano, p. 146).

Ahora bien, la experiencia bolchevique de la Revolución rusa que se impuso en todas partes como modelo iba en sentido contrario:

> *Promoviendo y enseñando bajo el nombre de disciplina el vicio de la sumisión —el principal vicio del que deben despojarse los trabajadores—, suprimiendo todo rastro de pensamiento crítico independiente, impidió el desarrollo de un poder real de la clase trabajadora.*[5]

Es una conclusión que Volin y sus amigos anarquistas habían formulado anteriormente, a su forma y manera, hablando de su propia experiencia en Rusia: «Solamente la libre discusión de las ideas revolucionarias, el multiforme pensamiento colectivo, con su ley natural de selección, pueden evitar errores y extravíos».[6]

Concretamente, el debate sobre la «gestión obrera» opuesta al «control obrero» desembocaba en una problemática más amplia y esencial, la de la relación entre el poder directo de los productores sobre sus vidas y el poder especializado, separado, de las instituciones estatales. Más allá del proceso de expropiación por parte del partido bolchevique del poder de los trabajadores sobre sus organizaciones, comités y sóviets, lo que se planteaba era la cuestión fundamental del dominio de la sociedad:

> *Entre 1917 y 1921, el problema de la gestión de la industria se convirtió en el barómetro más sensible del enfrentamiento de las concepciones sobre la creación de un nuevo orden social. [...] Entre todos los temas de conflicto real entre las facciones comunistas fue el más constante y el más explosivo.*[7]

5. Anton Pannekoek: «La révolution russe», en *Les conseils ouvriers*, *op. cit.*, p. 143 (en castellano, p. 191).
6. Volin: *La Révolution inconnue*, *op. cit*., p. 170 (en castellano, p. 70).
7. Robert Vincent Daniels: *The Conscience of the Revolution*, *op. cit.*, p. 81, citado en Maurice Brinton: *Les Bolcheviks et le contrôle ouvrier*, *op. cit.*, p. 3.

Los ataques contra las desviaciones «pequeñoburguesas» y las tendencias sindicalistas y anarquistas se dispararon en el discurso de los jefes bolcheviques, defensores de un proyecto centralizador y estatal. Pero el objetivo era otro. Para el Partido era necesario liquidar cuanto antes a la Oposición Obrera, pues, «lo supiera o no, lo quisiera o no, estaba convirtiéndose en el portavoz de todos los descontentos y de todas las aspiraciones decepcionadas».[8] El Partido tenía que poner fin al último episodio del impulso hacia la revolución social del que hablaba Volin. Y, sobre todo, tenía que impedir que Kronstadt apareciera como un movimiento que defendía los principios de la revolución contra el partido bolchevique. Ahora bien, ese era precisamente el discurso de los insurrectos:

> *Luchamos —proclamaban— en pro del poder efectivo de los trabajadores; los comunistas, Trotsky, Zinoviev y su banda de sicarios no exterminan y no fusilan sino para mantener su dictadura.*[9]

O también:

> *Es Kronstadt quien estuvo en primera línea en febrero y en octubre. Sigue siendo Kronstadt que alza, antes que los demás, la bandera de la tercera revolución de los trabajadores. Cayó la autocracia. De la Constituyente ya nadie se acuerda. Y también le tocará derrumbarse al régimen de los comisarios. Ya ha llegado el momento del verdadero poder de los trabajadores. También el del poder de los sóviets.*[10]

Particularmente edificante es la manera como Trotsky concibe ese momento cumbre y como interpreta esas cuestiones.

8. Maurice Brinton: *ibid.*, p. 180.
9. «Llamamiento radiofónico del Comité revolucionario provisional al proletariado mundial», *Izvestias de Cronstadt*, 13 de marzo de 1921, trad. en *La Commune de Cronstadt*, *op. cit.*, p. 81.
10. *Izvestias de Cronstadt*, 12 de marzo de 1921, *ibid.*, p. 74.

De entrada incluso parece paradójica. El jefe militar bolchevique, verdugo de los sublevados de Kronstadt, había sido sensible, durante la Revolución de 1905, a la aparición de los sóviets como órganos del ejercicio directo del poder. Quince años más tarde, convertido en hombre fuerte del nuevo Estado, Trotsky cambió radicalmente de punto de vista:

> *Nos han acusado muchas veces de haber sustituido la dictadura de los sóviets por la del partido. Y, sin embargo, podemos afirmar, sin miedo a equivocarnos, que la dictadura de los sóviets solo fue posible gracias a la dictadura del partido, gracias a la claridad de sus ideas teóricas, gracias a su fuerte organización revolucionaria: el partido posibilitó que los sóviets se transformaran de los amorfos parlamentos obreros que eran, en un aparato de dominio del trabajo.*[11]

Entonces, Trotsky le dio al partido el papel preponderante, acusando a los sóviets de ser inmaduros políticamente. El jefe del Ejército Rojo consideraba que el ejercicio de la democracia directa era un «parlamentarismo amorfo», y limitaba el papel de los sóviets a la gestión de la fuerza de trabajo. Estaba apareciendo la idea bolchevique del control obrero. Dicho esto, la clarividencia de antaño incitaba a Trotsky a desarrollar sus argumentos en el terreno de la representación. «La verdadera democracia no falsificada» que elogiaba en 1905, se reducía ahora a un principio formal. Y su ataque contra la Oposición Obrera fue más virulento aún:

> *Han lanzado consignas peligrosas. Han convertido los principios democráticos en fetiches. Han colocado el derecho de los obreros a elegir a sus representantes por encima del Partido. Como si el Partido no tuviera derecho a*

11. Leon Trotsky: *Terrorisme et communisme*, Union Générale d'Éditions, 1963 (en castellano: *Terrorismo y comunismo*, Fundación Federico Engels, Madrid, 2005), citado en Paul Mattick: *Marxisme, dernier refuge de la bourgeoisie?*, *op. cit.*, p. 315.

> *afirmar su dictadura, incluso si esa dictadura entra en conflicto momentáneamente con el humor cambiante de la democracia obrera. [...] El partido está obligado a mantener su dictadura [...] sean cual sean las propias indecisiones temporales en la clase obrera.*[12]

La soberanía de los trabajadores en cuestión

Durante la Revolución rusa de 1917 convivieron dos principios de representación, que luego se enfrentaron: el del ejercicio de la soberanía a través de la democracia directa y el de la delegación de la soberanía a través de la representación permanente, la especialización de lo político. En su estudio, Volin argumentó que el problema de fondo de la revolución residía en el hecho de que «la idea política no ha[bía] sido destruida»[13] durante los acontecimientos. Sin embargo, precisaba, reaccionando contra la expropiación de su soberanía, «las masas revolucionarias quisieron y se sintieron capaces de actuar por sí mismas».[14] Y el conflicto que existió entre las prácticas de gestión obrera y el proyecto bolchevique de control obrero fue un aspecto esencial de esa reacción. Maurice Brinton, en su importante trabajo sobre la Revolución rusa, subrayó:

> *Gestionar significa tomar decisiones uno mismo, como persona o como colectividad soberana, teniendo pleno conocimiento de las informaciones necesarias. Controlar significa supervisar, inspeccionar o verificar las decisiones que otros han tomado. El «control» implica una limitación de la soberanía o, en el mejor de los casos, una situación de doble poder en el que unos determinan los*

12. Trotsky, citado en Maurice Brinton: *Les Bolcheviks et le contrôle ouvrier*, *op. cit.*, p. 181.
13. Volin: *La Révolution inconnue*, *op. cit.*, p. 180 (en castellano, p. 75).
14. *Ibid.*, p. 182 (en castellano, p. 76).

objetivos y otros se dedican a que existan los medios apropiados para realizarlos.[15]

Muy pronto, el Estado dirigido por el partido bolchevique quiso zanjar la confrontación entre esos dos principios de representación imponiendo el marco jurídico del control obrero. Integrar a los organismos de base en las instituciones del nuevo Estado —en particular los comités de fábrica en los sindicatos— permitió que el partido neutralizara las reivindicaciones de democracia directa que habían surgido con fuerza de la actividad colectiva durante la revolución. Según Volin, los anarquistas rusos rechazaron la consigna difusa y ambigua de «control de la producción». De forma pertinente, hicieron observar que «si las organizaciones obreras eran capaces de ejercer un control efectivo, entonces serían capaces de asegurar por sí mismas toda la producción[16]». En ese caso, los organismos de base habían de imponer la expropiación —progresiva pero inmediata— de la industria privada.

Antes de octubre de 1917, cuando eran minoritarios en los sóviets, los bolcheviques entraron en los comités de fábrica para que se convirtieran en uno de sus reductos. Pero sucede que, tras la Revolución de Octubre, arrastrados por el impulso de democracia directa, sensibles a las ideas anarcosindicalistas, esos comités empezaron a reivindicar la gestión de las fábricas y tendían a convertirse en organizaciones más soberanas que los sóviets. Tras haber expulsado a los patronos, los comités de fábrica se habían encargado muchas veces de los aspectos concretos de la vida de los trabajadores, incluso fuera del marco del trabajo. En ello, los anarcosindicalistas veían el triunfo de sus ideas y defendían a los comités de fábrica como «el núcleo del nuevo orden social que surgía progresivamente y con cierta torpeza de la vida revolucionaria».[17] Preconizaban la creación

15. Maurice Brinton: *Les Bolcheviks et le contrôle ouvrier*, *op. cit.*, p. 21.
16. Volin: *La Révolution inconnue, op. cit.*, p. 199 (en castellano, p. 85).
17. Gregori P. Maximoff: *Syndicalists in the Russian Revolution*, Syndicalist Workers Federation, ed. Rudolf Rocker, Manchester, 1970, p. 8. Este folleto es una

de comunas de productores y consumidores o de comunas de fábricas en las que «los comités de fábrica son órganos ejecutivos [...] agrupados en una organización federativa que unifica a todos los trabajadores y crea el necesario sistema administrativo de la industria».[18] En los centros industriales, los comités eran, en la mayoría de los casos, elegidos directamente en asambleas, y durante una asamblea de comités de fábrica en Petrogrado en 1917, se decidió que «los comités de fábrica podían ser revocados en cualquier momento y se comprometían a dar parte de sus actividades ante las asambleas generales al menos una vez por año».[19] Entonces hubo intentos, sin consecuencias, de crear una organización nacional de comités de fábrica, con una existencia paralela a la de los sóviets. Pero la reivindicación de la democracia directa en la empresa amenazaba directamente el proyecto político centralista de los dirigentes bolcheviques. Stepanov, un dirigente bolchevique, alertó: «En lugar de una república de los sóviets, nos proponen una república de cooperativas de productores. [...] En lugar de una producción y de un consumo social rápidamente regulados, en lugar de unas medidas que representan un paso real hacia una organización socialista de la sociedad, nos proponen algo que nos acerca a los sueños visionarios de la Anarquía sobre las comunas industriales autónomas».[20] Entonces, el Partido empezó a considerar que los comités de fábrica eran rivales de los sindicatos que controlaba y que concebía como las únicas estructuras nacionales de representación de los trabajadores. En un primer momento, los sindicatos se opusieron a la organización del congreso de

selección de textos, realizada por Rudolf Rocker, que contiene extractos del libro de G.P. Maximoff, *The Guillotine at Work* (1940). La edición citada aquí es de 1970, aunque existe una anterior de 1968. Rocker murió en 1958, por lo que la compilación original debe ser anterior, aunque no hemos podido encontrarla.
18. *Ibid.*, p. 10.
19. S.A. Smith: *Red Petrograd. Revolution in the Factories*, Cambridge University Press, Cambridge, 1983, p. 204.
20. Ivan S. Stepanov (1918), citado en Gregori P. Maximoff: *Syndicalists in the Russian Revolution*, *op. cit.*, p. 10.

los comités. Luego, durante el I Congreso de los Sindicatos, en enero de 1918, los delegados mencheviques y socialistas revolucionarios votaron con los bolcheviques a favor de la integración de los comités de fábrica en los sindicatos. Por lo tanto, las corrientes que se enfrentaban violentamente en el terreno del poder político compartían, en el terreno de la producción, la misma concepción vanguardista, vertical y centralizadora.

En cuanto tuvo el mando del nuevo Estado, el partido bolchevique promulgó, el 27 de noviembre de 1917, el Decreto sobre el control obrero. Ya anteriormente, las tareas de gestión de las fábricas reivindicadas por los comités eran sometidas a las decisiones de los sóviets generales, órganos en esencia políticos.

> *No existía una limitación de las funciones entre sóviet y consejo central de los comites de fábrica, si bien los sóviets se ocupaban predominantemente de las cuestiones políticas y los consejos de fábrica de cuestiones económicas y de organización interior. Dado que estos últimos englobaban a los trabajadores directamente en su lugar de trabajo, creció su papel revolucionario en la misma medida en que el sóviet se convertía en una institución duradera y comenzaba a perder su estrecho contacto con las masas.*[21]

Ya a partir de diciembre de 1917, los bolcheviques planearon meter a los comités de fábrica en vereda y someterlos a los sindicatos como una etapa de una perspectiva más global, la de la intervención del Estado en la economía y la puesta en marcha de las primeras instituciones de planificación. Ese proceso comprendía también las nacionalizaciones, la gestión vertical de las empresas, la reincorporación de los «expertos» y la introducción de los criterios de rentabilidad y de productividad. En la concepción de Lenin, la nacionalización de la economía y el control obrero integraban el proyecto de dominio del Estado

21. Oskar Anweiler: *Les Soviets en Russie, op. cit.*, p. 156 (en castellano, p. 133).

sobre la economía. Los comités de fábrica debían transformarse en organismos destinados a disciplinar la fuerza de trabajo, y el control obrero era una de las herramientas para construir la nueva economía centralizada.

Control obrero versus socialización

La conquista del Estado por los bolcheviques y la estatización de la economía se situaban, pues, a contracorriente del movimiento de ocupación y de expropiación de las empresas por los comités de fábrica, movimiento que se había iniciado antes de la Revolución de Octubre y que se había intensificado después. La instauración oficial del control obrero fue, para el Partido, la mejor manera de privarlos de su soberanía y de su independencia. El conflicto entre el proyecto centralizador de las nacionalizaciones y la socialización de la producción, que los órganos de base empezaban a poner en marcha, emanaba directamente del enfrentamiento entre el poder del partido y el poder de las organizaciones de base: los sóviets y los comités.[22] La lógica vanguardista era la misma: si la clase obrera no podía asumir por sí misma su propia emancipación, era más incapaz si cabe de administrar las empresas, la producción y la vida social. Por cierto, Trotsky hacía una clara distinción entre control y gestión:

> *La consigna de control está ligada al periodo de dualidad de poder en la producción que corresponde a la transición entre el régimen burgués y el régimen proletario [...] calificamos de control el trabajo de vigilancia y de verificación, por una institución, del trabajo de otra institución. El control puede ser muy activo, autoritario y general. Pero no deja de ser el control. La propia idea de esa consigna nació a partir del régimen transitorio en las*

22. Michael Löwy y Olivier Besancenot: *Affinités révolutionnaires. Nos étoiles rouges et noires*, Fayard/Mille et Une Nuits, París, 2014 (en castellano: *Afinidades revolucionarias. Nuestras banderas rojas y negras*, trad. Carola Pivetta, Herramienta, Buenos Aires, 2018).

empresas en las que el capitalismo y su administrador ya no pueden hacer un paso sin el consentimiento de los obreros; pero en las que, por otra parte, los obreros [...] no han adquirido aún la técnica de la dirección, y no han creado todavía los órganos necesarios para ello.[23]

En suma, el control obrero era, para los bolcheviques, una manifestación más de la fase correspondiente a la falta de madurez del movimiento social, a la incapacidad por parte de los explotados de emanciparse.

Los anarquistas y una minoría de bolcheviques de izquierda comprendieron muy pronto el carácter de lo que estaba en juego, lo que significaba en términos de pérdida de poder para los trabajadores en la revolución. Surgió una fractura en la propia base del partido bolchevique, entre los militantes de la tendencia conocida como *realista* que apoyaba a la dirección del partido, y los que fueron calificados de «anarquistas» por oponerse al principio de gestión de las empresas desde arriba.[24] Estos se opusieron a la integración de los comités de fábrica en los sindicatos que, con toda la razón, veían que suponía su integración en el Estado. Para los bolcheviques, «ese divorcio entre las dos organizaciones (sindicatos y comités de fábrica) representa el mayor peligro para el movimiento obrero en Rusia».[25] En realidad, los anarcosindicalistas, aunque tenían preferencia por los comités de fábrica, se implicaron igualmente en los sindicatos intentando influenciar su orientación. Pero la escasez

23. Leon Trotsky: «Et maintenant?» (1932) (existe una versión en línea de este texto, traducida por la Fundación Federico Engels: bit.ly/346kzBL), en *Écrits*, t. III, Marcel Rivière et Cie, 1959, pp. 214-215, citado en Maurice Brinton: *Les Bolcheviks et le contrôle ouvrier*, *op. cit.*, pp. 24-25, n. 3.
24. Anna Pankratova: «Les comités d'usine en Russie à l'époque de la Révolution. 1917-1918», *Autogestion*, diciembre de 1967. Puede leerse un resumen de este artículo en Groupe Noir et Rouge: «Les conseils ouvriers en Russie. 1917-1921», en *Autogestion, État, Révolution*, Tête de Feuilles/Le Cercle, París, 1972. Véase también Gregori P. Maximoff: *Syndicalists in the Russian Revolution*, *op. cit.*
25. La crítica bolchevique de las concepciones anarcosindicalistas ha sido desarrollada por A. Lozovsky (Solomón Abrámovich Lozovski): *Workers○Control*, The Socialist Publishing House, Petersburg, 1918.

de sus fuerzas jugó un papel en su contra. El periodo crucial de la confrontación entre las dos corrientes se desarrolló entre febrero de 1917 y enero de 1918, fecha del primer congreso de los sindicatos rusos, en el cual se impuso la línea bolchevique y socialrevolucionaria. Fue la victoria del principio centralista sobre el principio federal y, más concretamente, la victoria del poder sindical sobre la autonomía de los comités de fábrica. El segundo congreso de los sindicatos, en 1919, confirmó esa orientación. Maximoff resumió como sigue el nuevo programa de los sindicatos:

Centralización, pertenencia obligatoria al sindicato, disciplina impuesta y controlada por unos órganos disciplinarios, tutela de los sindicatos por el partido político [el partido comunista], militarización del trabajo, trabajo obligatorio, organización militar del trabajo, apego del trabajador al puesto de trabajo, nacionalización de la producción, gestión individualizada de las empresas, escala de salarios (36 niveles), introducción de los talleres-trabajos forzados, taylorismo, trabajo a destajo, sistema de primas.[26]

Y la aplicación de ese programa fue acompañada por las primeras medidas represivas contra los militantes anarcosindicalistas en las empresas. Muy pronto, esa corriente desapareció de la vida sindical.

Una vez más, el partido atacó el principio de democracia directa, de autogobierno que había sido transferido de los sóviets —entre tanto convertidos en órganos políticos— a los comités. Sin embargo hubo un efecto contrario imprevisto: la integración de los comités de fábrica en los sindicatos desplazó el debate y las aspiraciones sobre la gestión directa al interior mismo de los sindicatos, provocando la creciente popularidad entre los propios sindicalistas de las tesis de la Oposición Obrera en favor del papel protagonista de los trabajadores.

26. Gregori P. Maximoff: *Syndicalists in the Russian Revolution*, *op. cit.*, p. 15.

Un modelo totalitario de explotación

El conjunto del debate sobre las revoluciones rusas, desde 1905 hasta Kronstadt, se construyó en torno a la cuestión de la representación. Surgidos espontáneamente, los sóviets perdieron de manera paulatina su carácter de organizaciones de democracia directa para convertirse en órganos políticos dependientes de un poder centralizado. Su soberanía directa se fue debilitando continuamente frente al fortalecimiento del control del partido bolchevique sobre su órgano supremo, el Comité Ejecutivo Central de los Sóviets. Hacia el verano de 1918, el control bolchevique se había extendido, y al final de la guerra civil (1921), los partidos y grupos no bolcheviques ya habían sido prácticamente excluidos de los sóviets. La ideología del «poder de los sóviets» encubría la construcción de un poder centralizado y autoritario. Las etapas se sucedieron: la importancia dada al papel de los especialistas, el poder de *los que saben*, la aceptación del principio de mando en el Ejército Rojo, la instauración de medidas para aumentar la productividad del trabajo, la militarización de la industria, la represión policiaca de los partidos y de las organizaciones no bolcheviques y, para acabar, la supresión de cualquier oposición en el seno del propio partido bolchevique.

Se puede analizar la burocratización de la revolución y su orientación hacia un modelo totalitario de sociedad de explotación solo si se tiene en cuenta esa evolución concreta. Claro está, se puede refutar la idea simplista, defendida a veces por ciertas corrientes anarquistas, según la cual «la burocratización servil [era] una tara ideológica ligada a una eventual cara oculta del marxismo».[27] No obstante, un siglo después de los

27. Michael Löwy y Olivier Besancenot: *Affinités révolutionnaires, op. cit.*, p. 108 (no se ha podido acceder a la edición en castellano para ofrecer la paginación). Los autores, procedentes del trotskismo, intentan «establecer convergencias» entre marxistas y libertarios. Para ello vuelven, entre otras cosas, sobre la experiencia de la Revolución rusa y las relaciones entre anarquistas y bolcheviques. También plantean un «nuevo punto de vista» sobre Kronstadt.

acontecimientos, también resulta insuficiente la pretensión de explicar la represión, por parte del partido bolchevique, de todas las oposiciones —incluida la tragedia de Kronstadt— alegando un cúmulo de faltas, errores y obcecaciones que habrían permitido que «el lobo de la burocracia entrara en el aprisco de la revolución».[28] Paradójicamente, eso es como negarle toda coherencia a la línea política del partido bolchevique y a su estrategia consistente en sustituir las organizaciones de base de la revolución. Esa visión obvia la necesidad de remontarse a las fuentes jacobinas y autoritarias de las corrientes del marxismo socialdemócrata de las que forma parte el partido bolchevique como variante voluntarista, y evita poner en cuestión los fundamentos filosóficos del leninismo.

La experiencia rusa de los sóviets se inscribió en el hilo histórico de los movimientos sociales guiados por la actividad colectiva de individuos autónomos que reflexionan sobre su propia acción. Para conservar el poder, el partido bolchevique tenía que canalizar el soplo de la revolución, vencer al movimiento espontáneo de democracia directa, hacer pasar un movimiento con nuevos rasgos por una movilización de *masas* dirigida por unos dirigentes decididos y sabios. La idea de una ciencia marxista-leninista del socialismo implicaba la aceptación de una filosofía de la verdad absoluta del partido respecto a la verdad relativa, resultante de la experiencia y de las acciones colectivas. Eso introducía, inevitablemente, el viejo modelo de representación defendido por las corrientes jacobinas del movimiento socialista. Más tarde, la experiencia leninista adquirida en el gobierno de *las masas* se convirtió en la *ciencia política* aplicable por los partidos comunistas en sus conflictos con la dinámica independiente de los movimientos de base. La soberanía colectiva de las organizaciones de base fue sistemáticamente sofocada en provecho del poder del partido de vanguardia y de sus organizaciones, los sindicatos, en primerísimo lugar. Como decía Lenin resumiendo su concepción

28. *Ibid.*, p. 114.

de los sóviets: «La organización soviética facilita automáticamente la unión de todos los trabajadores y explotados en torno a su vanguardia, en torno al proletariado».[29]

Los acróbatas de la autoorganización

En su texto «¿El sistema de los sóviets o la dictadura del proletariado?»,[30] Rudolph Rocker opone la *utopía* a la *ciencia* refiriéndose a las potencialidades de los sóviets y de los consejos en relación con la acción de los partidos centralistas como vanguardias portadoras de conciencia. Tras la Revolución rusa y durante más de medio siglo, el comunismo de partido asimiló el conjunto de las tácticas que guían su acción a la aplicación de los conocimientos del marxismo *científico*. No se podía ilustrar mejor la relación, establecida antaño por Bakunin, entre el *principio de autoridad* y la *ciencia*. Precisamente, la doctrina bolchevique se afianzó a través de esa relación determinista entre la construcción del «socialismo» y una «ciencia» de la transformación social. Mientras que la socialdemocracia consideraba el movimiento de los sóviets y de los consejos como una etapa transitoria que correspondía a la falta de madurez, Lenin iba más allá. Consideraba que ese movimiento salvaje era positivo en cuanto superaba al reformismo socialdemócrata, pero luego era necesario controlar a esas organizaciones y transformarlas en correas de transmisión del partido, en instrumentos del nuevo Estado. Los bolcheviques pensaban que debían tener en cuenta el fenómeno de los consejos y de los sóviets, integrándolo en su estrategia, pero que este no podía valerse por sí solo. Según los jefes bolcheviques, la democracia directa solamente podía desembocar en «parlamentos amorfos» sin perspectivas

29. Oskar Anweiler: *Les Soviets en Russie*, *op. cit.*, p. 303 (en castellano, p. 252).
30. Rudolf Rocker: «Le système des soviets ou la dictature du prolétariat?», en Alexandre Skirda: *Les Anarchistes russes et les soviets, op. cit.*, pp. 173-185 (en castellano, p. 9).

revolucionarias. En última instancia, el partido seguía aportando la dirección y el programa a los sóviets supeditándolos, además, a su misión.

Más tarde, las diversas variantes del marxismo-leninismo nunca se apartaron mucho de esa concepción cuando tuvieron que enfrentarse a movimientos espontáneos que querían ejercer la soberanía colectiva de forma directa. Varias décadas después de la Revolución rusa, Georg Lukács, a menudo considerado como un espíritu crítico de la galaxia leninista, escribió: «El sistema consejista intenta enlazar en todas partes la actividad de las personas con los asuntos generales del Estado, la economía, la cultura, etc.».[31] Las organizaciones espontáneas estarían condenadas a «vincular», es decir, a someter la democracia directa a la permanencia del Estado. Hoy en día, esa visión sigue siendo como una segunda naturaleza entre los especialistas de la acción política. En cuanto se trata de definir el lugar que ocupa la autoorganización, vuelve a aparecer la ambigüedad tras el barniz de su papel «renovador». Las «fuerzas revolucionarias» conservan una función vital en la elaboración de las orientaciones apropiadas, incluso si se le concede a la autoorganización un espacio más amplio que en el pasado, sin admitir explícitamente que las orientaciones pueden surgir del propio movimiento autoorganizado.

31. Georg Lukács: *Lénine* (1965), citado en Oskar Anweiler: *Les Soviets en Russie*, *op. cit.*, p. 307 (en castellano, p. 255).

LA REVOLUCIÓN ALEMANA (1918-1921)
UN MOVIMIENTO ESPONTÁNEO E IMPREVISTO

La vía de la integración de la clase obrera

En enero de 1918, los efectos de la intensificación de la Gran Guerra añadidos a las informaciones que llegaban de Rusia con su revolución provocaron en Alemania una situación insurreccional. Se sucedieron las huelgas y las manifestaciones en las grandes ciudades y en los centros industriales, el descontento y la rebelión se amplificaron y acabaron por contaminar, en el frente, a los marinos y a los soldados. Hacia finales del año 1918 se habían formado alrededor de diez mil consejos en las grandes empresas, los cuarteles y los navíos de la flota. Al igual que en Rusia, la revolución surgió de una rebelión contra la guerra, fue la «hija de la guerra».[1] El alto mando militar, consciente del probable hundimiento del frente, comprendió que permitir la entrada del

1. Eric J. Hobsbawm: *L'Âge des extrêmes*, *op. cit.*, p. 86 (en castellano, p.62).

gran partido de la socialdemocracia, el SPD (Sozialdemokratische Partei Deutschlands), en el gobierno era su último comodín para evitar la crisis del Estado imperial y la revolución. Y así fue a principios del mes de octubre de 1918. Por consiguiente, las mismas circunstancias que permitieron el surgimiento de los consejos le abrieron la puerta del poder a ese partido, desde una posición de fuerza. Fue una situación novedosa que determinó el desarrollo de los acontecimientos, influyó en las perspectivas revolucionarias en Alemania y marcó definitivamente la evolución y el lugar que iba a ocupar la corriente socialdemócrata en el seno del sistema capitalista.

Si bien el movimiento de los consejos había sido espontáneo e imprevisto, la llegada de la socialdemocracia al poder del Estado se inscribió, por el contrario, en la mutación de esa corriente iniciada bastante antes de la guerra. Contrariamente a la Rusia zarista,

> *... la Alemania imperial era un Estado con una considerable estabilidad social y política, donde existía un movimiento obrero fuerte pero sustancialmente moderado, y donde solo la guerra hizo posible que estallara una revolución armada.*[2]

En efecto, los socialdemócratas del Imperio bismarckiano constituían una importante fuerza política y se habían convertido en patriotas bastante antes de la guerra, bastante antes de la Unión Sagrada. De ahí la observación de un perspicaz observador de ese periodo:

> *Ni a los socialdemócratas ni al Zentrum se les ocurrió jamás disolver o desear la disolución del Imperio alemán, su elemento vital. [...] Querían hacer del Reich de Bismarck su Reich.*[3]

2. *Ibid*, p. 101 (en castellano, p. 75).
3. Sebastian Haffner: *Allemagne, 1918. Une révolution trahie*, *op. cit.*, p. 13 (en castellano, p. 15).

Desde finales del siglo XIX, el SPD se encaminaba hacia el poder llevando a cabo un enorme trabajo de agitación y de organización en el seno del sistema capitalista. En vísperas de la Gran Guerra, el SPD era el partido alemán más importante: obtenía más de cuatro millones de votos en las elecciones, tenía más de diez mil cargos electos locales y contaba con más de un millón de afiliados, de los cuales un 13 % procedían de Berlín. Los sindicatos cercanos a él agrupaban a dos millones y medio de miembros y recibían como cotización varios millones de marcos. El partido remuneraba a cuatro mil cargos, poseía centenares de periódicos con una tirada de varios millones de ejemplares, administraba una gran cantidad de cooperativas, que empleaban a miles de personas, e invertía millones de marcos en la industria y en bonos del Estado. Afirmar que su crecimiento estaba cada vez más vinculado al de la economía no es una fórmula excesiva.[4] La orientación institucional, e incluso emprendedora, del partido provocaba la crítica de los elementos revolucionarios del movimiento obrero: los anarquistas, los sindicalistas independientes y también la izquierda de la socialdemocracia. Estos elementos pretendían desmarcarse del giro «revisionista» del SPD, el cual pretendía, entre otras cosas, que la red de cooperativas de producción y de consumo ligada a los sindicatos fuera uno de los factores de la «democracia económica», la forma de transformar paulatina y gradualmente el capitalismo en una economía planificada y controlada por el partido.[5] Rosa Luxemburg y algunos disidentes de la socialdemocracia de la preguerra consideraban que la ruptura con la lógica del sistema capitalista pasaba por la «actividad directa de las masas», inaugurada con las grandes huelgas y movimientos de principios del siglo XX que liberaban a «las fuerzas sociales vivas» de la revolución: la energía revolucionaria. Para la izquierda socialista, que se apartaba poco a poco de la socialdemocracia, las «reformas socialistas» conducían a un

4. Paul Mattick: *Marxisme, dernier refuge de la bourgeoisie?*, *op. cit.*, p. 237.
5. Rosa Luxemburg: *Réforme ou révolution*, trad. Bracke, Spartacus, París, 1947 [1908] (en castellano: *Reforma o revolución*, trad. Isabel Hernández, Capitán Swing/Nórdica, 2019).

callejón sin salida, incluso a un camino divergente del de la emancipación social. Significaban el abandono puro y simple de las aspiraciones de los trabajadores en pro del autogobierno. Las reformas no podían conducir a la revolución; muy al contrario, estaban abocadas a enterrar la actividad revolucionaria, representaban la vía de la integración en el sistema capitalista. El devenir de la Revolución alemana confirmó, de forma sangrienta, cuán correcto era ese análisis.

A través de una amplia red de organizaciones, clubes, mutuas o asociaciones ligadas al partido, la socialdemocracia respondía a las necesidades de sus miembros en cuanto a salud, cultura y deporte, organizando sus vidas desde el día de su nacimiento hasta el día de su muerte. Había construido una contrasociedad en el seno del capitalismo que reproducía el modelo de la cultura de masas dominante. ¿Se oponía esa cultura al modelo autoritario del Estado alemán o, por el contrario, ya era una forma de «integración negativa» de la clase obrera alemana en la sociedad?[6] La dirección del SPD consideraba que esos años de crecimiento continuo del partido demostraban que la vía parlamentaria, reformista, hacia el socialismo era una verdadera alternativa. La fuerza institucional del partido confirmaba que la opción jacobina, centralista y autoritaria de la delegación permanente de la soberanía a los jefes y a la organización daba buenos resultados. A la inversa, los sectores disidentes minoritarios del socialismo percibieron que la participación de la línea política mayoritaria del SPD en la Unión Sagrada nacionalista desembocaba en la integración en el Estado del movimiento obrero organizado. El estallido de la guerra revelaba la barbarie del sistema capitalista y, por otro lado, ponía la posibilidad y la necesidad de una ruptura al orden del día.

Cierto, las décadas de rápida expansión de la socialdemocracia se debían a la defensa eficaz, por parte del partido y sus sindicatos afines, de los intereses de los trabajadores en el seno del sistema. Fueron esos logros y sus consecuencias, las masas

6. Martin Comack: *Wild Socialism. Workers Councils in Revolutionary Berlin, 1918-21*, University Press of America, Lanham, 2012, p. 13.

obedeciendo a los jefes y a sus decisiones tal y como se lo había inculcado la socialdemocracia, los que fueron calificados de «movimiento obrero fuerte y moderado».

El esplendor de la ideología reformista y los intensos debates intelectuales en torno a la revisión del marxismo, también fueron inseparables del éxito político del SPD dentro de las instituciones del sistema capitalista. Esos debates fueron protagonizados por unos jefes que estaban sumamente convencidos de que ese proceso gradual conduciría al socialismo sin pasar por una ruptura. La revolución llegaría, no había que hacerla, bastaba con seguir a las direcciones y sus opciones políticas. En 1889, Carl Legien, uno de los dirigentes del gran sindicato ADGB,[7] de obediencia socialdemócrata, declaró:

> *La clase obrera organizada se opone al llamado derrumbamiento del sistema que nos obligaría a construir las instituciones sobre las ruinas de la sociedad, sean estas mejores o peores que las existentes. Queremos un desarrollo pacífico.*[8]

Y, tres años más tarde, August Bebel, uno de los dirigentes históricos del partido, confirmó esta posición dirigiéndose a la clase capitalista: «[La catástrofe] no la hemos provocado nosotros, ¡han sido ustedes mismos!».[9] Una fórmula que resumía perfectamente la lectura determinista de la historia por parte de la socialdemocracia. El socialismo no es posible antes de que las fuerzas productivas estén plenamente desarrolladas. Está inscrito en el desarrollo del capitalismo, en el curso natural de la historia, en la idea del progreso que marcó el final del siglo XIX. Por tanto, los trabajadores tenían que saber esperar, en filas disciplinadas y bien ordenadas, siguiendo el estandarte del partido que se fortalecería elecciones tras elecciones.

7. Allgemeiner Deutscher Gewerkschaftsbund (Confederación General de Sindicatos Alemanes).
8. Citado en Martin Comack: *Wild Socialism...*, *op. cit.*, p. 22.
9. Sebastian Haffner: *Allemagne, 1918. Une révolution trahie*, *op. cit.*, p. 14 (en castellano, p. 16).

Construir una prisión para uno mismo

La concepción autoritaria del socialismo, que colocó la acción del Estado en el centro de la transformación social, siempre fue la armadura ideológica de la socialdemocracia marxista. En lo fundamental, y con diferentes versiones tácticas, casi la totalidad de los altos dirigentes e intelectuales de esta corriente compartían esa idea: el propio movimiento del capitalismo moderno conlleva las condiciones objetivas y subjetivas del paso pacífico al socialismo. En Alemania, Karl Kautsky fue un portavoz muy popular de esa concepción que algunos socialistas franceses, como Jean Jaurès, seducidos por esta corriente revisionista, propagaron en una versión simplista. Apenas tres años antes del inicio de la guerra, Jaurès no tuvo reparo en llamar a la tranquilidad afirmando que el capitalismo moderno era una fuerza de paz.[10] A la izquierda de la socialdemocracia germánica, salvo escasas excepciones como Rosa Luxemburg, nadie se apartaba de esa visión armoniosa de la evolución del capitalismo. Entre los teóricos que adoptaron dicha visión estaba Rudolf Hilferding, un famoso intelectual austriaco que había participado en 1903 en el debate sobre la huelga de masas y que influyó mucho sobre el análisis del imperialismo de Lenin.[11] Para Hilferding, el paso del capitalismo de la libre competencia a un capitalismo de concentración, a principios del siglo XX, conformaba una tendencia hacia la organización planificada de la producción, hacia un mayor control de la economía por parte del Estado. Este era precisamente el objetivo de los socialistas. Concretamente, Hilferding consideraba que

10. Jean Jaurès, discurso en la Asamblea Nacional el 20 de diciembre de 1911.
11. Rudolf Hilferding: *Le Capital financier* (1910), introducción de Yvon Bourdet, Minuit, 1970 (en castellano: *El capital financiero*, trad. Vicente Romano García, Tecnos, Madrid, 1963; existe también una traducción al catalán: *El capital financer*, trad. Gustau Muñoz Veiga, Edicions 62, Barcelona, 1991). En agostó de 1914, Hilferding se posicionó en el seno del partido contra el voto a favor de los créditos de guerra y, tres años más tarde, fue uno de los fundadores del USPD, el partido socialista independiente, escindido del SPD por sus posiciones antiguerra.

> *…el Estado tiene tendencia a ser una estructuración racional y consciente del cuerpo social que permitirá decidir en función del interés de todos. La acción política revolucionaria consiste pues, no en destruir, sino en apoderarse del Estado para racionalizar la economía, que la cartelización ya ha preparado, pero que no sabrá llevar a término.*[12]

Según sus propias palabras, «si el capital financiero crea así, en cuanto a la organización, las últimas condiciones para el socialismo, políticamente facilita también la transición».[13]

La corriente marxista del socialismo estableció, desde sus orígenes, una relación directa entre la cuestión de la conciencia de clase y el propio desarrollo del capitalismo, el desarrollo de la clase obrera y el crecimiento de las organizaciones. Para la socialdemocracia, la condición subjetiva de la realización del socialismo se confundía con el fortalecimiento de un partido que podía medirse a través de su fuerza electoral y de la eficiencia de unos sindicatos asociados a él en el terreno de los salarios y de las condiciones de trabajo. El control del Estado burgués por vías legales pasaba por el incremento de la representación electoral en el seno de las instituciones: desde el poder local hasta el poder central. La manifestación concreta de la existencia de una conciencia de clase era una clase obrera

12. Yvon Bourdet, introducción a *Le Capital financier*, *op. cit.*, p. 47. Hilferding le dio importancia en su análisis a la transformación del salariado, al nacimiento de las nuevas capas de asalariados del sector terciario: empleados y técnicos. Esas capas tenían que jugar un papel importante en la transformación del Estado y la socialización de la economía. El estudio de aquellas nuevas clases medias y su precarización fue retomado por autores de la Escuela de Fráncfort, como Siegfried Kracauer (1889-1966): *Les Employés. Aperçus de l'Allemagne nouvelle*, trad. Claude Orsoni, Les Belles Lettres, París, 2012 [1929] (en castellano: *Los empleados*, trad. Miguel Ángel Vedda, Gedisa, Barcelona, 2008). Separado de esos objetivos políticos y tras los trabajos de Charles Wright Mills (1916-1962), el asunto se convirtió en un tema central de la sociología occidental. Véase Charles Wright Mills: *Les cols blancs. Essai sur les classes moyennes américaines*, Maspero, París, 1966 (en castellano: *White-Collar. Las clases medias en Norteamérica*, trad. José Bugeda Sanchiz, Aguilar, Madrid, 1973).
13. Rudolf Hilferding: *Le Capital financier*, *op. cit.*, p. 493 (en castellano, p. 417).

organizada y disciplinada bajo la dirección del partido. El establecimiento del socialismo era indisociable del respeto de los principios autoritarios y centralistas del poder, de una democracia de delegación permanente y del parlamentarismo.

Para la socialdemocracia, el movimiento del capital, el *progreso* capitalista desembocaba por consiguiente, de forma ineluctable, en la construcción del socialismo. Un militante radical que vivió en aquella época resumió las consecuencias de esa visión: «La clase obrera acababa de pasar medio siglo construyendo un movimiento obrero reformista que se ha transformado en una inmensa prisión».[14] Una idea que explicitó más tarde:

> *De todas las reformas del capitalismo la más importante fue, sin duda, el ascenso del movimiento obrero. La ampliación continua del derecho a voto [...] la legalización y la protección del sindicalismo integraron el movimiento obrero en la estructura del mercado y en las instituciones políticas de la sociedad burguesa. El movimiento se convertía en parte integrante del sistema, al menos el tiempo que este dure, y parecía que podía durar, porque se mostraba capaz de atenuar las contradicciones mediante reformas.*[15]

La caída en la barbarie

Los años 1890, con la supresión de las leyes antisocialistas y el crecimiento de la fuerza parlamentaria del SPD —convertido en el partido con más escaños en el Reichstag—, fueron un periodo decisivo en ese crecimiento. La modernización de las capacidades productivas del capitalismo implicó una mejora de las condiciones de vida de los sectores integrados del mundo obrero, representados por la socialdemocracia y sus sindicatos.

14. Paul Mattick: «Otto Rühle et le mouvement ouvrier allemand» (1945), posfacio en Otto Rühle: *Fascisme brun, fascisme rouge*, Spartacus, París, 1975.
15. Paul Mattick: *Marxisme, dernier refuge de la bourgeoisie?*, *op. cit.*, pp. 253-254.

Luego, hacia principios del siglo XX, la situación se hizo más confusa en Alemania y en el resto de Europa. La violencia de la explotación de la mayoría de los proletarios, los fuertes movimientos de huelgas de masas y de agitación social, la dureza de la represión capitalista y la guerra llevaron a una ruptura con la conciencia de clase socialdemócrata que se limitaba, de hecho, a la mejora de la condición asalariada. Una nueva conciencia estaba apareciendo a través de las luchas y las revueltas, un proceso en el que los trabajadores descubrieron que eran parte de una clase antagónica al sistema.[16] Las revoluciones rusas y el movimiento de los sóviets fueron unos momentos decisivos en esa ruptura con la conciencia integradora socialdemócrata, y la experiencia de la Revolución alemana precisó y delimitó sus contornos.

En 1914, el movimiento del capitalismo se impuso a los socialistas, no como creador de las condiciones materiales de un posible paso pacífico y armonioso al socialismo, sino como fuente de barbarie. Empezó a formarse una nueva conciencia revolucionaria en oposición a un sistema que se revelaba demente y guerrero. Por su parte, presos de la lógica de sus concepciones, los dirigentes del SPD embarcaron sin contemplaciones a *sus masas*, acostumbradas a confiar en el saber del partido, en la patriótica Unión Sagrada. Es más, los dirigentes socialdemócratas elogiaron la economía de guerra y la intensificación de la intervención del Estado en la economía como algo que iba en el sentido deseado de una reestructuración planificada de la economía capitalista. Algunos lo llamaron el «socialismo de guerra».[17] ¡Así se podía justificar, cómo no, la colaboración concreta de los sindicatos en el esfuerzo de guerra! En efecto, desde 1916, con la promulgación de las leyes de

16. Esta idea de la formación de la conciencia de clase fue desarrollada por Edward P. Thompson en *La Formation de la classe ouvrière anglaise*, Seuil, col. Points, 2012 (en castellano: *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Capitán Swing, Madrid, 2012).
17. Fue la visión propagada por los líderes y gerifaltes sindicales; véase Martin Comack: *Wild Socialism..., op. cit.*, p. 32.

la guerra, el gobierno del Imperio reconoció y legitimó el poder de los sindicatos, integrándolos en los comités creados en cada empresa para cooperar con la patronal en la gestión de los salarios y las condiciones de trabajo. De este modo, empezó a cobrar forma, bajo los auspicios de las autoridades militares, un proyecto de cogestión entre los sindicatos y la patronal.[18]

En toda Europa, los partidos socialistas eligieron esa vía, convirtiéndose en compañeros de viaje de la barbarie nacionalista,[19] pero fue en Alemania donde esa elección tuvo las mayores consecuencias habida cuenta de la importancia política y social del SPD y de su influencia en el movimiento obrero nacional e internacional. Era el principal partido de masas de la época moderna y representaba el modelo organizacional de la Internacional Socialista. Las posiciones audaces de un puñado de dirigentes opuestos al nacionalismo y a la guerra, conscientes de los efectos de esa orientación sobre el devenir histórico del partido —Rosa Luxemburg, Karl Libknecht, Otto Rühle y algunos más—, fueron despreciadas, marginalizadas, ignoradas por el aparato. Hubo, claro está, manifestaciones de rechazo a la guerra en el movimiento obrero, y muchos fueron los militantes refractarios que acabaron, a su pesar, en el frente. Pero *las masas*, en su gran mayoría, siguieron ingenuamente el giro patriótico de sus dirigentes.

La participación sumisa de los explotados en la carnicería de la Gran Guerra daba la primera y terrible prueba de hasta qué punto los principios autoritarios jacobinos del movimiento obrero habían penetrado y doblegado las mentalidades y aniquilado cualquier veleidad de autoorganización que posiblemente hubiera permitido que sugiera y tomara cuerpo un oposición a la guerra.

La contienda permitió que los jefes de la socialdemocracia probaran su seriedad y respetabilidad como parte del sistema:

18. Martin Comack: *Wild Socialism..., op. cit.*, p. 32.
19. De igual manera, en Francia la Unión Sagrada fue el primer paso de la integración de la SFIO en el Estado. Véase Julien Chuzeville: *Militants contre la guerre, op. cit.*

se mostraron razonables, tratables, incluso para la jerarquía militar. «Poco a poco, se iban impregnando de la atmósfera del poder.»[20] Hasta que el marxismo de la socialdemocracia acabó su progresiva transformación y cambió su función dentro del sistema capitalista.[21]

El estallido de la guerra no alteró el proyecto de las tendencias autoritarias del socialismo, que se preparaban para aprovecharse de la reestructuración centralizadora de la economía. La idea según la cual era necesario apoderarse del Estado para racionalizar totalmente la economía, entregó la socialdemocracia a los brazos de la Unión Sagrada. Más extravagante fue lo que argumentaron las personalidades anarquistas que se declararon favorables a la guerra. La posición de Piotr Kropotkin fue la que más marcó los espíritus y sus consecuencias fueron las más dramáticas y devastadoras para el movimiento.[22] Ya en 1905, la gran figura del anarquismo había justificado la «guerra defensiva» para proteger «el territorio de la revolución social», y luego, en 1914, se decantó claramente por lo que llamó «la tarea principal»: la defensa nacional frente al despotismo prusiano. El cálculo táctico —que levantó muchas críticas inclusive entre sus admiradores— tenía por objetivo impedir la derrota y por ende la paralización de los movimientos progresistas en los países democráticos.[23]

20. Sebastian Haffner: *Allemagne, 1918. Une révolution trahie*, *op. cit.*, p. 20 (en castellano, p. 23).
21. Ese cambio de función histórica del marxismo, de teoría revolucionaria a ideología reformista e integradora, fue analizado con brillantez por Karl Korsch en *Karl Marx*, trad. Serge Bricianer, Champ Libre, 1971 (en castellano: *Karl Marx*, trad. Manuel Sacristán, Ariel, Esplugues de Llobregat, 1975. Basada en esta edición, existe una reedición del 2004 por el diario *ABC* para una colección de biografías).
22. Un ejemplo es la reacción de Nestor Makhno, en aquel entonces en la cárcel. Véase Malcolm Menzies: *Makhno, une épopée*, *op. cit.*
23. En cuanto a la posición de Kropotkin, puede remitirse a una de sus cartas del 9 de noviembre de 1914, bit.ly/33WpDIx (existe una versión en castellano de esta carta en VV. AA.: *Ante la guerra. El movimiento anarquista y la matanza mundial de 1914-1918*, Diaclasa, Barcelona, 2015, p. 17).

De la parálisis a la revuelta de masa

Así pues, para la socialdemocracia, la centralización de la economía de guerra parecía justificar las consecuencias terribles de las masacres. Más adelante, esa misma argumentación, basada en el papel del Estado, fue la que justificó la urgencia de impedir el derrumbamiento del capitalismo. Inmediatamente después de la guerra y en plena revolución, el jefe Hilferding explicó a los representantes de los consejos «que no se socializa un capitalismo en quiebra [...] cuando lo veamos de nuevo sano y fuerte, entonces iniciaremos nuestra obra de socialización».[24]

Tras la Unión Sagrada de agosto de 1914, la burocracia sindical había adoptado la actitud patriótica del SPD y firmó la paz social. La actividad sindical disminuyó y se sometió a la ley marcial. En ese contexto, las huelgas que estallaron durante la guerra en las grandes fábricas metalúrgicas y de armamento, en Berlín particularmente, fueron inevitablemente salvajes y organizadas por comités de acción clandestinos formados por delegados, llamados «hombres de confianza» o delegados revolucionarios (*Revolutionäre Obleute*). Como reconoció más tarde Ernst Däumig, uno de sus portavoces, los militantes alemanes habían sido influenciados por las huelgas de los trabajadores de los astilleros de Glasgow realizadas por el movimiento de los Shop Stewards.[25] Fueron los delegados revolucionarios quienes desencadenaron las huelgas y manifestaciones de marzo-abril de 1917 contra la hambruna, la guerra y la represión, y luego la huelga general contra la guerra durante el invierno de 1917-1918. Esas acciones, a las que se añaden las repercusiones de los acontecimientos revolucionarios en Rusia, invirtieron el curso político, radicalizaron los espíritus y abrieron nuevas

24. Intervención en el Congreso de los Consejos de Obreros y Soldados, citado en Otto Rühle: *Fascisme brun, fascisme rouge*, *op. cit*.

25. Discurso de Ernst Däumig ante el I Congreso de los Consejos, 19 de diciembre de 1918. En un discurso impregnado de espíritu internacionalista, Däumig insiste en la referencia a la acción de los trabajadores de Glasgow. Véase Gabriel Kuhn (ed.): *Tout le pouvoir aux conseils!*, trad. Étienne y Monique Lesourd, Jean-Claude Lamoureux y Charles Daget, Les Nuits Rouges, 2014, pp. 81 y 98.

perspectivas. Los comités de acción movilizaron, en Berlín y en las regiones industriales, a centenares de millares de obreros y a sus familias, mientras la socialdemocracia y la dirección de los sindicatos se oponían a ellos calificando su acción de «idiotez política».

En realidad, la guerra agrandó la brecha entre los aparatos sindicales y políticos y sus bases. Y, contrariamente a lo que temía Piotr Kropotkin cuando se posicionó a favor de la Unión Sagrada con el fin de evitar «que se paralizaran las fuerzas progresistas», fue la barbarie guerrera lo que despertó el espíritu internacionalista. Ineludiblemente, los delegados de esos comités de acción se ganaron la confianza y el respeto de los trabajadores más combativos. Se autonomizaron respecto a los aparatos, incluso cuando los más activos seguían vinculados a los partidos políticos, sobre todo a la izquierda socialdemócrata, el USPD.[26] Al final de la guerra, la red de delegados revolucionarios agrupaba a varios millares de aguerridos militantes de fábrica que habían creado lazos entre las empresas, sobre todo en Berlín. Más tarde formaron el núcleo más lúcido y combativo del movimiento de los consejos, que intentó enfrentarse a las maniobras del SPD.[27]

A finales de 1918, cuando la Unión Sagrada se estaba agrietando a causa del masivo rechazo popular a la guerra, los intentos arrogantes del alto mando militar para proseguir las operaciones desencadenaron motines y aceleraron la llegada de una situación revolucionaria.

No obstante, los motines de noviembre de 1918 no estallaron contra el hecho de que el SPD se acercara y se entendiera con el viejo Estado imperial, sino para apoyar la participación socialista en el Gobierno, pues el pueblo y la base socialista pensaban que eso podía conducir a la paz. En la mente de los marinos amotinados del mar del Norte, las rebeliones

26. La primera huelga general convocada por «hombres de confianza», en mayo de 1916, fue una huelga política para protestar contra la detención de Karl Liebknecht.

27. Gabriel Kuhn: *Tout le pouvoir aux conseils!*, *op. cit*., pp. 67-144.

apuntaban, sobre todo, contra la jerarquía militar y pretendían apoyar a los socialdemócratas que acababan de ser cooptados en el Gobierno por el propio Ejército como «representantes del pueblo». Fue un momento cumbre cargado de ambigüedades:

> *Con agudo instinto, las masas presintieron que esos señores militares le ponían tantas trabas a la revolución desde arriba como a la revolución desde abajo, que en realidad no aspiraban ni a la paz ni a la democracia y que en lo más profundo de su alma estaban reñidos irremediablemente con la revolución. [...] Las masas socialdemócratas que así lo veían y que estaban haciendo la revolución pensaban estar totalmente de acuerdo con sus dirigentes. Su tragedia fue que se equivocaron.*[28]

Anticipándose a esa ambigüedad y a ese engaño, se alzó una fuerza revolucionaria que no confiaba en el socialismo de los jefes y que aspiraba a tomar y a ejercer directamente su propio poder.

Proteger el Estado de la revolución

Los dirigentes del SPD querían parar la revolución y preservar sus vínculos con el Estado, instrumento que consideraban indispensable a la realización del socialismo. A principios del mes de noviembre de 1918, en Kiel, un dirigente del SPD le comunicó lo que pensaba a la dirección de Berlín, deseando que se produjera «el restablecimiento del orden voluntariamente bajo el mando socialdemócrata; de este modo la revolución se desmoronaría por sí misma».[29] El diputado Noske, futuro

28. Sebastian Haffner: *Allemagne, 1918. Une révolution trahie*, *op. cit.*, p. 61 (en castellano, pp. 67-68).
29. *Ibid.*, p. 62. (en castellano, p. 68).

responsable de la represión de la rebelión espartaquista y del asesinato de Rosa Luxemburg y Karl Libknecht, demostró además ser un exquisito psicólogo afirmando que percibía como «surgía de nuevo entre los trabajadores y los marineros esta necesidad de orden tan inherente a los alemanes».[30] En el mismo momento, otro importante dirigente del SPD, Friedrich Ebert, hizo un urgente llamamiento a la vieja élite del Imperio: «La revolución social será inevitable si el Káiser no abdica. Pero yo no la quiero en absoluto, la detesto como al pecado».[31] Ebert contestó a los propósitos alarmistas del canciller del último Gobierno del Káiser, que estaba muy preocupado por la inevitabilidad de la revolución, hasta el punto de rogarle al SPD que la sofocara, diciendo que ya verían lo que podían hacer. A cambio de esa promesa, el jefe socialista obtuvo el apoyo del alto mando militar, que dijo estar dispuesto a cooperar para aniquilar al extremismo bolchevique.[32] ¡El acto que selló la alianza entre el Ejército y los socialistas tuvo lugar en torno al horror que les inspiraba el bolchevismo, en realidad, la revolución a secas! Para los militares, los consejos eran una «monstruosidad»,[33] los confundían con el bolchevismo y querían eliminarlos. Ignoraban que los socialistas podían hacer algo mejor: integrarlos en el sistema del Estado democrático.

Una vez que el Káiser abdicó, el 9 de noviembre de 1918, la dirección del SPD pidió la dimisión del Gobierno, «para mantener la calma y el orden».[34] Entonces, la república fue proclamada bajo la atenta mirada del Ejército, y el presidente del SPD, Friedrich Ebert, fue nombrado canciller del Reich. Enemigo confeso de la ruptura revolucionaria, respetuoso con el orden

30. *Ibid.*
31. Propósitos dirigidos, el 7 de noviembre de 1918, por Friedrich Ebert al general Groener, del Mando Supremo de los Ejércitos: en Sebastian Haffner: *Allemagne, 1918. Une révolution trahie*, *op. cit.*, p. 65 (en castellano, p. 72).
32. *Ibid.*, p. 101 (en castellano, p. 110).
33. *Ibid.*, p. 100 (en castellano, p. 110).
34. *Ibid.*, p. 74 (en castellano, p. 81).

en general, Ebert encarnaba sobre todo el nuevo orden de la república.[35]

Se ha reducido demasiadas veces la Revolución alemana de 1918-1919 a un enfrentamiento entre la socialdemocracia y sus corrientes de izquierda, y luego también entre la socialdemocracia y el comunismo influenciado por el bolchevismo: el KPD.[36] Hay que matizar mucho este enfoque, señalando el papel que desempeñaron desde el principio las corrientes del socialismo radical opuestas a las ideas centralistas y dirigistas: los sindicalistas independientes y los anarcosindicalistas. Estudiar la experiencia alemana sin tomar en cuenta a estas tendencias y la influencia que tuvieron impide comprender su valiosa complejidad.

A pesar del ambiente represivo que imperó durante los años de guerra, los anarcosindicalistas mantuvieron su presencia y siguieron con su trabajo de agitación por todo el país. Cuando se fundó a finales de 1919, la FAUD[37] estaba muy bien implantada en Berlín y entre los mineros del Ruhr, donde los militantes sindicalistas y anarquistas estaban muy activos. También tenían una buena representación las corrientes anarquistas de Baviera. Ciertamente, como en Rusia, los consejos en Alemania no aparecieron como fruto de una ideología preexistente, sino como fruto de la necesidad en una situación concreta. Sin embargo, los anarcosindicalistas jugaron un papel primordial en la propaganda de los principios de autoorganización y de democracia directa, y la FAUD apoyó incondicionalmente, desde el principio, el movimiento y la idea misma de consejos:

> *Las tradicionales concepciones anarcosindicalistas del sindicato revolucionario como unidad de base del poder obrero y de la autonomía, abrieron el camino a las nuevas ideas del movimiento de los consejos y de las organizaciones de fábrica.*[38]

35. Más tarde, Ebert será apodado el Stalin de la socialdemocracia por su talento como manipulador.
36. El Kommunistische Partei Deutschlands (KPD) fue fundado en Berlín el 1 de enero de 1919 a través de la fusión de dos grupos, la Liga Espartaquista y la Internationale Kommunisten Deutschlands (IKD).
37. La Freie Arbeiter-Union Deutschland, sindicato anarcosindicalista. Sobre la historia del anarcosindicalismo alemán, véase Augustin Souchy: *Beware Anarchist! A Life for Fredom. An Autobiography*, Charles H. Kerr, 1992.

El movimiento político de los consejos

A partir del 10 de noviembre de 1918, los obreros de las grandes fábricas formaron sus consejos y, muy pronto, convocaron su propio congreso. A juicio de un observador no revolucionario, en poco tiempo «habían logrado a todos los niveles una organización paralela a la de los antiguos cuerpos administrativos completamente capaz de funcionar, lo que suponía un resultado impresionante».[39] Pese a eso, al principio los consejos tuvieron un poder limitado y frágil. Desde el primer momento se asumieron más bien como organizaciones políticas sin un poder real de gestión social. Contrariamente a lo que había sucedido en Rusia, las instituciones del Estado perdieron autoridad pero no se derrumbaron y pudieron volver a funcionar de la mano de la socialdemocracia, que las legitimaba:

> *El Estado apenas había sido tocado. Los propios funcionarios volvieron al día siguiente, tras el fin de semana revolucionario, a sus oficinas de siempre [...] los mismos generales y oficiales de la semana anterior seguían al mando; lo único que había cambiado era que ahora, a la cabeza del gobierno, en lugar de un canciller imperial se encontraba un órgano colegiado de seis miembros denominados «comisarios del pueblo», entre los cuales, en realidad, uno de ellos seguía siendo el canciller: Ebert. Los consejeros, los directores de los ministerios y demás altos*

38. Martin Comack: *Wild Socialism..., op. cit.*, p. 56.
39. Sebastian Haffner: *Allemagne, 1918. Une révolution trahie*, *op. cit.*, p. 111 (en castellano, p. 121).

funcionarios, conservadores sin ninguna duda, seguían trabajando como siempre.[40]

Entre el gobierno de los consejos y la democracia parlamentaria, los dirigentes del SPD no dudaron en elegir la segunda opción. Por ello, tuvieron que elegir cuanto antes una asamblea constituyente. Su idea se impuso fácilmente, ya los defendían la inmensa mayoría de los consejos de trabajadores y aún más si cabe la de los consejos de soldados. En los consejos de fábrica casi siempre fueron elegidos los militantes que tenían experiencia y carisma, los cuadros de los partidos y de los sindicatos, los responsables conocidos del SPD y del USPD. Aunque supuestamente tenían que defender a los trabajadores, en realidad, y ante todo, obedecían al partido. En los cuarteles, casi la totalidad de los consejos estaban en manos de los miembros o simpatizantes del SPD. El consejo ejecutivo de los comisarios del pueblo —elegido por el Congreso de los Consejos— estaba esencialmente formado por delegados revolucionarios, por miembros del USPD y del SPD. En poco tiempo se convirtió en una suerte de *gobierno bis*, a remolque del SPD. Lejos de ser un sucedáneo del parlamento, otro tipo de poder, o un doble poder, el Congreso de los Consejos no era sino un simple órgano de presión y de control de la democratización del Estado. Para imponerse en los consejos, la socialdemocracia había jugado la carta de la democracia formal.

Al pronunciarse por la democracia obrera, los viejos partidos y los sindicatos reivindicaban de hecho que todas las corrientes del movimiento obrero estuviesen representadas dentro de los consejos, en proporción con su importancia numérica respectiva.[41]

40. *Ibid.*, pp. 103-104 (en castellano, p. 113).
41. Henk Canne-Meijer: *Les Conseils ouvriers en Allemagne. 1918-1921*, Échanges et Mouvement, 2007, p. 12 (en castellano: *Movimiento de los Consejos Obreros. Alemania 1917-1921*, trad. Manuel Higuero, Zero, Madrid, 1975).

En definitiva, los militantes socialdemócratas apoyaban al mismo tiempo el sistema de los consejos y el sistema parlamentario, pero su objetivo siempre consistió en someter el primero al segundo.

Las siguientes constataciones reflejan un primer rasgo fundamental de la Revolución alemana: los consejos tuvieron principalmente un papel en el terreno político y en ellos dominaron las concepciones del socialismo autoritario socialdemócrata. El aparato de Estado nunca se derrumbó y jamás los consejos constituyeron un doble poder.

No obstante, a pesar de su enorme influencia, la dirección del SPD desconfió de los consejos. «No se habían previsto, no se amoldaban al programa, impedían la alianza con los partidos burgueses y con el Alto Mando.»[42] Los consejos, aunque no se definieran claramente ni sobre sus intenciones ni sobre el poder que reivindicaban, eran una gran preocupación para los nuevos defensores del orden. Eso era consecuencia de la ambigüedad de la situación específica en la que surgieron. Mayoritariamente respetuosos del orden defendido por los jefes reformistas, los consejos, no obstante, dejaban la vía libre a la valiosa dinámica de un movimiento de base en el que se expresaban las posibilidades revolucionarias.[43] En efecto, si bien la mayoría de los miembros de los consejos seguían pensando que el SPD tenía un programa socialista, muchos de los participantes no reivindicaban una mera democratización del pasado. Así, al principio de la revolución, en el movimiento que se refería a los consejos se respiraba un ambiente de confrontación de ideas y de democracia de base que permitía debatir sobre los objetivos de la revolución y favorecía la radicalización del pensamiento y de la acción. En fin, el movimiento de los consejos fue una dinámica social de ruptura antes que una forma de organización.

42. Sebastian Haffner: *Allemagne, 1918. Une révolution trahie*, *op. cit.*, p. 110 (en castellano, p. 120).
43. Para un testimonio sobre la naturaleza conservadora de muchos consejos, así como sobre la polémica revolucionaria en su seno, véase Paul Mattick: *La révolution fut une belle aventure*, L'échappée, 2013.

Sin embargo, muy pronto la mayoría de los consejos se convirtieron en organizaciones vinculadas a los partidos socialistas (SPD y USPD) y, durante el II Congreso de los Consejos, el 16 de diciembre de 1918, la línea política del SPD ya se impuso en los debates y las decisiones. El Congreso se negó, pues, a asumir poderes legislativos y ejecutivos, y pidió el adelanto de la elección de la Asamblea. Una sola medida se opuso a la voluntad de la dirección del SPD: el Congreso aprobó una reorganización democrática del Ejército y propuso que la alta jerarquía militar estuviera bajo el control de los comisarios del pueblo. Eso, como es de suponer, molestó soberanamente a los jefes socialistas e irritó a sus aliados militares. Por su parte, las corrientes revolucionarias percibieron de forma instintiva que la coexistencia de esos dos sistemas —el parlamentarismo (al que estas corrientes llamaban «el club político suicida») y el espíritu de la democracia directa de los consejos— era imposible y significaba, a corto plazo, la derrota de la revolución. En Alemania, al igual que en Rusia, el movimiento real constató en la práctica cuán acertada era la idea expresada un siglo antes por los *enragés* de la Revolución francesa: «Gobierno y revolución son incompatibles».[44] De esta forma lo expresaba el delegado revolucionario Ernest Däumig:

> *La idea de los consejos, el sistema de los consejos no pueden convivir con la democracia en el mundo capitalista, ya que la democracia, en el mundo capitalista, solo puede como mucho desembocar en una igualdad política formal.*[45]

Los grupos radicales se agruparon para defender esa posición en los consejos y en la agitación en las calles. Entre ellos estaban los espartaquistas, agrupación procedente de la izquierda socialdemócrata radicalizada por la Revolución rusa y por los acontecimientos en Alemania, y en la que también había militantes procedentes del anarcosindicalismo.

44. Jean-François Varlet: *Gare l'explosion*, 1 de octubre de 1794.
45. Ernest Däumig: «L'idée des conseils et sa réalisation», en *Tout le pouvoir aux conseils!*, *op. cit.*, p. 106.

Inicialmente los espartaquistas eran, más que un grupo, sobre todo un movimiento que intentaba compensar las escasas fuerzas de los revolucionarios en los consejos con una intervención vanguardista radical.[46] Hubo otra tendencia revolucionaria, la ya nombrada de los delegados revolucionarios u «hombres de confianza».

El movimiento revolucionario. La mutación de los consejos

La sublevación de principios de enero de 1919 en Berlín fue espontánea, estimulada por la energía revolucionaria que se extendía en la sociedad. El nuevo partido comunista que nació del movimiento espartaquista, el KPD, no había preparado nada, y el Comité Revolucionario, dominado por los delegados revolucionarios, se limitó a lanzar llamamientos y proclamas. Ambas corrientes siguieron los acontecimientos, no los dirigieron. Cuando acabaron los enfrentamientos callejeros y las ocupaciones de estaciones y de periódicos, y una vez contados los muertos, surgió una reivindicación de acción unitaria de las fábricas y de los barrios populares. Y eso que los desacuerdos eran importantes, implicando diferentes sensibilidades políticas y diversas apreciaciones en cuanto a las posibilidades del periodo, al tipo de acciones que había que llevar a cabo y a la forma de ponerlas en marcha.

El desacuerdo más importante era el que se refería a la «táctica revolucionaria», y había surgido en los debates entre la corriente de los delegados revolucionarios y la dirección del recién nacido KPD. Los primeros criticaban el activismo de los dirigentes espartaquistas que, según ellos, estaban cada vez más influenciados por el voluntarismo bolchevique. Los delegados revolucionarios, mofándose, decían que los

46. Durante los años revolucionarios, la palabra *espartaquista* fue sinónimo, sobre todo en Berlín, de *revolucionario*.

espartaquistas practicaban «gimnasia revolucionaria» con sus manifestaciones y acciones callejeras. A su parecer, ese activismo escondía una concepción vanguardista de la acción, que tendía a sustituir el compromiso de la mayoría por la acción de unas minorías. Consideraban que era una usurpación del poder de la colectividad en lucha. Durante el corto periodo de la revolución que Rosa Luxemburg pudo vivir, tuvo a veces en cuenta esa crítica de los delegados revolucionarios y, a finales del mes de diciembre de 1918, en el congreso de fundación del KPD, puso en guardia a este último contra lo que algunos llamaban el «radicalismo facilón». En cambio, los espartaquistas y demás militantes radicales, como muchos anarcosindicalistas, reconocieron que los delegados revolucionarios eran «la mayor y más activa fuerza del proletariado de Berlín. […] Por tal motivo, merecen todo nuestro respeto».[47] Pero les reprochaban su prudencia y su actitud conciliadora en el seno de los consejos en los que desarrollaban el grueso de su actividad. Por cierto, esos consejos ya se habían convertido paulatinamente en órganos políticos sometidos a las maniobras de los socialistas, y en su seno se les negaba cada vez más la palabra.[48] El caso es que los delegados revolucionarios acabaron también siendo neutralizados, amordazados, y las dos tácticas se revelaron igual de ineficaces tanto para quebrar el poder ideológico de la socialdemocracia —la creencia en el sistema representativo parlamentario— como para reactivar el movimiento social basado en la acción y la democracia directa. Así, medio siglo más tarde, Paul Mattick, que había sido un joven espartaquista, criticó la consigna de los delegados revolucionarios de «¡Todo el poder a los consejos!», pues, en su opinión,

> *…no podía sino conducir a un callejón sin salida, a no ser, claro está, que el carácter y la composición de los nuevos órganos cambiaran totalmente. […] La inmensa masa de trabajadores tomó la revolución política por una revolución social. La ideología y la fuerza organizativa de la socialdemocracia habían dejado su huella; la socialización de la producción era vista como una atribución del gobierno, no como una tarea propia de la clase obrera.*[49]

47. Karl Liebknecht: «À propos des pourparlers avec les délégués révolutionnaires» [diciembre de 1918], en *Tout le pouvoir aux conseils!, op. cit.*, p. 202.
48. Recordemos que algunos de los delegados revolucionarios más escuchados eran miembros del USPD.

La guerra civil de la República de Weimar

En Alemania, durante la primera mitad de 1919, tuvo lugar una violenta guerra civil que acabó con la aniquilación de los radicales.[50]

Tras la insurrección de Berlín de principios de enero —en la que los espartaquistas jugaron un papel preponderante— hubo centenares de muertos. Rosa Luxemburg, Karl Liebknecht y numerosos militantes revolucionarios, anarquistas y comunistas, fueron detenidos y posteriormente asesinados por las fuerzas paramilitares, los cuerpos francos, que los socialdemócratas utilizaron como apéndices de la policía.[51] Dos meses después, el Gobierno respondió a las huelgas insurreccionales desencadenadas por los delegados revolucionarios con la instauración del estado de emergencia. Más tarde, en

49. Paul Mattick: «La gestion ouvrière», en *Intégration capitaliste et rupture ouvrière*, textos elegidos y traducidos por Serge Bricianer, Études et Documentation Internationales, 1972, p. 227 (en castellano en la versión en línea, penúltimo párrafo, tercer punto).
50. Sobre el movimiento espartaquista, tres libros, tres enfoques diferentes, comunista, trotskista y libertario: Gilbert Badia: *Les Spartakistes*, Aden, Bruselas, 2008 (en castellano: *Los espartaquistas*, t. 1 y 2, Mateu, Barcelona, 1971); Pierre Broué: *Révolution en Allemagne (1917-1923)*, Minuit, París, 1971 (en castellano: *Revolución en Alemania*, trad. Enrique Oltra Perales, A. Redondo, Barcelona, 1973); y André y Dori Prudhommeaux: *Spartacus et la Commune de Berlin. 1918-1919*, Spartacus, 1949.
51. Se estima que hubo unos cinco mil muertos en Alemania durante el periodo revolucionario de 1918-1919.

abril, se proclamó en Múnich la República de los Consejos, con una presencia muy importante de militantes anarquistas. Pese a la resistencia armada de los revolucionarios, la experiencia duró poco. Entre finales de abril y principios de mayo, las tropas de la República y los cuerpos francos aplastaron la insurrección de forma sangrienta, asesinando a varios dirigentes socialistas de izquierda, anarquistas y espartaquistas.

Finalmente, lo que al principio pareció ser una alianza contra natura del Ejército con la socialdemocracia, demostró su valía, y la restauración sangrienta del orden se selló con la formación de la nueva república, cuya Constitución fue promulgada en agosto de 1919, en Weimar, por la Asamblea Constituyente.

Separando el aspecto formal de la revolución (los consejos) del espíritu que anima aquel amplio movimiento —que estaba destruyendo las viejas instituciones imperiales y que permitió la proclamación de la república—, se puede entonces poner en valor el vínculo que une la primera fase de la revolución a la segunda, en la que los consejos ya no jugaron papel alguno.

En su importante trabajo histórico sobre la Revolución alemana, el comunista de formación estalinista Gilbert Badia consideró como una «paradoja» el hecho de que «los espartaquistas hayan reclamado continuamente todo el poder para unos organismos [los consejos] que mayoritariamente se sentían satisfechos con un programa de reformas democráticas».[52] Según Badia, los consejos no tenían un espíritu «verdaderamente revolucionario», no eran la expresión de la «facción más revolucionaria», la de los espartaquistas. Ahora bien, la paradoja se desvanece en cuanto se considera que el «espíritu revolucionario» radicó, no en los consejos, sino en el espíritu y el ambiente del momento y en el hecho de que los consejos no fueron sino una forma de organización efímera y en mutación. Para la inmensa mayoría de revolucionarios, durante la Revolución alemana los consejos fueron algo mucho más que

52. Gilbert Badia: *Le Spartakisme*, L'Arche, París, 1967, pp. 198-199.

una forma de organización: significaron una dinámica revolucionaria en ciernes, un movimiento novedoso, que surgió en Rusia en 1905, en donde se expresaba la actividad directa y subversiva. En definitiva, un espíritu de lucha y no una forma de organización, como más tarde lo resumiría Anton Pannekoek. Para Rosa Luxemburg y sus camaradas no existía paradoja alguna, no podían sino apoyar el movimiento de los consejos. De la misma forma que más adelante tuvieron que aceptar, a contracorriente de su propia opinión y de su cultura socialdemócrata, la posición antiparlamentaria y extrasindical de la mayoría de los espartaquistas. En aquel entonces, esas posiciones eran la expresión más avanzada y emancipadora del movimiento social, la afirmación del deseo de plena soberanía de los trabajadores, el no querer delegar su poder en unas instituciones basadas en los principios autoritarios de representación. Al no ser capaces de entender el nuevo espíritu de la Revolución alemana, Gilbert Badia y sus epígonos vieron en los espartaquistas una corriente esencialmente antisocialdemócrata, antirreformista, una fuerza protobolchevique en devenir. Más tarde, esta será la visión de toda la historiografía oficial de la antigua RDA. En cuanto a las demás corrientes bolcheviques, en su exhaustiva obra sobre estos acontecimientos, el trotskista Pierre Broué tampoco se interesó mucho por los consejos en sí. Incapaz de considerarlos como un movimiento de naturaleza intrínsecamente diferente a la de los partidos de la izquierda tradicional, se interesó esencialmente por el proceso de formación del KPD posespartaquista —un partido comunista de tipo bolchevique— y por la actividad de los jefes y de la élite política, sus errores y sus luchas de tendencias.[53]

53. Pierre Broué: *Révolution en Allemagne (1917-1923), op. cit.* Existe esa misma visión en otras obras sobre la Revolución alemana. Último ejemplo a fecha de hoy, la obra del trotskista inglés Chris Harman: *La Révolution allemande. 1918-1923*, prefacio de Sebastian Budgen, La Fabrique, París, 2015.

El segundo tiempo de la revolución

Tras haber vaciado los consejos de su contenido potencialmente revolucionario, la socialdemocracia los integró rápidamente en las nuevas instituciones del Estado de la República de Weimar, en las que jurídicamente se les atribuyó el papel de cogestión de la fuerza de trabajo. El poder socialista también se consolidó mediante un determinado tipo de consejos, organismos respetuosos del parlamentarismo, de la burocracia sindical y de las relaciones sociales de explotación. Ya en 1920, un delegado revolucionario denunció esos consejos de fábrica o de empresa, porque

> *…no juegan realmente ningún papel en el proceso de producción y para nada quieren comprometerse con la abolición de la producción capitalista. Preferirán asumir el hecho de «prevenir los disturbios» en los lugares de trabajo y ayudar a los capitalistas a alcanzar los «objetivos de la empresa». Los «objetivos de la empresa» no son otra cosa que, evidentemente, el provecho, los dividendos, las acciones…*[54]

El segundo momento de la revolución —que puede situarse, *grosso modo*, entre el intento de golpe militar de Kapp (a mitad del mes de marzo de 1920) y la Acción de Marzo de 1921— tuvo una repercusión más limitada, en una sociedad ya en vías de normalización a través de las instituciones de la nueva república. En cambio, fue más valioso desde el punto de vista tanto del contenido emancipador de las acciones emprendidas como del pensamiento crítico.

La oposición al golpe de marzo de 1920 fue una primicia en la historia moderna: en pocos días, una huelga general puso fin a una aventura reaccionaria en un gran país desarrollado. El Gobierno de Weimar se adjudicó fácilmente la victoria sobre los golpistas. Salvo allí donde, como sucedió en el Ruhr, la

54. Ernest Däumig: «L'idée des conseils et sa réalisation», en *Tout le pouvoir aux conseils!, op. cit.*, p. 111.

huelga se transformó en insurrección con un ejército rojo «improvisado» que asumió el control de la región. El Gobierno de la socialdemocracia tuvo que responder urgentemente. Tuvo que tomar de nuevo la iniciativa, bloquear la segunda ola de la revolución y desarmar a los revolucionarios. Tareas de las que, una vez más, se encargaron con éxito los socialistas con el apoyo del Ejército y de los cuerpos francos. Como consecuencia, la rebelión duró un año, con huelgas y luchas violentas que culminaron en una insurrección en las regiones industriales de Alemania Central. Fue la Acción de Marzo de 1921, último episodio del segundo momento de la revolución.

Durante esos pocos meses, aquellos que lucharon para retomar las riendas de sus destinos tuvieron que pagar un precio elevado. Miles de proletarios decididos y conscientes fueron detenidos y encarcelados. Una vez más, un buen número de militantes y activistas fueron detenidos, ejecutados, pulverizados durante los enfrentamientos contra los esbirros de la República de Weimar.[55] Los consejos estaban institucionalizados, ya no existían como órganos de autoorganización, y fueron las organizaciones revolucionarias que se formaron tras la primera ola insurreccional las que jugaron un papel de primer orden en esos acontecimientos: los dos partidos comunistas (el KPD y el KAPD [Partido Comunista Obrero de Alemania, explícitamente antiparlamentario]),[56] las organizaciones de fábrica vinculadas al KAPD o «unitarias»[57] y los grupos anarcosindicalistas.

55. Según el libro de Erhard Lucas: *Märzrevolution 1920*, Verlag Roter Stern, Fráncfort, 1978, casi la mitad de los trabajadores que murieron en los enfrentamientos durante el golpe de Estado de Kapp eran militantes de la FAUD anarcosindicalista.

56. El KAPD nació de la ruptura, en el Congreso de Heidelberg (octubre de 1919), de la tendencia antiparlamentaria del KPD. Inicialmente, esta tendencia juntó a la mayoría de la base del partido mientras que la dirección se quedó en el antiguo KPD, que se bolchevizó muy rápidamente. Según Gilbert Badia, «en Berlín, de ocho mil inscritos, solo quinientos seguirán siendo fieles a la dirección» (*Les Spartakistes*, *op. cit.*, p. 316).

57. La AAUD (creada a pricipios de 1920) estaba vinculada al KAPD, formando una especie de organización de fábrica. A finales de 1920, la AAUD afirmaba tener trescientos mil miembros, treinta mil de los cuales radicados en Berlín.

Más allá de los consejos, las corrientes unionistas

Durante esos años de intensa ebullición intelectual surgieron experiencias innovadoras y debates intensos, brotaron iniciativas originales y creativas, en ruptura con el pensamiento político de la izquierda tradicional. El movimiento real de rebelión había disociado la forma consejo —organización que de aquí en adelante estuvo integrada en el nuevo orden capitalista y sometida a la lógica de empresa— de la idea y los principios que habían constituido la base de los propios consejos. En las luchas, los trabajadores radicales a menudo se opusieron a los consejos de fábrica, que representaban la línea de la socialdemocracia. Algunos denunciaron «una especie de burocracia de los consejos [que] se ha instalado, incluso a veces un sistema de "corrupción consejista"».[58] La crítica de la vida burocrática, parlamentaria y sindical se expresaba abiertamente y se convirtió muy pronto en un punto de antagonismo entre las dos corrientes comunistas, la de partido y la que se reclamaba del movimiento de los consejos revolucionarios. Más adelante apareció una nueva fractura en torno a la cuestión de la doble lucha económica y política. El conjunto de las corrientes extremistas —que Lenin calificó de «izquierdistas»— coincidieron a la hora de oponerse al comunismo bolchevique vinculado a Moscú y de rechazar el electoralismo parlamentario, el sindicalismo de aparato y el seguidismo que implicaban. Pero el KAPD seguía defendiendo la necesidad de diferenciar la organización política, el partido, de la organización de fábrica, las

Numerosos militantes radicales que habían vivdo la experiencia de los consejos se movían entre esas organizaciones y la FAUD. Dos textos recuerdan brevemente pero de forma concisa la historia de esas tendencias y de su contenido político: Serge Bricianer: «Note sur le KAPD» (como introducción a Herman Gorter: *Lettre ouverte au camarade Lénine. Réponse à: Le Gauchisme, maladie infantile du communisme*, Spartacus, París, 1979); y Henk Canne-Meijer: *Le Mouvement des conseils en Allemagne (1918-1933)*, Informations Correspondance Ouvrières (en castellano: *Movimiento de los Consejos Obreros*, *op. cit.*).

58. Ernest Däumig: «L'idée des conseils et sa réalisation», en *Tout le pouvoir aux conseils!, op. cit.*, p. 109.

uniones. Desde este punto de vista, el KAPD siguió siendo una organización de dirigentes *profesionales*, no un partido de *masas* en el sentido leninista, sino un partido de élites que aspiraba a educar a los trabajadores a través de acciones radicales, ejemplares, casi siempre violentas e ilegales.[59] Era, en muchos aspectos, un partido aún más vanguardista que el partido bolchevique. Y, como tal, fue criticado por los anarcosindicalistas, los sindicalistas independientes y algunos unionistas. Por consiguiente, se creó una nueva disidencia minoritaria que rechazaba todas las separaciones, y en particular la de la doble pertenencia: acción política y acción económica. Ambas acciones tenían que fundirse en una, de ahí la denominación de «unitarias».[60] En opinión de sus impulsores, la naturaleza de las nuevas organizaciones de fábrica correspondía a una forma federativa sin centralismo:

> *Ni patrón, ni oficina, ni comité central, ni intelectual, ni dirigente profesional puede intervenir en sus asuntos. La organización de fábrica no es ni un partido ni un sindicato: no firma contratos de trabajo. Solo es el marco en el que se puede preparar y fomentar la revolución.*[61]

El llamamiento a la formación de organizaciones unitarias tuvo poca repercusión en las empresas, ya que en aquel momento el movimiento social se había quedado sin energía creadora y las tendencias burocráticas volvían a dominar la vida

59. Esta línea política fue defendida por Herman Gorter (véase *Lettre ouverte au camarade Lénine..., op. cit.*).

60. La AAUD-E, u organización «unitaria», creada a finales de 1920, rechazaba el principio de la separación entre órgano político y órgano económico, y proponía una concepción unitaria de la acción política y de la acción económica con base en los grupos de empresa. Otto Rühle fue uno de los portavoces de esta corriente menos «obrerista», en la que había muchos artistas de vanguardia.

61. Otto Rühle: *From the Bourgeois to the Proletarian Revolution*, 1924, traducido en parte en los *Cahiers du Communisme de Conseils*, n.° 7, diciembre de 1970, bit.ly/2UQfGZd.

económica y social. Pero esas nuevas concepciones emergieron de nuevo y fueron discutidas años más tarde.

En su conjunto, la corriente unionista —generalmente poco conocida— atrajo a muchos militantes revolucionarios que venían de la experiencia de los consejos, del anarcosindicalismo y de los grupos marxistas críticos con el bolchevismo. Los sectores unitarios se esforzaban por despertar la conciencia de los trabajadores,

> *... invitándolos a salir de los sindicatos y adherirse a la organización revolucionaria de fábrica; los obreros, en su totalidad, podrían dirigir ellos mismos sus propias luchas y conquistar el poder económico y político sobre el conjunto de la sociedad.*[62]

Los anarcosindicalistas como Rudolf Rocker (uno de sus teóricos más destacados) siempre habían defendido que la estructura sindical revolucionaria tenía que dar lugar a la organización de la sociedad socialista.[63] Consideraban que las uniones organizadas en torno a una base industrial, y no por oficios —que por otra parte eran una red nacional poco homogénea—, iban en ese mismo sentido,[64] aunque siguiera habiendo un desacuerdo de fondo respecto a la acción sindical. En efecto, algunas uniones pretendían radicalizar políticamente las luchas económicas, otras consideraban que las luchas en las empresas debían revestir formas de autoorganización, comités de base que agrupasen a todos los trabajadores. Por supuesto, en una situación de rebelión social permanente y extendida, las fronteras entre esos grupos no eran muy claras y poco influían las separaciones ideológicas frente a los imperativos de

62. Henk Canne-Meijer: *Les Conseils ouvriers en Allemagne, op. cit.*, p. 12.
63. En 1920, la FAUD afirmaba tener doscientos mil miembros, frente a los dos millones de los sindicatos socialdemócratas. En 1920, las organizaciones unionistas decían tener trescientos mil miembros. Se derrumbaron rápidamente después de la Acción de Marzo de 1921.
64. Un resumen de las posiciones unitarias puede leerse en el texto de Serge Bricianer: «Note sur le KAPD», *op. cit.*

la acción y a los vínculos concretos de solidaridad. A algunos les inquietó el abandono de la estructura sindical, considerando que era un retroceso en el aspecto de la organización de los trabajadores. Existía el peligro de fragmentar el poder colectivo y centralizado, dando paso a una multitud de grupos locales. Los partidarios de la idea de los consejos respondieron que solo había peligro en apariencia, ya que esa nueva forma «era la única que permitía la instauración de un poder obrero directo».[65] Más allá de ese magma confuso de pequeños grupos, de escisiones y de enfrentamientos sectarios, lo más importante era la propagación de las concepciones en favor de las ideas de democracia directa y del ejercicio de la soberanía de la colectividad de los explotados sin mediaciones políticas o sindicales.

Tras la fuerte represión de principios de los años 1920, esos organismos se quedaron sin fuerzas y se convirtieron, muy pronto, en pequeños grupúsculos. Perdieron su razón de ser: actuar para acabar con la pasividad generada por las tácticas de compromiso de la socialdemocracia y agitar para estimular las capacidades de autonomía de los oprimidos. Esos grupos estaban generalmente formados por parados y militantes que casi siempre vivían en la marginalidad. En consecuencia, sus miembros tuvieron que replegarse en acciones minoritarias, actuando a veces como «grupos expropiadores» o como «bandidos rojos» para que los militantes y las organizaciones pudieran sobrevivir materialmente, un hecho que anunciaba su aislamiento y su declive.[66] El movimiento izquierdista, en la acepción leninista del término, es decir, aquel que se oponía a la vida política oficial, en aquel momento «dejó de ser un factor político serio en el movimiento obrero alemán».[67] En

65. Henk Canne-Meijer: *Les Conseils ouvriers en Allemagne, op. cit.*, p. 12.
66. Paul Mattick hizo un relato directo de algunas de esas acciones en *La révolution fut une belle aventure, op. cit.* Véase también la autobiografía de uno de esos «bandidos rojos», Max Hölz: *Un rebelle dans la révolution. Allemagne 1918-1921*, trad. Serge Cosseron, Spartacus, París, 1988.
67. Paul Mattick: «Otto Rühle et le mouvement ouvrier allemand», *op. cit.*

contrapartida, el partido comunista bolchevizado, el KPD, se fortaleció y, disponiendo de medios materiales e institucionales importantes (como diputados y funcionarios sindicales), ocupó un buen lugar en la vida parlamentaria y sindical de la República de Weimar. Esa progresión le permitió, a su vez, poner en valor la eficiencia y el realismo del trabajo político en el seno de las instituciones democráticas, hasta que llegó el derrumbamiento de su aparato burocrático frente el nazismo.

RUSIA Y ALEMANIA, EL TIEMPO DE LOS BALANCES:
EL SOCIALISMO SALVAJE Y LAS ÚLTIMAS FRACTURAS DEL VIEJO CAMPO SOCIALISTA

La acción creadora de una clase obrera con poca educación

Fruto de la guerra, la Revolución alemana acabó cuando acabó aquella y, con la paz, sus límites quedaron en evidencia. En efecto, el fin de las hostilidades frenó la dinámica revolucionaria; en cambio, la gran fuerza socialista que se presentaba como una garantía de paz (el partido del orden contra la revolución) salió reforzada. Luego, durante la propia normalización de la situación, la socialdemocracia resultó ser el último escudo del capitalismo. Solo una minoría presintió que el precio a pagar por la interrupción de la revolución y por la alianza entre el Ejército y la socialdemocracia, iba a desembocar, a corto plazo, en una nueva barbarie. Poco antes de ser asesinada por los mercenarios al servicio de la socialdemocracia, Rosa Luxemburg había vislumbrado que en este enfrentamiento se

estaba jugando el porvenir de la corriente a la que había pertenecido toda su vida: «La clase burguesa está llevando a cabo su último combate bajo una bandera impostora: la bandera de la propia revolución».[1] Por consiguiente, la revolución fue vencida en nombre del marxismo de la socialdemocracia, y luego fue la contrarrevolución capitalista la que se reivindicó como una revolución... respetuosa del orden.

La represión que encabezó la socialdemocracia durante la Revolución alemana no fue una pésima política por parte de unos jefes execrables, ni mucho menos el fruto de una traición. Los dirigentes y los cuadros de la socialdemocracia y de los sindicatos consideraban que los consejos eran el producto de la actividad de algunos sectores de la clase obrera con poca o muy pobre educación, políticamente inmaduros.[2] Convencidos de su saber, de su *verdad* y de la eficiencia de la política que les había permitido convertirse en poderosas instituciones en el seno del capitalismo, los socialistas trataron con desprecio a los proletarios que se rebelaban, que se movilizaban por ellos mismos, que buscaban un camino hacia la autoemancipación. La creación de una «asociación en que el libre desenvolvimiento de cada uno será la condición del libre desenvolvimiento de todos»,[3] es una idea que los jefes socialistas habían abandonado desde hacía mucho tiempo. Si los trabajadores les desobedecían y manifestaban el deseo de controlar su propia lucha, es porque no habían sido *educados* por la socialdemocracia, porque no conocían bien «la naturaleza de los sindicatos y del socialismo». En fin, porque sus ideas eran «primitivas». La socialdemocracia se identificaba con un marxismo concebido como una *ciencia* que había que inculcarles a *las masas* para que pudieran construir el socialismo del porvenir. Los movimientos que se situaban a contracorriente

1. Rosa Luxemburg: «Ein Pyrrhussieg», artículo publicado en *Rote Fahne* el 21 de diciembre de 1918. *(N. de la E.)*
2. Véase el relato de Paul Mattick como miembro del consejo de los aprendices de Siemens en *La révolution fut une belle aventure*, *op. cit.*
3. Karl Marx y Friedrich Engels: *Le Manifeste communiste*, UGE-10/18, 1962, p. 47 (en castellano, p. 50).

de ese orden ineluctable de las cosas eran considerados como retrógrados y nocivos. Rompían la unidad de la clase obrera y retenían el «curso natural» de la historia. De este modo, los jefes de la socialdemocracia inventaron una fórmula impactante para referirse al movimiento de los consejos: el «socialismo salvaje».[4]

El autor Sebastian Haffner y otros como él alegaron que, en el fondo, la Revolución alemana había sido traicionada por el partido socialdemócrata, que durante cincuenta años había estado preparando «su revolución política» con el objetivo de reemplazar el imperio por una república socialista. La dirección burocrática del partido justificó esa traición invocando que había que poner fin al caos provocado por una revolución de tipo bolchevique.[5] Fue una leyenda que también aceptó totalmente el KPD, que siempre presentó, *a posteriori*, la revolución como *su* revolución vencida. No obstante, la Revolución alemana fue una revolución «no solo destructiva, sino también creativa [...] en casi todas partes [fue] la obra espontánea de las masas sin liderazgo. El verdadero héroe de esta revolución fueron las masas».[6] Dicho esto, hay que hacer hincapié en el hecho de que la inmensa mayoría de los trabajadores que crearon espontáneamente los consejos eran socialdemócratas. Por si fuera poco, ¿no votaron masivamente al SPD en las elecciones a la Asamblea Constituyente del 19 de enero de 1919, y eso que de noviembre a enero habían participado en los disturbios callejeros? He aquí la dificultad para comprender la cualidad «creadora», mencionada antes, que caracterizó el movimiento de los consejos e impedía clasificar la Revolución alemana en las dos categorías existentes hasta entonces: socialdemócrata o bolchevique. Esa cualidad creadora es la que explicó el cambio de los trabajadores

4. Se puede leer un buen resumen de los puntos de vista de la socialdemocracia sobre el movimiento de los consejos en Martin Comack: *Wild Socialism..., op. cit.*, pp. 43-51.
5. Entre otros, esta es también la tesis de Sebastian Haffner: *Allemagne, 1918. Une révolution trahie, op. cit.*, p. 201.
6. *Ibid.*, p. 200.

durante el movimiento. Es evidente que muchos trabajadores (no todos) socialdemócratas participaron en la revolución junto a otros que no lo eran, o que ya no lo eran... En cambio, es obvio que los valores, la mentalidad y las referencias políticas de la «cultura socialdemócrata» tuvieron un peso enorme sobre el desarrollo de los acontecimientos y sobre la contención de su dimensión creadora y revolucionaria, cuyo desenlace no puede explicarse únicamente por la acción de los jefes del SPD. Ese desenlace se explica por la propia actitud de la mayoría de los protagonistas de la revolución, por el hecho de que «sin embargo, la gran masa de los trabajadores tomó la revolución política por una revolución social».[7]

¿Cuáles eran los principios de ese *socialismo salvaje* vilipendiado por los jefes de la socialdemocracia, los de esa «obra creadora espontánea de las masas sin liderazgo»? Desde finales del año 1918, algunos intentaron aislar y poner en valor ciertas orientaciones generales de un movimiento que fue esencialmente práctico. En 1920, Ernest Däumig, delegado revolucionario muy escuchado en Berlín, intentó hacer un «esbozo programático»:

> *La idea de los consejos se opone [...] a la idea democrática corriente, en la que los ciudadanos son considerados como una masa indiferenciada, ignorándose las inmensas contradicciones entre capital y trabajo así como la brecha entre las clases.*[8]

El rechazo del marco de la democracia formal parlamentaria implicaba que no se tolerara a ningún representante del capitalismo en los consejos. De este modo, Däumig reiteraría lo que Rosa Luxemburg había repetido hasta la saciedad respondiendo a la propaganda de los socialdemócratas. La democracia directa carece de un verdadero contenido si no va a la par de una lucha por la igualdad económica:

7. Paul Mattick: «La gestion ouvrière», en *Intégration...*, *op. cit.*, p. 227 (en la versión en línea, sección III, penúltimo párrafo).
8. Ernest Däumig: «L'idée des conseils et sa réalisation», en Gabriel Kuhn: *Tout le pouvoir aux conseils!*, *op. cit.*, p. 103.

> *Sí, ahora, esa consigna [¡Igualdad de los derechos políticos, democracia!] ha de materializarse en la realidad, pues la «igualdad política» no puede existir si no se acaba radicalmente con la explotación económica.*

Segundo aspecto: los delegados de los consejos no pueden tener el poder a largo plazo, tienen que «estar constantemente bajo el control de los electores, que pueden revocar los consejos o los individuos en todo momento cuando ya no confían en ellos».[9] Los revolucionarios alemanes insistían muy particularmente en esos principios de revocación y del mandato controlado que permitían enfrentarse a cualquier tentativa de usurpación de la soberanía de los trabajadores. Por experiencia, sabían que si no se respetaban esos principios, el sistema de los consejos se desintegraría conduciendo a su derrota. Esas reglas de representación eran indispensables para alcanzar la «supresión de la producción capitalista y la puesta en marcha de la producción que permita la participación permanente y activa de los trabajadores en todos los sectores económicos y políticos».[10] Pues tal era el objetivo principal de los consejos.

Socializaciones y nacionalizaciones

Contrariamente a lo que sucedió en las revoluciones rusas de 1905 y 1917, el movimiento de los consejos en Alemania no estuvo nunca dispuesto a asumir las tareas de gestión de la producción, menos si cabe las tareas de reorganización de la vida social. La mayoría de los consejos se consideraban como auxiliares del Gobierno socialdemócrata para los problemas del día a día, para el abastecimiento en particular. Algunos escasos consejos, en los que eran mayoritarios los radicales, se hicieron con el poder local. Pero esa toma del

9. *Ibid.*
10. *Ibid.*, pp. 102-103.

poder local impidió que los radicales fueran capaces de ver que «el verdadero reparto del poder se hacía a nivel nacional».[11] Dos cortos periodos fueron una excepción: el posterior al golpe de Kapp (en marzo-abril de 1920), durante el cual surgieron algunas «socializaciones salvajes» en el Ruhr, protegidas por el ejército rojo de los huelguistas; y el de las ocupaciones de fábricas en Alemania Central, durante la Acción de Marzo[12] de 1921. En general, el aparato de Estado republicano y sus fuerzas represivas siguieron funcionado y la clase capitalista conservó el poder económico y el control de las empresas. Incluso en los momentos más conflictivos, la agitación revolucionaria estuvo focalizada en las acciones de huelga y de ocupación. Por ello, la cuestión de la gestión obrera fue bastante marginal en los debates. Desde luego, para los anarquistas, los espartaquistas y los delegados revolucionarios, la socialización de la producción seguía siendo uno de los objetivos del sistema de los consejos, asociada a una reorganización de la sociedad.[13] Pero sus propuestas sobre ese tema tuvieron pocas repercusiones.

Por su lado, la socialdemocracia había hecho propaganda durante décadas sobre la socialización de los medios de producción. De repente, la cuestión pasó del aspecto teórico al de la práctica urgente. Al haber accedido al poder del Estado y al

11. Martin Comack: *Wild Socialism..., op. cit.*, p. 44.
12. Se refiere a los acontecimientos de marzo de 1921, que comenzaron después de la ocupación policial de las zonas industriales de Mansfeld y Eisleben, ordenada por los socialdemócratas Carl Severing y Otto Hörsing (ministro del Interior de Prusia y presidente de la provincia de Sajonia respectivamente) con la finalidad de desarmar a la población obrera que un año antes, en marzo de 1920, se había levantado en armas contra el golpe de Estado de Kapp y cuya resistencia había conseguido frenar la asonada militar. Durante los meses posteriores a la intentona militar, la actividad huelguística fue intensa y la represión creciente pero incapaz de frenarla. La ocupación policial, que pretendía requisar las armas todavía en poder de los trabajadores y frenar la acción sindical, provocó como respuesta una convocatoria de huelga general, conocida como la Acción de Marzo, pero que no contaría con apoyos suficientes. *(N. de la E.)*
13. Es lo que, entre otros, defiende Ernest Däumig en «L'Idée de conseil et sa réalisation» (1920), publicado también en Gabriel Kuhn: *Tout le pouvoir aux conseils!, op. cit.*

controlar mayoritariamente a los consejos, el SPD y el USPD redujeron la socialización a una nacionalización enmarcada en un proyecto centralista y estatal. En 1919, en los inicios de la República de Weimar, llegó a crearse una comisión oficial para estudiar la socialización de la economía, con la participación de miembros influyentes de ambos partidos, entre los cuales estaban Kautsky y Hilferding. Karl Korsch también formó parte de los *expertos* cuyas conclusiones no cristalizaron, claro está, en nada concreto. De todas formas, los jefes de la socialdemocracia no pararon de repetir que la socialización no podía realizarse en un contexto de desmoronamiento económico. A través de las reflexiones de Korsch sobre este tema, podemos hacernos una idea de los debates contradictorios que se planteaban en los medios socialistas. Aunque en aquel entonces Korsch se aproximara a las posiciones de Lenin, se pronunció a favor de una socialización descentralizada.

> *Incluso afirmando sus simpatías por el programa espartaquista de socialización (basado en los consejos), Korsch criticó directamente a los anarquistas como apóstoles de «un retorno a las formas de producción simples y naturales de un dulce pasado», y más si cabe a los centralistas como Kautsky y acólitos, fervientes defensores de la estatización, de la municipalización y las demás «medidas a medias de reparto de la propiedad» que no iban más allá de una transferencia de competencias de las manos de los propietarios privados a las de los funcionarios públicos. Entre otras cosas, insistía de buen grado en la necesidad de «un control desde abajo, por parte de los trabajadores (manuales e intelectuales), de la gestión de las empresas o de una participación determinante en ese control».*[14]

14. Hay un resumen de esos debates en el texto de Serge Bricianer: «Karl Korsch (1886-1961), un itinéraire marxiste», introducción en Karl Korsch: *Marxisme et contre-révolution, op. cit.*, pp. 12-13. Esta introducción aparece también ligeramente acortada en Karl Korsch: *Notes sur l'histoire*, Smolny, Toulousse, 2011 [1942]. También de Karl Korsch: «Qu'est-ce que la socialisation?», *Gros Sel*, n.° 17, supl., 1971 [1919].

Las vías ambiguas hacia la nueva sociedad

No toda la socialdemocracia planteaba la cuestión de forma esquemática y rígida: la asamblea o los consejos, el parlamentarismo o la democracia directa, el socialismo de Estado o el socialismo salvaje. La fuerza del movimiento de los consejos y las nuevas concepciones que aparecieron influyeron sobre algunos sectores de la socialdemocracia, que reconocieron su originalidad y buscaron una vía intermedia. Daremos dos ejemplos: el de la República de los Consejos de Baviera y el de la República austriaca, en las que las izquierdas de la socialdemocracia jugaron un papel primordial.

Desde noviembre de 1918, en Múnich, Kurt Eisner, uno de los dirigentes de los socialistas independientes (USPD), consideró los consejos revolucionarios como la «fuerza elemental» que permitía que el pueblo ejerciera su poder. Para él, los consejos correspondían a una fase transitoria de agitación que precedía a la instauración de un sistema parlamentario basado en un equilibrio: un compromiso entre el poder de los consejos y el Parlamento. La idea de una democracia constitucional de los consejos era una construcción híbrida, a medio camino entre la concepción del SPD y la de los espartaquistas. Los socialistas independientes no rechazaban el modo de representación de la democracia parlamentaria, pero, a la vez, querían mantener el vínculo con su base, muy involucrada en el movimiento de los consejos. Querían integrar a estos como órganos revolucionarios de base en el nuevo poder del Estado republicano. De este modo, intentaban eludir el miedo a una dictadura de los consejos —idea que estaba asociada a los espartaquistas— y proponían integrarlos en la vieja vida política institucional. Contrariamente al SPD, el USPD no consideraba que los consejos fueran el enemigo, no pensaba que fueran órganos inmaduros, sino que eran estructuras susceptibles de revitalizar y de revolucionar a la vieja socialdemocracia.

En Austria, tras la caída del Imperio austrohúngaro y la proclamación de la república en noviembre de 1918, la socialdemocracia accedió por un corto tiempo al poder (noviembre

de 1918-marzo de 1919) en unas circunstancias sensiblemente diferentes a las de Alemania. Un movimiento de huelgas desembocó, a principios de 1919, en la formación de una red de consejos obreros apoyados, entre otras fuerzas, por la izquierda de la socialdemocracia. Max Adler, su más estimado representante,[15] reconoció que los consejos eran unos organismos de la lucha de clases esenciales para la instauración de una democracia socialista. Él también entendía que tenían que ser entes transitorios, instrumentos capaces de reintroducir las ideas revolucionarias en el partido socialdemócrata.[16] Max Adler apoyó la Revolución rusa a la vez que fue de los primeros en criticar el bolchevismo —que no quiso confundir con el comunismo—, oponiendo a la idea de «dictadura del partido» la de la «dictadura del proletariado» en la que los consejos jugarían un papel importante;[17] concepciones, al fin y al cabo, bastante próximas a las del USPD e incluso a Rosa Luxemburg.

En definitiva, tanto los independientes alemanes como la izquierda socialdemócrata austriaca pensaban que los consejos no podían ser más que las primeras manifestaciones de un movimiento capaz de una ruptura radical con la antigua forma de pensar el hecho político y de contemplar la construcción de una sociedad socialista. Era un hecho novedoso solo porque podía revolucionar el viejo movimiento socialista.

Pero esa idea no se confirmó en el movimiento real. En Baviera, la situación se radicalizó y el enfrentamiento con la socialdemocracia fue inevitable. Político de cultura socialdemócrata, Kurt Eisner era, no obstante, un allegado de Gustav Landauer, personalidad política muy respetada por el anarquismo

15. Max Adler se interesó en la obra de Emmanuel Kant y de Max Stirner. Mantuvo una posición internacionalista durante la guerra y le dio una importancia particular al concepto de «democracia social», forma superior de la democracia, base del socialismo y que también debía basarse en una ética revolucionaria. Max Adler: *Le Socialisme de gauche*, folleto de *Critique Sociale*, 2014 (critique-sociale.info).
16. Max Adler: *Démocratie et conseils ouvriers*, Maspero, 1976, pp. 84, 95 y 113.
17. *Ibid*., p. 91.

alemán,[18] con quien colaboró al inicio de la República. En Baviera, la presencia importante de las corrientes anarquistas le dio un toque particular a la agitación contra el antiguo régimen e influenció a las fuerzas políticas. Por cierto, Landauer señaló:

> *Estoy seguro de que os habéis percatado de que en sus proclamas [Kurt Eisner] tiene una concepción muy «anarquista» de la democracia, al fomentar la activa participación del pueblo en todas las estructuras sociales a diferencia del lúgubre parlamentarismo.*[19]

Esa posición ambivalente de los independientes bávaros sobre los consejos no era del agrado ni de la burguesía bávara ni del Ejército. El SPD también rechazó el compromiso constitucional: los consejos tenían que dejar paso a la democracia parlamentaria. Y para los comunistas del KPD, entre los que la orientación leninista ganaba terreno, los consejos no tenían madurez para gobernar, para asumir el poder sin la orientación de una fuerza política. Según ellos, había que optar por un gobierno de dictadura de partido que se apoyaría en los consejos. Landauer tenía un análisis más fino. Se dio cuenta de que el movimiento de los consejos expresaba un hecho político nuevo. En lugar de elegir entre esas diversas proposiciones, sugirió que no se considerase a los consejos como una forma adaptada para tal o cual solución: dictadura, gobierno local, asamblea. Valía más concentrarse en la cuestión de su naturaleza, el tipo de delegación elegido. Y concluyó:

> *Los Consejos no tienen una forma fija, evolucionan. […] Dicho de otro modo, cada intento por hallar una solución pasa por la construcción paralela de una nueva economía y de una nueva estructura política. Para ello, es necesaria una fase transitoria. Jamás la llamaré «dictadura del proletariado», si bien es cierto que lo que importa no es la participación formal del conjunto de la población, sino el contenido y el espíritu, la dirección y el camino que seguimos enérgicamente.*[20]

Si en Berlín la insurrección había sido aplastada muy pronto y los consejos habían sido institucionalizados y reducidos a un papel productivista y de apoyo a los sindicatos, en Baviera la proclamación de una República de los Consejos (en abril de 1919) provocó una represión más violenta todavía. A pesar de las maniobras burocráticas de los partidos, el movimiento se basaba en un entusiasmo suscitado por la unidad desde la base, que arrastraba a socialdemócratas de izquierdas, comunistas y anarquistas. El Partido Comunista, dirigido por Eugen Leviné, tras haber despreciado la acción tildándola de aventura anarquista, acabó apoyándola.[21] Sin embargo, a principios de mayo de 1919 el Gobierno del SPD y el Ejército restablecieron el antiguo orden; hubo miles de muertos; Eisner y Leviné fueron asesinados.[22]

Cuestiones prometedoras para el porvenir

Entre 1920 y 1921, las eliminaciones físicas de numerosos militantes radicales y el aniquilamiento de una fuerte ola de rebelión social y política tuvieron consecuencias determinantes y definitivas para la sociedad alemana y el resto de Europa.

18. De Gustav Landauer: *La Révolution*, Sulliver, Cabris, 2006 (en castellano: *La revolución y otros escritos*, trad. Giuseppe Maio, Enclave de Libros, Madrid, 2016), y *La Communauté par le retrait et autres essais*, Éditions du Sandre, París, 2008.
19. Gustav Landauer: «Lettres de Bavière», 22 de noviembre de 1918, en Gabriel Kuhn: *Tout le pouvoir aux conseils!*, *op. cit.,* p. 276.
20. Gustav Landauer: «Lettres de Bavière», 20 de marzo de 1919, en Gabriel Kuhn: *Tout le pouvoir aux conseils!*, *op. cit.,* p. 305.
21. Para un informe y un análisis de los acontecimientos, véase Erich Mühsam: *La République des Conseils de Bavière*, trad. Théodore Zweifel y Pierre Gallissaires, La Digitale/Spartacus, París, 1999.
22. Kurt Eisner fue asesinado el 21 de febrero de 1919, antes de la proclamación de la República de los Consejos.

Una generación de militantes perdió a sus elementos más insumisos y creadores, mientras las fuerzas capitalistas perseguían su obra de normalización y uniformización de los espíritus. En Alemania, cuando finalizaron esos años de insurrecciones fallidas, de tentativas de subversión y de renovación del pensamiento vencidas, la sociedad se transformó, diferenciándose mucho de la de los años revolucionarios de la posguerra. Con la camisa de fuerza del legalismo y de la rigidez, nació una nueva Alemania, respetuosa con el principio del orden, sometida a la autoridad del Estado, vulnerable ante el crecimiento de las fuerzas irracionales.

Pero antes de la expansión de dichas nuevas fuerzas, en la década de 1920 se perfiló una última fractura en el campo socialista, ya no entre la socialdemocracia y las fuerzas revolucionarias, sino entre el autoritarismo jacobino del modelo bolchevique y las demás corrientes revolucionarias. La experiencia del movimiento de los consejos, en la medida en que siempre quiso quebrantar el marco institucional y oponer la autoorganización a las prácticas estatales, no solo influyó sobre las organizaciones y el activismo político y sindical, sino que abarcó también todos los aspectos de la vida. Las aspiraciones de iniciativas de carácter autónomo y de emancipación englobaron las diversas manifestaciones de lo cotidiano, las relaciones personales y sociales, la creación y el imaginario de las artes. Alemania era una sociedad más moderna que Rusia, donde se planteaban cuestiones que eran a la vez más complejas y más prometedoras para el porvenir. Los medios revolucionarios llevaban a cabo su lucha en un espacio delimitado por el autoritarismo normativo del Estado socialdemócrata y la rigidez de la contrasociedad bolchevique que iba de menos a más sobre los escombros de las derrotas del ciclo 1920-1922. Con unos y con otros había que seguir a los jefes, había que respetar la línea de los partidos, había que alinearse con las visiones estatales del socialismo. Opuestos a estas concepciones, los revolucionarios formaron grupos amenazados por el sectarismo, formaron colectivos de individuos capaces de actuar y de pensar de forma autónoma, pero cada vez más

aislados y perseguidos por la policía. No obstante, esas circunstancias hostiles propiciaron también la creatividad y la iniciativa radical de esos grupos, críticos con cualquier forma de separación en el ámbito de la política y de la vida. El ataque de Franz W. Seiwert (pintor procedente de la corriente dadaísta y miembro de los revolucionarios unitarios de Colonia) contra el «arte proletario» predicado por el comunismo de partido entregado a los intereses del Estado soviético, respondió a esas exigencias y nuevas aspiraciones:

> *No existe el arte proletario. Pues el arte es expresión de una cultura, es la exacerbación que se hizo visible de un sentimiento vital. Y el proletariado no tiene cultura. Es la clase oprimida que se pavonea con la cultura de sus dueños al igual que la criada se viste con las prendas que la dueña ya no lleva. [...] El proletariado jamás tendrá una cultura propia ya que el concepto de proletariado está indisociablemente ligado al de economía basada en el beneficio. Acabar con él implica acabar con el proletariado, y será la sociedad sin clases la que elaborará su propia e incomparable cultura, la primera cultura, hasta donde sabemos, que merece verdadera y realmente ese nombre, puesto que ya no se basa en la opresión del hombre por el hombre. Nosotros, que hemos crecido en el suelo podrido, no podemos saber qué aspecto tendrá esa cultura. Pero pienso que entonces, el arte y la cultura estarán estrechamente vinculados a la mecánica y la técnica del trabajo. La oposición trabajo-juego dejará de existir y será sustituida por una organización del conjunto de las condiciones humanas.*[23]

Se trataba de un discurso marginal que no dejó de ser otra cosa que un propósito visionario para la izquierda de la

23. Franz W. Seiwert: «L'Art et le prolétariat», *AbisZ*, 1927. Sobre los Progresistas de Colonia, véase Paul Mattick Jr.: «Modernisme et communisme antibolchévique. Les Progressistes de Cologne», *Oiseau-tempête*, n.º 4, invierno de 1998, bit.ly/2QX0N6k.

República de Weimar. Las cuestiones planteadas por Seiwert y sus amigos eran probablemente anticipadas respecto a la conciencia que la época tenía de sí misma; no obstante, mostraron la lucidez y la perspicacia de sus corrientes. El socialismo salvaje resultó ser el filón más creador de la era de las revoluciones. Retomando la fórmula de Brecht, los mejores no fueron vencidos por ser los mejores, sino porque eran los más débiles.

LA IDEA DE LOS CONSEJOS Y LA SOCIEDAD FUTURA

El debate sobre las reformas y su impase

Veinte años antes del periodo de enfrentamientos sangrientos durante el que la alianza entre la socialdemocracia y el Ejército puso fin al avance revolucionario en Alemania, el jefe socialista Eduard Bernstein (1850-1932) había elaborado una nueva táctica de la socialdemocracia conocida como la teoría del revisionismo. Su famosa fórmula decía: «El objetivo final, sea cual sea, no es nada, el movimiento lo es todo».[1] En su crítica, *Reforma o Revolución*, Rosa Luxemburg advirtió que todo ello no era sino una incitación a renunciar a la transformación social.[2] Atacó los fundamentos de la tesis de Bernstein que ella resumía de este modo: «El carácter socialista de la lucha sindical y parlamentaria radica por tanto, según la concepción

1. Eduard Bernstein: *Socialisme théorique et social-démocratie pratique*, Stock, París, 1900.
2. Rosa Luxemburg: *Réforme ou Révolution*, *op. cit.*, p. 16 (en castellano, p. 11).

bernsteniana, en la fe en su efecto de socialización progresiva sobre la economía capitalista».[3] Luxemburg criticó las dos formas de cómo se llegaría al socialismo según Bernstein: la «democracia económica» introducida por los sindicatos y el desarrollo de las cooperativas de consumo y de producción bajo la dirección del partido. También subrayó que, en los hechos reales, el sistema capitalista se desarrollaba en sentido opuesto. Su propia historia posterior, el hecho de que pudiera superar sus crisis y pudiera integrar las reformas para perpetuarse y mantener las mismas relaciones de poder en la empresa, mostró que el proyecto de «democracia económica» imaginado por Bernstein era inconsecuente y que nunca se plasmó en los hechos. En cuanto a las observaciones de Luxemburg sobre el funcionamiento de las empresas cooperativas, siguieron siendo pertinentes más allá de la época y del debate con los revisionistas. Sin duda, Luxemburg detectaba la esencia híbrida de esas formas de producción cooperativista: «Una producción socializada en pequeña escala dentro del intercambio capitalista»,[4] unida a «la necesidad contradictoria de que los trabajadores se gobiernen a sí mismos con todo el absolutismo que se requiera, incluso desempeñando contra sí el papel del empresario capitalista». Y añadía: «En esta contradicción entra también la cooperativa de producción en tanto que o bien retrocede hacia la empresa capitalista, o bien se disuelve, en caso de que los intereses de los trabajadores sean más fuertes».[5] Esta constatación de la impracticable «autoexplotación» practicada por el trabajador contra sí mismo esclareció los debates venideros sobre la posibilidad de autogestión limitada de las empresas que se mueven en el contexto del mercado capitalista y que han de someterse a sus leyes económicas. También lo hizo, a un nivel más amplio, en relación con los proyectos de socialización de la economía que otorgarían la gestión en la empresa a los consejos, pero no la gestión del

3. *Ibid.*, p. 43 (en castellano, p. 52).
4. *Ibid.*, p. 56 (en castellano, p. 73).
5. *Ibid.*, p. 57 (en castellano, pp. 73-74).

conjunto de la economía, perpetuando de este modo el marco de producción capitalista.

Durante la Revolución de 1918-1919, la socialdemocracia alemana defendía que el paso paulatino a la economía socialista se haría al mismo tiempo que su propia progresión en las instituciones. Por su parte, las corrientes radicales del socialismo estaban convencidas de que la importante red socialdemócrata de cooperativas formaba uno de los pilares de la burocracia del partido y sus sindicatos dentro del capitalismo, y de que funcionaba principalmente como una escuela para el sometimiento de los proletarios a los jefes socialistas. Por esta razón, los militantes revolucionarios no dudaron en extorsionar y en expropiar esas cooperativas con el objetivo de financiar sus propias actividades.[6] El debate sobre las posibilidades, las contradicciones y las trampas de una participación de los trabajadores en la gestión de las empresas no duró mucho. La práctica concreta de la socialdemocracia, su respeto de las leyes económicas era, a ojos de sus críticos, la prueba misma de que la vía de las reformas conducía a un callejón sin salida.

En cambio, en Rusia la oposición entre la concepción del control obrero y la de la gestión obrera estuvo en el centro de una lucha prolongada que desembocó en la consolidación del poder del partido bolchevique y en la supresión del poder de los comités de fábrica. Para Lenin y los bolcheviques, la construcción de la economía socialista era asunto del Estado revolucionario, mientras que el control obrero debía hacerse en las empresas, a través de los sindicatos sometidos al control político del partido. De hecho, el control obrero fue, para los bolcheviques, un recurso táctico que pretendía responder a las aspiraciones de aquellos trabajadores que querían tomar el poder intentando socializar la producción desde abajo. Como la producción dirigida por el Estado y el control efectivo por las organizaciones obreras se excluyeron recíprocamente, esta medida fue

6. Paul Mattick: *La révolution fut une belle aventure*, *op. cit.*

necesariamente provisional, un espejismo. En ese aspecto, los bolcheviques afirmaron muy pronto, a partir de 1920, su autoritarismo en la gestión de la economía, renunciando claramente a cualquier idea ambivalente de autogestión o de autogobierno. Trotsky fue muy claro en cuanto a la legitimación del principio autoritario:

> *Si la organización de la nueva sociedad tiene por base una organización nueva del trabajo, esta organización requiere a su vez la implantación regular del trabajo obligatorio.*
>
> *[...]*
>
> *Hay que afinar, mejorar, perfeccionar los procedimientos, los métodos y los órganos destinados a realizar la movilización de la mano de obra. Pero es igualmente indispensable creer firmemente que el principio mismo del trabajo obligatorio ha sustituido tan radical y victoriosamente al del reclutamiento voluntario como la socialización de los medios de producción a la propiedad capitalista.*
>
> *[...]*
>
> *El trabajo obligatorio sería imposible sin la aplicación —en cierta medida— de los métodos de militarización del trabajo [...]. No puede pensarse en pasar de la anarquía burguesa a la economía socialista sin recurrir a la dictadura revolucionaria y a los métodos coercitivos de organización económica.*[7]

En Alemania, exceptuando los pocos casos en que los consejos dominados por los revolucionarios fueron unos órganos de lucha política, la mayoría de los consejos estuvieron muy pronto dominados por los socialistas y fueron integrados en la vida de las empresas capitalistas. Ya se sabe que, en cuanto el Estado les da una forma legal a las conquistas colectivas obtenidas a través de las luchas autónomas, se asegura de que no escaparán a su control. De este modo, tras la ley de la primavera de 1920,

7. Leon Trotsky: *Terrorisme et communisme*, *op. cit.*, p. 143 (en castellano, pp. 149-151).

el Estado socialdemócrata transformó los consejos en comités de empresa, apéndices legales de los sindicatos, órganos de la cogestión sindical de la República de Weimar.

Salvo en el breve periodo de intenso movimiento revolucionario, la inmensa masa de trabajadores siguió apegada a la idea socialdemócrata que entendía que la socialización de la economía era un asunto que incumbía a las autoridades responsables y representativas del movimiento obrero organizado. La construcción del porvenir era una tarea que tenían que llevar a cabo los funcionarios y el debate sobre esa cuestión quedó acotado a los propios límites del proyecto socialdemócrata. Otto Neurath (1882-1945), socialista poco ortodoxo, cercano a Kurt Eisner y encargado de la planificación durante el poco tiempo que duró la República de los Consejos de Baviera, fue uno de los que criticaron ese enfoque. No le extrañaba en absoluto que los partidarios reformistas de un orden económico moribundo no tuvieran nada que proponer: «Los jefes socialdemócratas, so pretexto de una actitud científica han [...], salvo en escasas excepciones, suprimido el interés por proyectos sociales-técnicos del futuro».[8] La breve experiencia de la República de los Consejos de Baviera y los escasos ensayos de ocupación y de expropiación que tuvieron lugar en el Ruhr, fueron excepciones que suscitaron debates políticos en cuanto al contenido de la cogestión y de la socialización. En la época, Karl Korsch fue de los que consideraron el proyecto centralista de cogestión como algo más que una mera medida legal de integración de los consejos. Se trataba, para él, de una ampliación del derecho burgués respecto a los trabajadores: participación política como *ciudadano*, sindical como asalariado, y, finalmente, participación en la cogestión como miembro de una empresa integrada en la producción social general.[9]

8. Otto Neurath: «Total Socialisation of the two Stages of the Future to Come», en *Economic Writings. Selections 1904-1945*, Kluwer Academic Publishers, Berlín, 2004, p. 371. Neurath fue encarcelado tras la derrota de la revolución. Se refugió en Holanda y luego en Gran Bretaña tras la llegada al poder de los nazis.
9. Serge Bricianer: «Karl Korsch (1886-1961), un itinéraire marxiste», en *Marxisme*

Sin embargo, textos, reflexiones y documentos diversos muestran el interés que suscitaron muy pronto, entre los revolucionarios alemanes, los consejos como base de autogobierno y de socialización de la economía. Un sistema susceptible de ser la expresión de la más amplia democracia directa de los productores, condición indispensable para la emancipación económica y social. Así, en 1920, un delegado revolucionario de Berlín afirmaba:

> *El sistema de los consejos ha de prepararse escrupulosamente para darle continuidad a la producción en el régimen socialista. Al mismo tiempo, ha de focalizarse en algo más que en la economía en sí.*[10]

Esos revolucionarios formulaban de otra forma la idea de Flora Tristan y de la Primera Internacional que decía: «La emancipación de la clase obrera debe ser obra de la propia clase obrera». Comprendían la condición de la emancipación económica y social en el mismo sentido que le había dado Marx:

> *Es solo cuando la producción está bajo el control real y determinante de la sociedad que esta última establece la relación entre el volumen del tiempo de trabajo social utilizado para producir ciertos productos y la cantidad de necesidades sociales que estos productos han de satisfacer.*[11]

El poder de integración y de consenso de la socialdemocracia fue de tal magnitud que una gran mayoría de los propios consejos adoptaron muy pronto unas formas adaptables a la lógica reformista de cogestión del capitalismo. Hubo que esperar el reflujo del movimiento revolucionario y la vuelta al

et contre-révolution, *op. cit.*, pp. 17-18.

10. Ernest Däumig: «L'idée des conseils et sa réalisation», en *Tout le pouvoir aux conseils!*, *op. cit.*, p. 110. Otros textos de delegados revolucionarios aparecen en la misma recopilación.
11. Karl Marx: «Matériaux pour le deuxième volume du *Capital*, (1864-1875)», en Karl Marx: *Œuvres*, vol. II, *op. cit.*, p. 978.

orden consensual capitalista para que los consejos empezaran a ser analizados como un hecho con características nuevas, capaces de subvertir el capitalismo y también de crear una sociedad emancipada de la explotación. La *idea de los consejos* remitía a las posibilidades revolucionarias, en oposición a la evolución socialdemócrata de los consejos como órganos de empresa, destinados a la integración en la lógica económica.

La idea de los consejos de Pannekoek

Desde la década de 1920 hasta mitad del siglo XX, entre las escasas obras que se interesaron en el tema de los consejos, dos se convirtieron en referencias. Fueron: *Fundamentos de la producción y de la distribución comunista*[12] —el texto elaborado hacia los años 1930 por el pequeño grupo de comunistas no bolcheviques alemanes y holandeses GIC (Groepen van International Communisten)—, y *Los Consejos obreros*[13] —del comunista de izquierda Anton Pannekoek, publicado después de la Segunda Guerra Mundial—.

Entre los grandes teóricos del movimiento socialista de principios del siglo XX, el holandés Anton Pannekoek fue,

12. Publicado en Berlín en 1930 en un folleto de las Uniones Autónomas, l'AAUD. La última versión fue elaborada a partir de un estudio redactado anteriormente en Alemania por un dirigente histórico del KAPD, Jan Appel, durante su estancia en prisión en 1923-1925. Puede leerse en línea una versión francesa de los *Principios* en la página web *La Bataille socialiste*: bit.ly/2AcRucV (en castellano: *Principios fundamentales de una producción y distribución comunista*, Zero, Madrid, 1976). Henk Canne-Meijer hizo un pequeño resumen de los *Principios* de la economía comunista en su estudio *El Movimiento de los consejos en Alemnia*. Varias versiones han sido publicadas en Francia después de 1938. Una nueva traducción fue publicada en 1965 por el grupo Informations et Correspondance Ouvrières (ICO). Esta versión fue publicada más tarde en un folleto, en diciembre del 2007, por el grupo Échanges et Mouvement, completada con una presentación a cargo del colectivo, una bibliografía y una biografía de Henk Canne-Meijer por su camarada B. A. Stijes.
13. Anton Pannekoek: *Les conseils ouvriers*, *op. cit.*

probablemente, uno de los pocos que consiguió proyectar una visión de futuro a partir de la crisis del viejo movimiento obrero. Tras romper a comienzos de siglo con la socialdemocracia a causa de la cuestión de la espontaneidad revolucionaria y la naturaleza autoritaria del partido de vanguardia, definió bastante pronto el impás bolchevique como una forma radical cuyo

> *… objetivo coincide en lo esencial con el fin último de la socialdemocracia: […] llevar al poder, con la potencia de la clase obrera que dirige, a una capa de dirigentes e intelectuales que realizaría en seguida la socialización, o sea, la producción planificada, mediante el poder del Estado.*[14]

Define la Revolución rusa por «su doble carácter: revolución burguesa en cuanto a los objetivos inmediatos, y revolución proletaria en cuanto a las fuerzas activadas». A partir de lo cual concluye que la teoría bolchevique se adaptaba perfectamente a esa nueva situación histórica.[15] Durante la Segunda Guerra Mundial, Anton Pannekoek vivió en una Holanda ocupada por los alemanes, donde la Gestapo no cesó de acosarlo. Los pruritos funcionarios del nuevo orden eran extremadamente formalistas. Ya que el neerlandés no había pertenecido a ninguna organización comunista desde 1921, consideraron, a su pesar, que no cumplía las condiciones necesarias para ser internado en un campo. Mientras vivió aislado con su mujer padeciendo una extrema pobreza, Pannekoek se dedicó asiduamente a la redacción de su libro *Los consejos obreros*. Tras el final de la guerra, en una carta a Alfred Weiland, un camarada alemán[16] —quien,

14. Anton Pannekoek, *Lénine philosophe*, *op. cit.*, p. 112 (en castellano, p. 150).
15. *Ibid.*, p. 102 (en castellano, p. 137).
16. Alfred Weiland, miembro del KAPD en Berlín. Tras su liberación de un campo nazi al final de la guerra, trabajó para los servicios culturales en la zona rusa de Berlín. Detenido por la KGB en noviembre de 1950, fue torturado, enviado de nuevo a un campo estaliniano y condenado a quince años de detención. Fue liberado al cabo de siete años y se instaló en Berlín Oeste, donde reanudó

como él, se había librado del horror—, escribió: «Si hemos podido atravesar este periodo es únicamente porque nos habíamos fijado unos objetivos de gran envergadura».[17]

Los consejos obreros y otros de sus últimos textos asombran por su reflexión tan lúcida y moderna, su capacidad para cuestionar los esquemas del marxismo clásico y para tender puentes con las demás corrientes del socialismo antiautoritario. Pannekoek es consciente de la fuerza inaudita del capitalismo, de su inmensa capacidad para integrar a los movimientos de protesta. También es consciente de la evolución de la forma política de dominación del capitalismo, el cual «se ve empujado hacia una dictadura social camuflada bajo apariencias democráticas».[18] Critica el pasado sin dejar de mirar hacia el porvenir, sin jamás perder de vista la perspectiva de la emancipación social, única forma, según él, de liberar a la humanidad de las catástrofes engendradas por la locura del funcionamiento del capitalismo.

Los consejos obreros puede parecer un texto simplista o incluso vano, en una época en que la falta de actividad emancipadora no deja ver el horizonte del imaginario y de la reflexión crítica. Escrito durante uno de los periodos más oscuros de la historia contemporánea, sigue marcado, no obstante, por una visión optimista de la evolución de las sociedades, aun rozando el límite de una cierta ingenuidad. A veces se aproxima a un discurso evolutivo, casi determinista cuando prevé el resurgir del movimiento de emancipación social.

Pero la cuestión planteada en el texto es fundamentalmente práctica: ¿cómo organizarse para derribar el sistema capitalista y conservar el control de la producción de la

sus actividades políticas hasta su muerte en 1978. Durante el movimiento estudiantil de 1968, simpatizó con los medios de la extrema izquierda alemana.
17. Carta de Anton Pannekoek del 3 de diciembre de 1948, citado en Gary Roth: *Marxism in a Lost Century. A Biography of Paul Mattick*, Haymarket Books, Chicago, 2015, p. 222.
18. Anton Pannekoek: «L'échec de la classe ouvrière» (1946), en *Pannekoek et les conseils ouvriers*, *op. cit.* (en castellano, p. 372).

vida social? Para el viejo socialista revolucionario, las formas de organización del pasado (partidos y sindicatos) ya estaban definitivamente superadas, eran incluso nefastas para proseguir el objetivo emancipador. «Pero actualmente la creencia en el partido constituye el freno máximo para la capacidad de acción de la clase obrera», escribía Pannekoek en 1936.[19] De este modo, puso el sistema de los consejos en el centro de la autoorganización, sin por ello prescindir de las formas políticas, partidos o grupos de opinión —concepto próximo al de los grupos de afinidad anarquistas—, a los que atribuía un papel de propaganda y de autoclarificación.[20]

Dicho esto, mucho más que un escrito sobre los consejos obreros, en tanto que forma de organización específica, Pannekoek abordó en su libro las cuestiones que no se resolvieron a causa del fracaso del viejo movimiento obrero derrotado por la socialdemocracia, el bolchevismo, los fascismos y la guerra. Hecho notable, Pannekoek casi nunca recurrió a las citas de los *abuelos* del marxismo. Sin embargo, para respaldar sus análisis y sus proposiciones, siempre se refirió a las experiencias autónomas de los explotados.

Unos años antes, cuando se enfrentaba a las grandes eminencias de la socialdemocracia sobre la cuestión de la espontaneidad revolucionaria, Pannekoek fue acusado por Karl Kautsky de simpatizar con el sindicalismo revolucionario. Mofa que encajó con cierta benevolencia.[21] En *Los consejos obreros*, como también se trataba de considerar la cuestión de la autoorganización y su relación con la construcción de la emancipación social, volvió a referirse a las ideas de esa corriente.

En opinión de Pannekoek, en el pasado la socialdemocracia marxista obtuvo el apoyo de la mayoría de los trabajadores por hacer hincapié en la necesidad de organización, mientras que el anarquismo siempre había orientado su propaganda hacia «la

19. Anton Pannekoek: «Parti et classe ouvrière» (1936), en *Pannekoek et les conseils ouvriers*, *op. cit.* (en castellano, p. 338).
20. *Ibid.*
21. Véase p. 92.

necesidad de libertad».[22] Aunque ambas corrientes estuvieran «marcadas por las condiciones primitivas del siglo XIX», por los inicios del capitalismo, reconoció que el anarquismo suscitaba mayores simpatías entre los trabajadores en la nueva época, caracterizada por el fortalecimiento de la tiranía del Estado y por la expansión del capitalismo de Estado. Sin embargo, Pannekoek, cosa extraña, siguió considerando que la corriente anarquista iba contra el sentimiento «de pertenecer a la colectividad, que es la base misma de la mentalidad de los productores asociados».[23] Es una apreciación que pasó por alto la experiencia del sindicalismo revolucionario y de las corrientes colectivistas del anarquismo, y, en particular, la valiosa experiencia de la Revolución española. Y cuando elogió el sindicalismo revolucionario fue para presentarlo como una forma transitoria de organización que intentaba «corregir los males y la debilidad del sindicalismo y preservar sus buenos principios».[24] Ciertamente, Pannekoek abandonó los argumentos moralizadores y despreciativos del discurso marxista ortodoxo de principios del siglo XX respecto a los anarquistas, pero siguió circunscribiendo el movimiento a sus corrientes individualistas o proudhonianas.

En cualquier caso, a través de esas viejas polémicas y con todo respetuosas con las corrientes del anarquismo, Pannekoek precisó el contorno de la idea de consejos, que caracterizó como un movimiento a favor del autogobierno. Para él, la construcción de una sociedad no capitalista implicaba necesariamente la autoorganización, la democracia directa y la práctica más amplia posible de la soberanía. No obstante, insistió en la necesidad de no hacer de la forma consejo un mito y de no caer en el fetichismo. Desde los años veinte del siglo XX los revolucionarios alemanes compartían esa misma

22. Carta al primer editor de *Los consejos obreros* (Australia), febrero de 1948, en Serge Bricianer: *Pannekoek et les conseils ouvriers*, *op. cit.*, p. 254 (en castellano, p. 333).
23. *Ibid.*, p. 255 (en castellano, p. 333).
24. Anton Pannekoek: *Les conseils ouvriers*, *op. cit.*, pp. 118-119 (en castellano, p. 150).

preocupación, ya que habían vivido la experiencia de los consejos convertidos muy pronto —al seguir el modelo socialdemócrata— en una institución integradora del mundo del trabajo. La idea de los consejos obreros, escribía Pannekoek,

> *... no designa una forma de organización fija [...] se trata de un principio de autogestión obrera de las empresas y de la producción. [...] Eso significa la lucha de clase (en la que la fraternidad también juega un papel), la acción revolucionaria contra el poder de Estado. [...] La idea de los consejos obreros nada tiene que ver con un programa de realizaciones prácticas [...] se trata de un hilo conductor de la larga y dura lucha de emancipación.*[25]

En esta formulación se puede sustituir el término «consejos obreros» por el de «autogobierno» sin alterar el fondo de la cuestión. Un autogobierno que iba a la par de la superación de la separación entre la economía y la política, el fin de los especialistas, de las actividades separadas. Esa idea presuponía la inexistencia de la delegación permanente del poder, de las instituciones separadas; el poder tenía que emanar de las colectividades organizadas y permanecer bajo su control. Las tareas de decisión y de ejecución «están íntimamente ligadas: aquellos que realizan el trabajo deciden, y lo que deciden en común lo ejecutan en común».[26] Por consiguiente,

> *... esto implica una revolución total en la vida espiritual del hombre. El hombre aprende a ver la sociedad, a conocer la comunidad. En épocas anteriores, bajo el capitalismo, su visión se concentraba en la pequeña parte relacionada con su negocio, su trabajo, él mismo y su familia.*[27]

25. Carta, *Funken*, III, 1 de junio de 1952, citado en Serge Bricianer: *Pannekoek et les conseils ouvriers*, *op. cit*., p. 290 (en castellano, pp. 375-376).
26. *Ibid.*
27. Anton Pannekoek: «L'organisation des conseils», en *Les conseils ouvriers*, *op. cit*. (en castellano, p. 106).

Al igual que otros revolucionarios de los años 1920, Pannekoek reconoció en su libro la necesidad de ir más allá de una crítica negativa del capitalismo y de sus formas políticas y de enunciar una proposición positiva en relación con los fundamentos de la nueva sociedad. Para los comunistas antibolcheviques, el punto de partida de ese enfoque positivo fue la crítica de las concepciones socialdemócratas y leninistas, variantes opuestas de una misma concepción autoritaria del socialismo de Estado. También tomaron en cuenta los proyectos de reorganización social elaborados por los teóricos anarquistas. En esos ambientes[28] se leía mucho a Kropotkin y, a partir de principios de la década de 1920, fueron relevantes los debates sobre el desarrollo de la Revolución rusa. Finalmente, también se discutían los escasos apuntes de Marx y Engels sobre una sociedad comunista.[29] Pannekoek puso de particular relieve algunos aspectos de esos problemas tratándolos de forma original.

En esta década, extrayendo conclusiones de la experiencia rusa, el comunista libertario Piotr Archinov se opuso a la idea de que la revolución empezaba con el reparto de los productos y no con la organización de la producción, y a la idea de que el consumo era el «primer principio de la revolución social». En su opinión, el nuevo orden social debía edificarse, por el contrario, sobre el principio de la producción, al que debían integrarse las organizaciones de consumidores. Escribía:

> *[Ese nuevo modo de producción] tampoco puede edificarse sobre una base cooperativista, pues implicaría que*

28. Paul Mattick recuerda que, hacia 1918, *El apoyo mutuo* de Kropotkin (la versión más actual en castellano está editada por Pepitas de Calabaza, Logroño, 2018, con traducción de Luis Orsetti) era una de las lecturas de los grupos de jóvenes revolucionarios de la Freie Sozialistische Jugend (Juventud Socialista Libre). Véase *La révolution fut une belle aventure, op. cit.*
29. Karl Marx: «Critique du programme du Parti Ouvrier Allemand» (1875), trad. Maximilien Rubel y L. Evrard, en *Œuvres*, vol I., *op. cit.* (en castellano: *Crítica del programa de Gotha*, Fundación Federico Engels, Madrid, 2004).

pequeños grupos de productores exploten una empresa en su propio y limitado interés.[30]

Pannekoek pensaba lo mismo y, en uno de sus últimos textos, insistió una vez más en la diferencia entre el ámbito del consumo y el ámbito de la producción, siendo el primero para él un ámbito pasivo y el segundo un ámbito activo en el que tenía que iniciarse la transformación fundamental.[31]

Gestión de la sociedad y contabilidad

En lo referente a la idea de una autogestión limitada a la empresa, Pannekoek retomó, en *Los consejos obreros*, la crítica que hizo Rosa Luxemburg a principios del siglo XX del movimiento de las cooperativas de la socialdemocracia. También compartió las conclusiones a las que llegaron otros revolucionarios a partir de la experiencia alemana. Otto Neurah declaraba explícitamente:

Jamás hablaremos de «socialización» cuando los obreros se han apoderado de una empresa. [...] Ese tipo de acontecimientos nada tiene que ver con una organización socialista de la producción y del consumo.[32]

En la sociedad moderna, el trabajo es un proceso social y por ende, «como las células que constituyen un organismo

30. Piotr Archinov: «Les problèmes constructifs de la révolution sociale», en *Les Anarchistes russes, les soviets et l'autogestion,* textos de Rocker, Archinov, Valevsky, Yartchouk, Makhno, traducción y prefacio de Alexandre Skirda, Spartacus, París, 1973 (en castellano: «Los problemas constructivos de la revolución social», en *Los anarquistas y los soviets*, *op. cit.*, p. 39).
31. Anton Pannekoek: «L'échec de la classe ouvrière», en *Pannekoek et les conseils ouvriers*, *op. cit*., p. 283 (publicado originalmente en *Politics III*, 8 de septiembre de 1946).
32. Otto Neurath: «Total Socialisation of the Two Stages of the Future to Come», en *Economic Writings. Selections 1904-1945*, *op. cit.*, p. 377.

viviente, las empresas no pueden existir aisladas y amputadas del cuerpo».[33] La tarea más importante consiste, pues, en «establecer un sistema de conexión entre las diferentes empresas, reunirlas en el seno de una organización social». El funcionamiento de este sistema necesita el establecimiento de una «contabilidad pública» abierta, directamente accesible, y que sería el modo de conexión de cada unidad productiva con el conjunto de la producción social, permitiendo un control de la producción.[34] Otros teóricos ligados a la experiencia de los consejos compartieron la idea de una contabilidad que puede ser gestionada directamente por los propios productores, sin pasar por los especialistas de la economía. Se había visto precisamente como esa especialización había contribuido a que los bolcheviques le arrebataran el poder a los trabajadores.

El ya mencionado Otto Neurath elaboró un modelo en el que el conocimiento de los recursos económicos disponibles por parte de los productores era indispensable para que el sistema de los consejos pudiera decidir cuáles eran los objetivos de la producción y garantizar la gestión directa. Recordaba que si se presentaba el socialismo como un sistema planificado era en relación con la naturaleza confusa, caótica y trastornada de la economía capitalista. La socialización también exigía lo que él llamaba «una reconstrucción de las estadísticas».[35] En la economía de mercado, el capitalista privado percibía el conocimiento de los datos de la producción por parte de los trabajadores como un obstáculo para su *libertad* de empresa. Y las estadísticas tenían un papel coercitivo, ya que justificaban que se maximizara la explotación.

33. Anton Pannekoek: «L'organisation sociale», en *Les conseils ouvriers*, *op. cit.* (en castellano, p. 53).
34. Anton Pannekoek: «L'organisation sur le lieu de travail» en *Les conseils ouvriers*, *op. cit.* (en castellano, cap. 1, «La organización de las fábricas»).
35. Otto Neurath: «A System of Socialisation», en *Economic Writings. Selections 1904-1945*, *op. cit.*, pp. 356-364.

¡En la producción, el secreto es la base de la libre competencia! El centralismo socialista, fundado sobre bases democráticas, rechazará esos obstáculos, no admitirá secretos en la producción y exigirá una clarificación estadística total.[36]

Neurath tenía una visión innovadora del control de los datos económicos y del papel que atribuía a las estadísticas. Estas, además de fundamentar los criterios de distribución de los bienes, sobre todo tenían que permitir que los productores organizados en consejos eligiesen el tipo de sociedad que querían construir, sus nuevas condiciones de vida, lo que Pannekoek calificó de contabilidad pública abierta. Un siglo más tarde, podemos pensar que la circulación de la información en la sociedad a la que asistimos, y el desarrollo de las redes de comunicación —más allá de sus aspectos alienantes que hay que poner en tela de juicio— abren nuevas vías para simplificar notablemente la tarea de una contabilidad controlada por la colectividad y el proceso de toma de decisiones.

En sus planteamientos sobre las condiciones del comunismo, Marx había introducido la idea del «periodo de transición» que, más tarde, fue objeto de ardientes debates y de diversas polémicas. Antes de acceder al «reino de la libertad», decía Marx, habría que enfrentarse al «reino de la necesidad». Pannekoek también tuvo un enfoque peculiar en este tema. Definió el reino de la necesidad más allá de la mera gestión de la penuria y lo asoció a la fase de reconstrucción que surgiría de cualquier periodo revolucionario. A partir de la experiencia rusa, el anarcocomunista Archinov también recordó que la

36. Otto Neurath: «Economic Plan and Calculation in Kind», en *Economic Writings. Selections 1904-1945*, *op. cit.*, p. 445. En 1925, Neurath creó en Viena el Gesellschafts und Wirtschaftsmuseum (Museo Socioeconómico), en el que desarrolló un método «estadístico pictórico» en colaboración con el pintor dadaísta y anarquista de los Progresistas de Colonia, Gerd Arntz (1900-1988). Ese nuevo modelo de estadísticas visuales, o lenguaje por pictogramas, tenía como objetivo permitir que los trabajadores (en la época mayoritariamente analfabetos) manejaran los valores contables.

transformación revolucionaria había engendrado la inevitable destrucción de la economía.[37] Y Pannekoek insistió en que la primera tarea positiva, constructiva de la revolución era levantar una economía arruinada, y «para reparar muchas devastaciones, el primer problema consiste en construir el aparato de producción y mantener viva a la gente».[38] Así pues, no interpretaba el periodo de transición como *político* en la acepción leninista —una planificación de Estado, por tanto centralizada de la penuria—. Pannekoek concebía el proceso de la revolución como el del derrumbamiento y la destrucción de las bases materiales del capitalismo. En su época, las consecuencias de la barbarie de la Segunda Guerra Mundial se impusieron como punto de partida de una eventual reconstrucción de la vida social, lo que permanecería igual de válido para el próximo periodo de transformaciones.

37. Piotr Archinov: «Les problèmes constructifs de la révolution sociale», *op. cit.*
38. Anton Pannekoek: *Les conseils ouvriers*, *op. cit.*, cap. «L'organisation sociale», p. 62 (en castellano, p. 58).

LOS CONSEJOS, PRINCIPIOS Y DEBATES

Las nuevas leyes económicas

Tras las huelgas y movilizaciones de 1921 en Alemania, el reflujo del movimiento privó paulatinamente a los revolucionarios de un espacio de acción colectiva. Aislados, tuvieron que limitarse a la reflexión y a la propaganda. Desde 1924, quedaba claro en esos medios que las concepciones socialdemócratas y bolcheviques de la nacionalización de los medios de producción conducían a una forma estatal de capitalismo. Además, la bolchevización acelerada de los partidos comunistas tuvo lugar al mismo tiempo que se consolidaba la ideología que identificó socialismo con capitalismo de Estado, sistema que permitió que los partidos y sindicatos del movimiento obrero autoritario jugaran un papel fundamental. El debate sobre la socialización de la producción basada en los consejos no duró mucho tiempo. Por su parte, los partidarios del sindicalismo revolucionario y las diversas corrientes del anarquismo colectivista —estos últimos también minoritarios— seguían fieles a sus concepciones: para los primeros, la estructura sindical seguía siendo el eje de la reconstrucción de la sociedad; para los segundos, las colectivizaciones debían hacerse en base a las

comunas. Entre los grupos minoritarios que se reclamaban de *la idea de los consejos*, algunos sintieron la necesidad de continuar con la reflexión teórica en torno a los fundamentos de una nueva economía. Consideraban que no bastaba con hablar de satisfacción de las necesidades y de «distribución de los productos de un fondo común de producción», que había que debatir sobre un proyecto concreto de organización de la producción y de la distribución.

El texto *Principios fundamentales de una producción y distribución comunista* fue publicado, a principios de la década de 1930, en ese pequeño medio. Henk Canne-Meijer, una de las figuras de la corriente comunista de los consejos en los Países Bajos, trazó una historia de la génesis del texto de los *Principios* y de los objetivos que se proponía alcanzar. No es casualidad que volviera a plantear el debate federalismo contra centralismo que continuaba siendo un punto de fricción entre los comunistas no bolcheviques y los anarquistas:

> *La discusión [...] no tiene sentido si antes no se ha mostrado cuál sería la base económica de ese «federalismo» o de ese «centralismo». En efecto, las formas de organización de una economía dada no son formas arbitrarias; provienen de los propios principios de dicha economía. Por consiguiente, el principio del provecho y de la plusvalía, de su apropiación privada o colectiva, es el fundamento de todas las formas revestidas por una economía capitalista. Por ese motivo, resulta insuficiente presentar la economía comunista como un sistema en negativo: sin dinero, sin mercado, sin propiedad privada o de Estado. Hace falta sacar a la luz su carácter de sistema en positivo, mostrar cuáles son las leyes económicas que sucederán a las del capitalismo.*[1]

Esas nuevas leyes económicas tenían que corresponder a una reorganización de la sociedad, en la que los productores

1. Henk Canne-Meijer: *Les Conseils ouvriers en Allemagne*, *op. cit.*, p. 28.

controlarían directamente su actividad y sus objetivos. Los comunistas de los consejos seguían siendo bastante sensibles a las propuestas de reorganización social de la producción que defendían los anarquistas. Se referían a ellos de manera positiva,[2] reconociendo que sus teóricos habían comprendido, bastante antes que los marxistas clásicos, que la necesidad de suprimir la propiedad privada no significa el fin de la explotación. Pero también sacaron conclusiones de la experiencia rusa que permitía ir más lejos. Pues quedaba claro que la supresión de la propiedad privada no abolía la explotación. Y además, el periodo llamado comunismo de guerra y de intercambio de bienes en especie puso de manifiesto que la suspensión del régimen asalariado era compatible con el hecho de que la explotación siguiera en pie.

Para ellos, la reorganización social tenía que ir más allá de la crítica negativa del socialismo en su versión socialdemócrata o del capitalismo de Estado, y debía sustentarse sobre la cuestión del autogobierno. En ese sentido, el movimiento de los consejos fue un primer intento de construir unas formas de organización adaptadas a un nuevo tipo de revolución.

> *La Revolución rusa, al igual que la Revolución alemana, encontró su expresión organizacional en el movimiento de los consejos. Pero en ambos casos, ese movimiento no se mostró capaz de conservar el poder político y de utilizarlo para construir una economía socialista.*[3]

Así, en el nuevo sistema, la esfera de la economía no estaba separada de la organización política y las nuevas leyes económicas eran asumidas de forma consciente. Ello presuponía la existencia de organizaciones democráticas de base, en las

2. De ahí el interés por parte de estos círculos por el trabajo de Sébastien Faure sobre la producción y la distribución a partir de las comunas. Véase Sébastien Faure: *Mon Communisme: le bonheur universel*, Édition du Groupe des amis de Sébastien Faure, 1921.
3. Paul Mattick, prefacio a *Principes de production et distribution communiste*, *op. cit.*

cuales los productores podían ejercer su poder, condición *sine qua non* para poder establecer un cálculo de la producción y de la distribución fuera de las relaciones de mercado. En ese tema, los autores de los *Principios* no se alejaron de las proposiciones de Marx sobre el comunismo, en particular sobre el cálculo del tiempo de trabajo que «será el eje de la producción y del reparto del producto social global».[4] También consideraban que la nueva sociedad tenía que caracterizarse por el reparto de la parte de las riquezas sociales no directamente distribuidas a los productores, para garantizar así el interés común.

Para los autores de los *Principios*, el sistema de empresas controladas por los productores e independientes unas de otras, remitía a la vieja concepción proudhoniana de las comunas independientes. Consideraban que, a la larga, era un peligro, ya que podía conducir a una situación contraria al objetivo deseado: llamar a una centralización estatal del conjunto de la economía y a una pérdida del poder por parte de los trabajadores sobre su actividad y sus organizaciones. Otto Neurath también señaló ese peligro:

> *Solo esta organización de los consejos como responsable de la disciplina económica puede garantizar la cohesión de la economía en tiempos difíciles como el nuestro, evitando que la tendencia a la descentralización de los consejos de fábrica derive en el quebrantamiento y la transgresión de sus deberes.*[5]

Por otro lado, la evolución burocrática de la experiencia rusa había confirmado que una gestión directa por parte de las colectividades de trabajadores era incompatible con una planificación centralizada de la economía. Esta última se instaló gracias a la derrota de la gestión obrera. Por tanto, los defensores del sistema de los consejos defendían una planificación que

4. Henk Canne-Meijer: *Les Conseils ouvriers en Allemagne*, *op. cit*., p. 30.
5. Otto Neurath: «Total Socialization of the Two Stages of the Future to Come», *op. cit.*, p. 391.

permaneciera bajo el control horizontal de los productores. En dicha planificación, los bonos de trabajo calculados en tiempo de trabajo debían permitir la regulación de la producción y del consumo y no podían intercambiarse entre individuos o entre unidades económicas. Según los *Principios*, el trabajo individual es considerado como una fracción del trabajo social total y se materializa directamente en los bienes: los productores no intercambian sus productos entre ellos y, por consiguiente, el trabajo en ellos incorporado no le añade al producto una nueva cualidad transformada en su valor mercantil.[6] Del mismo modo, al no circular los bonos de trabajo, no tendrían pues un valor monetario.

Pannekoek solo quiso indicar, de forma relativamente sencilla, cómo una organización social no alienada y sin separación posibilitaba un cálculo de distribución directa, fuera de cualquier forma de intercambio de valor.

> *En una sociedad donde los bienes se producen directamente para el consumo no hay mercado para intercambiarlos; y ningún valor se establece automáticamente como expresión del trabajo contenido en ellos, a partir de los procesos de compra y venta. En este caso el trabajo invertido debe expresarse de una manera directa mediante el número de horas.*[7]

Por su parte, los autores de los *Principios*, partiendo de unas premisas políticas antiautoritarias, quisieron plantear toda una construcción abstracta basada en el cálculo en tiempo de trabajo. Desde el principio, esa construcción suscitó dudas y debates en el propio bando de los partidarios de la idea de consejos.

6. Es el razonamiento que hace Karl Marx en la *Crítica del programa de Gotha*.
7. Anton Pannekoek: «L'organisation sociale», en *Les conseils ouvriers*, *op. cit.* (en castellano, p. 57).

El debate sobre la transición, regreso al pasado

Como hemos dicho anteriormente, el razonamiento fundamental de los *Principios* se basaba, sobre todo, en un texto de 1875 en el que Marx abordó rápidamente la cuestión del contenido del comunismo: la *Crítica del programa de Gotha*. Ese texto, escrito tras la experiencia reciente de la Comuna, trata en particular de una polémica política contra un programa de la socialdemocracia alemana que Marx consideró despreciativamente como un montón de «frases hueras»[8] y contra el que quiso enunciar proposiciones concretas. Entonces Marx se refirió a dos fases del *comunismo* inseparables y no distintas: una primera fase y una fase superior. En la primera, el consumo está ligado al tiempo de trabajo, pero el intercambio no se hace en términos de valor, puesto que el trabajo ya no se presenta como una mercancía. Marx definió la fase superior de la siguiente manera: «Cuando con el desarrollo de los individuos en todos sus aspectos, crezcan también las fuerzas productivas y broten en abundancia los manantiales de la riqueza colectiva». Es confuso y preciso a la vez. Ya que ese «desarrollo de los individuos en todos sus aspectos» y la idea de que «broten en abundancia» los manantiales de la riqueza serían las condiciones para rebasar «el estrecho horizonte del derecho burgués» en el que se basa la distribución capitalista y sus criterios que no tienen en cuenta la desigualdad de los individuos. En fin, llegaríamos a una sociedad en la que impere el célebre dicho «¡De cada cual según sus capacidades, a cada cual según sus necesidades!».[9]

Consciente de que en esa primera fase podrían existir puntos comunes con el sistema capitalista, Marx precisa:

> *Aquí reina, evidentemente, el mismo principio que regula el intercambio de mercancías, por cuanto este es intercambio de equivalentes. Han variado la forma y el contenido, porque bajo las nuevas condiciones nadie puede dar sino su trabajo, y porque, por otra parte, ahora nada puede pasar a ser propiedad del individuo, fuera de los medios individuales de consumo.*[10]

Se puede entender que las *condiciones* que han cambiado son las relaciones sociales y una organización social dirigida por un sistema de democracia directa, tal y como Marx había identificado en la Comuna de 1871. Señaló que era el trabajo como medida común el que le da a ese modelo el rostro de la igualdad. No obstante, y en la medida en que todos los individuos son singulares y diferentes, con una capacidad de producción desigual, ese derecho igual «es por tanto, en el fondo, como todo derecho, el derecho de la desigualdad».[11] Y Marx concluye: «Pero estos defectos son inevitables en la primera fase de la sociedad comunista, tal y como brota de la sociedad capitalista después de un largo y doloroso alumbramiento».[12] En su espíritu, está claro, ese equivalente «cálculo en tiempo de trabajo», medida común propuesta, nada tiene que ver con un *valor* equivalente. En la sociedad de transición, contrariamente a lo que sucede en la sociedad capitalista, «los productores no cambian sus productos; el trabajo invertido en los productos no se presenta aquí, tampoco, como valor de estos productos, como una cualidad material, poseída por ellos».[13] Pero el modelo sigue estando basado en un defecto inevitable.

En cuanto a la cuestión de los principios de distribución, la proposición de Marx no fue adoptada unánimemente por los revolucionarios de la década de 1920. Otto Neurath formó parte de aquellos que consideraron que ese esquema era cuestionable y no necesariamente aplicable. En su opinión, en el nuevo orden socialista había que poder elegir entre diferentes principios de distribución con un mismo principio de

8. Karl Marx: «Critique du programme du Parti Ouvrier Allemand», en *Œuvres*, *op. cit.*, p. 1415 (en castellano, p. 25).
9. *Ibid.*, p. 1420 (en castellano, p. 31).
10. *Ibid.*, p. 1419 (en castellano, p. 29).
11. *Ibid.*, p. 1420 (en castellano, p. 30).
12. *Ibid.*
13. *Ibid.*, p. 1418 (en castellano, p. 28).

producción. «En el orden económico socialista, puede haber dos planes casi idénticos en cuanto a la producción se refiere y totalmente diferentes en cuanto al consumo, según se apliquen diferentes principios de distribución.»[14] Y más precisamente:

> *La distribución de las condiciones de vida en el socialismo (vivienda, vestimenta, educación, ocio, creación, viajes...) puede arreglarse de muchas formas, y puede haber un amplio abanico de posibilidades. No existe necesariamente una relación entre las capacidades de trabajo del individuo y lo que recibe; al contrario, por ejemplo, la satisfacción de las necesidades puede considerarse como el primero de los objetivos.*[15]

Este protagonista de la República de los Consejos de Baviera seguía siendo fiel al espíritu de los consejos al defender que cualquier modelo debe confrontarse con libre elección de las personas concernidas.[16] La libertad de elección entre los distintos planes económicos era una cuestión fundamental del socialismo; el propio significado de la democracia directa de los productores, una elección que tenía que hacerse en función de «lo que mejor favorece la calidad de vida, teniendo en cuenta las penas y los placeres».[17]

En la argumentación de Marx son finalmente las cuestiones relativas e imprecisas de la *abundancia* y de la *plenitud* las que distinguían las dos fases y determinaban la transición hacia la fase superior. Eso permitió que posteriormente una determinada ortodoxia concluyera que solo un nivel preciso de desarrollo de las fuerzas productivas correspondía a ese estado de abundancia y de plenitud que permitía saltarse el periodo de transición. Lo que sigue siendo cuestionable es la propia esencia del concepto de

14. Otto Neurath: «Economic Plan and Calculation in Kind», en *Economic Writing. Selections 1904-1945*, *op. cit.*, p. 426.
15. *Ibid.*, p. 433.
16. *Ibid.*, p. 435.
17. *Ibid.*, p. 433.

abundancia y el hecho de que la *plenitud* no puede probablemente limitarse a la abundancia de los bienes materiales...

Crítica moderna de un ensayo antiguo

Como cualquier texto determinado por la urgencia de un periodo, los *Principios* tienen que enfrentarse al espíritu crítico del presente. Es lo que hicieron algunos protagonistas del movimiento estudiantil alemán que habían desenterrado la obra a finales de la década de 1960.[18] Paul Mattick fue uno de los que intervinieron en el debate. Para él, el texto seguía siendo aceptable en lo esencial. «El principio de economía de la clase obrera no es sino la abolición de la explotación. De eso tratan básicamente los *Principios fundamentales*, y hasta la fecha es la única obra que lo ha hecho.»[19] Eso significa que la organización de la sociedad no puede separarse de la capacidad de los productores de conservar el poder sobre su propia actividad, que tienen que ejercer las organizaciones autónomas con la más amplia democracia directa. Era, lo hemos subrayado, la esencia de la idea de los consejos. En cambio, Paul Mattick, entre otros, consideraba que el cálculo de la producción y de la distribución basado en el tiempo de trabajo era, sin duda, una solución, pero no necesariamente la única posible o viable. Argumentaba que, si ese cálculo no parecía plantear problema alguno en cuanto a la organización de la producción, no era obligatoriamente así cuando se aplicaba a la organización de la distribución. El propio Marx señaló ese problema: la distribución de los productos según un cálculo del tiempo de trabajo puede dar lugar a una desigualdad social en función de los individuos. Adoptar el tiempo de trabajo como unidad de cálculo no era, en sí, una condición de la sociedad comunista. Ese cálculo de la distribución podía realizarse de diferentes

18. Paul Mattick, prefacio a los *Principes*, *op. cit.*
19. *Ibid.*

maneras, globalmente o incluso en cada unidad de producción. También podía tener en cuenta las diversas necesidades de los individuos, en cuanto las condiciones materiales fundamentales de la vida se veían satisfechas por la fracción de la riqueza social no directamente distribuida. Ya hemos visto, por ejemplo, que Otto Neurath consideraba que tenía que existir plena libertad para elegir los principios y los criterios de contabilidad de la producción y de la distribución, y para adoptar o no adoptar un «denominador general» en tiempo de trabajo.

Necesariamente, el debate de los años sesenta del siglo XX volvió a plantear el tema de la abundancia. Por ejemplo, Paul Mattick constató que, en la sociedad moderna, este era el caso para la producción de bienes de consumo, a pesar de que, obviamente, muchos de esos bienes no correspondían a las necesidades reales.

> *En los países capitalistas avanzados, o sea, en los países en los que la revolución socialista es posible, las fuerzas productivas sociales están lo suficientemente desarrolladas como para producir medios de consumo en sobreabundancia. Sabiendo que más de la mitad de toda la producción capitalista y todas las actividades improductivas vinculadas a esa producción (sin mencionar ni siquiera los medios de producción no utilizados) nada tienen que ver con el consumo humano, sino que solo tienen sentido respecto a esta sociedad capitalista totalmente irracional, resulta claro entonces que, en condiciones de economía comunista, se podrán producir tal cantidad de bienes de consumo que un cálculo de sus partes individuales será superfluo.*[20]

Hay un aspecto del texto que a un lector contemporáneo puede parecerle particularmente pasado de moda: la referencia a una clase obrera de industria que supuestamente ha de constituir la base del sistema de organización social. En el

20. *Ibid.*

movimiento del capitalismo, la composición de la clase obrera se modifica constantemente. Ahora bien, el texto de los *Principios fundamentales* considera que el sistema de los consejos de la nueva sociedad está basado en el proletariado industrial y que, por tanto, este último es quien determina el lugar de todas las demás clases en el nuevo sistema. Sobre esta cuestión, las observaciones de Paul Mattick son impactantes. Durante el reciente desarrollo del capitalismo, la proporción de obreros de industria ha disminuido en relación con la población, pero la masa de asalariados se ha acrecentado. Las universidades pueden considerarse como fábricas en la medida en que la producción depende cada vez más de la ciencia.

> *Si, en el capitalismo, plusvalía significa siempre trabajo no pagado (plustrabajo), cualquiera que sea el estado de la ciencia, la riqueza social en el comunismo se presenta no como un crecimiento del trabajo, sino como la continua reducción del trabajo necesario, consecuencia del desarrollo científico libre de las limitaciones capitalistas.*

Así, la continua socialización de la producción implica

> *... la creciente participación de las masas en el proceso de producción, el cual no puede existir actualmente sin una relación y una compenetración más estrecha entre todos los tipos de trabajo. En pocas palabras, la noción de clase obrera se amplía. [...] Los cambios en la organización del trabajo contienen ya una superación de la división del trabajo, de la división entre trabajo manual e intelectual, entre oficina y fábrica, entre trabajadores y directores: es un proceso que puede conducir, a través de la participación de todos los productores en la producción ahora orientada socialmente, a un sistema de consejos que incluya a toda la sociedad y ponga así fin a la dominación de clase.*[21]

21. *Ibid.*

Finalmente, no hay que caer en la tentación de fetichizar el sistema de los consejos.

> *A pesar de todo, como volver hacia atrás en el campo social es posible, está claro que incluso un sistema de consejos puede degradarse; por ejemplo, a causa del desinterés de los propios productores respecto a su autonomía y al consiguiente traspaso de las funciones de los consejos a unas instancias internas del sistema, que se independizan de los productores.*[22]

Por cierto, los autores de los *Principios* pensaron que podrían evitar el peligro de la burocratización o de la apropiación del poder por especialistas y expertos introduciendo proposiciones técnicas. Sin embargo, al igual que cualquier sistema social, el sistema de consejos es una creación de la colectividad y depende de su actividad autónoma:

> *El comunismo [...] no tiene una vida propia a la que las personas deban forzosamente adaptarse; el «funcionamiento objetivo de la producción» está determinado por personas, pero por personas que forman parte del sistema de consejos.*[23]

Retomando la fórmula de Kropotkin a propósito de la Gran Revolución, durante cualquier proceso revolucionario la idea comunista ha de esforzarse siempre por salir a la luz.

Más allá de las críticas y de las aclaraciones, podemos suscribir la conclusión de Paul Mattick en el debate:

> *En los* Principios fundamentales*, no se nos presenta un programa acabado, sino que se trata de un primer intento de aproximarse al problema de la producción y de la distribución comunistas. Y, aunque los* Principios fundamentales *tratan de un estado social del futuro, constituyen al mismo tiempo un documento histórico que arroja luz sobre una etapa de las discusiones del pasado. Sus autores trataban las cuestiones de la socialización de hace más de medio siglo, y algunos de sus argumentos han perdido actualidad. [...] Por muchos puntos débiles que se puedan encontrar en los* Principios fundamentales*, en la situación actual siguen siendo, hoy y mañana, el punto de partida de todas las discusiones y esfuerzos serios a favor de la realización de la sociedad comunista.*[24]

22. *Ibid.*
23. *Ibid.*

Enfoques reductores de la idea de consejos

En la segunda mitad de la década de 1960, se vio alterado el consenso social en casi todos los países de Europa Occidental. Las primeras olas importantes de agitación y de rebeliones obreras en el bloque capitalista de Estado de Europa del Este, así como la inestabilidad política y social en China coincidieron, en Europa del Oeste, con el incremento de las luchas de la nueva clase obrera procedente del desarrollo capitalista de la posguerra y de los movimientos de contestación de la juventud estudiantil. La crítica práctica de los modelos burocráticos y rígidos del «socialismo realmente existente», la superación de los marcos sindicales tradicionales y las exigencias de una «democracia de base» en las huelgas le dieron una nueva dinámica a la discusión política. Los textos y los debates sobre las experiencias de los sóviets y de los consejos de las revoluciones rusas y de la Revolución alemana fueron desenterrados, difundidos, puestos de nuevo en el centro de la confrontación política de la época. En ese contexto, los escritos sobre la Revolución alemana sedujeron muy particularmente a los

24. *Ibid.*

medios contestatarios en la medida en que se alejaban de la retórica leninista relacionada con la rigidez estalinista y el comunismo soviético en crisis. Por consiguiente, redescubrir los escritos de Rosa Luxemburg fue importante para la renovación de las ideas socialistas. Finalmente, la predilección por las corrientes del marxismo antiautoritario resonaba con el interés por las corrientes anarquistas y libertarias en general.

En Italia, la crisis del Partido Comunista y el incremento de las luchas obreras autónomas en el Norte abrieron un ciclo de intensos debates políticos que propiciaron la aparición de organizaciones, grupos y publicaciones identificadas con las corrientes denominadas *operaístas*,[25] que tenían una influencia real en las luchas obreras, en los sectores más combativos de la clase obrera de los años sesenta y setenta del siglo XX. La relación entre una renovación de la vanguardia política y la organización se situó en el centro de esos debates y volvió a salir a la palestra el tema de los consejos.[26]

Esas corrientes sacaron nuevas conclusiones de la antigua problemática en función de sus objetivos políticos del momento:

> *Los operaístas italianos se sirvieron de la clave de la composición de clase para dar una explicación, muy limitada (y parcial), del movimiento de los consejos, lanzando la idea según la cual este último no tenía por ambición sino gestionar la realidad existente. Según ellos, solo se trataría de un producto típico del obrero profesional que conoce y domina el proceso productivo e intenta controlarlo en esa fase. Pero, por lo general, evitaron abordar la cuestión de la crítica práctica por parte de los consejos de las ideologías de partido. Y parece*

25. Esta corriente se expresó en publicaciones como: *Quaderni Rossi*, *Classe Operaia*, *La Classe*, *Potere Operaio*, *Lotta Continua*. Intelectuales procedentes del Partido Comunista Italiano y dirigentes sindicales originaron ese trabajo teórico que intentó elaborar una nueva estrategia de intervención política en las luchas sociales.
26. Gianni Carrozza: «Il movimento dei consigli in Germania», publicado en italiano en la obra colectiva *L'Altronovecento. Comunismo eretico e pensiero critico*, vol. I, *L'Età del Comunismo Sovietico. 1900-1945*, Jaca Book, Milán, 2009, pp. 40-59.

> *que también menospreciaron la dimensión dinámica del fenómeno que analizaban, como si las formas que revistió fueran un mero calco de la composición de clase. Al retomar el hilo de esa reflexión, Marco Baluschi llegaba a la conclusión de que «no se podía establecer una rígida correspondencia entre la forma consejo como tal y una composición de clase específica o una ideología cualquiera», y señalaba que, durante esos mismos años, en Alemania existían, al mismo tiempo que los consejos de empresa, «otras formas de organización de tipo consejo con unas características y unas funciones totalmente diferentes», como los consejos territoriales del Ruhr, los consejos de parados de Alemania Central y del Vogtland, e incluso los consejos de obreros y de soldados que animaron la revolución de noviembre.*[27]

Los teóricos del operaísmo italiano fueron los primeros en defender esa idea de los consejos como organizaciones de gestión de «la realidad existente» durante los años de la posguerra. A tenor de su formación ideológica —procedían mayoritariamente del comunismo ortodoxo—, no es de extrañar que hayan sacado sus argumentos de la historiografía comunista estalinista sobre los consejos, sobre todo de la de los autores oficiales de la RDA de la época. Los operaístas hicieron prueba de habilidad al presentar, retocado y con una retórica modernista, el viejo discurso bolchevique sobre el obrero profesional convertido en el elemento fundamental de la «aristocracia obrera» reformista. Hubo una elección política en esa teorización con tintes sociológicos. Como bien señala Gianni Carroza en el texto citado anteriormente, ese enfoque pasa totalmente por alto lo que él llama «la dinámica de los consejos»,

27. Gianni Carrozza: «Il movimento dei consigli in Germania», *op. cit.* Se encuentran varias referencias sobre los debates que tuvieron lugar en Italia acerca de los consejos. El texto citado de Marco Baluschi, «Il movimento degli consigli e la formazione dell'ideologia consiliare», fue publicado en *Consigli operai e comunismo dei consigli*, Collegamenti per l'organizzazione diretta di classe, Cuaderno 3, 1981.

o sea, el propio espíritu de los consejos.[28] Con una notable proeza, se limita el movimiento de los consejos a los consejos que garantizaban la cogestión de la fuerza de trabajo en las empresas, sometidos a la lógica socialdemócrata de la República de Weimar. Se condena al olvido el espíritu subversivo de los consejos y los principios de autogobierno. La idea de los consejos fue considerada como una ideología de gestión ligada específicamente a las luchas de los trabajadores y obreros especializados, sometidos a los partidos reformistas.

Así, y siempre según estos autores, esa idea no podía responder a las cuestiones planteadas por la radicalización de la nueva clase obrera de la posguerra: el *obrero masa* de la terminología operaísta. Libre del control del PCI y de su sindicato, el *obrero masa* tenía que formar una nueva vanguardia, una tarea en la que los operaístas pretendían jugar un papel primordial.[29]

En Francia, antes de Mayo del 68, el trabajo teórico de crítica del comunismo burocrático llevado a cabo a partir de 1949 por la revista del grupo Socialisme ou Barbarie abrió una brecha en la fría ideología del estalinismo, que seguiría ampliándose a continuación.[30] Pero la mayor repercusión que tuvieron posteriormente las ideas antiautoritarias no puede disociarse del movimiento estudiantil y de la gran huelga general de Mayo del 68. También dejó sus huellas la utilización constante, por parte de los miembros y adeptos de la revista *Internationale Situationniste*, del concepto de consejo durante el movimiento de Mayo del 68 —a riesgo de una construcción teórica improbable que condujo, algunas veces, a fetichizar la forma consejo y que propagó el concepto de *consejismo*—.

28. Gianni Carrozza: «Il movimento dei consigli in Germania», *op. cit.*
29. Sobre esas potencialidades y el papel de las minorías revolucionarias de vanguardia, puede leerse una entrevista con Paul Mattick publicada en octubre de 1977 por el periódico de algunas corrientes operaístas, *Lotta Continua*, y publicada en francés en la revista *Spartacus*, n.º 11, octubre de 1978.
30. Entre los pequeños grupos de la corriente antiautoritaria del socialismo, podemos citar: *Cahiers de discussion pour le socialisme des conseils*, Informations et Correspondance Ouvrières, Groupe de Liaison pour l'Action des Travailleurs (GLAT), *Noir et Rouge - Cahiers d'études anarcho-communistes.*

Después de Mayo del 68, pequeños círculos empezaron a atacar el fetichismo de los consejos, cayendo a su vez en el error de la crítica de una pretendida «ideología consejista». Efectivamente, desde los años 1930 todos podemos reconocer la existencia de una nueva corriente socialista minoritaria que se reclama del *comunismo de consejos*, por oposición al *comunismo de partido*. Esa corriente intentó definir los principios y las ideas generales que generaron los movimientos de los sóviets y de los consejos, remitiéndose al principio de acción y de democracia directas así como a un proyecto de nueva sociedad. Pero resulta muy discutible referirse a una ideología que jamás existió en el movimiento histórico real. De hecho, cuando se trata de consejismo, se trata en realidad de una construcción ficticia destinada a alimentar la polémica. En Francia, contrariamente a lo que había sucedido en Italia, esos debates se circunscribieron a un ámbito ideológico más minoritario, sin relación directa con los enfrentamientos entre corrientes políticas en la sociedad y, por descontado, lejos del mundo obrero.

Lo esencial de la crítica de las corrientes anticonsejistas se focalizó en las ideas de los *Principios fundamentales* discutidos anteriormente y accesibles en Francia después de Mayo del 68.[31] La crítica fue sobre todo teórica, se desplazó hacia el ámbito del debate marxista sobre la existencia o inexistencia de la ley del valor durante el periodo de transición, tal y como Marx la concebía.[32] Obviamente, el problema al que ha de enfrentarse la subversión del orden capitalista no es el del valor, que no deja de ser un concepto dentro de un modelo de análisis de la realidad de la explotación. El problema es esa realidad: las relaciones sociales de explotación del trabajo concreto.

31. Los textos más difundidos que desarrollaron esas tesis son los de Jean Barrot (seudónimo de Gilles Dauvé): *Le Mouvement communiste*, Champ Libre, 1972, París. Del mismo autor, con el nombre de Gilles Dauvé: *De la crise à la communisation*, Entremonde, Ginebra, 2017.
32. Para conocer una crítica de esas tesis centrada en la interpretación de la ley del valor, véase David Adam: «Marx's Critique of Socialist Labor-Money Schemes and the Myth of Council Communism's Proudhonism», bit.ly/2QVhPli.

En los *Principios*, el periodo de transición estaba asociado a un modo de contabilidad del nuevo modo de producción y de distribución basado en los bonos de trabajo. Para sus críticos, la mera existencia de una contabilidad efectuada en tiempo de trabajo confirmaba la perpetuación de la ley del valor y, por ende, la naturaleza capitalista del proyecto. Pensaron que podían defender la ortodoxia de su propósito apoyándose en los *Grundrisse*, texto en el que Marx no se refería a dicha contabilidad. Escritas en 1857, esas reflexiones de Marx sobre la organización de la sociedad no capitalista atacaban las concepciones de los socialistas ricardianos y el modelo de la economía comunal que asociaba con las tesis de Proudhon. En estos textos, no se abordaba la cuestión de la contabilidad de la distribución en una sociedad no capitalista. Por si fuera poco, los redactores de los *Principios* no pudieron inspirarse en esos escritos, ya que se conocieron muy avanzado el siglo XX. Poco se tuvo en cuenta que esa contabilidad de los *Principios*, ciertamente cuestionable, estaba asociada a un control consciente y directo de los productores. Ahora bien, si una sociedad capitalista productora de mercancías puede caracterizarse por la existencia del trabajo alienado, uno de sus aspectos fundamentales es que los productores no ejercen control alguno sobre las relaciones sociales y sobre la sociedad en general. El propio Marx afirmó que si el trabajo estuviera directamente asociado al productor, aparecería entonces en los productos de una forma directa y no en forma de intercambio de valor. En fin, ese control consciente de los productores sobre la producción y la distribución representa la propia esencia de la idea de consejos. Para los críticos todo sucede como si, pese a la existencia del control de su propia actividad, los individuos, la colectividad siguiesen sometidos a una fuerza objetiva exterior a su propia organización social: la «ley del valor». Por consiguiente, el modelo de los *Principios* fue rechazado, acusado de reproducir las relaciones sociales capitalistas, y, por afinidad, el sistema de consejos fue identificado con una gestión de las relaciones sociales capitalistas por los propios trabajadores. Los críticos se alejaban del enfoque de los operaístas italianos quienes, por razones de proyecto político neoleninista, asociaron el sistema de consejos al reformismo. Pero, para ellos, el consejismo tenía la

supuesta vocación de «gestionar la realidad existente» y fue reducido a una ideología de la autogestión que dejaría intactas las relaciones de *valor*. Una simplificación que, entre otras cosas, apenas tuvo en cuenta la experiencia revolucionaria de los defensores de la idea de consejos.

Ese cariz teórico, elaborado *en petit comité* en los años posteriores al 68, tuvo más adelante nuevos adeptos. Cualquier retórica que desee la desaparición del Estado, incite a la transformación de las relaciones de producción, preconice la abolición del trabajo asalariado, del beneficio, de las clases y, finalmente, de cualquier forma de dominación, puede fácilmente resultar seductora. Tanto más si le exige al movimiento subversivo la creación inmediata de un nuevo mundo sobre las ruinas del antiguo. Con esa lógica, el comunismo —visto como un objetivo inmediato— debe rechazar cualquier periodo de transición que pueda remitir a unas precondiciones adecuadas para su implementación, indefectiblemente asociadas a la experiencia rusa de una centralización autoritaria de la economía y a la dictadura de partido, incluso al *programa de transición* de la oposición bolchevique.

Los autores de los *Principios*, con sus puntos débiles, sus límites y los de su época, se posicionaron de otra manera. Si bien no rechazaron definitivamente la necesidad de un periodo transitorio de reconstrucción, elaboraron su sistema de socialización a partir de la idea de los consejos y en oposición a cualquier proyecto estatal.

Habida cuenta del momento histórico actual, caracterizado por una larga crisis del capitalismo con consecuencias devastadoras para las sociedades, las economías y el medio ambiente, situaciones de guerra y de barbarie permanentes, pensar en una transformación radical del mundo es, en sí mismo, un reto para el espíritu. Pero considerarla ignorando, o rechazando, las tareas de reconstrucción social, no hace sino redoblar el reto. Finalmente, la cuestión del periodo de transición, al igual que la de los principios de distribución, debe dejarse en manos de las capacidades creadoras liberadas por la ruptura con el viejo mundo. La única condición ineludible es que lo que se elija sea expresado y discutido en el marco más

amplio de un sistema de democracia directa. Pretender, por el contrario, zanjarlo de antemano da prueba de una rigidez del pensamiento antes que de una coherencia ideológica.

La conclusión de Serge Bricianer en su antología de textos de Anton Pannekoek[33] pudo parecer singular por su afán de poner de relieve el recorrido teórico del viejo comunista de izquierda sobre la idea de los consejos:

> *El comunismo de los consejos pertenece al pasado [...] el hecho de querer restaurar determinadas ideas de un contenido superado, buscar en la historia una línea de conducta para el presente, solo podrá alimentar unos dogmas.*[34]

El fracaso de la clase obrera, lo que Hobsbawn llamó «la era de los extremos», fue la principal razón del desvanecimiento de dichas ideas, que no obstante pueden reaparecer con aspectos novedosos e imprecisos en unas nuevas condiciones históricas.

La idea de los consejos apareció con la crisis del movimiento obrero de principios del siglo XX, con la bancarrota de las formas de organización de partido y sindicato, durante la fase ascendente del capitalismo. El espíritu y las ideas generales que animaron las nuevas luchas de la convulsión revolucionaria del periodo formaron la base de esa idea. Designaba el conjunto de prácticas y de ideas colectivas emancipadoras, y el proyecto virtual de una organización de la sociedad liberada de las relaciones del trabajo asalariado. Se trata de un jalón, de una corriente más profunda, histórica, que se asienta en el movimiento de la democracia directa y de la soberanía real, que se remonta a la Gran Revolución. Y que volverá a reaparecer invariablemente en las sociedades modernas si resurgen de nuevo las luchas en pro de la emancipación social. Los únicos principios que pueden tener porvenir son aquellos que animaban el movimiento de los consejos del pasado.

33. Serge Bricianer: *Pannekoek et les conseils ouvriers*, *op. cit.*
34. *Ibid.*, p. 298 (en castellano, p. 387).

ESPAÑA 1936
UNA REVOLUCIÓN INACABADA

El movimiento libertario y la política

En un breve recordatorio histórico sobre la Confederación Nacional del Trabajo (CNT) española, escrito poco antes de su muerte, José Viadiu, dirigente anarcosincidalista durante la década de 1930 y uno de los firmantes de la «resolución política» del Congreso de Zaragoza (1922), recordaba que más de la mitad de la historia de dicha organización, fundada en 1911, se había desarrollado en condiciones de clandestinidad, sometida a una fuerte represión de la burguesía y del Estado.[1] El movimiento pudo sobrevivir, e incluso fortalecerse, ya que fue apoyado por el pueblo, que le profería simpatía y afecto a la lucha de esa organización sindical.

> *En los momentos más difíciles, cuando las fuerzas represivas golpeaban fuertemente, centenares de individuos surgían, dispuestos a asumir las acciones más*

1. José Viadiu (1889-1973), próximo al dirigente de la CNT Salvador Seguí, asesinado en 1922 por los matones de la patronal, fue el último director del periódico *Solidaridad Obrera* antes de la victoria de Franco.

peligrosas, sacrificando su libertad y todo cuanto les quedaba para impedir que la lucha sindical fuera aplastada.[2]

La fuerza del movimiento se basaba en los principios de acción directa consciente, independiente —característica de las tendencias no autoritarias del socialismo—, en la capacidad de iniciativa y de creatividad de sus miembros. Horacio Prieto[3] (una de las figuras del «revisionismo anarquista») fue, al igual que José Viadiu, un partidario del «posibilismo libertario», que deseaba que la CNT fuera a la vez una organización obrera y un movimiento político. Defendió —a contracorriente de la línea mayoritaria de los grupos y miembros de la Federación Anarquista Ibérica (FAI)— una intervención política de la CNT. Prieto incluso consideró que la duda en cuanto a la plena participación en los órganos del Estado fue una de las causas de la derrota de la revolución.[4] Sin embargo, no dudaba en reconocer que la fuerza del movimiento de autoorganización era la mejor protección contra sus enemigos.

El poder le declaró una guerra terrible a las colectividades agrarias o industriales y a las empresas socializadas. [...] Y sin embargo, la mayoría de las colectividades resistieron hasta el último momento en tanto que creaciones de las masas populares y obreras.[5]

2. José Viadiu: «Notas a la breve historia de la CNT», posfacio a José Peirats Valls: *Breve historia de la CNT*, Madre Tierra/Nossa y Jara, Móstoles, 1991.
3. Horacio Martínez Prieto (1902-1985) fue secretario general de la CNT en 1934. Apoyó la participación de los anarquistas en el Gobierno después de 1936 y él mismo asumió varios puestos en el aparato del Estado republicano, incluso siendo miembro de las instancias dirigentes de la CNT hasta la derrota. Sobre Prieto, existe una biografía escrita por su hijo César M. Lorenzo: *Horacio Prieto, mi padre*, Ikusager, 2015.
4. Para un informe crítico de las ideas de Horacio Prieto y del libro de su hijo *Le Mouvement anarchiste en Espagne. Pouvoir et révolution sociale*, Éditions Libertaires, 2006 (en castellano: *El movimiento anarquista español. Poder y revolución social*, Ruedo Ibérico, París, 1969), puede leerse Freddy Gomez: «Pouvoir des anarchistes et anarchistes de pouvoir», *Le Monde Libertaire*, n.º 1446, 14-20 de septiembre del 2006.
5. Horacio Prieto: *Posibilismo libertario*, 1966, autoedición, Ivry-sur-Seine, citado en César M. Lorenzo: *Le Mouvement anarchiste en Espagne...*, *op. cit.*, p. 387.

Es decir, que incluso la corriente que apoyaba la táctica de la participación en los órganos del Estado para llegar a la transformación social ponía en valor la fuerza creadora del movimiento de los trabajadores, esencial frente al socialismo autoritario y centralizador.

Antes de abordar de nuevo el tema de la contribución emancipadora de la colectividad libertaria a la Revolución española, hemos de detenernos en la relación contradictoria que tuvo el movimiento anarquista ibérico respecto a la actividad política institucional. En efecto, ese conflicto forjó la vida de las organizaciones de esa corriente y determinó bastante sus relaciones con las demás tendencias del movimiento socialista, antes y durante la revolución.

Mucho se ha escrito sobre la Revolución española, y en particular sobre la participación de los dirigentes anarquistas en el Gobierno central de la República y en el Gobierno de la Generalitat de Catalunya. Esa participación constituyó, después de 1936, uno de los ejes del debate en el seno del movimiento libertario. Muchos de los críticos a menudo han defendido que el *apoliticismo* impedía abordar la cuestión del poder, una incapacidad que explicaría la sorprendente benevolencia con la que los anarquistas consideraron al Estado republicano. Eso parece ser una visión simplista por poco que se plantee la cuestión en una perspectiva histórica.

Desde el principio, el movimiento libertario español, debido a su fuerza, estuvo confrontado al problema de su relación con el poder político. Como subrayaron muchos autores, la participación de anarquistas en el Gobierno en 1936 no fue sino un episodio tardío y anunciado por los acontecimientos históricos anteriores.[6] Algunos vieron el origen de esa colaboración en el apoyo que brindó la joven corriente anarcosindicalista y bakuninista a los republicanos radicales durante la Revolución cantonalista de 1873 y en la creación de las juntas municipales

6. César M. Lorenzo, entre otros, ha defendido esta tesis. Véase *Les Anarchistes espagnols et le pouvoir. 1868-1969*, Seuil, París, 1969 (en castellano: *Los anarquistas españoles y el poder*, Ruedo Ibérico, París, 1972).

revolucionarias. En ello, los anarquistas ibéricos vieron una posibilidad de superar etapas para llegar a una sociedad socialista libertaria.[7] En el país vecino, Portugal, la corriente llamada *intervencionista* del anarquismo también jugó un papel determinante en las luchas e insurrecciones callejeras que desembocaron, en 1910, en la instauración de la República.[8] Las corrientes bakuninistas, debido a su voluntarismo político, se encontraron en una posición comprometida respecto al principio antiautoritario que reivindicaban y del que además se habían convertido en los más fervientes defensores. Todo sucedía como si circunscribieran la lucha contra el principio autoritario a su rechazo de los partidos e instituciones políticas, incluso practicando, a la vez, un vanguardismo revolucionario en el movimiento social.

La estrategia intervencionista implicó inevitablemente la existencia de alianzas con otras fuerzas políticas, incluso con la burguesía liberal, e indujo, bastante antes de 1936, a la creación de corrientes anarquistas *políticas* que alteraron la vida del movimiento libertario. Así, a principios de la década de 1920, la corriente de Salvador Seguí fue una de las que mejor supo abordar la complejidad de la cuestión de la intervención en el terreno político. Seguí, a la vez que rechazaba la participación electoralista aceptada por otros posibilistas libertarios, reconocía la importancia de entablar alianzas con fuerzas sociales fuera de la esfera anarquista para intervenir políticamente. Fue un periodo muy ajetreado en el que, por un lado, personalidades cercanas a la CNT se aproximaron a las corrientes republicanas, y por otro, individualidades influyentes de la CNT, como Andreu Nin, eligieron la bandera del comunismo de la Tercera Internacional. Hacia 1924-1926, se formó otra corriente en el seno del movimiento libertario español en la

7. César M. Lorenzo: *Le Mouvement anarchiste en Espagne...*, *op. cit.*, cap. «L'insurrection cantonaliste de 1873», pp. 23 y 28.

8. Pueden encontrarse algunos elementos históricos sobre esas corrientes y acontecimientos en Jorge Valadas: *La mémoire et le feu. Portugal: l'envers du décor de l'Euroland*, L'Insomniaque, 2006 (en castellano: *La memoria y el fuego. Portugal: la cara oculta de Eurolandia*, trad. Joaquim Sirera Riu, Pepitas de Calabaza, Logroño, 2012).

emigración, en la que ocupó un lugar importante el grupo de Los Solidarios, de Durruti, García Oliver y Ascaso. En el contexto de las condiciones represivas de la dictadura de Primo de Rivera, dicha agrupación discutía la necesidad de una alianza revolucionaria con otras fuerzas políticas, y aunque este planteamiento no llegó a ser unánime, al menos algunos lo defendieron. El objetivo era organizar la insurrección y la instauración de un poder de tipo estatal con contornos federalistas, basado en comités revolucionarios que tenían que reorganizar la producción y la distribución. No se trataba de un rechazo de lo político, sino de una rivalidad con la forma política de tipo estatal centralista que defendían las corrientes bolcheviques. Esta evolución estaba influenciada por los sucesos de la Revolución rusa. Más allá de las diferencias de fondo entre las diversas corrientes, desde la visión gradualista de algunos posibilistas hasta el insurreccionalismo de los grupos de acción directa, se puede detectar su coincidencia en los principios de vanguardismo. En mayor o menor grado existe ese tipo de respuesta respecto a la *eficacia* bolchevique en algunas corrientes del anarquismo ruso como, por ejemplo, la de Archinov. Una vez más, algunos militantes influenciados por las ideas bakuninistas contradijeron el principio antiautoritario. Bajo el peso de la dictadura, se formó un rígido proyecto de organización vanguardista como alternativa momentánea a las prácticas de la democracia directa que, por otra parte, los militantes anarquistas seguían reivindicando.

Tras las luchas en el seno de la Primera Internacional, la península ibérica se convirtió en una de las regiones de Europa en las que la corriente anarquista siguió imperando. En su gran diversidad, esta corriente experimentó las dos orientaciones del movimiento socialista: dirigismo versus autoorganización. La especificidad del caso español es que esos dos principios antagónicos se expresaron y se enfrentaron en el seno del movimiento libertario y no en el seno del socialismo marxista, como fue el caso en Rusia y en Alemania. A partir de los años treinta del siglo XX, el *reformismo* anarquista hasta participó en las elecciones. En cambio, las corrientes que pretendían ser

«antipolíticas» propiciaron en 1927 el surgimiento de la FAI, que se oponía frontalmente a dicha participación. En cuanto a principios de los años 1930 la FAI pudo hacerse de nuevo con el control del sindicato, debilitado por las condiciones de la dictadura, los reformistas quedaron en minoría y acabaron por crear, en 1933, el Partido Sindicalista.[9] Reprodujeron la separación clásica partido-sindicato, conservando a la vez una concepción federalista del poder político y una visión sindicalista revolucionaria de la nueva sociedad, en la que la socialización de la economía se realizaría a través de las estructuras sindicales. No obstante, reconozcámoslo, la separación partido-sindicato también existió en el seno de la corriente opuesta, aunque haya sido de una forma específica, entre la FAI y los sindicatos de la CNT.

Cuando José Peirats escribió que la participación en el Gobierno de la CNT «rompía, por primera vez en su larga historia, con su tradición antipolítica y de acción directa»,[10] se precipitaba y reducía el problema al hecho de que algunos dirigentes sucumbieron, en su opinión, a la tentación política. De ser así, en la vida del partido, la política se reduciría a la participación en el funcionamiento del Estado y al electoralismo, cuando en realidad, a lo largo de la década de 1930 los comunistas libertarios y la CNT, a través de acciones directas de masa, de huelgas y de insurrecciones en diversas regiones, no cesaron de intervenir en el terreno de la política, influyendo directamente sobre las relaciones entre las clases, aunque fuere reclamándose del apoliticismo. Esa separación ideológica entre *política* y *antipolítica*, que proviene de los debates de la Primera Internacional, fue superada por los acontecimientos de la Revolución española. Hablando de esto, evocaremos la reflexión de Karl Korsch, cuya simpatía hacia el sindicalismo revolucionario era conocida.[11]

9. Fundado por Angel Pestaña, que consideraba a la FAI como una organización fanática de activistas revolucionarios.
10. José Peirats: *Les Anarchistes espagnols. Révolution de 1936 et luttes de toujours*, Repères-Silena, 1989, p. 145 (en castellano: *Los anarquistas en la crisis política española (1869-1939)*, Libros de Anarres/Terramar, Buenos Aires/La Plata, 2006, p. 196).
11. En abril de 1931, Karl Korsch fue el delegado de los sindicalistas revolucionarios alemanes en el congreso de la AIT en Madrid. Expulsado del KPD en 1926, emigró a

Contrariamente a los sabelotodo que reprocharon a los anarquistas españoles su supuesta «falta de visión revolucionaria» y su actitud contradictoria, Korsch recordó que los bolcheviques —modelos de eficacia y de coherencia ideológica por excelencia— también habían dado muestra de su incapacidad para dirigir el movimiento real de la Revolución rusa y que, tres meses antes de octubre de 1917, habían sido incapaces de controlar la situación. Ciertamente, Korsch reconocía que la actitud tradicionalmente antipolítica de los trabajadores catalanes había tenido algo que ver con sus dudas respecto al Gobierno republicano. Sin embargo, concluyó afirmando que el hecho de que la CNT y la FAI se vieran obligadas a replantearse su apoliticismo muestra «la relación vital que existe entre la acción económica y la acción política en todas las fases de la lucha de clases proletaria y, más si cabe, durante su fase revolucionaria».[12]

La experiencia unitaria de octubre de 1934 en Asturias[13]

La huelga insurreccional de octubre de 1934 en las minas asturianas, conocida como «La Comuna asturiana», fue un acontecimiento clave para el debate político moderno en España e incluso tuvo repercusiones en el seno de las corrientes anarquistas. En el

finales de 1936 a los Estados Unidos, donde colaboró en la revista de los comunistas de consejos, *Living Marxism*, dirigida por Paul Mattick.
12. Karl Korsch: «Economics and politics in Revolutionary Spain», *Living Marxism*, 3 de mayo de 1938 (en castellano forma parte de *¿Qué es la socialización?*, trad. Jacobo Muñoz Veiga, Ariel, Madrid, 1975). Publicado de nuevo en *Karl Korsch: Marxisme et contre-révolution*, *op. cit.*, p. 244.
13. Algunas referencias importantes sobre la insurrección asturiana son: Paco Ignacio Taibo II: *Asturias. Octubre 1934*, Crítica, Madrid, 2013 (publicado originalmente en dos volúmenes por la editorial Júcar en 1984); Mathieu Corman: *Incendiarios de ídolos. Un viaje por la revolución de Asturias*, Cambalache, Oviedo, 2009; Ignacio Díaz: *Asturias, octubre 1934. La revolución sin jefes*, Muturreko Burutazioak, Bilbao, 2012; Fernando Solano Palacio: *La revolución de octubre. Quince días de comunismo libertario*, Fundación Anselmo Lorenzo, Madrid, 2020. *(N. de la E.)*

marco de la Alianza Obrera, frente de los partidos y sindicatos obreros —formada en Asturias en marzo de 1934 por iniciativa de la CNT y de la UGT—, los comités revolucionarios tomaron el poder en las regiones mineras y emprendieron la reorganización de la vida social. Esos comités estaban formados por delegados de la CNT y del sindicato socialista, la Unión General de los Trabajadores (UGT), así como del Partido Socialista, del Partido Comunista y del Bloque Obrero y Campesino (BOC). Estaban animados por un espíritu unitario que fortaleció la confianza en la colectividad de clase y radicalizó la lucha; un espíritu que se expresaba a través del eslogan del movimiento: UHP (Unión de Hermanos Proletarios). Aunque no pueda establecerse una relación directa, cabe señalar que esa creación de organizaciones de base unitarias proviene en parte de una nueva concepción que propagaron, en el seno de la CNT, militantes influyentes como el joven Valeriano Orobón Fernández. Si bien la idea de insurrección de los anarcosindicalistas treintistas[14] y de Los Solidarios estuvo influenciada por lo que estaba en juego en la Revolución rusa, en España las ideas de la Revolución alemana se manifestaron a través de la actividad de unos pocos militantes.

Orobón Fernández había vivido en Berlín a finales de la década de 1920 y allí escribió para la prensa revolucionaria. Simpatizó con las ideas de los anarcosindicalistas alemanes y de Rudolf Rocker, así como con las de Max Nettlau. Defendió la formación de organizaciones unitarias capaces de poner en práctica la «democracia obrera revolucionaria» y la socialización de la producción a partir de una red de cooperativas. Criticó la actitud de algunos militantes de la CNT, «que desconfían de la espontaneidad con la que se produce el acercamiento de los sectores obreros».[15] Al reivindicarse de la experiencia de la República de

14. El treintismo era una corriente interna dentro del anarcosindicalismo que, frente a las vías de carácter más insurreccional (a las que acusaba de alimentar, no la revolución, sino «el mito de la revolución»), defendía una noción etapista de la revolución social. Su nombre proviene del llamado «Manifiesto de los treinta», publicado en agosto de 1931 en *l'Opinió* de Barcelona y *La Tierra* de Madrid. *(N. de la E.)*
15. Valeriano Orobón Fernández (1901-1935): *La Tierra*, 29 y 31 de enero de 1934, citado en José Luís Gutierrez Molina (ed.): *Valeriano Orobón Fernández. Anarcosindicalismo y revolución en Europa*, trad. de alemán Felipe Orobón Martínez, Libre Pensamiento, 2002, pp. 269-270. Nota de lectura de José Fergo: «Valeriano Orobón Fernández ou la troisième voie de l'anarchisme espagnol», *À contretemps*, n.° 9, septiembre del 2002 (bit.ly/2YPmucF).

los Consejos de Baviera, Orobón consideraba que eran «esenciales» la socialización de los medios de producción y la «implantación de un sistema de distribución rigurosamente igualitario, en el que los productos dejan de ser mercancías y se convierten en bienes sociales».[16] En aquella época pasó por reformista para algunos sectores de la CNT, ya que sus ideas iban más allá de la concepción que se focalizaba en la organización sindical. No obstante, esas nuevas concepciones fueron bien recibidas por los mineros asturianos. En España, su efímera insurrección marcó, por primera vez, el renacer de una espontaneidad revolucionaria capaz de desembocar en la creación de nuevas organizaciones. Esas organizaciones respondieron a las exigencias del momento y superaron las estructuras tanto del movimiento obrero y campesino como de los sindicatos (incluidos los anarquistas) que habían precedido al movimiento.

La revolución y la guerra

Hasta 1936, la cuestión del poder en el movimiento libertario se planteó dentro de los estrictos límites de la relación con el Estado, de la política tradicional, pero el estallido de la revolución lo cambió todo. En Barcelona, la revolución provocada por la huelga general y la insurrección contra el golpe militar

16. Existen pocos textos de Valeriano Orobón Fernández en francés. Charles Reeve y Raúl Ruano Bellido reproducen algunos extractos en *Le suspect de l'hôtel Falcón. Itinéraire d'un révolutionnaire espagnol*, L'Insomniaque, Montreuil, 2011. Véase también Orobón Fernández: «Économie libertaire de la Révolution, la réorganisation de la production», en *De l'autogestion. Théories et pratiques*, Éditions CNT-RP, 2017 (en castellano: «Economía libertaria de la revolución. La reorganización de la producción», en *Valeriano Orobón Fernández. Anarcosindicalismo y revolución en Europa*, *op. cit.*, 2002, p. 241).

se caracterizó por la formación de comités de defensa en los barrios populares en los que ya hacía tiempo que existía una intensa vida colectiva en torno a los locales sindicales, sobre todo los de la CNT.[17] Los comités fueron organizaciones de base ligadas a esos locales, como respuesta al vacío de poder del Estado republicano. Creados inicialmente para luchar contra la represión, ampliaron su ámbito de acción a los barrios y a las milicias. Jugaron un papel determinante en el transcurso de la insurrección de julio de 1936, y de vez en cuando también sirvieron para oponerse a las direcciones de la CNT y la FAI y a sus políticas estatales.[18] Luego se produjo una ola de agitación revolucionaria que se extendió a toda la sociedad y que desembocó en un movimiento de autoorganización, de ocupaciones, de expropiaciones y de socialización de los servicios, de las empresas y de las tierras.[19]

La socialización de la economía y las dificultades que conlleva desplazaron inevitablemente la cuestión del poder hacia el terreno de la producción y de la distribución. Durante la Revolución rusa y la Revolución alemana, la fractura se profundizó precisamente a causa de los problemas de socialización, de control y de gestión directa entre los partidarios del principio de autoridad y los del autogobierno. De ese enfrentamiento se desprendieron todas las demás cuestiones políticas. En España, la red de organizaciones de base —los comités de defensa al principio, luego la red de las colectivizaciones— fue el espacio donde estuvo en juego la cuestión del control del poder social.

17. Chris Ealham: *Barcelone contre ses habitants. 1835-1937, quartiers ouvriers de la révolution*, trad. Elsa Quéré, Collectif des métiers de l'édition, col. Les Réveilleurs de la Nuit, 2014 (en castellano: *La lucha por Barcelona*, trad. Beatriz Anson Balmaseda, Alianza Editorial, Madrid, 2005, pp. 269-275).
18. Agustín Guillamón: *Les Comités de défense de la CNT à Barcelone (1933- 1938)*, Le Coquelicot, 2014 (en castellano: *Los Comités de Defensa de la CNT en Barcelona (1933-1938). De los Cuadros de defensa a los Comités revolucionarios de barriada, las Patrullas de control y las Milicias populares*, Aldarull, Barcelona, 2013).
19. Sobre ese periodo, véanse George Orwell: *La Catalogne libre (1936-1937)*, Gallimard, París, 1955; Mary Low y Juan Breá: *Carnets de la guerre d'Espagne*, Verticales, París, 1997 (en castellano: *Cuaderno rojo de la guerra de España*, trad. Núria Pujol, Virus Editorial, 2019); y Pavel y Clara Thalmann: *Combats pour la liberté. Moscou-Madrid-Barcelone-Paris*, La Digitale, París, 1983.

Las guerras devoran las revoluciones. También en España, la guerra profundizó las fracturas políticas y radicalizó las posiciones. Al principio, los dirigentes anarquistas intentaron imponer la formación de Juntas de Defensa, como encarnación del impulso revolucionario, capaces, en su opinión, de reorganizar el poder político fuera de un aparato de Estado despreciado por los militantes de la CNT. También el Comité Central de Milicias Antifascistas de Catalunya jugó un papel fundamental durante los primeros meses, en coordinación con las organizaciones espontáneas de base constituidas. Y después como un comité de enlace entre el Estado republicano y los comités.

Luego, ante la oposición de las fuerzas políticas de la burguesía republicana, se sometieron a la participación en los engranajes de ese mismo Estado, en nombre de la urgencia antifascista y de la eficacia guerrera. Esta última impuso la centralización en todos los niveles, y exigió medios de acción y de organización. La guerra fue uno de los factores determinantes para que las fuerzas anarquistas participaran en el Gobierno; y finalmente, «el medio fuerza la mano a quien lo utiliza».[20] Casi un siglo más tarde, Claudio Venza abundó en ese mismo sentido, subrayando que la guerra fue el aspecto más importante para analizar las decisiones de los dirigentes anarquistas:

> *La guerra, que todo lo somete a las exigencias militares, no puede dejarse de lado para atender únicamente a la revolución social en todas sus facetas. La guerra y la revolución se entremezclaban y se condicionaron mutuamente.*[21]

20. Henri Paechter: *Espagne 1936-1937. La guerre dévore la révolution*, Spartacus, París, 1986, p. 167. Comunista de izquierda alemán, cercano a Karl Korsch, Paechter emigra luego a Estados Unidos. Son particularmente fecundas sus reflexiones sobre la influencia de la guerra en el devenir de la revolución.
21. Claudio Venza: *L'anarchisme espagnol entre pouvoir et révolution*, trad. Claude Orsoni, Atelier de Création Libertaire, 2011, p. 158. El autor recorre la evolución del anarquismo español desde 1868 hasta la revolución y vuelve a plantear la cuestión de las relaciones entre poder y revolución.

Nicolas Lazarévitch, de la revista *La Révolution prolétarienne*, observó directamente y de forma perspicaz que si los dirigentes anarquistas se opusieron a la creación de un doble poder fue esencialmente porque les parecía particularmente pernicioso «para llevar a buen puerto la lucha militar».[22] La burguesía republicana se aprovechó rápidamente de la situación. No por casualidad, el Gobierno atribuyó a los ministros anarquistas los puestos más comprometidos, aquellos cuyas decisiones iban a ser más impopulares y que reclamarían los mayores sacrificios a los trabajadores. Al principio, la guerra se alzó contra la dinámica revolucionaria, luego fue la forma que adoptó la contrarrevolución.

> *La guerra nacional, es Termidor. [...] La guerra, es la sociedad de clase y no la lucha por la abolición definitiva de las clases; es el desamparo en lugar de la abundancia; es la organización de la jerarquía, y no la libertad; es la sumisión del hombre a la violencia, y no su liberación; es el imperio de la necesidad, y no el dominio del hombre.*[23]

La pronta neutralización de las organizaciones de base y, más adelante, la aniquilación de las experiencias de socialización y de colectivización, así como la militarización de las milicias, fueron el principal objetivo de la normalización republicana. Fue una señal inequívoca de la victoria de la guerra sobre la revolución.

22. *La Révolution prolétarienne*, octubre de 1936, n.º 233, citado en L. Nicolas (Nicolas Lazarévitch): *À travers les révolutions espagnoles*, Belfond, París, 1972, p. 98. Lazarévitch, sindicalista revolucionario belga de origen ruso, cercano a Pierre Monatte, fue testigo ocular de la revolución de julio en Barcelona.
23. Henri Paechter: *Espagne 1936-1937...*, *op. cit.*, p. 167.

La prudente gestión sindical y el respeto del trabajo asalariado

La eliminación de los comités y demás organizaciones espontáneas fue, en parte, consecuencia de la presencia dominante de la CNT, sindicato que los trabajadores identificaban con una organización que ellos controlaban. En España, como en todas partes, el dinamismo de las organizaciones sindicalistas revolucionarias se nutría principalmente de una reacción frente al autoritarismo y la naturaleza burocrática del movimiento socialista.[24] En cuanto al proyecto de reorganización de la economía, las concepciones de la CNT siempre fueron muy cercanas a las del sindicalismo revolucionario clásico: sus militantes eran partidarios del control de la producción y del producto de su trabajo por parte de los obreros. Las estructuras sindicales tenían que garantizar la organización de la nueva economía y, a la larga, hacerse con el poder. Así, y desde el inicio de la revolución, cuando se afirmaba que las empresas estaban «en manos de los trabajadores», había que entender que los sindicatos las gestionaban. Ciertamente, los sindicatos anarquistas eran estructuras poco burocratizadas,

> *...el trabajador participaba muy activamente en la vida del sindicato [...] el sindicato servía de escuela, no solo porque enseñaba a sus militantes, sino también porque los militantes aprendían frecuentándolo en las fábricas, en los barrios con sus vecinos, etc.*[25]

24. Paul Mattick defendió esa idea («La gestion ouvrière», en *Intégration...*, *op. cit.*). Contrariamente a Anton Pannekoek, Mattick consideraba que las organizaciones sindicalistas revolucionarias no eran un legado del movimiento socialista de los inicios del capitalismo, sino organizaciones que estaban en la misma onda que el capitalismo maduro y su creciente burocratización.
25. Groupe Noir et Rouge: «Témoignage sur trois collectivités anarchistes en Espagne», en *Autogestion, État, Révolution*, *op. cit.*, p. 54.

Entre los «comités superiores» de la CNT,[26] también existía la idea de que «uno de los objetivos fundamentales al entrar al gobierno fue el de reglamentar la vida política de España dando validez legal a los comités revolucionarios que habían surgido en los primeros meses de la guerra civil».[27] Por supuesto, esa legalización no significó la protección sino la destrucción del carácter revolucionario de esas organizaciones.

En las grandes ciudades, la socialización de las empresas empezó con la expropiación de los antiguos propietarios. Pero la gestión puesta en marcha por los sindicatos después de julio de 1936 se asemejó, en la mayoría de los casos, al funcionamiento capitalista, y estaba muy lejos del proyecto anarquista de colectivización. Resultó imposible que

> *...los trabajadores se hicieran dueños de sus lugares de trabajo: continuaron trabajando en las mismas condiciones de antes. Se colectivizó la industria, pero en realidad eso no cobró la importancia que hubiera tenido si se hubieran puesto en común las realizaciones de los trabajadores. Solo se pusieron en común las prestaciones del trabajo, recibiendo cada trabajador un salario fijo.*[28]

Unos cuantos elementos permiten que constatemos cuál era la situación en Barcelona dos meses después de la victoria sobre el golpe de Estado militar. Los transportes «gestionados por los obreros» se conformaron con suprimir las tarjetas gratuitas que se entregaban a la policía y a los funcionarios, sin ni siquiera plantearse la cuestión de los transportes gratuitos para todos. «Existió la misma prudencia a la hora de fijar los salarios», los cuales fueron determinados siguiendo una escala

26. Así se llamaron las instancias dirigentes de la CNT-FAI, por oposición a los sindicatos de base.
27. Burnett Bolloten: *La Révolution espagnole. La gauche et la lutte pour le pouvoir*, Ruedo Ibérico, 1977, p. 221 (en castellano: *La revolución española. Sus orígenes, la izquierda y la lucha por el poder durante la guerra civil. 1936-1939*, trad. Ramón Hernández Sol, Grijalbo, Madrid, 1979. p. 289).
28. Groupe Noir et Rouge: *Autogestion, État, Révolution*, *op. cit.*, p. 55.

de 1, para los obreros, a 4, para los técnicos.[29] Los casos en que la colectivización instauró la igualdad de los salarios fueron escasos. Apenas tres meses después de la insurrección, los sindicatos, la FAI y el PCE firmaron en Barcelona un extraño pacto que no dejaba prácticamente lugar a dudas en cuanto a sus intenciones económicas. Tras anunciar «una acción común para liquidar la acción nociva de los grupos incontrolados» —cuyo contenido no se precisa—, apareció una lista de proposiciones como, por ejemplo, la suspensión de los contratos de trabajo y del pago de las horas extras:

> *Ningún productor podrá negarse a realizar un trabajo para el que se le requiere, si ese trabajo favorece la nueva época en gestación; hay que intensificar la producción en todas y cada una de sus fases; hay que producir no como antes del 19 de julio, sino muchísimo más. Trabajar, producir, vencer, tal debe ser el único pensamiento de cualquier persona consciente de sus derechos y deberes.*[30]

Los sindicatos, comités y delegados de fábricas, talleres y obras tenían que arreglárselas para que esas medidas fueran respetadas, medidas que recordaban las instrucciones bolcheviques en cuanto a la militarización del trabajo durante la Revolución rusa. Pero la base de la CNT expresó su descontento y esas consignas se convirtieron en papel mojado.[31] A este respecto, hay que evocar otra consecuencia de la guerra. La movilización de una parte importante de militantes revolucionarios alejó de los lugares de trabajo a todos aquellos que mejor podían defender las medidas de colectivización de la economía y el desarrollo del poder de base de los trabajadores: «Fueron [...] los mejores los que faltaron en los sindicatos,

29. L. Nicolas: *La Révolution prolétarienne, op. cit.*
30. Actas firmadas por las organizaciones sindicales, el PSUC y la FAI, publicada en *Solidaridad Obrera* el 23 de octubre de 1936, citado en Nicolas Lazarévitch: *À travers les Révolutions espagnoles, op. cit.*, p. 99.
31. *Ibid.*, p. 101.

en las colectividades, en los pueblos donde tenían una gran influencia».[32] La situación empeoró tras la revuelta de mayo de 1937 contra el poder estalinista y el encarcelamiento de numerosos revolucionarios.[33]

Así, en la industria las relaciones sociales de producción siguieron basándose en el trabajo asalariado. Y la organización del trabajo apenas varió o siguió siendo la misma que la que existía antes. A esto hay que añadir el empeoramiento de las condiciones de vida y de abastecimiento; hubo, y no es de extrañar, resistencias al trabajo en la industria e incluso en algunas empresas colectivizadas.[34] Durante la primera fase de la revolución la realidad fue más compleja, pues los trabajadores eran conscientes de su victoria y de que les era favorable la correlación de fuerzas. Se alinearon con sus respectivas organizaciones sindicales, aceptaron las urgencias de la guerra, sin dejar de mantener un control informal sobre las condiciones de trabajo. En su estudio sobre la revolución, G. Munis escribía:

> *Al principio, la intervención del Estado se limitó a una simple fisga. Ni los obreros hubieran permitido más ni él estaba suficientemente rehecho para permitirse imposiciones o bravatas. [...] El proletariado seguía considerando la economía suya, y definitivamente ido el capitalismo.*[35]

32. Gaston Leval: *Espagne libertaire*, Éditions du Monde Libertaire, París, 1983, p. 385 (en castellano: *Las colectividades libertarias en España*, Aguilera, Madrid, 1977. Existe una versión en línea de este texto en bit.ly/3dAnHJt de la cual no existen datos sobre la fuente o la autoría de la traducción. En este caso, hemos optado por la traducción directa de las citas tal y como figuran en la edición original de *El socialismo salvaje*).
33. Después de Mayo de 1937, la correlación de fuerzas era aún más desfavorable para los revolucionarios. A menudo tuvieron que integrarse en las unidades militares, sobre todo las formadas a partir de las antiguas milicias de la CNT y socialistas de izquierda, para protegerse de los estalinistas.
34. Michael Seidman: *Ouvriers contre le travail. Barcelone et Paris pendant les fronts populaires*, Senonevero, s.l., 2010 (en castellano: *Los obreros contra el trabajo. Barcelona y París bajo el Frente Popular*, trad. Federico Corriente, Pepitas de Calabaza, Logroño, 2014).
35. G. Munis: *Leçons d'une défaite, promesse de victoire*, Science Marxiste Éditions, Montreuil, 2007, pp. 409-410 (en castellano: *Jalones de derrota, promesa de victoria. Crítica y teoría de la revolución española (1930-1939)*, Muñoz Moya Editores, s.l., bit.ly/3hQnwvP, p. 219) G. Munis (1912-1989), militante trotskista encarcelado por los estalinianos, se refugió en Francia y luego en Mexico durante la Segunda Guerra Mundial. Fue cercano a Benjamin Péret y más tarde a Natalia Sedova, la viuda de Trotsky. Con Péret escribió *Les Syndicats contre la révolution* (Acratie, 2014). Munis rompió con el trotskismo, aunque conservó una visión vanguardista de la acción política y de la construcción del comunismo. Regresó a Francia en 1948.

Por consiguiente, pretender que había una «separación entre los obreros y las ideologías obreras»[36] parece cuestionable. De la misma forma que resulta simplista reducir la posición de la CNT a la defensa de una ideología que glorifica el trabajo, el productivismo y el desarrollo de las fuerzas productivas, proyecto al que los trabajadores no se hubieran adherido.[37] Lo que movía a las filas de la CNT e insuflaba energía revolucionaria a sus simpatizantes era la visión de una nueva sociedad basada en una economía colectivizada y gestionada por las organizaciones sindicales y en la que se dejaría atrás la condición de proletario asalariado. Fueron esencialmente las exigencias de la guerra, más que una ideología productivista, las que precipitaron a la dirección de los anarquistas en los brazos del Gobierno republicano y a una colaboración, si bien recelosa, con los estalinistas. No es sino después de los acontecimientos de mayo de 1937 que la situación cambió radicalmente. El triunfo de la contrarrevolución en la calle, en los barrios, en las empresas y, finalmente, en las colectividades rurales, significó la restauración del orden capitalista en la economía.[38] Lo que implicó un aumento de la resistencia obrera. Estas líneas de G. Munis aclaran perfectamente la evolución de la actitud de los trabajadores frente a la nueva situación:

> *La caída general de la producción y de la productividad obrera llega al máximo después de los sucesos de*

36. Michael Seidman: *Ouvriers contre le travail*, *op. cit*.
37. *Ibid*.
38. Henri Chazé: *Chronique de la révolution espagnole. Union Communiste (1933-1939)*, Spartacus, París, 1979, p. 63. La Union Communiste fue un pequeño grupo de comunistas de izquierda francés que apoyó críticamente al POUM así como a grupos anarquistas contrarios a la participación en el Gobierno.

Mayo, cuando para ningún obrero admite dudas que una nueva reacción se ha instalado en el poder. Antes, la intervención de la Generalitat era considerada por los obreros catalanes como una impertinencia que sus propias organizaciones les obligaban a aceptar, pero de la cual podrían desprenderse con una simple sacudida de hombros.[39]

Las colectividades, nuevos organismos

En esa nueva situación histórica, la cuestión de la distribución quedó separada de la de la producción. Como en cualquier sistema de producción de mercancías, el dinero siguió siendo el medio de intercambio de los bienes. Incluso en el caso de las empresas colectivizadas, por ejemplo en el sector textil, los trabajadores continuaron dependiendo de un salario para poder acceder a los productos necesarios. En las ciudades la distribución siguió en manos del comercio privado, y los estalinistas que apoyaban precisamente a esas capas sociales se hicieron con el control de los organismos gubernamentales de distribución. Los Comités de Defensa de la CNT en los barrios intentaron, sin éxito, controlar los precios y oponerse a la especulación que se extendía y que se aprovechaba de la desigualdad de los salarios, que persistía. Por así decirlo, fue su última batalla, y las huelgas y disturbios contra los problemas de abastecimiento acabaron desembocando en los sucesos de mayo de 1937.[40]

La idea de colectivización estuvo en el centro del proyecto libertario de la nueva sociedad.[41] Empezó a afirmarse con fuerza a partir de principios del siglo XX, durante los grandes movimientos sociales en el campo. Gerald Brenan, en su valioso trabajo sobre los orígenes sociales y políticos de la guerra civil,[42] subrayó que fue en ese momento cuando, por primera vez en España, «ese problema [del desempleo] por primera vez se asoció con la idea de cultivo de la tierra en común bajo la supervisión de los sindicatos».[43] Más adelante, el movimiento anarquista abandonó la idea del reparto de tierras y asoció la cuestión agraria a la colectivización.

Después de julio de 1936, los campesinos estuvieron mayoritariamente de acuerdo con la colectivización y con los valores solidarios, igualitarios, fraternales y emancipadores que constituían su fuerza intrínseca, y esa acción fue «el suceso secular de esa guerra»,[44] la expresión del carácter profundamente revolucionario del movimiento. No obstante, la colectivización fue desigual, según las regiones y, en cada región, según la riqueza de cada colectividad. Fue prácticamente total en Aragón, y menos importante en Cataluña y en Levante, donde los pequeños propietarios tuvieron un defensor imprevisto: el PCE. Solo en algunas colectividades agrarias, sobre todo en Aragón, se intentó organizar la producción y la distribución teniendo en cuenta las necesidades desiguales de los trabajadores. Esas experiencias concretas, limitadas en el tiempo y el territorio republicano, cobraron importancia porque fueron movidas por la concepción de una nueva sociedad y el deseo de autogobierno. César Lorenzo resume perfectamente la diversidad del movimiento y su complejidad relatando la situación en Aragón, región esencialmente rural donde la colectivización fue particularmente radical y donde, a menudo, fue a la par con la supresión de la circulación monetaria:

39. G. Munis: *Leçons d'une défaite, promesse de victoire*, *op. cit.,* p. 412 (en castellano, p. 360).
40. Agustín Guillamón: *Les Comités de défense...*, *op. cit*. Del mismo autor: *La guerra del pan. Hambre y violencia en la Barcelona revolucionaria*, Aldarull, 2014.
41. Sobre las colectivizaciones en la Revolución española, véanse Frank Mintz: *L'Autogestion dans l'Espagne révolutionnaire*, Maspero, París, 1976, y *Autogestion et anarcho-syndicalisme. Analyse et critiques sur l'Espagne.* 1931-1990, CNT-RP, París, 1999 (en castellano: *Autogestión y anarcosindicalismo en la España revolucionaria*, Traficantes de Sueños, Madrid, 2006); Gaston Leval: *Espagne Libertaire, op. cit.*; y Burnett Bolloten: *La Révolution espagnole...*, *op. cit*.
42. Gerald Brenan: *Le Labyrinthe espagnol*, trad. Monique y André Joly, Champ Libre, 1984 (en castellano: *El laberinto español*, trad. J. Cano Ruiz, Ruedo Ibérico, París, 1962).
43. *Ibid.*, p. 228 (en castellano, p. 289).
44. Henri Paechter: *Espagne 1936-1937...*, *op. cit.*, p. 162.

Por la cantidad de colectividades autogestionadas y por la profunda transformación económica y social llevada a cabo, fue la región que más se acercó al comunismo libertario pese a la guerra que la estaba devastando.

Sin embargo, las diversas colectividades agrícolas autogestionadas vivían en una economía cerrada, como si fueran islotes independientes, y con poca relación entre ellas.

Unas se regían democráticamente con sus consejos elegidos, sus asambleas, otras obedecían a un hombre o a un grupo, unas funcionaban bien, otras mal, en función de la capacidad y de la preparación de aquellos que les daban vida, en función de si las tierras cultivadas eran ricas o pobres, en función de su contribución, importante o no, al abastecimiento de las milicias. Si bien la mayor igualdad económica posible era la regla general en cada una de ellas, no se puso fin a la desigualdad de las condiciones y del nivel de vida entre una comuna y otra ya que no existió ni el más mínimo intento de esbozo de federación y de armonización.

La mayoría de esas colectividades eran ideológicamente homogéneas y se reclamaban del movimiento anarquista, una cantidad más pequeña era socialista, y otras disponían de una dirección mixta CNT-UGT:

Muchas adoptaron unos estatutos y un reglamento meticulosos cuando en otras imperó la palabra en asamblea general hasta llegar a un consenso. En todos los lugares, los antiguos ayuntamientos habían desaparecido o no jugaban ningún papel.[45]

En algunas colectividades agrícolas se vivió en autarquía, se suprimió el dinero y los trabajadores podían acceder al

45. César M. Lorenzo: *Le Mouvement anarchiste en Espagne…*, *op. cit.*, p. 203.

almacén de la colectividad según sus necesidades. En otras, se sustituyó el dinero por cupones que no podían intercambiarse. Hay otro testimonio recurrente sobre la diversidad de las situaciones:

Las colectividades de carácter ideológico impulsadas, creadas con el espíritu del comunismo libertario se basaban en la adhesión voluntaria del individuo sin ninguna presión, y en el derecho del individuo y de su familia a recibir después de la comunidad todo cuanto necesitaba, en función de las posibilidades de la colectividad. […] En otras, no había moneda de cambio sino una caja central alimentada por la venta de productos de la colectividad, de tal forma que, por ejemplo, una persona que debía desplazarse a Barcelona, pasaba por el Comité que le daba el dinero necesario para ello. Las demás colectividades funcionaban según el sistema habitual, a través del pago semanal de un salario igualitario. […] Más adelante, aunque se fijó el salario de una manera general para todos, cuando llegaba una penuria para las cosas que producía la colectividad […] se repartía todo lo que dicha colectividad producía, no de forma igual para todos, sino en función de las necesidades de cada familia.[46]

La aplicación del principio de «distribución igualitaria según las necesidades» —que en su época Marx había presentado como una de las bases del comunismo— en este caso no obedecía a unos esquemas teóricos preconcebidos de socialización.[47] Era una expresión de la muy alta conciencia social de los campesinos anarcosindicalistas. Diego Abad de Santillán, dirigente de la CNT, reconoció que «hemos trabajado sin planes y sin saber realmente lo que hacíamos». Bolloten añade que:

46. Groupe Noir et Rouge: *Autogestion, État,Révolution*, *op. cit.*, pp. 59 y 61.
47. Para la discusión de esas cuestiones, remitirse al capítulo: «La idea de los consejos y la sociedad futura».

> *…en algunas empresas hubo una ausencia total de contabilidad y de control, y en ellas los trabajadores se distribuían ellos mismos como salarios todo lo que ingresaban como producto de las ventas sin prever la reposición de existencias ni la depreciación del capital.*[48]

Paulatinamente, insidiosamente, la guerra se iba imponiendo a la revolución y se fue formando una línea divisoria en el seno del movimiento anarquista. Los dirigentes estaban absorbidos por sus responsabilidades en el aparato de Estado, el funcionamiento de las empresas y las tareas militares, mientras por su parte los militantes luchaban para seguir fieles a la orientación del sindicalismo revolucionario y del anarcosindicalismo. Los primeros argumentaron que la «naturaleza del Estado» había cambiado;[49] algunos se refirieron incluso a la posibilidad de un «anarquismo de Estado»[50] y se sometieron a los principios autoritarios de la eficacia económica capitalista. Aquellos que optaron por la intensificación de la revolución como única vía para ganar la guerra quedaron marginalizados. El debate se hundió en el fango de las políticas sometidas a la urgencia de la guerra. Si *a posteriori* se pudo afirmar que «poco después del verano de 1936 ya no existían prácticamente posibilidades de que el anarquismo saliera del callejón sin salida de la militarización y de la subordinación a la lógica estatal»,[51] en aquel momento no parecía tan evidente. Por eso, los sectores minoritarios siguieron peleando para que los propios trabajadores se ocuparan de sus asuntos y se extendiera la autoorganización y la democracia directa en las empresas y en las unidades militares. Entre esas minorías, en la

48. Citado en Burnett Bolloten: *La Révolution espagnole…*, *op. cit.*, pp. 238-239 (en castellano, p. 309).
49. *Solidaridad Obrera*, 4 de noviembre de 1936, citado en Nicolas Lazarévitch: *À travers les révolutions espagnoles, op. cit.*, p. 102.
50. La fórmula de Federica Montseny la dio a conocer Henri Chazé, quien se vio con la ministra anarquista el 20 de agosto de 1936 en Barcelona. Véase Henri Chazé: *Chronique de la révolution espagnole*, *op. cit.*, p. 8.
51. Claudio Venza: *L'Anarchisme espagnol entre pouvoir et révolution, op. cit.*, p. 161.

insurrección de mayo de 1937 había grupos de las Juventudes Libertarias, así como el grupo Los Amigos de Durruti, que jugó un papel importante junto con los militantes del POUM —pequeño partido marxista formado por diversas tendencias antiestalinistas—. Esos disidentes fueron atacados por dirigentes de la CNT y de la FAI y tildados de «anarquistas bolchevizados», cercanos a los trotskistas y partidarios de la dictadura del proletariado.[52] Los Amigos de Durruti hicieron un balance muy crítico de la situación:

> *Durante todas las transformaciones sociales aparecen organismos especiales portadores de los caracteres del impulso renovador. […] Recordamos que se habían creado un comité antifascista, comités de barrio, patrullas de control y que, meses más tarde, ya no queda nada de esos organismos. […] La revolución no se asienta sobre bases lo suficientemente amplias. Ha habido marcha atrás en multitud de ámbitos. ¿En qué quedó la socialización?*[53]

Dificultades y enemigos de las colectividades

Entre las fuerzas políticas que apoyaban al Estado republicano, el PCE —y en Cataluña el Partit Socialista Unificat de Catalunya (PSUC), su organización catalana— se opuso frontalmente a las colectivizaciones, y a todas las organizaciones de base independientes del Estado (los comités de defensa, los

52. César M. Lorenzo: *Le Mouvement anarchiste en Espagne…*, *op. cit.*, p. 345. Más allá de que esas posiciones no fueron reivindicadas por Los Amigos de Durruti de esta forma tan tajante, a la observación no le falta picante teniendo en cuenta que quien la formula defendió la participación de los anarquistas en el Gobierno y reivindicó que la economía fuera dirigida por el Estado.
53. Texto de Los Amigos de Durruti, mayo de 1937, citado en Nicolas Lazarévitch: *À travers les révolutions espagnoles, op. cit.*, pp. 106-109 (traducción revisada). Varios textos del grupo aparecen en Henri Chazé: *Chronique de la révolution espagnole, op. cit.*

consejos de empresa y los comités de las colectividades rurales). Para el Partido Comunista, el control del aparato de Estado era la vía indispensable para instaurar su proyecto de sociedad posrevolucionaria,[54] y la nacionalización era la única socialización posible. El enemigo era la colectivización, y no tanto la propiedad privada:

> *Lanzarse en esos ensayos prematuros de «socialización» y de «colectivización», cuando todavía no está decidida la guerra [...] es absurdo y equivale a convertirse en cómplice del enemigo.*[55]

Poco implantado entre los trabajadores, el partido buscaba el apoyo de las clases medias, de los comerciantes, de los pequeños propietarios y de los campesinos. Y justificaba el acierto y la necesidad de un proyecto estatal ofreciendo como evidencia los puntos flacos de la socialización y la falta de coordinación de las colectividades. Los anarquistas que apoyaban la participación en el Gobierno temían el desorden y el caos y defendían una posición semejante:

> *Por ende, se imponían una mínima centralización y la coordinación de la producción para evitar el desliz hacia estructuras rurales autárquicas, similares a las de la Alta Edad Media, y construir una sociedad socialista acorde con el mundo moderno.*[56]

Ahora bien, reivindicar esa centralización implicaba necesariamente revalorizar el Estado:

54. Contrariamente a lo que escribe Gaston Leval, para quien las «fuerzas marxistas» combatieron «cualquier previsión respecto a la sociedad posrevolucionaria» (*Espagne libertaire*, *op. cit.*, p. 397).
55. Informe de José Díaz al Comité Central del PCE, marzo de 1937, en Burnett Bolloten: *La Révolution espagnole...*, *op. cit.*, p. 242 (en castellano, p. 314).
56. César M. Lorenzo: *Le Mouvement anarchiste en Espagne...*, *op. cit.*, p. 203.

> *Para hacer la guerra eficazmente, para reconstruir la economía, para reorganizar la administración, se necesitaba urgentemente un organismo que pudiera servir de vínculo a escala nacional, un organismo capaz de aglutinar esa cantidad disparatada de poderes. ¿Quién, sino un gobierno de unión nacional [...] podría llevar a cabo esa indispensable tarea?*[57]

Por tanto, algunos dirigentes anarquistas se orientaron cada vez más hacia un socialismo de Estado:

> *No podíamos prescindir de los poderes extraordinarios del Estado para conservar nuestras conquistas, para regular el funcionamiento de las fábricas, de las colectividades, de los transportes, del comercio natural que habíamos desarrollado para satisfacer las necesidades de centenares de miles de familias que controlábamos. Y, naturalmente, solo se podía hacer a través del Estado.*[58]

En cuanto a los comunistas, se puede afirmar sin riesgo a equivocarse que «se aprovecharon plenamente de las dificultades económicas para fortalecer su campaña en favor de la entrega a las manos del gobierno de la propiedad y el control de la industria».[59] Y cuando, después de la aniquilación de la insurrección de mayo de 1937, el Gobierno central decidió acabar con las colectividades agrícolas, las tropas del estalinista Líster las deshicieron mediante el uso de la fuerza.

Por su parte, el POUM defendió una posición más ambigua. También partidario de la nacionalización de la economía y de la tierra, ese partido defendía una fórmula confusa: la de una «explotación colectiva de las grandes empresas» y una industria

57. *Ibid.*, p. 315.
58. Informe de David Antona, José Xena, Mariano Vázquez y Horacio Prieto en el congreso extraordinario de la AIT de diciembre de 1937, en César M. Lorenzo: *Le Mouvement anarchiste en Espagne...*, *op. cit.*, p. 316.
59. Burnett Bolloten: *La Révolution espagnole...*, *op. cit.*, p. 242 (en castellano, p. 313).

«socializada y rigurosamente centralizada». Andreu Nin, uno de sus dirigentes,[60] por su formación marxista, su conocimiento de la Revolución rusa y del bolchevismo, no se olvidó de plantear «el problema de los órganos de poder»[61] en la revolución. Reconocía que en España los trabajadores tenían una relación particular con los sindicatos, sobre todo con la CNT —el propio Nin había sido dirigente cenetista durante la década de 1910, antes de entrar en los círculos de la Tercera Internacional—, al considerarlos como sus instrumentos naturales de organización. De hecho, el POUM estrechó lazos fraternales con la CNT. En opinión de Nin, todo esto explica por qué la Revolución española no creó unos «organismos específicos dotados de una vitalidad suficiente para convertirse en órganos de poder».[62] No obstante, Nin reconocía que, en julio de 1936, los trabajadores habían constituido comités de defensa revolucionarios en todas partes, y que en las ciudades habían sido los verdaderos protagonistas de la insurrección. Sin embargo, consideraba que esos organismos no eran espontáneos, ya que los militantes de la CNT y las estructuras del sindicato anarquista siguieron desempeñando un papel preponderante. Por consiguiente, a falta de un doble poder, llegó a la conclusión de que el POUM debía participar en el Gobierno republicano con los ministros anarquistas. El análisis es cuestionable, puesto que, al principio, los comités de defensa tuvieron indiscutiblemente la vitalidad y las potencialidades de un doble poder, obstaculizadas estas precisamente por la entrada de la CNT en el Gobierno. En el seno del POUM, el grupo

60. Andreu Nin fue ministro de Justicia en el Gobierno catalán de septiembre a diciembre de 1936. Fue detenido por los estalinistas en Barcelona el 16 de junio de 1937 y asesinado. Sobre una historia del POUM, véase Victor Alba: *Histoire du POUM*, Ivrea, 2000 (en catalán: «Història del POUM», en *El marxisme a Catalunya*, t. 2, Pòrtic, 1974).

61. Andreu Nin: «Le problème des organes du pouvoir dans la révolution espagnole» [19 mai 1937], en Agustín Guillamón: *Espagne 1937. Josep Rebull, la voie révolutionnaire*, Spartacus, París, 2014 (en castellano, en *Viento Sur*, n.º 93, septiembre del 2007, p. 65, bit.ly/2JqItOF).

62. *Ibid.*, *op. cit.*, p. 149 (en castellano, p. 70).

minoritario de Josep Rebull[63] se desmarcaba sensiblemente de las posiciones de Nin, criticaba la participación en el Gobierno e insistía en la necesidad de formar consejos obreros, como órganos indispensables para el proceso revolucionario. En opinión de esos militantes, el marco sindical —incluso el de la CNT— no permitía la expresión de la democracia directa.[64] Del mismo modo, añadían, los órganos de alianza obrera —que el POUM ensalzaba desde las huelgas insurreccionales de los mineros asturianos—, así como los comités antifascistas, estaban gobernados por las organizaciones políticas y sindicales existentes. Paradójicamente, la solución que propusieron reintroducía el mismo problema, ya que los consejos se convertían en una construcción de las organizaciones políticas, en un proceso de arriba hacia abajo.

Vernon Richards, un anarquista crítico con la participación de la CNT y la FAI en el Gobierno, abordaba de otra forma la cuestión de poder de Estado versus poder revolucionario:

> *Lejos de contribuir a que la revolución se desarrollase hasta el punto en que los trabajadores fueran capaces de impulsarla, el acuerdo de los dirigentes de la CNT de reconocer el Estado y la autoridad de un Gobierno democrático sembró la confusión en las filas de los trabajadores.*[65]

Dicho de otro modo, por esencia, la actitud revolucionaria hubiera consistido en ampliar las posibilidades de una

63. Josep Rebull (1909-1999) fue miembro de la dirección del POUM. En mayo de 1937, su grupo participó en la insurrección callejera en Barcelona con Los Amigos de Durruti. Rebull criticó la participación del POUM en el Gobierno de Cataluña, denunció la burocratización de las estructuras del partido y la escasez de debates internos (Agustín Guillamón: *Espagne 1937. Josep Rebull, la voie révolutionnaire*, *op. cit.*)

64. Agustín Guillamón: *Espagne 1937. Josep Rebull, la voie révolutionnaire*, *op. cit.*, p. 51.

65. Vernon Richard: *Enseignements de la révolution espagnole*, Acratie, 1997, p. 199 (en castellano: *Enseñanzas de la Revolución Española*, trad. Laín Díez, Campo Abierto, Madrid, 1977. Existe una versión en línea de la edición de Campo Abierto en bit.ly/2zyPtYg, preparada por *Solidaridad Obrera*, de la cual recogemos las citas y la paginación, p. 284).

situación potencial; en hacer cuanto fuera posible para fortalecer el poder de los comités de base, el campo de acción de las colectividades. Como escribió Franz Borkenau:

> *Se confirmó una vez más una vieja regla en materia de revolución: una revolución ha de ser llevada hasta sus últimas consecuencias o, en realidad, más vale no empezarla.*[66]

La «nueva economía»

El contenido del proyecto comunista libertario en la sociedad poscapitalista estuvo en el centro de los debates del movimiento anarquista en España desde la segunda mitad del siglo XIX. Los desacuerdos entre las corrientes comunistas-anarquistas y las colectivistas estaban relacionados con la cuestión de las necesidades, de la abundancia, del tiempo de trabajo como base de cálculo de la reorganización social. Son temas que surgirán de nuevo, tras los años 1920, en las discusiones sobre los principios de producción y de distribución comunistas en las corrientes del marxismo revolucionario antibolchevique. Algunos años más tarde, el importante movimiento de colectivizaciones de la Revolución española volvió a plantear el debate sobre los principios de producción y de distribución en un sistema de autogobierno que no se limita a los medios anarquistas. Los escasos grupos de la corriente comunista antibolchevique que habían tratado el tema después de las revoluciones rusas y alemana se interesaron muy particularmente por ese debate. Sus análisis estuvieron marcados a menudo por las posiciones antianarquistas del marxismo clásico, al insistir en los «errores» de los anarquistas y en el fracaso de su doctrina y de sus métodos. Algunos incluso sacaron de nuevo a relucir el viejo

66. Franz Borkenau: *The Spanish Cockpit* (1937) (en castellano: *El reñidero español*, trad. Tony Cardona Castellà, Península, Barcelona, 2001), citado en Vernon Richard: *Enseignements de la révolution espagnole, op. cit.*, p. 199 (en castellano, p. 284).

argumento sobre el anarquismo como ideología de los artesanos, cuando el caso español mostraba exactamente lo contrario: los campesinos pobres, los comerciantes, los artesanos y los propietarios se identificaron más bien con el Partido Comunista.[67] Otros reconocieron que lo realizado por las colectividades libertarias representó una ruptura consciente con el orden capitalista, con vistas a transformar las relaciones sociales y acabar con la explotación. Eran unas aspiraciones que superaban la mera reorganización o la gestión más moderna de la producción capitalista. Sus reflexiones sobre la estructura y el funcionamiento de las colectivizaciones a menudo fueron muy pertinentes. El argumento de los dirigentes anarquistas solía ser rotundo: «Como el poder está en las fábricas, y las fábricas están controladas por los sindicatos, por consiguiente el poder está en manos de los obreros».[68] Ahora bien, los consejos de fábrica elegidos en asamblea, que supuestamente dirigían las empresas colectivizadas, dependían de los consejos económicos de las ramas de industria, los cuales tenían el verdadero poder de decisión. En esos consejos económicos, los representantes de los trabajadores estaban en minoría. No era difícil subrayar que «en realidad, los obreros no tienen poder alguno sobre la organización y el control de las fábricas. De hecho, gobiernan los sindicatos».[69]

En efecto, en esas condiciones, ¿cómo podían los trabajadores reorganizar la economía para satisfacer las necesidades de la sociedad?

> *Desprovistos de organizaciones autónomas, ¿cómo podían los interesados poner en práctica una nueva forma de distribución de los bienes? También se planteaba la cuestión del aislamiento de cada unidad productiva, de cada colectividad, agraria o industrial. Sin embargo, a este*

67. Helmut Wagner: «L'anarchisme et la révolution espagnole» (junio de 1937), citado en Karl Korsch, Paul Mattick, Anton Pannekoek, Otto Rühle y Helmut Wagner: *La contre-révolution bureaucratique*, Union Générale d'Éditions-10/18, 1973.
68. *Ibid.*, p. 211.
69. *Ibid.*, p. 216.

respecto, pretender que la CNT concebía las empresas como unidades independientes resulta abusivo. Cierto, muchas fueron las colectividades que funcionaron en autarquía —casi siempre las más pobres, pero no únicamente, como se verá más adelante—, que vivieron de los bienes acumulados antes de la colectivización. Pero el objetivo principal, y el éxito de la inmensa mayoría de las colectividades agrarias, fue la integración de los campesinos aislados. Muchas intentaron coordinarse, algunas establecieron incluso relaciones de intercambio de productos con colectividades de la industria y recibieron ayuda técnica para modernizar la producción.[70]

También fue cierto lo contrario. Empresas socializadas «que gozaban de una posición privilegiada [...] que no estaban dispuestos a sacrificar ninguna parte de sus beneficios para ayudar a otros colectivos menos boyantes».[71] Finalmente, no puede obviarse que una de las causas de ese aislamiento de las colectividades fue consecuencia del aislamiento del propio movimiento social y de la hostilidad que les manifestaron las fuerzas políticas republicanas. «Nos replegábamos en nosotros mismos porque temíamos un ataque y ese ataque se produjo.»[72]

En el ámbito leninista, los grupos bordiguistas negaron la Revolución española, tildándola de movimiento burgués caracterizado por la ausencia de partido revolucionario. Una situación en la que «la intensidad de la lucha de clases [...] no suscita automáticamente una acción comunista, y por ende el partido revolucionario que le da vida».[73] G. Munis, por su parte, aunque fiel a una visión leninista centralizadora, resaltó en

70. Groupe Noir et Rouge: *Autogestion, État,Révolution*, *op. cit*., pp. 69 y 75.
71. Burnett Bolloten: *La Révolution espagnole...*, *op. cit.*, p. 240 (en castellano, p. 311).
72. Groupe Noir et Rouge: *Autogestion, État, Révolution*, *op. cit*., p. 73.
73. Jean Barrot (Gilles Dauvé) (ed.): *«Bilan». Contre-révolution en Espagne. 1936-1939,* 10/18, 1979, pp. 40-41. En su introducción, Jean Barrot precisa que los proletarios revolucionarios «no dejan de luchar, pero no llegan a dirigir, a concentrar sus golpes contra el enemigo. Es en ese sentido que no hay "partido" revolucionario en España».

su notable escrito las potencialidades revolucionarias de la situación. Analizó el aislamiento de las colectividades como un problema esencialmente político: «Las colectividades tenían defectos. El primero de ellos, fuente de los demás, consistía en no ser más que eso, colectividades».[74] Fue cierto solo en parte. Ciertos sectores de la CNT eran portadores de un proyecto de reorganización del conjunto de la economía: «Hubiera habido un consejo industrial y a nivel de las colectividades agrarias un consejo agrario, y ambos consejos hubieran administrado el país».[75] Sin embargo, optar a favor de la participación en el Gobierno congeló esos proyectos, que quedaron sujetos a las urgencias tácticas de la defensa de la República.

La desigualdad entre las colectividades, la imposibilidad de procurarse las materias primas y de intercambiar su producción, añadido al hecho de que el sistema financiero quedó en manos de la burguesía, formaron parte de unas dificultades que no superó el movimiento social y que no abordaron, o lo hicieron muy poco, los sindicatos de la CNT, en la medida en que eran presos de su colaboración con el Estado republicano.

En el caso de la Revolución española, se ha podido decir:

La influencia de los obreros en la vida económica no va más allá de la influencia que tienen sus sindicatos; y que las medidas sindicales no hayan logrado amenazar seriamente la propiedad privada ilustra bien los límites de dicha influencia.[76]

A la larga, las nacionalizaciones absorbieron las colectividades. Fue una nueva táctica de la contrarrevolución:

La nacionalización se reveló un arma reaccionaria de expropiación de los productores, y el control obrero de la

74. G. Munis: *Leçons d'une défaite, promesse de victoire*, *op. cit*., p. 344 (en castellano, p. 356).
75. Groupe Noir et Rouge: *Autogestion, État, Révolution*, *op. cit*., p. 73.
76. Helmut Wagner: «L'anarchisme et la révolution espagnole», *op. cit.*, p. 226.

producción algo susceptible de ser empleado en el mismo sentido, paralelamente a la nacionalización y gracias al oportunismo de las direcciones sindicales.[77]

Cuarenta años más tarde, las corrientes del socialismo autoritario aplicaron la misma táctica y con el mismo éxito en el oeste de la península, durante la Revolución portuguesa de 1974.

Pese a sus carencias y sus límites, pese a su derrota frente a las nacionalizaciones, las colectividades representaron una alternativa a la economía estatalizada y sus principios; organizaron la producción y la cooperación en el seno de asambleas de delegados al margen de la dirección de los partidos y de los sindicatos.

Gaston Leval, que lamentó la falta «de previsión de la sociedad posrevolucionaria» y la escasa preparación económica y técnica por parte de las fuerzas anarquistas, reconoció el factor revolucionario determinante: «La imaginación creadora era estimulada por el espíritu, el alma de los militantes, y estimulaba la inteligencia».[78] Karl Korsch, ideológicamente opuesto al teórico anarquista, también consideró esencial la obra constructiva de las colectividades. Estas llevaban el sello del movimiento espontáneo y autónomo de los trabajadores en una situación transitoria, que Korsch analizaba no como un doble poder, sino más bien «como un eclipse momentáneo del poder de Estado».[79]

Por primera vez desde las experiencias de socialización llevadas a cabo durante el periodo de la posguerra en la Rusia soviética, en Hungría y en Alemania, la lucha de los obreros españoles contra el capitalismo propició otra manera de pasar de los métodos capitalistas a los métodos comunales de producción y, aunque inacabada, ha tomado una impresionante variedad de formas.[80]

77. G. Munis: *Leçons d'une défaite, promesse de victoire*, *op. cit.*, p. 349 (en castellano, p. 361).
78. Gaston Leval: *Espagne libertaire, op. cit.*, pp. 397-398.
79. Karl Korsch: «Economics and Politics in Revolutionary Spain», *op. cit.*
80. Karl Korsch: «Collectivisations in Spain», *Living Marxism*, n.º 6, abril de 1939.

En particular, y siempre en opinión de Korsch, la acción directa de los trabajadores españoles aportó «profundas transformaciones en materia de gestión de la producción y de los salarios».[81] Por su parte, su camarada Paul Mattick apuntaba a los límites intrínsecos de las colectividades, como por ejemplo,

…que la producción y la distribución con medios institucionales (gestión sindical o comunal) fueran solo una apariencia cuando seguían basándose en realidad en el intercambio capitalista sobre una base monetaria.[82]

No obstante, insistía en la relación particular que existía entre el nuevo modelo espontáneo de emancipación y la naturaleza particular de las organizaciones anarquistas:

En el origen de todo cuanto ha sido realmente revolucionario [...] está la acción directa de los obreros y de los campesinos pobres, y no una forma de organización obrera específica o unos dirigentes verdaderamente impecables. Sin embargo, hay que reconocer que la gran libertad que imperaba en el seno de los sindicatos anarquistas menos centralizados permitió a los obreros anarcosindicalistas tener mayores facultades de iniciativa. [...] Desde los años veinte del siglo XX, en ninguna parte la realización de ese modelo «espontáneo» ha ido tan lejos, en los hechos, como en esa Cataluña de 1936-1937.[83]

Gaston Leval zanjó:

La propia palabra colectividad *surgió espontáneamente, y se extendió en todas las regiones de España*

Publicado de nuevo en Karl Korsch*: Marxisme et contre-révolution*, *op. cit.*, p. 246 (en castellano: «La colectivización en España», en *¿Qué es la socialización?*, *op. cit.*, p. 170).
81. *Ibid.*, p. 248.
82. Paul Mattick: «The Concentration Camp Grows», *Living Marxism,* n.º 6, citado en Karl Korsch*: Marxisme et contre-révolution*, *op. cit.*, p. 251.
83. *Ibid.*, p. 250.

donde hubo revolución agraria. Y la palabra colectivista *se adoptó con la misma rapidez, y se extendió con la misma facilidad.*[84]

Modelo o nuevo organismo, la *colectividad* superó a «los tres instrumentos de reconstrucción social previstos por los libertarios»: los sindicatos, las cooperativas y la comuna, cuyo «papel pasaba a ser secundario». La colectividad tenía sus propias características, era una organización unitaria, igualitaria y solidaria, que concebía al ser humano no solo como productor.[85] Ese movimiento, es cierto, no llegó «hasta sus últimas consecuencias». Pero las colectividades, sus realizaciones, sus dificultades y sus potencialidades se inscribieron, por su naturaleza y contenido, en el hilo histórico de la democracia directa y de la autoorganización. Fueron la forma específica que adoptó el movimiento del socialismo salvaje durante ese inmenso impulso de emancipación social.

84. Gaston Leval: *Espagne libertaire, op. cit.*, pp. 385-386.
85. *Ibid.*, p. 387.

LO EXTRAÑO Y LO NOVEDOSO DEL MES DE MAYO DE 1968

De la calle a la sociedad

A principios de mayo de 1968, la agitación en algunas universidades francesas desembocó en una serie de manifestaciones brutalmente reprimidas por la policía que terminaron en una noche de disturbios.[1] La contestación desbordó muy pronto el ámbito de la universidad y se extendió al conjunto de la sociedad. En París, los enfrentamientos callejeros con la policía provocaron centenares de heridos y numerosas detenciones. La crítica de la rigidez de la institución universitaria y del autoritarismo del régimen de de Gaulle, así como la de los proyectos de adaptación de la condición estudiantil a las nuevas necesidades del capitalismo, se convirtieron en un cuestionamiento de los propios fundamentos del sistema, dando paso a una crisis política de mayor magnitud.

El 14 de mayo, la fábrica de Sud-Aviation de Nantes fue ocupada por los trabajadores y la dirección fue secuestrada; al

1. Para una cronología de la agitación en la Universidad de Nanterre, de donde surgió inicialmente el movimiento estudiantil, véase Jean-Pierre Duteuil: *Nanterre 1965-1968. Vers le mouvement du 22 mars*, Acratie, La Bussière, 1988.

día siguiente, la fábrica de Renault Cléon también fue ocupada. Las huelgas se multiplicaron y se propagaron, los transportes y demás servicios públicos fueron paralizados. En pocos días, millones de trabajadores, empleados, funcionarios y técnicos se unieron a la huelga y ocuparon sus empresas. El movimiento espontáneo, que estalló sin una sola consigna de las direcciones sindicales, sin reivindicaciones precisas, extrajo fuerza y dinamismo del malestar social, sorprendiendo por su magnitud.[2] Si bien los especialistas oficiales consideraban que la sociedad francesa era un cuerpo pacificado y amorfo, súbitamente todas estas certezas se hicieron añicos. Casi todo el mundo admitía que la expansión continua del capitalismo de posguerra y la mejora de los salarios habían amarrado a la gran masa de trabajadores a la sociedad de consumo, perdiendo estos su espíritu combativo. Pero de eso nada. Un nuevo e imprevisto impulso colectivo rompió esa aparente estabilidad. De repente todo resultó posible, emergió el deseo impreciso pero estimulante de cambiar algo esencial en el sistema y en la vida. Las jornadas de agitaciones y de enfrentamientos callejeros se sucedieron, los debates y las intensas discusiones apuntaron a la sociedad en su conjunto, impregnaron la vida cotidiana de todos:

> *Ahora se puede hablar de todo con cualquiera [...] empezamos a reflexionar en común, sobre la marcha, sobre nuestra condición, sobre los problemas de la vida real. Todo eso lo hacemos no en contra sino fuera de las viejas organizaciones.*[3]

Por tanto, antes siquiera que emergieran nuevas formas de organización, salió a la luz una suerte de consciencia hasta entonces ignorada. Las organizaciones políticas y sindicales de la

2. Un ejemplo entre tantos otros: la huelga ya era casi total en la SNFC (la compañía pública ferroviaria) cuando, el 17 de mayo, las direcciones sindicales se reunieron sin atreverse siquiera a lanzar un llamamiento a la huelga.
3. *La Grève généralisée en France. Mai-juin 68*, texto publicado en común por Noir et Rouge, *Cahiers d'études anarchistes-communistes* e Informations et Correspondance Ouvrières (1968), Spartacus, París, 2007, p. 4.

izquierda, que vivían de la atonía y del carácter efímero de las luchas reivindicativas, no se percataron de nada y no jugaron papel alguno en el estallido del movimiento. Pero se recompusieron muy pronto y volcaron toda su experiencia, su pericia y sus potentes medios al servicio de dos objetivos: por una parte, volver a tomar el control del movimiento dándole un contenido reivindicativo razonable —por tanto negociable—, y por otra, canalizar su dimensión política hacia el terreno electoral. Tenían que impedir, ante todo, que la pérdida repentina del poder de representación permanente de esas organizaciones pudiera propiciar el surgimiento y el desarrollo de órganos de representación directa correspondientes con ese nuevo paso adelante de la conciencia social. Tal y como lo recordó un observador y actor del movimiento en una importante fábrica de la región parisina, la rutina debía seguir imperando, pues era necesario que «los mismos dirigieran el juego y los demás respetaran las reglas».[4]

El 27 de mayo, una semana después del inicio de las huelgas, el protocolo de acuerdo firmado entre los sindicatos, la patronal y el Gobierno en cuanto a la subida de los salarios, la reducción de las horas de trabajo, la reducción de la edad de jubilación y las libertades sindicales en las empresas fue rechazado en las asambleas generales de las grandes fábricas de Renault (en Billancourt y en Flins), una decisión que generó inmediatamente un voto similar en otras empresas. Esa llamada de atención confirmó la fuerza del movimiento de protesta y mostró la fragilidad del consenso.

El 3 de junio de 1968 la sociedad francesa estaba inmovilizada. Una huelga casi general de diez millones de trabajadores

4. Ngô Văn: «Impressions de mai» (diciembre de 1968), en *Au pays d'Héloïse*, L'Insomniaque, Montreuil, 2005, p. 71. Ngô Văn (1913-2005) fue comunista de oposición en Vietnam de 1932 a 1945. Habiendo escapado a la represión colonial francesa y luego a los comunistas estalinistas de Hô Chi Minh, se instaló en Francia donde trabajo en la fábrica hasta 1978. En 1968, Ngô Văn era técnico en Jeumont-Schneider, en Saint-Denis, en el extrarradio norte de París, cuando la fábrica fue ocupada bajo la dirección de un comité de huelga formado por sindicalistas y obreros *desorganizados*.

estaba paralizando la economía desde hacía varias semanas, incluyendo la ocupación de una cantidad importante de grandes empresas, servicios, universidades y servicios públicos. La dura represión policiaca del régimen gaullista, primero contra los estudiantes, luego contra el conjunto de los manifestantes, para volver a la normalidad capitalista, resultó insuficiente e incluso produjo el efecto contrario.[5] Solo el esfuerzo de los aparatos sindicales por hacerse con el control de las huelgas consiguió normalizar un poco la situación logrando, aquí y allá, un tímido regreso al trabajo.

La visión de los jefes comunistas

La dirección de la CGT analizó la situación a su forma y manera. En aquel entonces, la central estaba totalmente dominada por el PCF, que seguía siendo la fuerza homogénea de la izquierda francesa, a pesar de las grietas ideológicas provocadas por la desestalinización y sobre todo por las grandes revueltas obreras en los países del Este, en particular la Revolución húngara de 1956.[6] Para los jefes comunistas franceses, el movimiento no era de tipo revolucionario. Si bien las huelgas expresaban una voluntad de cambio, eran principalmente reivindicativas. Según ellos, los estudiantes estaban siendo manipulados y los «izquierdistas», además de estar infiltrados, estaban siendo financiados por agentes de la burguesía y del poder, «teledirigidos por el Gobierno».[7] Este apostaba por el desorden para aparecer después como el garante del orden:

> *Un prolongado periodo de desórdenes y de parálisis de la economía nacional resultaba útil para que el poder pudiera dramatizar la situación y dar a su intervención un mayor alcance.*[8]

Por ello, siempre según ellos, el poder habría utilizado a los «provocadores» izquierdistas para intentar alargar las huelgas: «La continuación de las huelgas también formaba parte del plan gaullista».[9] El Partido Comunista y la dirección de la CGT retomaban el cuadro de análisis de la socialdemocracia de antaño. Con un enfoque similar al del SPD durante la Revolución alemana, la radicalización de una minoría de trabajadores era considerada como una muestra de inmadurez política, midiéndose la madurez por el grado de seguidismo respecto a la línea política del partido, en este caso el PCF. Los jóvenes obreros podían «caer en la trampa de la provocación y de la aventura debido a su inexperiencia».[10] Del mismo modo, el interés que suscitaba para una determinada prensa el renacer del espíritu anarquista, podía explicarse por el hecho de que «la burguesía monopolista veía en ello un factor de división y de

5. En las manifestaciones hubo centenares de heridos. Oficialmente las fuerzas del orden mataron a dos personas: el 7 de junio un joven murió delante de Renault Flins, y cuatro días después, un policía mató a un obrero de Peugeot Montbéliard.
6. Sobre la Revolución húngara de 1956, la formación de consejos obreros y sus aspectos sociales emancipadores, véase Andy Anderson: *Hongrie 1956. La commune de Budapest. Les conseils ouvriers*, Spartacus, París, 1976. En cuanto a las posiciones de la izquierda occidental de origen estalinista, véase el número especial de *Temps modernes*, noviembre-diciembre de 1956-enero de 1957.
7. Jacques Duclos: *Anarchistes d'hier et d'aujourd'hui. Comment le gauchisme fait le jeu de la réaction*, Éditions sociales, 1968, p. 23 (en castellano: *Anarquistas de ayer y de hoy*, trad. Alberto Sánchez Mascuñán, Rufino Torres, Barcelona, 1976. No se ha podido acceder a la edición en castellano para poder señalar el número de página).
8. *Ibid.*, pp. 24-25. Durante ese periodo, un torrente de inanidades fue vertido sobre el movimiento estudiantil y los grupos situados a la izquierda del PCF. Un grupo radical como el Mouvement du 22 mars fue directamente apuntado por la campaña de calumnias del PCF; fue acusado de estar pagado por la burguesía, de estar infiltrado por la policía y de obtener financiación de orígenes sospechosos. En el texto citado antes, Jacques Duclos se atrevió a hacer una comparación con la Banda Bonnot: «Partiendo de la teoría de la subversión generalizada, acabó idealizando los robos», *ibid.*, p. 10.
9. *Ibid.*, p. 26.
10. *Ibid.*, p. 28.

debilitamiento del movimiento obrero»,[11] es decir, el debilitamiento del movimiento dirigido por el partido y su sindicato. En Mayo del 68, el control de la mayoría de las empresas ocupadas por cuadros y militantes sindicales disciplinados y respetuosos con la línea oficial respondió a la voluntad de aislar a los estudiantes contestatarios y a los trabajadores rebeldes de la masa de los huelguistas. No había que escatimar esfuerzos en proteger a los trabajadores de los «provocadores» y evitar así la aventura extremista. La CGT hizo todo cuanto pudo para prohibir que los obreros se juntaran con los estudiantes, manteniéndolos aislados en las empresas.[12] Y los «sabios» del comunismo de partido no podían entender de manera alguna el espíritu de protesta del movimiento, su afán de cuestionar los valores de la sociedad, ya que para ellos cualquier acción social ha de ser realista y legalista, centrada en las cuestiones cuantitativas. Así, un jefazo comunista precisó:

> *Las profundas reformas que nuestro país necesita son las nacionalizaciones [...] de aquellos sectores de la economía que están en manos de los grandes capitalistas. Unas reformas que deberían desarrollar la democracia y abrir la vía al socialismo, un socialismo conforme a nuestras tradiciones, a nuestra experiencia, a nuestros métodos políticos franceses.*[13]

No obstante, el PCF jugó un papel determinante. Acusado por el poder gaullista de aspirar a la toma del poder aprovechándose de la agitación, denunciado por los sectores revolucionarios como saboteador del movimiento, sorprendido y superado por la dinámica de la protesta, mantuvo la capacidad de seguir pegado a los acontecimientos. Pese al divorcio entre la dirección y los elementos más combativos de la base sindical y política, pese a los progresos más radicales de los trabajadores

11. *Ibid.*, p. 19.
12. Ngô Văn: *Au pays d'Héloïse*, *op. cit.*, p. 69.
13. Laurent Salini, *L'Humanité-Dimanche*, 2 de junio de 1968, citado en *La Grève généralisée...*, *op. cit.*

en huelga en las cuestiones del control de las empresas y de las organizaciones de lucha, el PCF siguió siendo una pieza esencial del juego político. Con intereses diferentes y con sus propios medios, el poder gaullista y el Partido Comunista coincidieron en un mismo objetivo: el respeto del marco institucional del sistema. Como dijeron explícitamente algunos defensores convencidos del orden capitalista, durante esas semanas dramáticas para el poder se evitó lo peor gracias a una complicidad objetiva entre ambas fuerzas políticas.

La química de Mayo del 68

Durante las manifestaciones, los enfrentamientos y la agitación en los espacios públicos, se crearon lazos informales entre los estudiantes y los jóvenes obreros rebeldes. Esos lazos fueron el vínculo con el espíritu de insumisión y jugaron un papel determinante en el estallido de las huelgas y en las primeras ocupaciones. No obstante, al principio nada hacía prever que esto fuera a ocurrir.

Para el historiador Eric Hobsbawm: «Paradójicamente, la poca importancia del movimiento estudiantil hizo que se convirtiera en uno de los detonadores más eficaces de la movilización de los trabajadores».[14] Esta afirmación es cuestionable, ya que no tiene en cuenta uno de los aspectos particularmente subversivos y contagiosos de la protesta estudiantil, como fue precisamente la repercusión de algunos de sus contenidos en el mundo del trabajo. Como ejemplo podemos referirnos al texto de algunos estudiantes de Nanterre, titulado «Por qué sociólogos», escrito en marzo de 1968 como reacción a las movilizaciones sindicales contra la precarización de la condición estudiantil, y que tuvo una importante repercusión en los

14. Eric Hobsbawm: «Mai 68», *New York Review of Books*, 1969, publicdo de nuevo en *Rébellions. La résistance des gens ordinaires*, Aden, Bruselas, 2010, pp. 375-391.

acontecimientos. El texto criticaba la ideología consensual del saber en tanto que poder, o, para ser más precisos, la función práctica del saber en las ciencias sociales.[15] Esas cuestiones se hacían eco del malestar de los jóvenes trabajadores deseosos de ser realmente los dueños de sus vidas en rebeldía contra la autoridad. Esos trabajadores

> *… ya no tuvieron tantas ganas de seguir ciegamente las consignas sindicales, como así lo seguían haciendo los trabajadores de más edad, y a menudo se juntaron con los estudiantes en sus enfrentamientos callejeros y en sus deseos de autodeterminación, de responsabilidad individual.*[16]

El *saber* de los dirigentes políticos y sindicales *experimentados* ya no estaba a la altura del hartazgo no negociable que se expresaba en la consigna que de cuando en cuando aparecía colgada en la entrada de las empresas en huelga: «¡Estamos hartos!».[17] Entre una minoría de jóvenes obreros se manifestaba

> *… un sentimiento confuso de la necesidad de un cambio profundo del modo de vida, lo que implica un cambio profundo del conjunto de las estructuras de la sociedad. Aquellos que bajan al barrio latino durante las noches de barricadas, piensan que los candados del Viejo Mundo se están entreabriendo y que ya es hora de hacerlos saltar.*[18]

La química particular de Mayo del 68 residió en el éxito de esas transmisiones informales, confusas, imperceptibles, en el hecho de que el espíritu de protesta antijerárquico pronto

15. Jean-Pierre Duteuil: *Nanterre 1965-1968…*, *op. cit.* También, *De la misère en milieu étudiant considérée sous ses aspects économique, politique, psychologique, sexuel et notamment intellectuel et de quelques moyens pour y remédier*, por algunos miembros de la Internacional Situacionista, Estrasburgo, 1966 (en castellano: *De la miseria en el medio estudiantil*, trad. Luis Sanromán, Pepitas de Calabaza, Logroño, 2018).
16. *La Grève généralisée…*, *op. cit.*, p. 9.
17. *Ibid.*, p. 17.
18. Ngô Văn: *Au pays d'Héloïse*, *op. cit*, p. 72.

penetró en los lugares de trabajo y se impuso en ellos como referente, y unificó el movimiento estudiantil y las huelgas. Esa superación del clásico ámbito corporativista reivindicativo gestionado por las organizaciones sindicales, fue una primera muestra de la autonomía del movimiento.

Hablando de eso, Claude Lefort escribía:

> *Se ha dicho y repetido que la revuelta estudiantil había servido de detonante. Es una forma de eludir su contenido, de deshacerse de lo que nos aparece como lo más extraño y lo más novedoso de la situación, una forma de restablecer el esquema clásico de la lucha de clases, de dejarse llevar por las peripecias de la partida que se juega entre los sindicatos y la patronal o el Estado.*[19]

En efecto, esa forma de suprimir los novedosos contenidos subversivos de la protesta estudiantil equivalía a negar que esta última hubiera despertado el deseo de enfrentarse al poder de Estado. El rechazo del orden social se afirmó, al mismo tiempo, en la revuelta estudiantil y en el movimiento de huelgas. No dependieron la una de la otra y, en ese sentido, una no hizo que la otra arrancara. Hubo convergencia de dos protestas creadas por un mismo malestar social. Y si la huelga que se generalizó resultó ser un hecho de gran importancia, es precisamente porque inicialmente fue una huelga salvaje que, para empezar, no dependió de los sindicatos, porque integró «lo extraño y lo novedoso de la situación». Una vez más, «cuando los trabajadores irrumpen en la escena política, toman una iniciativa cuyo alcance excede ampliamente el ámbito reivindicativo limitado de los sindicatos».[20]

19. Claude Lefort: «Le désordre nouveau», en Cornelius Castoriadis, Claude Lefort y Edgard Morin: *Mai 68. La Brèche*, Fayard, París, 1968, reeditado por Complexe, 1988, p. 39 (en castellano: *Mayo del 68: la brecha*, Nueva Visión, Buenos Aires, 2009. No hemos podido acceder a esta edición, por lo que no podemos citar paginación). Cornelius Castoriadis (1922-1997) y Claude Lefort (1924-2010) dirigieron, con otros, la revista *Socialisme ou Barbarie* (1949-1967) antes de seguir cada uno con sus trayectorias respectivas.
20. *Ibid.*, p. 40.

Eric Hobsbawn aborda la cuestión de otro modo:

> *La propia profundidad de la crítica de la sociedad expresada o formulada por el movimiento popular impidió que este tuviera unos objetivos específicos. [...] A largo plazo no reduce su importancia o su influencia histórica. A corto plazo, resultó fatal.*[21]

Ahora bien, el corto plazo siempre corresponde al momento de las reivindicaciones concretas, mientras que el contenido subversivo desemboca en otro momento. Lo que resultó fatal fue la victoria en el corto plazo y no la falta de objetivos específicos. A la inversa, fue justamente el alcance del largo plazo lo que superó el ámbito de la reivindicación clásica y permitió el surgimiento de las tendencias favorables a la autoorganización. La interpretación de Mayo del 68 a la que nos vinculamos está interesada por ese desbordamiento de lo reivindicativo, esa superación del ámbito sindical integrado de la lucha de clases; busca los puntos de ruptura, de fractura, que se producen dentro de las dos concepciones del movimiento socialista. Por un lado, la concepción representada por los partidos y sindicatos de la corriente autoritaria del socialismo —cuyas fuerzas mayoritarias eran entonces en Francia el PCF y la CGT— que se reclama del *saber revolucionario*, reivindica una democracia representativa y el principio del reformismo. Frente a esas fuerzas, se alzó un movimiento espontáneo de base que defendió los principios de la acción y de la democracia directas, y reivindicó una verdadera soberanía de los de abajo: trabajadores y estudiantes en lucha. Esos principios fueron llevados a cabo de una forma más o menos completa en los órganos recién nacidos del movimiento, las asambleas, los comités de base en las empresas en huelga y en las empresas ocupadas, los comités de acción obrero-estudiantiles. Esa corriente antirreformista de ruptura era portadora de unos elementos que se vinculan a

21. Eric Hobsbawm: «Mai 68», *op. cit.*, p. 387.

las ideas y prácticas del socialismo salvaje que había surgido, a un nivel embrionario, durante las revoluciones de principios del siglo XX.

El PCF y la CGT pensaban que las nuevas formas de autoorganización eran la expresión de una falta de madurez política, pues no las podían controlar. Era impensable, para ellos, que los trabajadores *inexpertos* vivieran su propia experiencia, crearan y desarrollaran sus organizaciones autónomas para ejercer su poder sin mediaciones. ¿Acaso no les bastaba el saber del partido, la «ciencia marxista-leninista»?

Tal y como había sucedido en las experiencias del pasado, la forma que tomaron los principios de democracia directa estuvo relacionada con el contenido del movimiento. La lucha a favor del autogobierno y la soberanía real de los trabajadores siempre fue indisociable de la voluntad de reorganizar la sociedad, ya que es una herramienta práctica indispensable para alcanzar ese objetivo. En Mayo del 68, también fue ese deseo de cambiar la vida, y por ende la organización de la sociedad, el que exigió la creación de organizaciones de otro tipo.

El realismo del principio de autoridad y el enemigo interior

Superados inicialmente por la espontaneidad del movimiento, los sindicatos reaccionaron con vehemencia frente a todas las iniciativas autónomas obstaculizándolas y aislando a la masa de trabajadores de los estudiantes contestatarios, y luego de los proletarios más combativos.[22] Estos se apoyaban en la revuelta estudiantil: «Cuando vamos a las fábricas, que discutamos —el simple hecho de que los obreros acepten hablar con

22. Sobre esos desbordamientos, el papel de los jóvenes obreros en las huelgas y la creación de los comités de acción, véase Jacques Baynac: *Mai retrouvé*, Robert Laffont, París, 1978. También se puede consultar *La Grève généralisée...*, *op. cit.*

nosotros—, ya es como una manera de distinguirse.»[23] En unas pocas empresas, las relaciones entre los trabajadores y los estudiantes impidieron que los aparatos sindicales pudieran controlar la huelga sin problemas. Pero, por lo general, los sindicatos lograron evitar que los huelguistas de una empresa contactaran con los huelguistas de otra, incluso si se trataba de fábricas de una misma empresa, como por ejemplo en el sector del automóvil. El grado de actividad autónoma de los trabajadores también influyó claramente en el carácter de los comités de huelga, los cuales, en general, fueron una creación de los sindicatos, y sobre todo en los piquetes de huelga en cuyo seno existía una mayor autonomía de los trabajadores asalariados. Algunos comités de huelga dependieron más de las asambleas generales en las que también se expresaban los trabajadores no pertenecientes a un sindicato, a los que llamaban a menudo «los desorganizados». Una reflexión del Movimiento del 22 de marzo abundó en ese sentido:

> *Mientras no se lleve a cabo colectivamente una ruptura, una fractura en la institución burguesa, en la* CGT *y el partido, mientras los obreros no se hagan cargo de ello en el seno de las empresas, nada se podrá cambiar; siempre será recuperado por el aparato; pero si esa ruptura tiene lugar, no puede sino hacerse conjuntamente, con la creación de ese* meeting *permanente. [...] Y esa creación le corresponde a los consejos obreros.*[24]

Durante el movimiento de Mayo del 68, los comités de huelga estuvieron muy presentes en la ciudad de Nantes, hasta el punto de convertirse en embriones de un poder paralelo, o al menos complementario, al de la administración local.[25] Si bien

23. *Mouvement du 22 mars: Ce n'est qu'un début continuons le combat*, Maspero, col. Cahiers Libres, París, 1968, p. 99.
24. *Ibid.*, pp. 99-101.
25. Sobre la huelga en Nantes en 1968, véanse: *La Grève généralisée...*, *op. cit.*, pp. 22 y 24; *Cahiers de Mai*, junio de 1968; Mouvement du 22 mars: *Ce n'est qu'un début continuons le combat*, *op. cit.*, pp. 94-95 y 110-111.

ese poder se basaba en una intensa actividad de los estudiantes, de los trabajadores de la ciudad y de los campesinos, no se libró nunca de los dirigentes sindicales[26] que controlaron el comité intersindical de huelga. Este se instaló en el ayuntamiento y se encargó de las cuestiones de abastecimiento, del control de las carreteras, del enlace con las organizaciones campesinas, de la distribución de los productos alimenticios y de la gasolina. Muy pronto empezó a ser conflictiva la relación entre el comité intersindical y los comités de barrio. Estos resultaron

> *... mucho más eficaces para la organización del abastecimiento y su acción [sería] mucho más intensa que la de los sindicatos. Partiendo de la creación de un mercado de producción directa, [iban] a convertirse en células de politización de los barrios obreros.*[27]

Pero, finalmente, el viejo principio de gobierno fue restaurado y el comité intersindical se impuso a los comités de barrio. Paulatinamente, los estudiantes y los trabajadores y campesinos pobres dirigieron sus reivindicaciones al Ayuntamiento (sede del comité intersindical) como antes las dirigían al alcalde y a las autoridades locales:

> *Aquí se ve claramente cómo, vista la carencia de las antiguas autoridades (prefectura, municipalidad), y también con su apoyo activo, los sindicatos unidos utilizan sus organizaciones respectivas [...] para poner en marcha una nueva estructura de autoridad. [...] Atrapado entre esa «base» y el viejo aparato administrativo (y policiaco), el comité intersindical se vio obligado a dar unos miserables rodeos hasta el día del «regreso a la normalidad».*[28]

26. En Nantes, el sindicato FO, que jugó un papel importante en el comité de huelga, estaba dominado por militantes trotskistas y anarquistas.
27. *Cahiers de Mai*, 15 de junio de 1968.
28. *La Grève généralisée...*, *op. cit.*, p. 23.

Allí donde los trabajadores y empleados fueron conquistados por el espíritu contestatario del movimiento, el poder sindical los aisló por empresas y los obligó a callarse.[29] La formación de comités de acción en los barrios y en algunas empresas, de comités obrero-estudiantiles, de comités de enlace entre las empresas, correspondió mucho más a ese estado de espíritu que empezaba a superar las formas clásicas de partido y sindicato.[30] Esos intentos de autoorganización se toparon con dos tipos de obstáculos. Había que superar los principios dirigistas incrustados en la sociedad francesa a lo largo de muchos años de prácticas leninistas y estalinistas. Por tanto, los grupos de extrema izquierda solían identificar a los trabajadores con los aparatos sindicales y muchos militantes actuaban abiertamente en las organizaciones de base como emisarios de grupos que pretendían dirigir a la clase obrera. Igual de inoportuna era la experiencia negativa de muchos trabajadores respecto al funcionamiento burocrático de las organizaciones autoritarias. Eso creaba un miedo a cualquier forma de organización, percibida «[como] burocrática por naturaleza», y desembocaba en el fetichismo de las asambleas y en una parálisis espontaneísta que, al fin y al cabo, propiciaba su posible manipulación por núcleos de activistas. La organización consistía en

> *… una asamblea general cotidiana, en la que se perdía el tiempo en palabrerías sin pies ni cabeza, susceptibles de hartar al asistente más indulgente. Imposible, en semejantes condiciones, concretar decisiones colectivas: votar cualquier propuesta concreta.*[31]

29. El panorama sindical de la época estaba dominado por una potente CGT totalmente sometida a un PCF estalinista. FO era una central muy marcada todavía por el espíritu de la guerra fría y la ideología anticomunista, a pesar de la presencia en su seno de militantes trostkistas y anarquistas a nivel local. La CFDT apenas se desprendía de sus orígenes cristianos, reivindicaba una cierta apertura táctica y aceptó en algunos lugares la entrada de militantes obreros contestatarios de acuerdo con el espíritu del movimiento.
30. Jacques Baynac: *Mai retrouvé*, *op. cit*.
31. «Le Comité de liaison inter-entreprises, bilan d'une expérience», texto del GLAT

Ahora bien, esta conclusión no se detiene lo suficiente en la necesidad de apoderarse de nuevo de la palabra y en la desconfianza respecto de las manipulaciones políticas.

La autoorganización frente a los sindicatos, dos ejemplos

La creación de unas estructuras de enlace directo entre trabajadores y estudiantes, que actúen al margen de las empresas y hacia su interior, pareció responder de una forma más adecuada para enfrentar tanto los límites como las necesidades del momento. La experiencia del Comité Interempresas de París-Censier es un valioso ejemplo de ello:

> *Reuniéndose cada día para hacer el balance de la situación y decidir democráticamente las acciones que tenían que llevarse a cabo, el comité inició una propaganda […] que cuando menos tenía el mérito de ser clara. Sus octavillas, repartidas a miles en las calles de París y a las puertas de las fábricas, denunciaban el mecanismo burocrático que sofocaba la huelga y llamaban a que los trabajadores se organizaran en la base, siguiendo el ejemplo de la fábrica Rhône-Poulenc de Vitry. Hasta el final, los militantes de Inter-entreprises intentaron oponerse al cese de la huelga o impulsar su reanudación tanto en sus empresas respectivas como apoyándose entre fábricas.*[32]

El 6 de junio, en el marco del comité interempresas, los huelguistas de varias empresas de la región parisina distribuyeron una octavilla: «Defendamos nuestra huelga». Tras recordar las

(1964-1978), activo en la Universidad de Censier durante el movimiento de Mayo del 68. Algunos textos de este grupo pueden leerse en la página web de Smolny: bit.ly/2R08TuS.
32. *Ibid.*

reivindicaciones esenciales del movimiento (reconocimiento de las libertades en la empresa, escala móvil de los salarios y pago íntegro de los días de huelga, garantía del empleo y semana de cuarenta horas sin reducción del salario) y las difusas promesas del Gobierno, el texto defendía que para fortalecer el movimiento y para que siguiera adelante, era necesaria su extensión:

> *Muchos de nuestros camaradas se ponen en mano de una minoría para participar activamente en su desarrollo [de la huelga].*

Sin embargo, esa delegación era una fuente de desaliento, de aislamiento, de manipulación y de división. Para hacerle frente, hacía falta

> *…la participación masiva en la huelga de todos los trabajadores que hasta ahora se han quedado fuera de las empresas ocupadas. […] Con ese espíritu, resulta esencial reforzar a partir de ahora la organización de la huelga a partir de la base. La experiencia actual muestra que allí donde […] las organizaciones sindicales han tomado la iniciativa de organizar a los huelguistas en asambleas de base […] que discuten y deciden, y transmiten sus decisiones a un comité de huelga elegido y mandatado por sector, la participación activa en la huelga es particularmente importante. […] Además, hay que romper a toda costa el aislamiento de las empresas en huelga, tienen que establecer entre ellas todos los contactos que puedan.*[33]

Tres días más tarde, otro texto del comité volvió a abordar el tema de las numerosas maniobras de las direcciones sindicales para que los huelguistas regresaran al trabajo, precisamente en un momento en el que se llevaban a cabo nuevas acciones de

33. Octavilla del 2 de junio de 1968 firmada por huelguistas, sindicados y no sindicados, de varias empresas de la región parisina y difundida por los comités de acción estudiantes-trabajadores de Censier, París.

ocupación. El texto fomentaba la creación, en las grandes empresas, de comités de base que expresaran la voluntad de los trabajadores, rechazando la firma de acuerdos separados, y se llamaba a la multiplicación de los contactos directos entre trabajadores.

> *Los comités de base deben federarse entre sí, a nivel de la fábrica y de la región parisina, buscando al mismo tiempo […] el contacto con la provincia. A través de ese tipo de red de comités, los trabajadores podrían hacerse oír y organizarse para que sus exigencias lleguen a buen puerto.*[34]

Finalmente, oliéndose el desenlace electoralista, el comité avisaba: «¡No liquidemos la huelga por una papeleta electoral!». En efecto, el 16 de junio la Sorbona fue evacuada y, dos días más tarde, más de cien mil trabajadores de la metalurgia regresaron al trabajo, principalmente en el sector del automóvil. El 23 y el 30 de junio las elecciones legislativas dieron la mayoría a la derecha, y entonces se consideró que el movimiento de Mayo ya había acabado.

La huelga en la gran fábrica Rhône-Poulenc de Vitry, en las afueras del sur de París, ha sido citada muy a menudo como otro ejemplo de autoorganización.[35] Los trabajadores se organizaron en comités de base y eligieron a sus delegados. En un texto dirigido a la dirección, el comité central de huelga de la fábrica ocupada exponía la situación: «Gente a la que [su empresa] siempre le había negado la palabra la han tomado. Han aprendido a hablar y eso es irreversible».[36] Inicialmente, la CGT, sindicato mayoritario, apoyó la idea de los comités de base,

34. «Tout est encore possible», llamamiento del Comité de Acción Trabajadores-Estudiantes, Censier, junio de 1968.

35. En una plantilla de 3500 trabajadores, alrededor de la mitad participó en la ocupación. Sobre la huelga de Rhône-Poulenc Vitry, véase: Groupe Lutte de Classe Rhône-Poulenc: *Des comités de base au pouvoir*; y *Cahiers de Mai*, n.º 2, julio de 1968.

36. Groupe Lutte de Classe Rhône-Poulenc: *Des comités de base au pouvoir*, p. 86.

pero desconfiando de la participación de los trabajadores no pertenecientes a un sindicato y que jugaban un papel importante en la acción. En ese caso particular, la presión de la base fue tan fuerte que los comités, organizados por talleres, pronto adquirieron una cierta autonomía respecto a las estructuras sindicales. «Los no sindicados fueron los elementos más exigentes de la huelga. Obligaron a los militantes sindicados a cuestionarse a sí mismos.»[37] Luego surgió un comité central de delegados de comités de base. Entonces, confrontada a una dinámica que no controlaba, la CGT reaccionó. Se desmarcó rápidamente de la acción de los comités y empleó cuantas capacidades organizacionales tenía para conservar el control del movimiento. El poder de los sindicatos se basaba en el control y la circulación de la información —en Rhône-Poulenc y en todas partes—, control que pasaba obviamente por una selección y una interpretación ideológica de los hechos, de los que desconfiaban los trabajadores más combativos:

> *El interés esencial de los contactos con los estudiantes radica en las informaciones que nos dan de lo que sucede en otras partes. Muy pronto se convertirán en nuestra fuente de información más importante.*

La endeble circulación de informaciones durante el movimiento benefició, claro está, a las fuerzas políticas dominantes, y en ese momento, los militantes izquierdistas pensaron que podrían conjurar esa debilidad con la presencia de un partido revolucionario.

Hoy, el desarrollo de las nuevas tecnologías y la extensión de las redes sociales permiten resolver ese problema de otra forma, compatible con una organización horizontal de las comunidades de lucha. La creación de radios y de televisiones libres, la utilización de las redes sociales por parte de los nuevos movimientos asambleístas, desde Ocuppy a Nuit Debout, son testimonio de ello. Pero la experiencia de Mayo del 68 lo

37. *Ibid.*, pp. 81-82.

evidenció: la cuestión de la información no se limita al consumo de los hechos y de los debates. También está ligada de forma concreta al desarrollo de la acción autónoma, al dinamismo de un movimiento y a su extensión con la puesta en marcha de un sistema de enlaces horizontales. Las burocracias sindicales siempre jugaron con las separaciones, los aislamientos. En Mayo del 68, cada vez que un intento de enlace entre empresas en huelga pudo escapar al control del aparato sindical, la CGT dio largas, so pretexto de que «inmiscuirse en los asuntos de los demás trabajadores» era un error táctico.[38]

La CGT se opuso a los comités de base en dos puntos: en primer lugar, los relacionaba con un «deseo utópico de cogestión» con la patronal, pero, sobre todo, temía que los comités sustituyeran a las organizaciones sindicales.[39] El espectro de la *cogestión* atormentaba al sindicato comunista, que la identificaba de buen grado con la idea de *autogestión* amalgamada con el peligro de una gestión directa de los trabajadores, que pondría en cuestión la idea centralista del socialismo del Estado obrero. Cuando el control de las luchas escapa a los sindicatos y los partidos, cuando su principio de realismo se siente amenazado por el deseo de subversión del antiguo orden, entonces se apoyan invariablemente en la gran masa amorfa y conformista para legitimar su *representatividad*. Esto resultó evidente durante la Revolución española, cuando el Partido Comunista se opuso a las colectivizaciones defendiendo a los pequeños propietarios y a los empresarios. Volviendo al caso de Rhône-Poulenc Vitry en Mayo del 68, la CGT decidió finalmente salir de la fábrica ocupada y hacer un llamamiento a los no huelguistas instándoles a votar en favor del regreso al trabajo,[40] voto que se hizo precisamente efectivo unos días más tarde. En una octavilla difundida entonces por un «desorganizado», se leía:

38. *Ibid.*, p. 102.
39. *Ibid.*, p. 111.
40. Ese momento será presentado por el periódico estalinista *L'Humanité* del 10 junio de 1968 como un «regreso victorioso de los trabajadores», citado en Groupe Lutte de Classe Rhône-Poulenc: *Des comités de base au pouvoir*, p. 129.

¡Todo debe emanar de la base! Y eso es lo que no acepta la CGT ya que implica la puesta en tela de juicio del aparato burocrático autoritario, el cual, so pretexto de socialismo, somete a la masa y la robotiza.[41]

Las ambivalencias del izquierdismo

Las tendencias izquierdistas del comunismo que proliferaron en Mayo del 68 rechazaban las prácticas legalistas de las organizaciones burocráticas del movimiento obrero, oponiéndoles el voluntarismo de la acción directa. A este nivel, hicieron avanzar valores positivos contra el inmovilismo del viejo movimiento y estuvieron en sintonía con el espíritu del momento. «Incluso las peores mistificaciones que existieron antes, durante y sobre todo después de Mayo se apoyaban en el deseo de que en alguna parte se realizara un tipo de actividad colectiva autoorganizada y espontánea.»[42] En una obra publicada inmediatamente después de Mayo, *Les origines du gauchisme*,[43] Richard Gombin relacionó esa corriente con el aspecto contestatario de las nuevas prácticas de los conflictos sociales que «apuntaba por igual a la patronal, a la autoridad estatal y a las direcciones obreras tradicionales».[44] Desde esta óptica, el izquierdismo

... aparece como una práctica revolucionaria allí donde la lucha de clase rompe el marco preestablecido por las organizaciones tradicionales: por consiguiente, allí donde está dirigida a la vez contra el sistema y contra las direcciones obreras. Es el caso de las huelgas salvajes, de las ocupaciones de fábricas, de los secuestros de ejecutivos, de las organizaciones de base del taller o de la empresa, fuera de las direcciones sindicales o políticas existentes.[45]

41. Octavilla de un «desorganizado» del 12 de junio de 1968, citada en *Des comités de base au pouvoir, op. cit.* p. 134.
42. Cornelius Castoriadis, en Cornelius Castoriadis, Claude Lefort y Edgard Morin: *Mai 68. La Brèche*, *op. cit.*, p. 187.
43. Richard Gombin: *Les origines du gauchisme*, Seuil, París, 1971 (en castellano: *Los orígenes del izquierdismo*, Zero, Madrid, 1977).
44. *Ibid.*, pp. 16-17.

En el terreno político, el autor califica de izquierdista a «esa fracción del movimiento revolucionario que ofrece, o quiere ofrecer, una alternativa radical al marxismo-leninismo como teoría del movimiento obrero y de su evolución»[46] y deja de lado a los grupos que intentaban oponerse a la «traición» o a la «burocratización» de las direcciones, o a los intentos de renovación, de modernización de las corrientes autoritarias del socialismo y del comunismo. Se trata aquí de una caracterización importante, pues esos grupos proponían una alternativa a la dirección del partido y no al marxismo-leninismo. Sin embargo, Gombin calificaba a los maoístas espontaneístas como un «caso límite».[47]

Han conservado del izquierdismo el espontaneísmo táctico y la noción de acto ejemplar. Son espontaneístas únicamente en cuanto a la táctica, y siguen siendo marxistas leninistas en cuanto a la doctrina.[48]

De hecho, esa ambigüedad de cierto izquierdismo leninista permite comprender que la mayoría de los jefes maoístas de formación althuseriana evolucionara hacia el ámbito de la política oficial.[49] Su concepción dirigista original explica la facilidad con la que se integraron en la reproducción y la renovación de la élite política.

45. *Ibid.*, p. 21.
46. *Ibid.*, p. 18.
47. Los dos grupos más importantes fueron Vive la Révolution y los Mao-Spontex.
48. Richard Gombin: *Les origines du gauchisme, op. cit.*, p. 20.
49. Para una crítica estimulante de las concepciones del filósofo estalinista Louis Althusser y de sus pretensiones *científicas*, véase el texto del gran historiador Edward P. Thompson (1924-1993) recientemente traducido al francés: *Misère de la théorie. Contre Althusser et le marxisme antihumaniste*, L'échappée, París, 2015 [1978] (en castellano: *Miseria de la teoría*, Joaquim Sempere, Crítica, Barcelona, 1981).

Las corrientes *espontaneístas tácticas* del izquierdismo fueron, por una buena razón, sensibles a la espontaneidad del movimiento: en él reconocieron que las viejas organizaciones sacaban sus fuerzas de la delegación permanente del poder, que es lo mismo que decir que reforzaban la pasividad y la sumisión de los representados. Pero en general, sus proposiciones se basaban en la misma lógica: la construcción de una nueva vanguardia capaz de dirigir a los órganos surgidos de la espontaneidad,

> *... un partido que no se pone en manos de la espontaneidad de las masas para tener iniciativas, sino que está a la escucha de las masas para saber discernir las proposiciones que, a menudo, estas no expresan con claridad.*[50]

Según esta concepción, los órganos surgidos de la lucha siempre expresan una conciencia limitada que solo puede ser superada por la acción del partido. Por consiguiente, tenían que servir de trampolín para renovar las vanguardias. Así, casi todas las corrientes del izquierdismo leninista se alinearon con las fuerzas del viejo movimiento obrero y siguieron asociadas a los principios del socialismo de los jefes y del partido dirigente. Hay una única excepción, que procede de algunos grupos espontaneístas de origen maoísta que percibieron, a contracorriente, la vanguardia como «la integración de la ruptura revolucionaria en la sociedad burguesa», y la espontaneidad como «el elemento de rechazo de la sociedad burguesa».[51]

Los peros del posmayo

Con los años, el discurso sobre Mayo del 68 vuelve a redefinirse constantemente. Lo que se presentó inicialmente como un

50. Extracto de las conclusiones políticas del Groupe Lutte de Classe, activo en la huelga de Rhône-Poulenc: *Des comités de base au pouvoir, op. cit.*, pp. 152-153.
51. Mouvement du 22 mars: *Ce n'est qu'un début continuons le combat,* pp. 96-97.

movimiento estudiantil pasó a continuacion a ser un movimiento de jóvenes y, finalmente, un movimiento que desembocaba en la *modernidad* individualista. La nueva dimensión histórica del acontecimiento, una poderosa huelga general asociada a un profundo deseo social de transformación del orden del mundo, fue desapareciendo paulatinamente de las interpretaciones más divulgadas. Ya inmediatamente después de Mayo, algunos análisis obviaban las dimensiones políticas, las exigencias de autoorganización, y hacían hincapié en la «composición sociológica» de los actores del movimiento: «El principal actor del movimiento de Mayo no fue la clase obrera sino la totalidad de todos aquellos que podemos llamar los profesionales».[52] Así, el contenido realmente nuevo de Mayo del 68 se redujo a la presencia de esas capas sociológicas. Sin embargo, claro está, aunque esas categorías estuvieron presentes allí donde el movimiento fue más combativo y autónomo, no por ello puede afirmarse que jugaron un papel determinante. La edad fue bastante más importante que el estatus profesional o las cualificaciones: los obreros y técnicos jóvenes fueron más permeables a las ideas del movimiento. Los factores que unieron a los trabajadores en lucha y crearon una situación explosiva, fueron el deseo y la práctica de la autoorganización.

En un texto donde refutó lo que convenientemente fue denominado como «el pensamiento 68», Cornelius Castoriadis insistió en ello: «La cuestión central de cualquier actividad política, por tanto también presente durante Mayo del 68, es la cuestión de la institución». Según él, Mayo del 68 se caracterizó por una «formidable resocialización», por la búsqueda de «la verdad, de la justicia, de la libertad, de la comunidad», así como por «el rechazo de las formas tradicionales de organización».[53] No obstante, añadía, los participantes en el movimiento «no

52. Alain Touraine: *Le Mouvement de mai ou le communisme utopique*, Seuil, París, 1968, p. 389 (en castellano: *El movimiento de mayo o el comunismo utópico*, Signos, Buenos Aires, 1970. No se ha podido acceder a esta edición para poder señalar la paginación).
53. Cornelius Castoriadis: *Mai 68. La Brèche*, *op. cit.*, pp. 187, 191 y 192.

supieron encontrar las formas instituidas que encarnaran esas aspiraciones por mucho tiempo».[54] Otros —con una visión política similar— observaron que fueron muchos quienes se percataron entonces de la capacidad de bloqueo de los sindicatos y de que esta era fruto de la debilidad y de la división de los asalariados, que se basaba en una «adhesión pasiva a unas normas consideradas como intocables».[55] En un destacable pasaje sobre ese proceso, los autores del texto citado reiteradamente, *La Grève généralisée en France. Mai-juin 68*, escribieron:

> *El modo de producción capitalista es el que segrega a cada instante esas reacciones de pasividad en casi todos aquellos que se someten a él. El orden establecido parece natural en virtud de la conciencia que genera en cierto modo espontáneamente y según la cual las apariencias corresponden a la realidad, ya que cada cual recibe más o menos una justa parte del producto social, y se encuentra situado en el lugar que le corresponde. [...] En definitiva, cada cual no hace sino repetir las frases y las ideas mil veces escuchadas desde la infancia, en la familia, en la escuela, en el trabajo y fuera del trabajo: el respeto de la autoridad, el culto al jefe, la idolatría del saber, y ese dogma que pretende que el rango en la jerarquía está en correspondencia con las competencias [...] que ese rango es natural. Durante las jornadas de mayo-junio, ese espeso blindaje se resquebrajó, pero la falla no fue ni profunda ni duradera.*[56]

54. Cornelius Castoriadis: «Les mouvements des années soixante» (1986), en Cornelius Castoriadis, Claude Lefort y Edgard Morin: *Mai 68: La Brèche, suivi de Vingt ans après*, Complexe, 1988, p. 186. Éditions du Sandre está publicando las obras completas de Castoriadis (un total de cinco volúmenes editados). Sobre Castoriadis, véase François Dosse: *Castoriadis, une vie*, La Découverte, París, 2012. Véase también Philippe Gottraux: *Socialisme ou Barbarie. Un engagement politique et intellectuel dans la France de l'après-guerre*, Payot, París, 1997. La obra de Claude Lefort está publicada por Fayard, Seuil y Gallimard. Entre otras: *Éléments d'une critique de la bureaucratie*, Gallimard, París 1979.
55. *La Grève généralisée...*, *op. cit.*, p. 30.
56. *Ibid.*

Es cierto que «se ocultó cuidadosamente» la cuestión de la organización en los discursos posteriores sobre el famoso pensamiento 68, convertido en idea fija para muchos intelectuales conformistas. Cornelius Castoriadis advirtió que este *pensamiento*

> *...ha construido su éxito de masa sobre las ruinas del movimiento del 68 y en función de su fracaso. Los ideólogos refutados [...] son los ideólogos de la impotencia del hombre frente a sus propias creaciones; y después de Mayo del 68 han venido a legitimar el sentimiento de impotencia, de desánimo, de fatiga.*[57]

Al contrario:

> *Lo que Mayo del 68 y los demás movimientos de los años sesenta del siglo XX han mostrado ha sido la persistencia y la fuerza del deseo de autonomía, que se traduce a la vez en el rechazo del mundo capitalista-burocrático y en las nuevas ideas y prácticas inventadas o difundidas por esos movimientos. Pero también son el testimonio de esa dimensión del fracaso hasta ahora aparentemente indisociable de los movimientos políticos modernos: gran dificultad a la hora de prolongar positivamente la crítica del orden establecido, imposibilidad de asumir el deseo de autonomía como autonomía a la vez individual y social instaurando un autogobierno colectivo.*[58]

57. Cornelius Castoriadis: *Mai 68. La Brèche*, *op. cit.*, p. 193. Castoriadis se refiere aquí al libro de Luc Ferry y Alain Renaut: *La Pensée 68. Essai sur l'anti-humanisme contemporain*, Gallimard, París, 1985.
58. *Ibid.*, p. 194.

Más allá del fracaso

En uno de sus últimos textos, escrito un año después del final de la Segunda Guerra Mundial, Anton Pannekoek se interesó, también él, por esa dimensión que designó como fracaso de la clase obrera, no para dejarle vía libre a los discursos de impotencia o a las revisiones ideológicas, sino para buscar elementos de optimismo de cara al porvenir. Un fracaso bien relativo —afirmaba—, en la medida en que cerraba un periodo histórico marcado por la idea reformista de la construcción del socialismo. Apenas había sido esbozado el objetivo revolucionario, el autogobierno de la sociedad. Muy al contrario, para él, el fracaso del viejo movimiento obrero —representado de forma terrible por las dos guerras mundiales y sus horrores—, debía permitir la emergencia lenta y confusa de una nueva mentalidad, la del socialismo salvaje:

> *La acción autónoma, y no dirigida por los líderers; el espíritu de independencia y no de sumisión; la voluntad de lucha activa, y ya no la aceptación pasiva de órdenes caídas del cielo; la solidaridad y la unidad inquebrantables con los camaradas, y no el deber impuesto por la filiación política y sindical.*[59]

Después de Mayo del 68, el restablecimiento del orden capitalista abrió en Francia un ciclo de regresión de las luchas sociales, pero también significó un giro importante en lo que respecta al poder de las organizaciones del antiguo movimiento socialista y al debilitamiento de sus valores. La grieta social fue quizás más profunda y duradera de lo previsto, y el curso de las luchas se inclinó más hacia el lado del *deseo de autonomía* o de la *acción autónoma*. Sin embargo, recién aniquilada la agitación de los movimientos de los años sesenta del siglo XX, hubo dos acontecimientos muy importantes casi simultáneos, e incluso prácticamente relacionados, que sacudieron las tendencias de las

59. Anton Pannekoek: «L'échec de la classe ouvrière», en Serge Bricianer: *Pannekoek et les conseils ouvriers*, *op. cit.*, pp. 283-289 (en castellano, p. 373).

sociedades: por una parte, el derrumbamiento del bloque del capitalismo de Estado y de la ideología asociada a él, y por otra, la afirmación de la crisis del capitalismo que desembocó en un largo periodo de caída de la rentabilidad.[60]

En el caso específico de Francia, donde el comunismo de partido ocupó un lugar dominante, las consecuencias impregnaron considerablemente la mentalidad colectiva. Bastante antes de que todo eso se produjera, Anton Pannekoek estimó que entender el socialismo de Estado como «una forma de servidumbre diferente, sin más»[61] representaría un salto cualitativo de la conciencia política. En realidad, en el actual periodo histórico el derrumbamiento del capitalismo de Estado fue, más bien, un factor de parálisis y de resignación determinista, al tiempo que la reestructuración capitalista precarizaba a los trabajadores asalariados sobre los escombros de la vieja clase obrera. Eso creaba un nuevo contexto en el que la individualización y la atomización sustituyeron paulatinamente a las más estables comunidades asalariadas anteriores.

Desde mayo de 1968 hasta principios del siglo XXI, se pudo discernir en Francia una evolución en los movimientos sociales relacionada con esas nuevas tendencias. Colectivos formados por las bases sindicales y por trabajadores no sindicados animaron numerosas luchas y huelgas de cierta magnitud, al mismo tiempo que la función de los jefes sindicales tendió a debilitarse. Retrospectivamente, se puede situar la gran huelga de Lip, en 1971, en un momento de transición de ese proceso. Elementos del pasado se mezclaron con los del nuevo periodo. Dirigida

60. Sobre la crisis de la economía mixta, véase Paul Mattick: *Marx et Keynes, les limites de l'économie mixte*, Gallimard, París, 2010 [1950] (en castellano: *Los límites de la economía mixta*, Ediciones RyR, Buenos Aires, s. f.). Paul Mattick aplicó la teoría de Marx al capitalismo moderno, en particular a la eficacia de las políticas keynesianas de gobierno. Según él, el periodo de prosperidad relativa del capitalismo es temporal y las políticas keynesianas que pretendían estabilizar el capitalismo tenían sus propios límites; más si cabe, a la larga constituirían un factor suplementario de desequilibrio en la maximización del provecho.

61. Anton Pannekoek: «L'échec de la classe ouvrière», *op. cit.*, p. 285 (en castellano, p. 370).

por una colectividad cohesionada de trabajadores cualificados, la huelga estuvo marcada por una visión sindicalista: la gestión de una empresa aislada en el mercado capitalista. Los comités de base y el comité de acción que impulsaron la lucha fueron creados en un ámbito sindical, pero acabaron expresando los valores de autonomía y reivindicaron la capacidad de gestión igualitaria de una colectividad de lucha, con un espíritu mucho más vinculado a Mayo del 68 que a las antiguas prácticas sindicales.[62] Después, progresivamente, la lógica capitalista neoliberal delimitó el ámbito de las luchas. Al poderoso movimiento estudiantil de 1986, contra uno de los primeros proyectos de precarización de la juventud, le sucedieron unas duras huelgas contra el desmantelamiento de los estatutos salariales que los trabajadores consideraban hasta entonces como *adquiridos*.[63] Esas luchas se caracterizaron por el hecho de recurrir a las asambleas generales y a la creación de coordinadoras interprofesionales,[64] y más tarde se propagaron durante la gran huelga de finales de 1995.[65] Esas prácticas representaron una evolución, una reacción contra la burocracia, un deseo de apropiarse y de controlar mejor las herramientas de la lucha. A pesar de eso, los trabajadores no habían superado los límites de la organización sindical y aceptaron la tutela ejercida sobre las coordinadoras por varios grupos vanguardistas. Al ser

62. Sobre la huelga de Lip, véase el testimonio de una obrera que fue muy activa en el comité de acción, Monique Piton: *C'est possible! Une femme au coeur de la lutte de Lip (1973-1974)*, L'échappée, París, 2015. Entre la bibliografía sobre esta huelga, dos enfoques diferentes comparten la misma posición en cuanto a la autononía de las luchas se refiere: *L'organisation de la lutte des classes dans la grève des Lip*, Échanges et Mouvement, París, septiembre de 1974, bit.ly/2UOkaPT; y *Une brèche dans le mouvement ouvrier traditionnel*, Mise au point, enero-febrero de 1974, bit.ly/2ynZeYB.
63. La huelga de los ferroviarios y la de los maestros/maestras de escuela en 1987 y la huelga de las enfermeras y enfermeros en otoño de 1988.
64. Un texto resume muy bien esos movimientos: «Décembre 1986. Les coordinations de grévistes ouvrent une ère nouvelle», bit.ly/3aybMLa.
65. Huelga en los transportes y los servicios públicos, así como en algunas empresas privadas, contra el ataque al régimen de pensiones del sector público y contra el desmantelamiento de la seguridad social.

construcciones autónomas frágiles, no resistieron los cambios en la correlación de fuerzas entre las clases y desaparecieron tan rápido como habían aparecido.

En una reflexión sobre el fenómeno efímero de las coordinadoras, Cornelius Castoriadis retomó la problemática ligada a la autonomía y a la organización planteada por Mayo del 68, desmintiendo la idea de una pretendida oposición irreductible entre ambos términos y el rechazo del compromiso duradero.[66] ¿Crear unas nuevas formas de organización significa ineluctablemente que se están creando unas organizaciones predestinadas a ser burocráticas? A la inversa, ¿demuestra el carácter provisional de cualquier organización autónoma de base que no se pueden superar las formas clásicas (partido y sindicato)?

> *Aquí nos encontramos ante el meollo de la situación histórica contemporánea. De su propia experiencia, la gente saca la conclusión de que las instituciones no pueden ser sino instituciones de la heteronomía —concretamente burocráticas— y que por ende resulta inútil crear otras. De este modo, fortalecen y consolidan la existencia de esas instituciones que su acción podría haber puesto en cuestión si pensaran y se comportaran de otra forma.*[67]

¿Pero acaso no es también transitoria y efímera cualquier conclusión en un momento histórico dado? En la experiencia moderna de las luchas, el sindicato resulta ser una forma organizativa permanente en las situaciones de normalidad capitalista, y se ve superado en los periodos de actividad espontánea y autónoma. El carácter permanente o no de la organización puede, así, asociarse al principio de representación, siendo el sindicato y el partido las formas que mejor se adaptan al reino de la democracia parlamentaria. Ineluctablemente, esas formas se desestabilizan en cuanto se afirman los principios de

66. Cornelius Castoriadis, prefacio a Jean-Michel Denis: *Les coordinations*, Syllepse, París, 1996, p. 13.
67. *Ibid.*, p. 13.

un socialismo salvaje opuesto al de la *sabiduría de los jefes*, en cuanto la democracia directa se convierte en la práctica dominante del movimiento. Sea como sea, la organización sigue siendo, sin lugar a dudas, el principio fundamental del combate en pro de la emancipación social, no pudiéndose concebir la una sin la otra.[68] Las «formas de actividad autónoma» también están relacionadas con las situaciones históricas, y Mayo del 68 significó, sin duda, la entrada en una nueva fase del enfrentamiento entre las dos concepciones del socialismo. En un capitalismo en el que el principio de reformismo ya no encuentra espacio, se desvela el contenido truncado de la democracia formal, estimulando la exigencia de una democracia real, la de una igualdad social y económica.

68. También es la idea enunciada por Anton Pannekoek en 1938 en el texto «General Remarks on the Question of Organisation», versión francesa en Serge Bricianer: *Pannekoek et les conseils ouvriers*, *op. cit.*, pp. 267-279 (en castellano, pp. 347-352).

UNA FORMA APARTIDARIA DEL SOCIALISMO SALVAJE:
LA REVOLUCIÓN PORTUGUESA (1974-1975)

Presencia de las ideas revolucionarias

Tras un periodo de violentas revueltas sociales, el 5 de octubre de 1910 se estableció la República portuguesa, con la participación activa de los trabajadores revolucionarios, sindicalistas y anarcocomunistas, que se enfrentaron en la calle, con las armas en la mano, a las fuerzas de la monarquía, provocando la insurrección del pueblo de Lisboa. Tras haberse organizado en asociaciones obreras dominadas por los militantes del Partido Socialista, el frágil pero combativo movimiento obrero portugués defendió mayoritariamente, en el I Congreso Nacional Obrero de 1909, la bandera del sindicalismo revolucionario y las ideas de autoemancipación del Congreso de Amiens.[1] El

1. Su órgano de prensa era el periódico *A Batalha*, muy leído en los ambientes populares alfabetizados. El semanal *O Sindicalista*, de orientación sindicalista revolucionaria, era dirigido por Alexandre Vieira, una de las figuras influyentes del movimiento obrero portugués de principios del siglo XX, editor de Pouget y otros.

aliciente de la acción directa y del antilegalismo era entonces muy fuerte y estaba en correspondencia con la violencia de las relaciones de clase en la sociedad portuguesa.[2] La burguesía republicana se hizo rápidamente con el control de la situación, limitando el derecho de huelga —que, de hecho, habían conquistado los propios proletarios— e implantando, a la vez, el derecho del cierre patronal. Pinto Quartim, un famoso anarcosindicalista, se rebeló:

> *¿Qué hace, qué ha hecho el gobierno a favor del pueblo? ¡Nada, nada de nada! La vida es cada vez más cara. Poco a poco la miseria invade los hogares. El malestar es general. [...] Eso a nivel económico. Pues a nivel político vivimos realmente como en la cárcel. [...] En todas partes del territorio se ejercen las más repugnantes persecuciones contra aquellos que trabajan, contra aquellos que reclaman un poco más de pan, un poco más de libertad. ¡Es totalmente infame! ¿Y es para llegar a esa situación que el pueblo ha defendido la República? ¿Es por eso que se ha derramado tanta sangre y que se han hecho tantos sacrificios?*[3]

El movimiento obrero se radicalizó y quiso oponerse a semejante situación a través de huelgas generales (la primera en 1911 y la segunda a principios de 1912). Acorralada, la burguesía reaccionó de la misma manera que lo hizo en esa época en cualquier parte de Europa, aunque de forma aún más violenta. Aparecieron nuevas fuerzas represivas al mismo tiempo que fueron promulgadadas un sinfín de leyes contra los «crímenes sociales» y la propaganda antimilitarista. La huelga general de 1912, que estalló en solidaridad con la huelga de masas de los

2. Antes del 5 de octubre de 1910, se hablaba en Lisboa de las bombas como si fueran «bienes de primera necesidad», y la fabricación de explosivos se había convertido en una auténtica «industria artesanal»... El autor anarquista Joaquim Madureira escribió: «El 5 de octubre, hemos visto como los burgueses encargaban bombas y como los proletarios las manipulaban».
3. Pinto Quartim (1887-1970): «Oh, a República!...», *Terra Livre*, 24 de abril de 1913.

trabajadores asalariados agrícolas del centro y del sur del país (conocida como la insurrección alentejana), se extendió a los centros urbanos y paralizó el país. En el campo, más de veinte mil trabajadores rurales hicieron huelga. Superado, el Gobierno republicano aceptó que una comisión sindical entablara conversaciones con los grandes propietarios, algo que se percibió como un principio de reconocimiento de un poder de los trabajadores. Pero la burguesía estaba muy preocupada y se puso en manos del Ejército, que inició una despiadada represión. En un país donde la apatía histórica de la clase burguesa le ha dejado siempre un espacio político al Ejército, este fue el principio de un largo proceso de endurecimiento del poder. Detenido durante la huelga general por la policía de la recién estrenada república, Frutuoso Firminio (obrero de la industria gráfica y militante del joven movimiento sindicalista revolucionario portugués) sacó de esta situación unas conclusiones muy pragmáticas:

> *La reacción burguesa se ha desenmascarado utilizando contra nosotros los infames recursos de los que siempre se ha servido la tiranía. [...] Sabemos que la república burguesa es tan despótica como la monarquía más reaccionaria. [...] Desmarcándonos de esa patraña [el parlamentarismo] [...] nos adherimos con entusiasmo al sindicalismo revolucionario, única forma de resolver socialmente nuestra situación.*[4]

El movimiento obrero revolucionario fue hecho mil pedazos, y sus militantes encarcelados y deportados a las colonias. Cuatro años más tarde, los proletarios portugueses fueron enviados como carne de cañón a los campos de batalla de la carnicería de la Primera Guerra Mundial, a las trincheras de Flandes y a África Occidental.[5] Frutuoso Firmino no se había

4. Frutuoso Firmino: *Da Casa sindical ao Forte de Sacavém*, Afrontamento, Oporto, 1971.
5. Durante la batalla del río Lys, en abril de 1918, el cuerpo expedicionario portugués, formado por veinte mil hombres, perdió a más de nueve mil

equivocado. En pocos meses, los enemigos de la emancipación social se habían manifestado abiertamente en esa pobre, pequeña y atrasada sociedad del suroeste de Europa. Entre enfrentamientos políticos y breves aventuras dictatoriales, el régimen parlamentario se deslizó paulatinamente hacia un autoritarismo más elaborado y coherente. Desembocó, en 1926, en el golpe militar que instauraría, cuatro años más tarde, el régimen salazarista de raíz fascista maurasiana:[6] el «nuevo Estado», que duró aproximadamente medio siglo.[7] Con el objetivo de apaciguar las relaciones sociales, los sindicatos fueron puestos bajo el control del Estado, las negociaciones salariales fueron reducidas al mínimo y las huelgas fueron prohibidas. La férrea represión se abatió sobre los militantes y las organizaciones de la corriente libertaria y del joven partido comunista.

Este breve esbozo permite comprender, a grandes rasgos, la trayectoria fugaz y sin embargo muy valiosa del anarcocomunismo y del sindicalismo revolucionario en Portugal a principios del siglo XX. En este caso particular, fue la contrarrevolución conservadora la que eliminó de la lucha de clases a esta corriente. Las corrientes estatalistas y autoritarias del socialismo, inicialmente muy minoritarias, no regresaron con fuerza sino tras el aniquilamiento del movimiento libertario por parte del régimen salazarista. Si bien en vísperas de la Segunda Guerra Mundial prácticamente había desaparecido, el socialismo libertario dejó su huella en la sociedad a través de una amplia red de clubes, asociaciones y cooperativas. El anarquismo también influyó

soldados. El general Gomes da Costa, subalterno lusitano de Foch y corresponsable de la masacre, se convertirá en 1919 en presidente de la República de la dictadura militar, la cual precedió y preparó el régimen salazarista. ¡Espléndida continuidad!

6. En referencia a Charles Maurras (1868-1952), escritor francés de extrema derecha y antisemita, inspirador de la organización ultranacionalista y monárquica Action Française, y referente de los movimientos protofascistas europeos durante la primera mitad de la década de 1920. *(N. de la E.)*
7. La Constitución corporativista en la que se basa el régimen salazarista fue promulgada en 1933. Los sindicatos fueron integrados en el nuevo Estado, cuyos tres pilares eran: la Iglesia, el partido único y el Ejército.

sobre las corrientes literarias y artísticas de aquel periodo. Podemos mencionar a Antero de Quental (1842-1891), miembro de la Generación del 70 junto con Eça de Queiroz (1845-1900). Este, famoso poeta y traductor de Goethe y también de Proudhon, fue uno de los fundadores de la sección de la Internacional en Portugal, y luego del primer partido socialista. Más tarde, dos de los grandes escritores portugueses del siglo XX, Aquilino Ribeiro (1885-1963) y José Maria Ferreira de Castro (1898-1974), reivindicaron la influencia de las ideas anarcosindicalistas en sus obras. Sin embargo, la brutalidad de este periodo, la represión de los medios radicales del proletariado, no borró todas sus filiaciones y sus legados. El propio Partido Comunista Portugués (PCP) —que más adelante se convirtió en uno de los más estalinistas del Komintern— se creó a partir de una corriente sindicalista revolucionaria. Durante su primer periodo de existencia, las ideas bolcheviques (poco conocidas entonces en esas tierras, en aquel momento muy aisladas en Europa) convivieron en el partido con los valores libertarios y las prácticas de acción directa. A partir de los años treinta del siglo XX, los partidarios del bolchevismo estalinista recuperaron el control y, ante todo, se propusieron erradicar sí o sí los principios anarquistas, considerados como «el enemigo inconsciente» que le impedía al partido seguir las líneas del comunismo autoritario y el patriotismo estalinista propio de ese periodo.[8] Esto significa que se reconocía que el espíritu de la antigua corriente comunista libertaria seguía vivo entre los militantes. Después, a lo largo de los años, el comunismo de partido —que se formó y se fortaleció a través de la clandestinidad obligada y de la férrea represión del régimen— creció y, poco a poco, reemplazó al espíritu libertario en el antagonismo político al régimen. Sin embargo, durante casi medio siglo el partido se benefició en su vida clandestina de la aureola y de la fuerza ética de unos militantes de

8. Formulación extraída del periódico del partido, *Avante*, el 16 de abril de 1931. El que dirigió esa bolchevización fue Álvaro Cunhal (1913-2005), que luego se afirmó como el gran dirigente histórico del PCP. Llevó el partido hasta la Revolución de 1974 y sus consecuencias.

base que se habían formado en la escuela del movimiento obrero revolucionario de principios del siglo XX.[9]

La Revolución de 1974

Los sucesos revolucionarios de 1974-1975 confirmaron que las ideas de ese comunismo libertario de democracia directa no estaban definitivamente sepultadas bajo la losa del fascismo y de las concepciones estalinistas del socialismo.

Desde la Segunda Guerra Mundial, el país había cambiado. Aprovechándose de un nuevo impulso de industrialización, el régimen había iniciado un acercamiento a Europa manteniendo, al mismo tiempo, las viejas estructuras políticas dictatoriales y un sistema colonial arcaico. La emigración masiva hacia las ciudades y hacia el resto de Europa, así como las huelgas cada vez más duras en los nuevos centros industriales modificaron las relaciones entre las clases. El peso de la nueva clase obrera creó una situación de inestabilidad social.[10] Tras la huelgas de 1968-1969, el régimen suavizó su control directo sobre los sindicatos y autorizó la creación de comisiones votadas en las grandes empresas para canalizar «las legítimas reivindicaciones». Pese a esos tímidos intentos de liberalización de los métodos de control de los trabajadores, la situación siguió

9. João Freire: *Les anarchistes du Portugal*, CNT-RP/Nautilus, París, 2002. El más fecundo y riguroso experto del movimiento anarquista en Portugal, Carlos da Fonseca (1940-2017), no ha publicado gran cosa en francés. Su corto texto *Introduction à l'histoire du mouvement libertaire au Portugal* puede leerse en línea en vosstanie.blogspot.com. También hay algunas referencias históricas en Jorge Valadas: *La Mémoire et le feu*, *op. cit*., y largos extractos del texto de Alexandre Vieira *Subsidios para a historia do movimento sindicalista em Portugal. 1908-1919* [1926] en el anexo de F. Avila, J. M. Carvalho Ferreira, C. Orsoni, C. Reeve: *Portugal, l'autre combat. Classes et conflits dans la société*, Spartacus, París, 1975 (agotado). Se puede descargar en bit.ly/3bAJ9gg.

10. A finales de la Segunda Guerra Mundial, los trabajadores de la industria representaban el 24 % de la población activa; el porcentaje pasó al 33 % en vísperas de la Revolución de 1974.

siendo explosiva a causa de la omnipresencia de la represión. El propio Ejército se vio debilitado por una oposición masiva y espontánea contra las guerras en las colonias.[11] La incapacidad mostrada por el régimen para resolver el problema colonial obstaculizaba también su modernización y su integración en el devenir de la Europa capitalista. En la trayectoria histórica de una sociedad pobre, retrasada y dotada de un capitalismo frágil, el fascismo portugués aparecía repentinamente como algo indisociable del sistema colonial y de su ideología. Por ello, la guerra anunció, sin ruido pero ineluctablemente, su fin. El 25 de abril de 1975, un golpe de Estado militar dirigido por una organización de jóvenes oficiales, el Movimiento de las Fuerzas Armadas (MFA), derrocó al viejo régimen salazarista, atascado desde 1961 en una guerra colonial en tres frentes africanos (Mozambique, Angola y Guinea-Bisáu).

La caída de un régimen autoritario genera invariablemente la desorganización del Estado. Así fue en Portugal, donde al golpe militar sucedieron inmediatamente unos valiosos movimientos sociales y enfrentamientos políticos que duraron casi dos años. Hizo falta una segunda intervención armada, el 25 de noviembre de 1975, para restablecer el orden capitalista y su propiedad privada y para iniciar el proceso de integración del país en el capitalismo europeo.

Hoy todas las fuentes lo confirman. La mayoría de los militares golpistas del 25 de abril contemplaron, inicialmente, una modernización del viejo régimen y de sus instituciones y la puesta en marcha de un proyecto neocolonialista. Las clases populares, con su intervención espontánea y directa en los sucesos, trastocaron su guion y obligaron a los militares a modificar sus planes.

Para los trabajadores, la caída del régimen significó, ante todo, la derrota de un mundo opresivo y represivo, la posibilidad de expresarse y de reunirse libremente. De pronto, pareció posible la mejora de su bajo nivel de vida. Las fábricas

11. Jorge Valadas: «Lettre à mon voisin qui a fait la guerre coloniale», *Jef Klak*, abril del 2017, bit.ly/2ynCyYs.

pararon, se ocuparon los lugares de trabajo, se formaron comisiones de trabajadores con delegados revocables elegidos en asambleas, los debates surgieron en el conjunto de la sociedad y se extendió el horizonte de lo posible. Se reclamaron subidas de salario, reducciones de horarios, vacaciones pagadas, una menor intensidad de trabajo y la seguridad del empleo, pero también la exclusión de los chivatos y de los jefecillos. Se cuestionó el sistema jerárquico casi siempre vinculado a la lealtad al régimen. Se afirmó una voluntad profunda: tener un mayor poder en la sociedad, imponer un reparto diferente de la riqueza social, cambiar la vida. El movimiento, dirigido por los jóvenes, estudiantes y trabajadores, se extendió como la pólvora, cuando estaba fresca la memoria de las experiencias autoorganizativas de los movimientos huelguísticos.[12] En las zonas urbanas, las ideas de Mayo del 68 se habían propagado a través de la actividad militante de grupos políticos de extrema izquierda, a veces incluso a través de los canales informales de la inmigración. El miedo al régimen y a sus fuerzas represivas se perdió, la determinación colectiva intensificó la agitación, sobre todo en las nuevas concentraciones obreras, ya con una cierta experiencia de lucha. En pocos días el país se paralizó, en medio de una euforia general. La burguesía entró en pánico e hizo algunas concesiones; se institucionalizó un salario mínimo nacional. Pero eso resultaba ya insuficiente para neutralizar un arrebato de protesta que iba bastante más allá del ámbito reivindicativo. Hacia el mes de julio de 1974 estalló una nueva ola de huelgas que abarcaba los servicios, la función pública, las comunicaciones, las nuevas fábricas del sector del automóvil y el sector metalúrgico, los astilleros, los transportes y la prensa. Los trabajadores presintieron que la *revolución* no se había hecho para satisfacer sus intereses, que tenía objetivos estrictamente políticos, que los nuevos dirigentes daban largas, dudaban. Incluso se puso en entredicho la finalización de las tan controvertidas guerras coloniales, lo que provocó motines en los

12. La gran huelga de la TAP (Transportes Aéreos Portugueses), en verano de 1973, la habían dirigido los comités obreros de base.

cuarteles, aceleró el desmoronamiento de la institución militar e incitó al nuevo poder a buscar una rápida solución para resolver la cuestión colonial. De hecho, esa segunda oleada de huelgas produjo el primer gran desacuerdo en el proceso democrático en construcción, como había sucedido en 1910.

Tras la caída del antiguo régimen, las administraciones locales, los medios de información y el aparato de Estado se tambalearon. La normalidad se resquebrajó frente a la magnitud de un movimiento que escapaba al control de los partidos de la oposición, que acababan de salir del destierro. Momentáneamente, pareció que el poder había dejado de existir, mientras la burguesía continuaba conservando el poder económico. En ese nuevo contexto político, todavía nebuloso, los militares compartieron el control del Estado con una coalición inestable formada por partidos de la izquierda clásica y el partido comunista estalinista, que se erigieron en defensores del nuevo orden democrático parlamentario. Pero el Ejército, superado por la insubordinación de los soldados y la formación de una corriente populista radical, se convirtió él mismo en el terreno de los enfrentamientos políticos. En ese juego confuso de intereses contradictorios, el nuevo orden establecido tuvo que hacer frente a los conflictos sociales que se generalizaban y se politizaban, e insertar los movimientos huelguísticos y la energía de la revuelta en un marco negociable, protegiendo al mismo tiempo las nuevas instituciones parlamentarias. Tenía que aislar y luego neutralizar las acciones que espantaban a la burguesía: reivindicaciones igualitarias en el marco de la organización del trabajo, rechazo del sistema carcelario, ocupaciones de viviendas y de tierras, creación de comités que se atribuían el derecho de administrar la vida local... La purga de las administraciones y de las direcciones de las empresas también debilitaba el funcionamiento del sistema económico y político. En los modernos regímenes autoritarios (sean de capitalismo privado o de capitalismo de Estado) ha existido a menudo confusión, tanto en las empresas públicas como en las privadas, en relación con las dos funciones: la de la represión política y la que supuestamente ha de hacer

que se respeten las relaciones sociales.[13] Los jovencísimos partidos democráticos declararon oponerse al movimiento social en nombre del realismo político y de la defensa del sistema parlamentario, mientras que la institución militar seguía más bien inmovilizada por su crisis interna. Pese a esas debilidades, el aparato de Estado se volvió a poner en marcha, reprimió las primeras huelgas y promulgó una nueva ley de huelga, prohibiendo los piquetes, las ocupaciones y las huelgas por motivos políticos.[14] Se instauró entonces un periodo de inestabilidad en la correlación de fuerzas entre las clases, dejando numerosos vacíos de poder. El miedo, producto de cincuenta años de régimen autoritario, barrido momentáneamente por el movimiento, reapareció gracias a una intensa propaganda que difundía inquietudes y desconfianzas: los «provocadores» y los «aventureros» reemplazaron a los «comunistas» del antiguo discurso. El PCP insistió a partir de entonces en la necesidad de no quemar etapas, de moderar las reivindicaciones: «¡El cambio no es la revolución!», precisaba uno de sus eslóganes.

El movimiento autónomo de autoorganización

En las huelgas espontáneas y las ocupaciones, se adoptó con toda naturalidad el principio de autoorganización, con más razón siendo los sindicatos inexistentes. Hacía tiempo que el viejo sindicato corporativista del régimen fascista se había hundido, y eso que, durante el fascismo, los sindicalistas del partido comunista habían utilizado sus estructuras, aquí y allá, con el objetivo de llevar a cabo un trabajo político de oposición.[15] Al inicio

13. La red de informadores del régimen fascista portugués, la PIDE (Policía de Intervención y de Defensa de Estado), se comparó muy a menudo con la Stasi de la RDA.
14. En septiembre de 1974, la represión por parte del ejército de izquierda de la huelga del personal de tierra de la compañía nacional de transportes aéreos (TAP), con la instauración de la militarización del trabajo, fue el elemento de importancia de ese periodo.
15. Durante el fascismo, en función del periodo y de las posibilidades, el partido comunista incitó a sus militantes a que trabajaran dentro del sindicato único corporativista e incluso que intentaran hacerse con la dirección del mismo. Sin mucho éxito, pues en última instancia los dirigentes siempre eran nombrados por el régimen.

del movimiento, su fuerza motriz fue la voluntad de democracia directa y se generalizó el recurso de las asambleas generales. Fueron elegidos comités y comisiones de trabajadores, órganos unitarios de base, para llevar a cabo la lucha y gestionar las ocupaciones. En casi todas partes se publicaron periódicos de huelga. La identificación de la clase de la patronal con el antiguo régimen era total, y muchos fueron los patronos que huyeron al extranjero. En aquel momento, de vez en cuando se producían acciones directas de expropiación de bienes y de venta de productos, a las que se añadieron las experiencias para igualar los salarios y hacer que alternaran las tareas; incluso hubo intentos de intercambiar productos entre empresas ocupadas.[16] También, por precaución, se quiso controlar a los representantes electos, imponiéndoles unos mandatos imperativos y revocables, y, muy a menudo, delegaciones masivas acompañaban a los representantes que iban a discutir con la patronal o con los ministerios. Ciertos periódicos y radios pasaron a ser controlados por los trabajadores y se convirtieron en la expresión del movimiento social.[17]

El vínculo directo entre la base y sus delegados, así como la preocupación muy extendida por controlar los mandatos de los elegidos, expresaban un espíritu muy alejado de las reglas del sindicalismo negociador. Sin que se asumiera de forma consciente, la situación recordaba más bien a las ideas y prácticas del

16. Sobre las huelgas de las obreras de Sogantal, empresa del sector textil, véase la película de Nadejda Tilhou: *Nous, ouvrières de la Sogantal (1974-1977)*, Alter Ego Production, París, 2008. Tras la huida del patrón (francés), las jóvenes obreras habían ocupado la fábrica y habían intentado que funcionara de manera autogestionada.
17. Existen poco materiales en francés sobre este movimiento social. Existe una importante selección de textos, documentos y testimonios sobre este periodo, así como una cronología del primer año de la revolución, en *Portugal, l'autre combat...*, *op. cit.* Muchos documentos, análisis y ensayos sobre la Revolución portuguesa están recopilados en bit.ly/3bAJ9gg. Podemos mencionar también: «Mouvements de gestion directe au Portugal», *Autogestion*, n.° 33-34, enero-marzo de 1976.

sindicalismo revolucionario de antaño, así como a las ideas más subversivas de la década de 1960, las cuales exigían el respeto, sin negociación posible, de las necesidades y de los deseos expresados por la colectividad en lucha. Frente al incremento de la represión, las huelgas se endurecieron y una minoría de trabajadores radicalizó sus posiciones. Comprometidos con la necesidad de coordinar las acciones y de expresar una alternativa independiente a la de los partidos, las comisiones de trabajadores más combativos crearon una estructura de enlace llamada «la interempresas», que acabó siendo importante.

> *Con el incremento de las luchas, tras el 25 de abril, hemos constatado que los sindicatos y los partidos permanecían alejados de esas luchas y que las saboteaban, por ello surgió la necesidad de establecer contactos y de intercambiar experiencias entre los compañeros en lucha.*[18]

El proyecto que poco a poco resultó de esa experiencia se distinguió radicalmente de las concepciones del socialismo de Estado defendidas por las organizaciones comunistas clásicas, empezando por las del Partido Comunista. En una sociedad que acababa de emerger de una larga noche totalitaria, lo que se estaba afirmando era una visión imprevista, *salvaje*, que iba a toparse inevitablemente con la estrategia política de este partido. Saliendo de la clandestinidad con cierta popularidad, el partido se integró en el Gobierno provisional que los militares habían puesto en marcha. Para su dirección, se trataba de una táctica transitoria en su proyecto de socialización basado en una estatalización de la economía y de la sociedad. Mientras tanto, en las empresas, en los barrios y en las tierras ocupadas, la magnitud de la autoorganización abrió un amplio debate sobre la reorganización social, partiendo desde abajo, basada en las organizaciones creadas espontáneamente. Se esbozó un proyecto independiente que se opuso al proyecto autoritario

18. Hoja informativa n.º 1 del Comité Interempresas, Lisboa, 2 de enero de 1975.

de capitalismo de Estado, representado por el Partido Comunista. Las experiencias de expropiación y de autoorganización de empresas, las ocupaciones de algunos grandes latifundios del sur del país por los trabajadores asalariados agrícolas, la formación de las cooperativas de producción y las tentativas de autogestión alimentaron los debates, oponiéndose al proyecto de socialismo estatal que se presentó, claro está, como el único *realista* y no utópico.

Durante varios meses de agitación social sin interrupciones, las dos corrientes, que materializaban las dos concepciones del socialismo, se enfrentaron entre sí pero también a las fuerzas que defendían el orden basado en el capitalismo privado —con el Partido Socialista Portugués (PSP) aliado con la mayoría del aparato militar— y sus vínculos con el capitalismo occidental. El enfrentamiento fue ideológico, pero también se planteó en el ámbito de la producción. Por una parte en las empresas, con relación al carácter de las comisiones de trabajadores y los límites de su poder; por otra parte, en las zonas rurales con grandes latifundios, en los que el movimiento de ocupación de la tierras se propagó como la pólvora a partir de principios de 1975.

El Partido Comunista frente a la extrema izquierda

Sesenta años después de la Revolución rusa, la Revolución portuguesa de 1974-1975 siguió una dialéctica política similar. Las Comisiones de Trabajadores (CT), surgidas espontáneamente durante el movimiento que se produjo tras el desmoronamiento del antiguo régimen, se convirtieron muy pronto en lugares de enfrentamiento entre las corrientes radicales independientes —llamadas «apartidarias» por rechazar que un partido pueda controlarlas— y el Partido Comunista. Este, con su aparato burocrático bien perfeccionado gracias a la clandestinidad, tuvo como objetivo integrar a todas las organizaciones espontáneas e independientes en unas estructuras respetuosas con la lógica de

Estado. Las CT debían disolverse en el seno del sindicato único, la Confederación General de los Trabajadores Portugueses (CGTP). Para alcanzar dicho objetivo, el partido podía basarse en la intersindical, estructura compuesta de cuadros sindicalistas, creada durante las huelgas acontecidas durante los últimos años del antiguo régimen.

En un principio, la energía de las protestas durante ese periodo impidió que el proyecto prosperara, ya que además las CT luchaban para conservar su independencia, y tenían aspiraciones que iban más allá de lo reivindicativo. Entonces, el Partido Comunista inició un combate contra las huelgas y las luchas que no podía controlar, que iban más allá de los límites de las posibilidades del momento, que trastocaban su estrategia de poder y su defensa del «esfuerzo nacional para salvar la economía en crisis»; crisis que se debía, según el partido, a algunas «grandes familias de capitalistas». Convertidos en defensores realistas del nuevo orden en gestación, el partido y su intersindical apoyaron las intervenciones militares en las huelgas, y organizaron manifestaciones callejeras contra los que supuestamente querían «hacer huelga por hacer huelga».[19] De ese modo, ganaron nuevos partidarios entre los ciudadanos *normales*, pero empañaron su imagen entre los obreros más radicales, tildados por el partido de «provocadores» y de «agentes reaccionarios».

> *El interés del PCP, como el de todos los partidos jerarquizados y organizados verticalmente, consiste en constituirse en una fuerza que, en un momento dado, repartirá el poder entre sus comités y sus jefes, entre sus militantes, garantizando la instauración de un nuevo orden moral cuya divisa será: ¡Los privilegios para algunos y el trabajo para los demás!*[20]

19. Durante la huelga nacional de correos, en julio de 1974, el Partido Comunista movilizó a sus militantes contre los piquetes de huelga y difamó a los huelguistas, los cuales fueron a veces acusados de hacerles el juego a los fascistas que aguardaban en la sombra.
20. Periódico de huelga de los trabajadores del *Jornal do Comércio,* Lisboa, septiembre de 1974.

Pero el Partido Comunista no solo estaba presente en las fábricas. En poco tiempo había adquirido bastante poder en el Estado. Sus cuadros ocuparon el nuevo Ministerio del Trabajo bajo la cómplice mirada de las demás fuerzas políticas, que reconocían su particular talento para la gestión de la fuerza de trabajo y el control del movimiento social. Intervinieron en las huelgas al lado de los directivos de las empresas, aduciendo su conocimiento de los problemas de los trabajadores. Por otra parte, incitaban a las delegaciones obreras a hacer caso omiso de sus mandatos imperativos y a moderar sus reivindicaciones en nombre de la defensa de los intereses de la economía nacional. El partido también apoyó las primeras medidas legales de represión de los movimientos sociales, como la ley de agosto de 1974 que prohibía las huelgas durante el tiempo que duraran las convenciones colectivas y autorizaba el *lock-out* (cierre patronal) durante las huelgas salvajes. Otros dirigentes del partido fueron colocados en las administraciones de las grandes empresas públicas, así como en los órganos de control ideológico, en las universidades y los medios de comunicación.[21] Para afianzar esta colonización del aparato de Estado que coincidía con su aspiración de ruptura programada con el orden del capitalismo privado, el Partido Comunista entró también en la institución militar. Los actos de insubordinación y de rebelión fueron denunciados en nombre de la preservación de la «unión del pueblo con el Movimiento de las Fuerzas Armadas», fórmula que, de hecho, justificaba la táctica de entrismo del partido en el movimiento de los capitanes. Como dijo, asombrado, uno de sus responsables: «Ningún país, incluso los países con democracia consolidada, permite llamamientos descarados a la deserción y a la agitación en el seno de las Fuerzas Armadas».[22]

21. José Saramago, futuro premio nobel de literatura, era en esa época miembro del Partido Comunista. Director adjunto del periódico *Diario de Noticias* hasta el 25 de noviembre de 1975, excluye durante ese periodo a unos treinta periodistas contrarios a la línea del partido. En 1991, Saramago se alejó del PCP, reprochándole la falta de democracia interna.
22. Declaración al periódico *Expresso*, 22 de junio de 1974.

Dos obstáculos importantes en su interior impidieron que el movimiento de base pudiera desarrollar sus potencialidades autónomas. Por una parte, fue la intensa actividad de las corrientes izquierdistas vanguardistas, que no cesaron de orientar el empeño de los trabajadores hacia la construcción de partidos leninistas, y que se erigían en rivales del Partido Comunista. Durante la Revolución portuguesa, el «izquierdismo» fue una fuerza real en el movimiento social, más que una agitación de sectas marginales.[23] Ya a partir de 1964, la corriente maoísta fue una de las primeras en constituirse políticamente en oposición al Partido Comunista. Esa ruptura, además de ser fruto del conflicto entre el Estado soviético y el Estado chino, fue producto de los desacuerdos que surgieron en el seno del PCP acerca de su estrategia en cuanto al derrocamiento pacífico del fascismo y las formas de apoyo a la lucha anticolonial. La corriente maoísta influyó sobre las reflexiones, las actitudes y las acciones de los trabajadores más combativos y radicales, y dejó su huella en las organizaciones de base de la época. En general, los militantes izquierdistas apoyaron y a veces propiciaron la creación de órganos de coordinación horizontal, pero siempre lo hicieron desde la visión del socialismo tradicional, separando la acción sindical de la acción política, reservándose esta ultima a los nuevos partidos revolucionaros en gestación.

La confianza que los trabajadores más comprometidos depositaron en las corrientes populistas del Ejército —consideradas por la mayoría de la extrema izquierda como el brazo armado de la vanguardia revolucionaria— resultó limitar al máximo la afirmación de la independencia de los comités y comisiones.[24] Desde el inicio de la revolución, las relaciones de la institución militar con el movimiento obrero fueron ambiguas. Cuando estallaron las primeras huelgas, los obreros consideraron a los

23. En cuanto a la importancia de las corrientes izquierdistas en la Revolución portuguesa, véase Charles Reeve: *L'Expérience portugaise. La conception putschiste de la révolution sociale*, Spartacus, París, 1979, p. 28.

24. Sobre las terribles consecuencias de esas concepciones en el movimiento social, véase Charles Reeve: *L'Expérience portugaise...*, *op. cit*.

militares como aliados, como «mediadores». En cuanto a los militares, intentaron seducir a los obreros más radicales y desactivar los conflictos en una situación que les era totalmente ajena. En la sociedad, el Ejército se comportó muy pronto como una nueva policía.[25] Como las huelgas y las manifestaciones no cesaron, la intervención directa contra las huelgas se convirtió en algo normal y la institución militar volvió a encontrar su lugar en el nuevo orden democrático. Pese a ello, el entrismo izquierdista en algunas unidades militares y la actitud populista de una parte de los capitanes golpistas, influenciados por diversas ideologías marxistas, contribuyeron a dar la imagen de un Ejército «al servicio del pueblo», y, más si cabe, a crear la ilusión de la existencia de una fuerza militar aliada con los trabajadores revolucionarios.[26] Esa ilusión se rompió brutalmente el 25 de noviembre de 1975, durante una segunda intervención del Ejército que restableció de forma clara el orden democrático de la propiedad privada.

Durante esos meses de gran agitación, el retroceso de las luchas convirtió las organizaciones de base en terrenos de enfrentamiento político, el cual acabó agotando a los trabajadores y sofocando sus potencialidades de autonomía. Se pudo presenciar un regreso a la normalidad en la producción, y la mayoría de los consejos de trabajadores fueron absorbidos por la acción sindical tradicional, que integró a los nuevos sindicatos en formación. Durante ese mismo periodo, el Partido Comunista consiguió la mayoría en las direcciones sindicales y creó la Confederación General de los Trabajadores Portugueses. El partido también consiguió que se votara una ley para instaurar el sindicato único, lo cual le permitió pensar que podría controlar

25. En julio de 1974 las cárceles de Lisboa se amotinaron, los detenidos pedían la amnistía. El ejército intervino y disparó a los presos.

26. Algunas unidades militares estuvieron vinculadas a grupos que se situaban a la izquierda del Partido Comunista: maoístas y demás izquierdistas. El COPCON, unidad en principio destinada a mantener el orden, acabó también acercándose a esa tendencia. Otelo de Carvalho, el oficial que estaba al mando, se convirtió en la figura emblemática de la corriente izquierdista en el Ejército y en la sociedad.

totalmente el mundo del trabajo.[27] Los escasos grupos obreros radicalizados fueron a parar a la coordinadora interempresas, que jugó un papel decisivo durante la gran manifestación contra el paro del 7 de febrero de 1975, en la que decenas de miles de trabajadores desfilaron en Lisboa detrás de la pancarta «El paro es una consecuencia inevitable del capitalismo que tenemos que destruir para construir un mundo nuevo». Al oponerse los militares, y sobre todo el PCP, a esa corriente afín a la autonomía de las luchas, estos la aislaron paulatinamente hasta su desaparición.

La política leninista es esencialmente oportunista, en función de los objetivos que se ha fijado. Así, el Partido Comunista puede servirse de los sindicatos para reforzar su control sobre los trabajadores como también puede intentar limitar su papel cuando amenazan su poder.[28] Puede defender el control obrero u oponerse a él en función de su implantación real en las empresas. Por lo tanto, resulta urgente integrar las organizaciones de base en un aparato sindical centralizado, condición necesaria para luego imponer las nacionalizaciones bajo control obrero y, a la larga, la estatización de la economía. En la experiencia portuguesa, algunas décadas después de la Revolución rusa, el proyecto de control obrero seducía sobre todo a las tendencias izquierdistas, ya que permitía estructurar su poder en las empresas. Así, esa idea fue apoyada inicialmente por todas las organizaciones de ideología leninista situadas a la izquierda del Partido Comunista, los grupos maoístas bien implantados y los pequeñísimos núcleos trotskistas. Algunas facciones maoístas, seducidas por la retórica basista y antiburocrática de las corrientes rebeldes de la Revolución Cultural china, fueron no obstante sensibles al poder independiente de las organizaciones de base, mientras que otras

27. La tentativa de crear una organización sindical con posiciones cercanas a las de los socialistas y comunistas independientes, Base-Frente Unitario de Trabajadores, estaba predestinada al fracaso. Unos años más tarde se creó una central sindical próxima al Partido Socialista y a la derecha, la União Geral de Trabalhadores (UGT), con muy poca representatividad.

28. Fue el caso en Rusia, en 1921, durante el enfrentamiento con la Oposición Obrera. Véase el capítulo 5 de este libro: «La revolución en Rusia (1905-1917). La democracia "no falsificada" de los sóviets».

tendencias criticaron las acciones que reivindicaban un modelo de *autogestión*, aunque fuera confuso y mal agenciado. Consideraban que esas acciones eran «compatibles con el proceso capitalista».[29] El hecho es que para la mayoría de los partidos vanguardistas, esas experiencias, aunque débiles y aisladas, favorecían el riesgo de un desarrollo autónomo de las comisiones de base de los trabajadores y por tanto una pérdida de control del proceso por parte de las organizaciones políticas.

Para los bolcheviques, durante la experiencia rusa el control obrero hacía referencia a una situación transitoria, a una de esas etapas consideradas necesarias para la construcción de una sociedad estatalizada. Para la extrema izquierda portuguesa de 1974-1975, crear una situación de doble poder en las empresas era la fase que había que alcanzar. Esa situación tenía que permitir la formación, a partir de las CT, de los cuadros del nuevo partido revolucionario cuya aspiración era la conquista del poder político. Para los vanguardistas de cualquier opinión, control obrero, Estado obrero y economía estatal formaban los tres pilares de una misma concepción de la sociedad.

Reforma agraria o colectivización

Los movimientos que se desarrollaron en el campo, en el centro y en el sur del país, después del 25 de abril fueron muy ricos en posibilidades. El impulso de esas luchas resultaba de las revueltas de un pasado bastante reciente y la rabia contra los latifundistas ya provenía del periodo fascista. La gran huelga victoriosa de 1962 a favor de la jornada de ocho horas era la referencia por excelencia. Los movimientos de ocupación de las tierras reivindicaban, de forma confusa y mal formulada, otra forma de vivir, una ruptura con la miseria y la injustica social que reinaban en la región desde muchos siglos atrás, unas condiciones que casi

29. Raquel Varela: *Histoire populaire de la révolution portugaise. 1974-1975*, trad. Hélène Melo, Agone, Marsella, 2018.

no habían cambiado desde la insurrección alentejana de 1912. Las aspiraciones utópicas igualitarias de antaño, basadas en unos mitos mesiánicos que a día de hoy siguen vivos para ese proletariado sin tierra, se fusionaron con la revuelta social reavivada por la caída de un antiguo régimen totalmente asociado, en esas tierras, a los grandes latifundistas.

La exigencia de acabar con el trabajo temporal —sistema que los asalariados agrícolas sufrieron durante décadas y que propiciaba la pobreza endémica imperante— fue la chispa que incendió las praderas del sur del país. La resistencia de los grandes propietarios frente a las reivindicaciones preconizadas por los sindicalistas comunistas (muy bien implantados en la región) provocó, en la primavera de 1975, un recrudecimiento de los conflictos y de las ocupaciones. Al principio, en su inmensa mayoría esas ocupaciones fueron llevadas a cabo y organizadas por los dirigentes y militantes del Partido Comunista. Estos siempre intentaron que las fuerzas militares golpistas, a menudo formadas por soldados que tenían vínculos con las poblaciones locales y que simpatizaban abiertamente con las ocupaciones, reconocieran esas acciones. Desmarcándose de ese modelo tolerado por las nuevas autoridades, se produjeron otras acciones de ocupación llevadas a cabo de forma más independiente. Estas últimas encarnaban explícitamente las aspiraciones igualitarias y un anhelo de expropiar a los propietarios, de transformar las relaciones sociales. Torre Bela, una propiedad ocupada en abril de 1975,[30] fue el ejemplo más famoso. Sin embargo, se impuso el modelo de ocupaciones llevadas a cabo bajo la dirección del sindicato de los trabajadores rurales, controlado por el aparato del Partido Comunista. Los militantes del partido se opusieron a cualquier forma de ocupación orientada hacia una colectivización de las tierras, tildándola de «anarquista». El modelo burocrático del Partido Comunista era el de la creación de

30. Sobre esta ocupación, véase la película de Thomas Harlan: *Torre Bela*, 1975. En el 2011, José Filipe Costa realizó otra película: *Linha Vermelha*. Esta habla de las condiciones del rodaje de Thomas Harlan y de la fabricación del mito Torre Bela.

empresas agrícolas cooperativistas, formadas o por pequeños propietarios individuales o por trabajadores rurales que se convertían en asalariados. Llamadas Unidades Colectivas de Produção (UCP), estaban estructuradas a imagen y semejanza de las empresas agrarias existentes en la URSS y en los países de Europa del Este. De este modo se introdujeron la lógica productivista y las reglas de eficiencia económica, una rígida organización del trabajo y una jerarquía salarial conforme a las exigencias de una economía estatalizada, en la que se supone que debían integrarse las cooperativas. Durante este periodo, el Partido Comunista se había hecho con el control del conjunto de las instituciones del campo en el sur del país, desde los ayuntamientos hasta las casas del pueblo. También disponía de una sólida estructura con posibilidades de intervenir en las UCP, así como de las oficinas necesarias para acceder al crédito en un sistema bancario igualmente nacionalizado. No obstante, la victoria de ese modelo fue difícil e incompleta. En las propiedades ocupadas, los cuadros del partido no pudieron acabar totalmente con las tendencias colectivistas y los ideales de emancipación. La consigna del partido («La tierra para quien la trabaja») correspondía más bien al modelo de las cooperativas de campesinos individuales y hacía hincapié en la permanencia de la propiedad privada. A menudo se le opuso la de «La tierra para todos aquellos que trabajan», que se correspondía con las aspiraciones más colectivistas de los asalariados agrícolas que no querían repartir las tierras sino trabajarlas en común. A veces, algunos trabajadores les recordaban a los funcionarios del partido que las cooperativas debían funcionar de acuerdo con el principio de la igualdad: «Un hombre coge más porque necesita más, otro coge menos porque necesita menos».[31] De hecho, estudios ulteriores mostraron que el

31. Phil Mailer: *Portugal. A revoluçao impossivel?* (nueva versión actualizada por el autor), Antigona, Lisboa, 2018 (en castellano: *Portugal: ¿la revolución imposible?*, Klinamen, Madrid, 2015). Escrita por uno de los participantes en los acontecimientos, es actualmente una de las obras más serias sobre la Revolución portuguesa.

modelo de las UCP se topó con una resistencia subterránea por parte de los trabajadores agrícolas e incluso por parte de los militantes y simpatizantes del Partido Comunista, aunque sin hacer mucho ruido. Aspiraban a unas mejores condiciones de vida, sin por ello identificarse con un proyecto productivista. A falta de algo mejor, se contentaron con su nueva condición asalariada mientras se resistían a aceptar los criterios de productividad y de eficiencia introducidos por los dirigentes. Esto fue un factor determinante en el fracaso de la reforma agraria lanzada por el partido. Reintroducido por el Partido Socialista tras el segundo golpe de Estado militar de noviembre de 1975, el modelo del capitalismo privado integrado en la agroindustria europea borró posteriormente las últimas huellas de espíritu igualitario y de justicia social que habían sobrevivido al modelo burocrático.

El modelo burocrático de las UCP reproduce, al mismo tiempo, el individualismo del pequeño propietario y los valores de las relaciones asalariadas en los trabajadores rurales. Por el contrario, en el espíritu y los principios de funcionamiento de las ocupaciones del modelo Torre Bela, a pesar de los puntos débiles y de las contradicciones, había elementos de respuesta a una cuestión esencial: ¿cómo autoorganizarse para que la producción de alimentos necesaria a la reproducción de la vida social siga siendo controlada por la colectividad? Fueron experiencias en las que lo colectivo se asumió conscientemente, alejadas de las directrices del Ministerio de Agricultura y de los imperativos de la ciencia económica difundida por los cuadros de la reforma agraria. Uno de los protagonistas de Torre Bela hizo la siguiente descripción del funcionamiento de la colectividad:

> *Era un proyecto en el que no había asalariados, los participantes vivían de la distribución de la producción y luchábamos para que las mujeres tuvieran la misma retribución que los hombres. Cada miembro tenía una cuenta. Sus días de trabajo tenían de antemano un valor determinado. De los almacenes comunes cogía los productos alimenticios necesarios para su familia, que se deducían de su cuenta. Cada vez que la cooperativa estaba en condiciones de poder hacerlo, se realizaban pagos en dinero en la cuenta corriente de cada miembro.*[32]

Puede que ningún participante en las ocupaciones espontáneas llevadas a cabo fuera de la estrategia del Partido Comunista supiera directamente algo de las experiencias comunitarias llevadas a cabo en el campo a principios del siglo XX. Si bien la opresión del régimen autoritario había contribuido en gran medida al olvido de aquellas prácticas asociadas al proyecto comunista libertario, algo había quedado que se transmitió de generación en generación. Y la memoria perdida volvió a emerger gracias a la fuerza del movimiento. Un mismo espíritu se encarnó en ambos movimientos, un deseo común de acabar con la injustica social, de intentar construir colectiva y libremente una nueva vida; referencias de una visión del socialismo diferente de su visión autoritaria.

Los dos enemigos del socialismo salvaje

La Revolución portuguesa no dejó de ser un acontecimiento aislado, confinado en el espacio nacional. Sin embargo, coincidió con una ola de agitación social y con el desarrollo de las luchas obreras autónomas[33] en España:

> *Esas luchas se caracterizaron por la práctica de la lucha anticapitalista (la democracia directa, los delegados*

32. Entrevista a Camilo Murtagua, miembro de la cooperativa Torre Bela, por Alexandra Lucas Coelho: «O que é feito da nossa revoluçao selvagem?», *Publico*, 3 de agosto del 2009.

33. Los grandes momentos de ese ciclo de luchas (1970-1977) fueron las huelgas insurreccionales de Vitoria, en 1976, y la huelga de la empresa Roca en Gavá (Cataluña).

elegidos y revocables…). Ese «otro movimiento obrero» se desarrolló en las empresas, en las escuelas y los barrios. Se afirmó en plena dictadura y alcanzó su apogeo entre 1970 y 1977. Las luchas autónomas se desarrollaron al margen de los partidos y sindicatos (todavía clandestinos). Se trataba evidentemente de unas luchas contra el franquismo pero con un fuerte contenido anticapitalista, en la medida en que se posicionaban más allá de la democracia representativa, esto es, ni se conformaban ni se adaptaban a la lógica del pacto social que después constituirá la base de la transición posfranquista.[34]

Por ello la represión violenta de ese movimiento autónomo[35] fue correctamente interpretada como el acto de «consolidación del pacto de transición»,[36] compromiso firmado por un franquismo en descomposición con la Plataforma de Convergencia Democrática del PCE y el PSOE.

El ciclo de luchas autónomas en España y la Revolución portuguesa tuvieron lugar en unas circunstancias sociales y políticas muy similares. Y sin embargo, no se estableció ninguna relación directa entre ambos movimientos, pese a que los momentos álgidos de la Revolución portuguesa fueron seguidos con pasión y entusiasmo por aquellos que luchaban en España. La caída del régimen autoritario frente a la presión de la acción colectiva fue seguramente un factor de estímulo y de confianza para el desarrollo de la autoorganización de los trabajadores españoles. Pero todo se quedó en eso y no se produjo la convergencia concreta que parecía posible.

34. Santiago López Petit, entrevistado por Salvador López Arnal, *El Viejo Topo*, bit.ly/2Uxr25y, y también rebelion.org. Sobre este periodo, véanse Espai en Blanc (coord.): *Luchas autónomas en los años setenta*, Traficantes de Sueños, Madrid, 2010; y Francisco Quintana (coord.): *Asalto a la fábrica. Luchas autónomas y reestructuración capitalista*. 1960-1990, Alikornio, Barcelona, 2002.
35. El 3 de marzo de 1976, en Vitoria, la policía disparó a los huelguistas provocando cinco muertos y más de cien heridos.
36. Carlos García Velasco: «Vitoria: enero-marzo», en *Días rebeldes, crónicas de insumisión*, Octaedro, Barcelona, 2009, p. 277.

Pese a sus límites y sus contradicciones, los sucesos portugueses tuvieron una importancia que sobrepasó de lejos las fronteras de este pequeño país. Generaron un vasto movimiento de interés y de solidaridad en el conjunto de Europa e influenciaron a diversas corrientes políticas, desde la izquierda clásica hasta la nueva extrema izquierda que provenía de Mayo del 68. Las tácticas sectarias del PCP y sus relaciones antagónicas con el PSP —férreo defensor de las fuerzas del capitalismo de mercado y de los intereses occidentales antisoviéticos— pesaron como una losa sobre las divisiones de la izquierda europea. En Francia en particular, la crisis de la Union de la Gauche[37] y la emergencia de la ideología antiautoritaria en los años 1970 desembocaron en una situación en la que el Partido Socialista se convirtió en la fuerza dominante en la izquierda, sustituyendo al Partido Comunista.[38] Al margen de la política institucional del sistema, las corrientes del socialismo libertario también pudieron alimentar sus reflexiones gracias a las prácticas más independientes y radicales de los sucesos portugueses.

La Revolución portuguesa de 1974 fue el último movimiento social de cierta magnitud en Europa Occidental antes del desmoronamiento del bloque del capitalismo de Estado. Los dirigentes soviéticos se esmeraron en poner al PCP en guardia contra un intento de toma del poder político y en instaurar un sistema de economía estatalizada en Portugal. Esa posición revelaba la incapacidad del bloque soviético para expandirse, por razones de orden geopolítico, pero también a causa del agotamiento de su modo de producción. Las dos razones eran una sola en realidad. Anunciaban la bancarrota histórica del modelo. Junto con Mayo del 68, fueron los dos últimos movimientos sociales de cierta magnitud en el transcurso de la segunda mitad del siglo XX, y en los que se

37. Alianza electoral entre el PSF, el PCF y el Mouvement des Radicaux de Gauche (MRG) entre 1972 y 1977. *(N. de la E.)*
38. Esta evolución fue analizada por Michael Christofferson: *Les Intellectuels contre la gauche. L'idéologie antitotalitaire en France (1968-1981)*, Agone, Marsella, 2014.

manifestaron con fuerza los principios del socialismo salvaje: la democracia directa y la acción de base independiente de los partidos de vanguardia. Esta corriente se enfrentó a sus dos principales enemigos declarados, cuyas fuerzas provenían de los valores y de las acciones del antiguo movimiento obrero: la socialdemocracia sometida al capitalismo privado y las formaciones estalinistas prosoviéticas e izquierdistas, que defendían un socialismo basado en la dominación del Estado sobre la sociedad. El movimiento portugués se adentró más allá que Mayo del 68 en la búsqueda de la soberanía directa de los productores, emprendió unas prácticas limitadas de autogobierno en la producción y en la sociedad, y preparó el terreno para concebir la reorganización de la sociedad sobre unas bases no capitalistas. Aunque limitadas, esas acciones no previstas alteraron las estrategias del socialismo burocrático, en particular los planes del Partido Comunista, que a duras penas pudo controlar a su base. Cuando, el 25 de noviembre de 1975, la parte del Ejército que seguía fiel a las fuerzas del capitalismo privado intervino para poner fin a la agitación social y para restaurar el orden democrático, la dirección del partido optó por la expectación. Poco después Álvaro Cunhal expresó su alivio, ya que las fuerzas izquierdistas habían sido apartadas y ya no podían impedir la táctica de alianza democrática con el Ejército y las demás fuerzas políticas que el partido quería preservar.

> *Por muy paradójico que pueda parecer, la derrota de la izquierda militar, por sus trágicas enseñanzas y por los peligros que plantea en lo inmediato, crea unas nuevas condiciones para la unidad de las fuerzas interesadas en salvaguardar las libertades, la democracia, la revolución.*[39]

39. Álvaro Cunhal: *Discursos políticos*, Edições Avante!, 1976, pp. 9-35. En su texto de balance sobre el periodo, el dirigente comunista portugués confirmó, dieciocho años más tarde, este análisis en Álvaro Cunhal: *A Revolução Portuguesa. O Passado e o Futuro*, Edições Avante!, 1994.

La memoria de esos desbordamientos *salvajes*, cargados de posibilidades emancipatorias —encarnados en la original fórmula del apartidismo—, fue posteriormente borrada por la propaganda del orden capitalista, que redujo el episodio revolucionario portugués a un mero momento de transición democrática en el seno del «fin de la historia». Sin embargo, el episodio fue muy significativo: se impuso la democracia representativa, no al final de un proceso lineal de reivindicaciones democráticas, sino, por el contrario, tras una acción contrarrevolucionaria destinada a sofocar las aspiraciones de un orden de justicia igualitaria. Lo que, una vez más, pone de relieve la naturaleza autoritaria de la democracia parlamentaria y de consenso entre clases. El conformismo de la normalidad y la ignorancia remataron la obra del olvido. No obstante, los valores de solidaridad, de igualdad y de justicia social, de autogobierno siguieron transmitiéndose a través de la letra de la canción de José Afonso, que quiso simbolizar para el porvenir el espíritu universalista y la naturaleza libertaria de ese enriquecedor movimiento:

> *Grândola, ciudad castaña / Tierra de fraternidad / Solo el pueblo ordena / En tu seno, oh ciudad / En cada esquina un amigo / En cada rostro, la igualdad.*[40]

40. Mercedes Guerreiro y Jean Lemaître: *Grândola vila Morena. Le roman d'une chanson*, Aden, 2014.

DONDE LO NUEVO SOLAPA LO ANTIGUO
LOS NUEVOS MOVIMIENTOS

La indignación al rescate de la crisis de representación

En el libro *Les Partis politiques. Essai sur les tendances oligarchiques*,[1] publicado en 1914, Robert Michels, discípulo de Max Weber, formuló lo que consideraba que era una paradoja de la democracia moderna. El sistema representativo parlamentario y la forma partido político son indisociables y no pueden funcionar el uno sin el otro. Sin embargo, la forma partido, que analizó a partir de la evolución y de la práctica de la socialdemocracia alemana, tiene, en su opinión, tendencia a favorecer la formación de una casta oligárquica. Estas conclusiones las retomaron luego las corrientes del pensamiento elitista

1. Robert Michels: *Les partis politiques. Essai sur les tendances oligarchiques des démocraties*, Flammarion, París, 1971, reeditado con un prefacio de René Rémond (en castellano: *Los partidos políticos. Estudio sociológico de las tendencias oligárquicas de la democracia moderna*, trad. Enrique Molina de Vedia, Amorrortu, Buenos Aires, 1979). Robert Michels fue miembro del SPD en Alemania y se interesó por el sindicalismo revolucionario. A mitad de los años 1920, se convirtió en un admirador de Mussolini y elaboró una teoría de las minorías. En 1930 se adhirió definitivamente al partido fascista.

conservador, pues consideraron que eran una prueba de la inviabilidad de la democracia parlamentaria y que justificaban un gobierno autoritario. Pensadores protofascistas se alimentaron de esas reflexiones que concordaban con el postulado del pensamiento burgués. Este afirmaba que el pueblo era incapaz de ejercer plenamente su propia soberanía y que había que modificar la delegación permanente del poder.

Desde entonces, la idea de Michels sobre la formación de una casta oligárquica se vio confirmada de manera recurrente, pese a las modificaciones producidas a lo largo de la evolución de la vida política moderna. En sus diversas variantes, la forma partido se presenta actualmente como una estructura cada vez más burocrática, cuyo objetivo no es sino su propia reproducción en el ámbito del poder político y en sus vínculos con las fuerzas del poder económico. La importante crisis de representatividad que se observa hoy en sociedades con gran tradición de democracia parlamentaria no puede separarse de esos desarrollos. El crecimiento de la abstención, el retroceso de la participación electoral, la aversión y el rechazo al hecho político —que se manifiestan sobre todo en las clases populares— son diferentes aspectos difusos de este fenómeno.

En Francia, después de la instauración del sufragio universal —en realidad no universal, ya que solo era «masculino»—, esta tendencia siguió reafirmándose en 1848, igual que existe en sociedades en las que aquel fue implantado más recientemente. En Portugal, por ejemplo, se pasó de una participación del 92 % en 1975 (recién caído el régimen autoritario), al 55 % cuarenta años más tarde, un porcentaje más cercano al de las viejas democracias. Este proceso no puede disociarse del reconocimiento de la existencia de esa famosa casta oligárquica, ni tampoco de los efectos devastadores de la crisis social del estancamiento capitalista: la destrucción de las comunidades obreras mediante el paro y la precariedad, así como el debilitamiento de las instituciones, partidos y sindicatos del viejo movimiento obrero, cuando antaño estos habían sido unos vectores esenciales de la participación electoral de las clases populares.

Puede analizarse el proceso de la crisis de la representación como una mera desmovilización electoral, si se da por hecho que la democracia representativa es un sistema definitivo e insustituible, el mejor de los peores sistemas posibles. Desde este punto de vista, el problema se debería entonces a la *oferta programática*.[2] Retomando la misma formulación, también se podría detectar una señal del agotamiento de la *demanda*, el desmoronamiento de la creencia en el sistema político; una evolución que, en el peor de los casos, permite el aumento de las soluciones autoritarias, y en el mejor, la búsqueda de otras formas de democracia. Por otra parte, y en relación con un futuro a corto plazo, las instituciones del sistema están reconociendo e intentando atajar esa crisis de representatividad, mediante el fomento de prácticas formales de «democracia participativa» a nivel local o incluso, a una escala más amplia, recurriendo a referéndums, pero delimitando estas prácticas a formas desprovistas de un verdadero poder.

Los nuevos movimientos surgidos a principios de la década de 2010, desde el 15M de los indignados en España (mayo del 2011), pasando por Ocuppy en Estados Unidos (agosto del 2011), hasta Nuit Debout en Francia (abril del 2016), son diferentes expresiones de una crisis de la representación cuyos límites e impases quieren poner de relieve. Reivindican un nuevo contenido para la democracia. Por sus prácticas, estos movimientos también han reflexionado sobre las posibles vías hacia una superación de la democracia parlamentaria, contrariamente al antidemocrático rechazo de carácter elitista tradicionalmente defendido por las corrientes totalitarias del capitalismo, y por los fascismos en particular. En 1938, Pannekoek mostró una postura poco habitual, situando sus reflexiones en una perspectiva histórica a largo plazo. En unas circunstancias particularmente nefastas para las

2. Para un estudio del caso francés, véase Céline Braconnier y Jean-Yves Dormagen: *La démocratie de l'abstention. Aux origines de la démobilisation électorale en milieu populaire,* Gallimard, París, 2007. Para los autores, «el proceso de desmovilización electoral» puede *removilizarse* con cambios en lo que llaman «la oferta electoral y programática».

ideas emancipadoras, no dudó en escribir que, al entrar en una nueva fase de la evolución social, las luchas autónomas tenían que oponer la «democracia real» a la «democracia truncada [...] de los derechos formales».[3] Setenta años más tarde, los nuevos movimientos tomaron precisamente su impulso partiendo de esa oposición. Las consignas del 15M en España, «Lo llaman democracia y no lo es», «Democracia real ¡ya!» y «No nos representan»; o también el grito de los partidarios de Ocuppy frente a la represión del Estado democrático, «¡A eso se parece la democracia!», todas se refieren a la exigencia de ampliar la forma de representación clásica, incluso de superar la democracia parlamentaria y de creer en la posibilidad de una democracia directa.

Antes de continuar, consideremos brevemente el contexto histórico de esa crisis del hecho político. Si retomamos la fórmula de las carencias de la oferta programática, no podemos sino constatar que, en el sistema de delegación permanente del poder del capitalismo contemporáneo, la elección se limita cada vez más a los matices morales o conceptuales de un mismo proyecto político de carácter neoliberal. La inseguridad, y el miedo que le es concomitante, se han convertido en el eje del programa común de cualquier política. El sentimiento de inseguridad social engendrado y agravado por la crisis —el empobrecimiento de las clases explotadas, la implosión de las antiguas comunidades de clase, la intensificación de las condiciones de explotación, la desaparición de los puntos de referencia sociales— se ve paulatinamente amalgamado con la inseguridad de un estado de guerra generalizado, en beneficio de un «estado de excepción democrático». En la respuesta autoritaria a la crisis de la representación, la confianza en los representantes a los que delegamos el poder es sustituida por la confianza en las capacidades represivas del poder.

3. Anton Pannekoek: «Remarques générales sur la question de l'organisation» (noviembre de 1938), en Serge Bricianer: *Pannekoek et les conseils ouvriers*, *op. cit*., pp. 267 y 279 (en castellano, pp. 352 y 365).

El estado pasivo del nacionalismo y la defensa de la intervención social del Estado

Desde hace algunos años, el desmantelamiento del Estado social va de la mano de un incremento de la violencia directa contra los dominados. Si bien durante años las ayudas sociales fueron esenciales para encadenar a los proletarios al sistema, su actual reducción viene acompañada de una intensificación de las medidas de represión. Esto nos remite a la idea de Karl Marx, que insistía en que las formas del poder político son indisociables de las condiciones de explotación, cuya evolución altera necesariamente los contornos de la dominación política. El autoritarismo de Estado, que hoy va a la par de la intensificación de la explotación y la violencia en las relaciones de producción, introduce así unos nuevos medios represivos materiales e ideológicos que influyen sobre la conciencia social. Por lo tanto, cada vez que las luchas en el ámbito de la explotación superan el miedo y detienen la maquinaria represiva, las mentes se abren a nuevos horizontes esperanzadores.[4]

En vísperas de la Primera Guerra Mundial, las corrientes revolucionarias internacionalistas intentaron comprender el auge del nacionalismo en el movimiento obrero. El holandés Herman Gorter (quien años más tarde escribió una respuesta mordaz al manual de bolchevización de las organizaciones anticapitalistas redactado por Lenin, *La enfermedad infantil del «izquierdismo» en el comunismo*),[5] insistió sobre la naturaleza

4. Alfredo Fernandes, Claude Guillon, Charles Reeve y Barthélémy Schwartz: *De Godzilla aux classes dangereuses*, textos de la revista *Oiseau-tempête*, 1998-2005, Ab Irato, París, 2007. Retomo aquí, modificándolos, algunos pasajes del texto «La peur politique». Sobre la seguridad total, las tendencias autoritairias de la democracia y la política del miedo, véanse Claude Guillon: *La terrorisation démocratique*, Libertalia, Montreuil, 2009; y Serge Quadruppani: *La politique de la peur*, Seuil, París, 2011.

5. Herman Gorter: *Lettre ouverte au camarade Lénine...*, *op. cit.* (en castellano: «Carta abierta al camarada Lenin», en *La izquierda comunista germano-holandesa contra Lenin*, Ediciones Espartaco Internacional, 2004, p. 147).

específica del nacionalismo de los proletarios. El trabajador es «nacionalista de forma pasiva» porque reconoce que sus condiciones de subsistencia, su propia existencia, se sitúan en el ámbito nacional del capitalismo, porque se encuentra sometido al «instinto de conservación de la vida a través del trabajo y del salariado».[6] Y Gorter concluye afirmando que solo la idea del socialismo puede constituir una alternativa a esa sumisión a los valores patrióticos que, hoy como ayer, significa la necesidad de una seguridad total garantizada por los jefes.

Con el movimiento de globalización del capital y el debilitamiento de las fuerzas capitalistas nacionales, es el salario social el que ha sometido más intensamente las clases explotadas a los diversos Estados del bienestar. Mantener esa intervención del Estado se ha convertido en el objetivo central de la resistencia de las organizaciones del viejo mundo asalariado, una preocupación que alimenta indirectamente la ideología de la seguridad y fortalece el nacionalismo populista del periodo.

En una carta de 1939 dirigida a Gaston Chaissac, el pintor y revolucionario Otto Freundlich escribía:

> *Cuando el alma humana empieza a percatarse de la estrechez en la que estaba obligada a moverse, busca salidas. Pero nuestras costumbres, nuestras concepciones de la vida, en general y en particular, son muy fuertes y no resulta fácil cambiarlas de golpe, si bien nuestros claros sentimientos y la inteligencia nos dicen que es necesario.*[7]

6. Herman Gorter: «Les causes du nationalisme au sein du prolétariat», en *L'impérialisme, la guerre et la social-démocratie,* octubre de 1914, bit.ly/39AI6vw (en castellano: «Las causas del nacionalismo en el seno del proletariado», en *Contra el nacionalismo, contra el imperialismo y la guerra: ¡revolución proletaria mundial!*, trad. Emilio Madrid Expósito, Ediciones Espartaco Internacional, Barcelona, 2005, p. 118).
7. Otto Freundlich: «Lettre à Gaston Chaissac», en *Otto Freundlich et ses amis*, Éditions du musée de Pontoise, Pontoise, 2009. Sobre las ideas políticas de Freundlich y de sus amigos, véase Paul Mattick Jr.: «Modernisme et communisme antibolchévique...», *op. cit.*

Este pensamiento también podría esclarecer comportamientos colectivos en una situación social sin salida.

Así, la derrota del gran movimiento social contra el retraso legal de la edad de jubilación, ocurrido entre septiembre y noviembre del 2010 en Francia, evidenció hasta qué punto eran exiguos los medios sindicales de lucha para oponerse a las aspiraciones agresivas de la fase neoliberal del capitalismo. El éxito del panfleto de Stéphane Hessel, *Indignez-vous!*,[8] se hizo eco de ese fracaso y expresaba la necesidad de encontrar una solución. El texto ya conllevaba una gran contradicción, propia de cualquier periodo que se tambalea, y que quedaría en evidencia en los nuevos movimientos posteriores: superar el callejón sin salida del presente incluso a costa de someterse a los valores y principios del pasado. En cuanto a ese mismo desajuste en la conciencia del individuo como ser social, Herbert Marcuse observó:

> *Así, el superego no solo refuerza las demandas de la realidad, sino también aquellas de una realidad pasada. Gracias a estos mecanismos inconscientes, el desarrollo mental se retrasa en relación con el desarrollo real, o (puesto que el primero es en sí mismo un factor del último) retrasa el desarrollo real, niega sus potencialidades en nombre del pasado.*[9]

La idea de *resistencia* hacía referencia, como hemos visto, a la defensa de la seguridad del *statu quo*, a la lucha en favor de la restauración de lo que existía, legitimando así las organizaciones existentes, partidos y sindicatos, herramientas apropiadas para esos objetivos. Revisaba a la baja el denominador común de la oposición al capitalismo, cuando la experiencia histórica muestra que es un sistema dinámico que

8. Stéphane Hessel: *Indignez-vous!*, Indigène, Bouzigues, 2010. Existen ediciones en castellano (*¡Indignaos!*, trad. Telmo Moreno Lanaspa, Destino, Barcelona, 2011), catalán (*Indigneu-vos*, Destino), euskera (Haserretu zaitezte!, Hualde Alfaro) y gallego (Indignádevos!, Faktoría K de Libros). Antiguo diplomático, Stéphane Hessel (1917-2013) fue un hombre del poder vinculado a la izquierda clásica.
9. Herbert Marcuse: *Éros et civilisation*, Les Éditions de Minuit, París, 1963, p. 41 (en castellano: *Eros y civilización*, trad. Juan García Ponce, Sarpe, Madrid, 1983, p. 46).

puede integrar cualquier acción defensiva de resistencia. *Resistir* también significaba someterse al dilema del mundo tal y como es, preferir el mal menor, la vía dulce de la explotación de un pasado mitificado a la vía dura del capitalismo liberal. Es, desde luego, una mala elección. Anton Pannekoek, al final de la Segunda Guerra Mundial, indicó de forma pertinente que la vía dulce de la explotación es ciertamente preferible a la vía dura, pero «confundir la vía "suave" con la libertad» es dejarse engañar y, a la vez, es renunciar a la emancipación.[10]

Inicialmente, *Indignez-vous!* fue concebido como una respuesta al desconcierto provocado por la mutación neoliberal de la izquierda. La renuncia al intervencionismo económico se había convertido en el sello de calidad del realismo político y, en el discurso dominante, ya no había porvenir fuera del marco de un capitalismo neoliberal. Sin embargo, para muchos de los que se resisten a apoyar este giro, la contestación del presente sigue siendo analizada a través del prisma deformado de un pasado mitificado. Y finalmente, el mensaje político no deja de ser un banal alegato a favor de un retorno a la situación anterior. Ahora bien, volviendo al caso francés, el Estado intervencionista de la posguerra no fue precisamente un factor de equilibrio y de justicia social: además de fomentar la seguridad social o la educación pública, el Estado fomentó también el renacimiento de la propiedad privada. La esencia del programa del Consejo Nacional de la Resistencia, glorificado en *Indignez-vous!*, era un proyecto militarista de reconstrucción del capitalismo francés. El discurso de defensa de los intereses económicos en el marco de la independencia nacional se remitía a la potencia militar, al desarrollo del arma atómica. De este modo, el complejo militar, industrial y nuclear se situó en el centro de la nueva economía, y selló el compromiso histórico entre la derecha nacional y la izquierda francesa y sus sindicatos.

Las formas y los contenidos de los nuevos movimientos, como los de los indignados, han sido inevitablemente marcados

10. Anton Pannekoek: *Les conseils ouvriers*, *op.cit.*, vol. II, p. 63 (en castellano, p. 284).

por las condiciones históricas en las que han aparecido. Entre los indignados españoles y griegos, o en el movimiento Ocuppy en los Estados Unidos, la química de la acción directa colectiva hizo que el llamamiento activista de *¡Indignaos!* —la idea misma de una restauración de las condiciones de un pasado mitificado— fuera superado muy pronto por la urgencia de concebir otra sociedad, otra vida en ruptura con el sistema basado en el beneficio. Se deshicieron claramente de los restos de un pasado mitificado sobre todo porque pudieron distinguir en él una revalorización del productivismo capitalista que se había convertido, entre tanto, en la garantía de la catástrofe en curso. En su famoso texto, Stéphane Hessel lo presintió. Retomó rápidamente el mensaje del cuadro de Paul Klee, el *Angelus Novus*, que había tildado de pesimista ya que «la figura del ángel abre los brazos como para contener y repeler una tempestad que él identifica con el progreso».[11] Y no había omitido recordar que el propio Walter Benjamin no quiso someterse a la concepción del progreso y al proceso determinista de la historia. Daba muestras de un pesimismo que hoy podemos suscribir totalmente como algo emancipador, opuesto a la ideología de la reconstrucción productivista y a la voluntad de potencia que tuvieron precisamente los capitalismos de la posguerra.

El empobrecimiento del sentido de la vida y las crisis del consenso

Para los trabajadores, las consecuencias de la crisis económica actual son devastadoras. Hace ya muchos años que una superpoblación empobrecida de proletarios vive hacinada en unos espacios urbanos delimitados y controlados. Un mundo de excluidos, donde el paso de la infancia a la adolescencia y de esta a la edad adulta ya no se hace en función del proceso de

11. Stéphane Hessel: *Indignez-vous!, op. cit.*

integración en el trabajo asalariado, desde la escuela hasta la empresa. En un contexto de miseria material, espiritual, afectiva y sexual, seres atomizados intentan darle un sentido a sus vidas y al mundo. En Francia, los disturbios de octubre-noviembre del 2005 en los suburbios de las grandes ciudades fueron una muestra de desesperación que anunciaba algo más. En una parte importante de la juventud, lo religioso vino a colmar el vacío existencial. Y para una pequeñísima minoría, la rabia y el odio encontraron una válvula de escape en la violencia irracional: «Aquellos que individualmente quisieron darle un sentido a sus vidas y al mundo encontraron la muy contemporánea oferta política que hoy en día es la yihad».[12] Multitud de *especialistas* repiten la evidencia; no asistimos a

> *…una mera radicalización procedente del seno del islam. Ese éxito planetario de una ideología de guerra y de martirio se asienta en el rechazo radical de una cierta mundialización y en la experiencia del fracaso de las grandes movilizaciones, de una década de disturbios sin efecto.*[13]

Globalmente, la proletarización, incluso la precarización de los sectores asalariados que sociológicamente se habían clasificado como *clases medias* —ciegamente convencidos de que sus conquistas sociales eran intocables— constituye otra de las tendencias importantes de este periodo de empobrecimiento de la sociedad. Uno de los aspectos de ese empobrecimiento es la diferencia cada vez menos perceptible entre las condiciones de vida de los estudiantes y las de los jóvenes obreros, la proletarización de la condición estudiantil y la transformación de la estructura sociológica de la clase obrera.[14] A la juventud

12. Alain Bertho: *Les enfants du chaos. Essai sur le temps des martyrs*, La Découverte, París, 2016, p. 17.
13. *Ibid.*, p. 128.
14. En Europa, el movimiento acompaña con retraso al que se está desarrollando en la sociedad de América del Norte. Véase Gary Roth: «La surproduction de l'intelligence. Université, précariat et reconfiguration des classes socials aux Etats-Unis», bit.ly/3az507M.

estudiantil —que antaño no tenía la mala suerte de empobrecerse materialmente— le toca ahora enfrentarse a unas condiciones sociales diferentes, a un porvenir restringido por un horizonte limitado. Las etapas que en otros tiempos marcaban la vida estudiantil —trayectoria profesional, promoción, carrera— se esfuman también paulatinamente. Para la inmensa mayoría de la juventud precarizada, únicamente la perspectiva de consumir el ahorro de los padres, si lo hay, sigue siendo susceptible de darle un sentido material a su futuro inmediato.[15]

Por consiguiente, la evolución actual del capitalismo puede caracterizarse por la diferencia cada vez mayor entre los ingresos y la concentración de la riqueza en un segmento de la clase capitalista cada día más reducido y por el empobrecimiento de la mayoría de la sociedad. Desorientado por los gritos de medio millón de indignados israelíes que se manifestaron repentinamente en las calles de Tel Aviv a principios de septiembre del 2011, al editorialista del muy consensual periódico *Yediot Aharonot* le extrañó la siguiente paradoja: «Un fuerte crecimiento que va a la par de un incremento de la pobreza».[16] Sin embargo, lo que el periodista considera una paradoja es justamente esa faceta del capitalismo moderno que resulta tan chocante en todas las latitudes del planeta, inclusive en una sociedad particularmente paralizada por la locura racista y guerrera.

La progresiva desaparición de las llamadas *clases medias*, corolario evolutivo de la pirámide de los ingresos, repercute inevitablemente en la ideología democrática del consenso que se basaba en la promoción social, el espejismo del consumo de masas y la mejora de las condiciones de vida. Las generaciones

15. En Francia, la rápida degradación de las condiciones de vida de los jóvenes es más importante que en otras categorías de edad de la población. En el 2012, casi un cuarto de la franja entre 18 y 24 años vivían por debajo del umbral de la pobreza, cuando era un 17,6 % en el 2002. En el 2016, el 23,4 % de las personas entre 15 y 24 años estaba en paro, cuando era un 6,6 % en 1975; y aumenta el paro de forma constante entre los diplomados (Alexandre Pouchard: «La dégradation de la situation des jeunes en cinq chiffres», *Le Monde*, 1 de abril del 2016).
16. *Le Monde*, 6 de septiembre del 2011.

más jóvenes son, obviamente, las primeras que se conciencian de la crisis del modelo. Una cosa es adaptarse al deterioro de las condiciones de vida a las que se había accedido; otra diferente es acomodarse a una realidad económica y social sin perspectivas, que bloquea el acceso a la prosperidad prometida... Una de las consignas de los indignados en España expresa con rabia la reacción frente a esa falta de porvenir: «Hemos sido hijos de la comodidad, pero no seremos padres del conformismo». En los Estados Unidos, el movimiento Ocuppy se desarrolló en base a la creciente precarización de la juventud y denunció la tendencia del capitalismo a la concentración extrema de la riqueza y del poder en una ínfima parte de la sociedad. El lema «We are the 99 %», más allá de su carácter reduccionista, desestabilizó el discurso ideológico dominante e hizo que la expresión *clase media* quedara obsoleta, después de haber servido, desde la segunda mitad del siglo XX, como referencia de prosperidad para cualquier asalariado con un nivel medio de consumo (a crédito, claro está). Su significado ha cambiado de tal forma que, después de Ocuppy, los conceptos de explotación, de clase, de sociedad de clases han vuelto a la superficie en el discurso público e incluso en el de la clase política estadounidense.[17]

Los nuevos movimientos, de Occupy a Nuit Debout

A principios de los años 2010, el incremento del descontento social y la erupción de los nuevos movimientos en varias regiones del planeta, de Chile a Quebec e Israel, desde Grecia hasta España y los Estados Unidos, no pueden disociarse de los efectos de la crisis económica del capitalismo. También en el Oriente Próximo, los disturbios de la famosa Primavera Árabe intentaron romper el inmovilismo de los regímenes

17. El éxito imprevisto de la campaña de Bernie Sanders, durante las primarias demócratas en la elección presidencial de noviembre del 2016, lo confirmó. Charles Reeve: «Le Socialisme made in Bernie», *CQFD*, marzo del 2016.

totalitarios y abrir una perspectiva de cara al porvenir. Los movimientos, estimulados por la angustia respecto al futuro, han aunado una parte de la juventud pobre con miembros de las *clases medias* empobrecidas, y también de los sectores combativos de la clase obrera, como sucedió en Egipto y en Túnez.

Después de lo ocurrido en Grecia, donde durante años perduró una agitación marcada por las revueltas y los violentos enfrentamientos con la policía, las ocupaciones, las huelgas generalizadas, fue en España donde el movimiento de los indignados reafirmó su autonomía y se radicalizó. Sin embargo, surgió en una situación social menos degradada. Aunque influyera mucho, el paro masivo de la juventud no era una especificidad del caso español. En cambio, no se puede obviar la existencia de un importante movimiento social alternativo formado por comunidades, okupas y diversos espacios asociativos, así como por la presencia activa de diversas corrientes del anarcosindicalismo. Las prácticas de asambleísmo se identificaban con una tradición libertaria aunque no fuera asumida, ni mucho menos, la concepción de la acción directa colectiva. Las luchas urbanas en defensa de la vivienda y las huelgas decididas, como la de los trabajadores del metro de Madrid en el 2010 (llevada a cabo por asambleas), habían demostrado que la idea de autoorganización seguía muy presente entre los trabajadores combativos, desengañados respecto al papel apaciguador de los «sindicatos del poder», como los apodan los indignados. Más allá de sus límites y de sus contradicciones, el dinamismo de los indignados en España se convirtió en un referente para otros movimientos similares que surgieron en otros lugares.

Como hemos subrayado, las ideas-consignas que inicialmente formaban el marco unificador de los nuevos movimientos están directamente vinculadas con la crisis del sistema representativo democrático. Al mismo tiempo, la crisis económica —fundamento de la crisis social— casi siempre se ha circunscrito a sus aspectos financieros y especulativos. Por ello, la afirmación de que «es necesaria una Revolución Ética»[18] denunciaba prioritariamente a

18. *Democracia real YA!*, manifiesto del movimiento de los indignados en España, 2011.

las élites políticas y sus vínculos con las fuerzas económicas, señalaba su desprestigio, pero descuidaba la crítica de los principios de funcionamiento de un sistema social de reproducción de la vida basado en la maximización del beneficio. Pues los sistemas de corrupción que han adquirido una gran visibilidad en la escena política moderna y que hoy por hoy dan forma a la casta oligárquica de la que hablaba Robert Michels en su libro, no son la causa de la crisis sino su producto.[19] En cualquier caso, el desengaño y la descalificación del mundo político que lo acompaña se añaden al sentimiento de injusticia que surge con el incremento de las desigualdades y de las injusticias sociales, a causa de la férrea aplicación de las políticas de austeridad. El hecho de denunciar el contenido de la democracia («que no lo es») se ha extendido, de manera más o menos explícita, al conjunto de las sociedades occidentales, concretándose en un rápido incremento del abstencionismo electoral, pero también a través de la aparición de formaciones políticas con fantasiosas propuestas tranquilizadoras, o también a través del renacimiento de corrientes xenófobas, proteccionistas y nostálgicas de un pasado mitificado. Las tendencias tildadas hoy en día de «populistas» se alimentan en gran parte del desengaño de la vida política. No obstante, son diferentes a los antiguos partidos de ideología fascista, que lograron movilizar a la gente de forma dinámica prometiendo una reorganización de la sociedad por parte del Estado y la construcción de un «hombre nuevo». Las corrientes reaccionarias populistas actuales han recuperado del fascismo esencialmente los métodos violentos de pacificación social.

Los nuevos movimientos al estilo de los indignados son heterogéneos, están repletos de contradicciones y ambigüedades. Se sitúan en la encrucijada de diversas tendencias, a veces divergentes, unidas por su oposición a la lógica económica liberal y por su recelo hacia el sistema representativo parlamentario y su mundo político:

19. Paul Mattick: *Le jour de l'addition*, L'Insomniaque, Montreuil, 2009. Del mismo autor: «Le dépérissement de l'État», trad. Jacqueline Reuss, *L'Échaudée*, febrero del 2017 (publicado originalmente en *The Brooklyn Rail*, 3 de junio del 2016).

> *Aquello que mantiene esas sensibilidades y esos razonamientos [diversos] en una misma agrupación es, en parte, la crítica ideológica y militante llamando al cambio, pero es, sobre todo, la presión que sobre ellos ejerce el propio sistema.*[20]

Se trata de una «pluralidad (organizada) en movimiento», orientada a la superación de las condiciones existentes, antes que de una resistencia para restaurar las condiciones de un pasado mitificado.

La reforma reformada y la «democracia real»

Allá donde el movimiento consiguió mantenerse durante bastante tiempo en el espacio público, en particular en los Estados Unidos y en España, las divergencias revistieron muy pronto una forma organizada, entre reformistas por un lado y radicales por el otro.

Para una mayoría de participantes, las ideas-consignas evocadas en líneas anteriores expresan una voluntad de transformación de las instituciones existentes cuyos fundamentos, a pesar de todo, hay que preservar. Finalmente se reivindica, de manera ambigua, el hecho de corregir los excesos del sistema democrático parlamentario, se quiere transformar para reformar mejor... Personajes de la galaxia llamada *neomarxista*, con trayectorias políticas ambiguas y confusas, se convierten repentinamente en *teóricos* de dicha orientación.[21] Contra el espíritu de autonomía

20. Etcétera: «À propos du *caminar indignado*», Barcelona, marzo del 2012, publicado en *Courant Alternatif*, n.º 220, mayo del 2012. Se trata de un texto que se pregunta sobre el movimiento partiendo de una perspectiva anticapitalista no sectaria. Sobre los orígenes del 15M, véanse Émilien Bernard y Ferdinand Cazalis: «Madrid: les racines du 15-M», *Jeff Klak*, abril del 2016, bit.ly/2R1DoAv; y el colectivo Mauvaise Troupe: «Composition-Indignados et mouvement du 15-M», bit.ly/2Uu4RNk.

21. Ernesto Laclau y Chantal Mouffe: *Hégémonie et stratégie socialiste. Vers une*

y de las tendencias asambleístas que se afirman en los nuevos movimientos, prefieren reciclar la vieja receta del *reformismo radical* y del entrismo en las instituciones para transformarlas más fácilmente. Vuelven a reavivar el juego electoralista y la forma clásica de partido que le es concomitante. Mientras tanto, el declive de las organizaciones de la antigua clase obrera, partidos y sindicatos —que casi la totalidad de los anteriores pensadores neomarxistas habían ensalzado respetuosamente—,[22] es analizado como prueba de la desaparición de las clases, justificando así el abandono del discurso *de clase* de la antigua ortodoxia marxista. Proponen sustituirlo por el proyecto de *construcción* —sería más exacto decir *reconstrucción*— de una nueva categoría de *pueblo* y de un *populismo de izquierda*. Restauran un viejo guion de hace más de un siglo y lo presentan como la nueva alternativa de izquierda al neoliberalismo dominante.[23] Durante el movimiento 15M del 2011 en España, y más tarde en Nuit Debout en el 2016 en Francia, los llamamientos recurrentes a las reformas constitucionales y a una «acción constituyente» confirman la permanencia de una concepción democrática de delegación del poder y legitimación del Estado moderno. Desde este punto de vista, los nuevos movimientos siguen situándose en el ámbito político del sistema.

politique démocratique radicale, Les Solitaires Intempestifs, Besançon, 2009 (en castellano: *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, Siglo XXI, Madrid, 2018). Ernesto Laclau (1935-2014) militó inicialmente en el ala considerada «progresista» de la corriente nacional-populista peronista. Luego estuvo influenciado por Gramsci, Hobsbawm, Derrida y Foucault. Hacia el final de su vida, regreso a sus apegos originales para apoyar al clan Kirchner. Para conocer una crítica de sus ideas, véase Razmig Keucheyan y Renaud Lambert: «Ernesto Laclau, inspirateur de Podemos», *Le Monde diplomatique*, septiembre del 2015. De Chantal Mouffe: *L'illusion du consensus*, Albin Michel, París, 2016. Un acercamiento a sus posiciones puede verse en su intervención en el debate organizado por *Mediapart/La Revue du Crieur*: bit.ly/3bLnRwR.

22. El trayecto marxista autoritario (estalinista y maoísta) de casi todos los teóricos del neomarxismo, pocas veces, o nunca, se menciona cuando se trata de hablar de las ideas actuales. Como si el abandono del cuerpo de ideas que constituyó su formación hubiera dejado un campo virgen de pensamiento.
23. Chantal Mouffe: *L'illusion du consensus, op. cit.*

Otra tendencia, minoritaria pero activa, plantea la cuestión de la representación y la pone en perspectiva con la actual crisis de la vida política. Se focaliza en las causas de los problemas antes que en sus efectos y defiende una idea clara: la democracia existente no puede reformarse ni mejorarse, la idea de la *democracia real* implica otra forma de sociedad. Para ser más precisos: «No puede haber cambios importantes en el interior del sistema capitalista, no se puede salir del capitalismo quedándose en su seno».[24] Aquí podemos identificar una orientación que pone en cuestión los fundamentos de nuestras sociedades: «Plantea las premisas de un proyecto de cambio radical: autogestión, autonomía, democracia directa».[25] Al posicionarse contra los valores productivistas y contra el progreso adulado por el reformismo de antaño, los partidarios de esta tendencia se posicionan contra la política tradicional, el electoralismo, el compromiso y la negociación. Ponen su energía y su creatividad al servicio de las acciones directas y tienen muy claro que el movimiento tiene que extenderse. En España, donde dicha tendencia se afirmó con mayor fuerza, esta se expresó por medio del apoyo a huelgas, acciones contra los desahucios y ocupaciones de viviendas vacías, movilizaciones contra los bancos, ocupaciones de tierras por trabajadores asalariados agrícolas y parados, e incluso expropiaciones colectivas de productos en los supermercados; acciones explícitamente antinómicas con la actividad consensual y normativa tradicional de las instituciones del viejo movimiento obrero, con sus partidos y sindicatos.[26]

Jóvenes y trabajadores desalentados por la impotencia electoralista y sindical, rebeldes ante la violencia capitalista (paro, precariedad, pobreza creciente) son atraídos por el espíritu de esas iniciativas. Se sienten más a gusto en las asambleas de barrio, en

24. Etcétera: «À propos du *caminar indignado*», *op. cit.*
25. Lieux Communs: «Les mouvements des "indignés": potentialités, contradictions et perspectives», magmaweb.fr, junio del 2011.
26. Etcétera: «À propos du *caminar indignado*», *op. cit.* Para un análisis más cercano a las tendencias reformistas radicales en el movimiento español, véase Marcos Roitman Rosenmann: *Los indignados. El rescate de la política*, Akal, Madrid, 2012.

las acciones directas de expropiación y contra los bancos, en las manifestaciones salvajes callejeras que en las tristes obligaciones electorales o en las rituales misas sindicales. Las ideas y las prácticas popularizadas por los nuevos movimientos tienen en estos momentos una repercusión favorable en una parte de la sociedad: la relación entre autonomía individual y autoorganización colectiva, la organización unitaria y de base, la formación de colectividades no jerárquicas recelosas de las manipulaciones políticas e impermeables al carisma de los jefes y, finalmente, la ocupación de espacios autónomos (*occupy*) necesarios para el desarrollo del movimiento.

La relación política con la temporalidad también crea una fractura entre ambas corrientes.[27] La tendencia mayoritaria, la del reformismo radical, concibe el movimiento a corto plazo; la que defiende una transformación radical de la sociedad se posiciona en relación con el porvenir. Decir «¡tenemos tiempo!» y «vamos despacio porque vamos lejos» significa colocarse fuera de la temporalidad del productivismo y de la eficiencia inmediata. Las únicas concesiones a la inmediatez son las acciones concretas contra las formas de exclusión capitalistas, las oposiciones colectivas a los desahucios, a los crímenes ecológicos, la solidaridad con los refugiados e inmigrados errantes, el apoyo a las luchas que se salen de los marcos consensuales. A corto plazo, las exhortaciones a la subversión del sistema parecen poco realistas en relación con el *realismo* de las reformas. Sin embargo, en un periodo en que el capitalismo ya no ofrece espacio alguno para la reforma, son las corrientes llamadas realistas las que resultan ajustarse poco a la realidad, pues son incapaces de cumplir con sus promesas.

Creado en el 2014 en España, el partido Podemos sacó provecho inicialmente de la energía de las asambleas en las plazas. Luego, debido a sus aspiraciones institucionales y a sus objetivos electoralistas, en nombre de la eficacia se diluyó en el marco existente y adoptó sus principios de funcionamiento. El

27. Raoul Victor: «À propos du mouvement des Indignés en Espagne», 24 de junio del 2011, bit.ly/39wJxen.

«reformismo radical» se hundió en el fango de la politiquería y el realismo responsable fue adoptando paulatinamente un sensato posibilismo minimalista. Al fin y al cabo, la mutación de Podemos se añadió al engaño del partido griego Syriza que, tras el referéndum ganado contra la austeridad en julio del 2015, se apresuró a aplicar las medidas rechazadas por los electores y favorables a los intereses capitalistas.[28] La trayectoria del nuevo partido, La France Insoumise, no podrá evitar la lógica institucional, aunque al principio sus jefes sigan siendo sensibles a la insatisfacción y a la rebelión social que están a punto de estallar y pretendan mezclar el electoralismo con las movilizaciones en la calle.

Un periodo transitorio

En la primavera del 2016, Nuit Debout también expresó su fuerza contestataria. En algunos días, las movilizaciones callejeras y su fusión con las escasas huelgas contra la *loi travail* del Gobierno socialista francés lograron quebrantar la potente maquinaria represiva que el Estado había montado en la sociedad tras los asesinatos terroristas perpetrados en París. Pero muy pronto, Nuit Debout mostró sus debilidades y sus límites. En particular en cuanto a la práctica de un esbozo de democracia de base, convertida en el modo de funcionamiento de los nuevos movimientos. Recurrir a las asambleas siempre estuvo en el centro de su actividad, con unas discusiones interminables que se enredaban y que a menudo acababan cansando y desmotivando a los participantes. En una intervención sobre los contenidos de ese tipo de movimiento, Jacques Rancière recordaba muy oportunamente:

28. Son menos conocidas las medidas de criminalización de la solidaridad con los inmigrados y los refugiados adoptadas por Syriza, siguiendo la misma lógica de someterse a los intereses del capitalismo europeo: bit.ly/3ayi0L4.

Una asamblea tiene que poder decidir algo y no solamente proclamar «somos todos iguales». Por consiguiente, una asamblea ha de manifestarse con decisiones y luchas, y no meramente a través de una figuración formal de la igualdad. [...] Pues una asamblea igualitaria no es una asamblea consensual. [...] La lucha contra las jerarquías nada tiene que ver con la ideología del consenso.[29]

Hay que reconocer que el autoritarismo servil de la vida política, el reconocimiento del carácter burocrático de las formas tradicionales de organización, en pocas palabras, la crisis de la representación democrática, alimentan necesariamente un cierto fetichismo de las asambleas. Este planteamiento puede frenar las iniciativas que pretenden crear otras vías de reflexión, de decisión y de acción.[30] Dicho esto, Nuit Debout, como también Ocuppy y las asambleas de las plazas españolas, han sido lugares de paso y de debate cotidiano para millares de trabajadores asalariados, parados, jóvenes y no tan jóvenes. Las intervenciones y las prácticas sectarias y grupusculares no desaparecieron, pero les costó asentarse en las asambleas, manteniéndose en la sombra, ya que la gente temía muchísimo ser manipulada políticamente. En cuanto a los militantes de las organizaciones políticas con proyecto electoralista, intentaron utilizar el movimiento de las plazas para reponer fuerzas, aunque tuvieron dificultades para hacerse oír.

En resumidas cuentas, la capacidad de autoorganización de esas experiencias —desde el 15M español hasta Ocuppy, del Carré Rouge quebequense a Nuit Debout—, mostró una fuerte energía creadora, una enorme capacidad de iniciativa y de solidaridad colectiva. Resulta más importante si cabe que esas iniciativas hayan repercutido en sociedades atomizadas.

29. Jacques Rancière: «Interview sur Nuit debout», *Mediapart*, 30 de abril del 2016.
30. La creación en París de una red de comités de acción, por militantes y sindicalistas de base fuera del marco de Nuit Debout, tuvo muchas dificultades y no consiguió suscitar el interés de la masa de los asalariados. Véase G. Soriano y Nicole Thé: «Printemps 2016, un mouvement inattendu», 28 de junio del 2016, bit.ly/2UxByd2.

Refiriéndose sobre todo a Estados Unidos, Noam Chomsky lo puso de relieve: «Lo más destacable de ese movimiento [Ocuppy] es que precisamente genera un impulso de solidaridad del que tanto carece nuestra sociedad atomizada».[31]

Hilos no visibles que conectan con el principio de autogobierno

La evolución actual del capitalismo pone al descubierto su naturaleza violenta: la de un sistema social profundamente desigualitario, desequilibrado y peligroso. Las crisis económica, política y social son momentos decisivos; no dejan espacio para las reformas y hacen que la clase capitalista endurezca las formas de gobierno, agravando la evolución hacia la barbarie de la guerra.

La denuncia de la sociedad mercantil implica una crítica de las relaciones sociales de producción que originan ese desequilibrio. Para poder llevarla a cabo, el arma de la crítica tiene que ir más allá de lo superficial, de la esfera del mercado, de las finanzas y de sus aspectos como la corrupción, la especulación, la arrogancia de clase. No se debe confundir el efecto con la causa.

Los nuevos movimientos se sitúan en un momento cumbre dentro de un periodo de transición, en el que los modos de funcionamiento político del pasado —creados a partir de un consenso de clases y de la ideología de un progreso integrador— están averiados. Aunque estos movimientos no ataquen la raíz de los fundamentos del sistema, dan algunos pasos hacia una clarificación de las conciencias. Funcionan como un soplo de aire fresco. Varios temas y acciones procedentes de esos movimientos plantean las cuestiones determinantes de este periodo: en particular la crítica del sistema representativo y el profundo desprestigio de la clase política, inclusive de las vanguardias presuntamente revolucionarias. La organización de

31. Noam Chomsky: *Occupy*, L'Herne, París, 2016.

asambleas, el interés en evitar la burocratización de la palabra y el rechazo de las jerarquías son orientaciones que divergen de las de la política institucional del pasado y aspiran al deseo embrionario de una nueva organización de la sociedad.

De forma espontánea, están vinculados (a través de unos hilos no visibles) a los principios de la corriente de autogobierno que se remonta a los *enragés* de 1789, pasando por la Comuna de 1871, las revoluciones de los sóviets y de los consejos de principios del siglo XX y el Mayo del 68. La cuestión de la autoorganización no es una cuestión formal, es consustancial al proceso de emancipación social.

> *Pero ¿cómo educar a un pueblo, cómo hacer para que pueda concebir plenamente la idea de autoadministrarse si solo se le permite elegir a diputados en el parlamento, unos hombres que harán bonitos discursos y que se afiliarán a los partidos políticos sin que nada cambie para las masas? Veamos también el problema de la socialización. ¿Qué puede socializarse realmente si los obreros no se sienten directamente interpelados?*[32]

Formulados en un lenguaje que corresponde al de un pasado aún reciente, estos interrogantes le dan mayor relevancia al vínculo directo con la concepción que rompe de forma *salvaje* con el socialismo del saber de los jefes y de la forma de partido centralizado y jerarquizado. ¿Están estos interrogantes muy alejados de las inquietudes contemporáneas?

32. Ernst Däumig: «Discurso en el I Congreso General de los Consejos de los Trabajadores y Soldados», Berlín, 19 de diciembre de 1918. Ernst Däumig (1866-1922) fue un delegado revolucionario, partidario del sistema de los consejos y miembro del USPD. Véase *Tout le pouvoir aux Conseils!, op. cit.*, pp. 94-95.

DEL ZAPATISMO AL ZADISMO
VANGUARDISMOS Y AUTOORGANIZACIÓN

Zapatismo y neomarxismo

No se puede hablar de las corrientes de ideas que se expresan en los nuevos movimientos sin recordar el periodo histórico que las ha precedido, las luchas que han favorecido su formación y que les han servido de referente. A principios de 1994, la rebelión armada de los indígenas de Chiapas, en México, ha sido el suceso más relevante de este proceso, con el *boom* mediático del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) y la figura del subcomandante Marcos. Su capacidad para hacerse con el control de una región de las montañas del sureste mexicano y para administrarlo favoreció la creación de una extensa red de solidaridad a escala internacional, que luego se dedicó de lleno a un activismo político en el seno de las sociedades occidentales.

Inicialmente, el EZLN era una organización político-militar esencialmente indígena, de ideología leninista-guevarista y que posteriormente demostró una inteligencia política poco común y también una poco común capacidad para transformarse y adaptarse a las nuevas condiciones históricas tras la caída del bloque capitalista de Estado. Los dirigentes zapatistas

abandonaron deliberadamente —no solo públicamente— los fracasados modelos leninistas y propusieron otra forma de hacer política, más acorde con las exigencias más democráticas e igualitarias de la época. Su proyecto de transformación de las condiciones sociales, que no pasaba por la toma del poder, la propuesta de «mandar obedeciendo», la incitación a la creación de organizaciones democráticas de base fueron la estructura del modelo.

De este modo, se vieron revalorizadas unas prácticas muy minoritarias que, desde la mitad de los años 1970, habían sido defendidas por pequeños núcleos de libertarios, anarquistas y marxistas heterodoxos. Desde el principio, esa orientación política atípica fue muy ambigua ya que la propusieron, de arriba hacia abajo, los propios jefes de la organización.[1] Sin embargo, la defendieron con pasión los activistas de la red de solidaridad, que hallaron en la experiencia zapatista sus propias aspiraciones en pro del autogobierno, de las luchas, de una sociedad igualitaria, de una «idea no estatal de la emancipación colectiva».[2] El desarrollo del proyecto zapatista tuvo una dinámica que lo superó y que no se quedó en Chiapas, en correspondencia con la búsqueda de nuevas vías antiautoritarias por parte de los jóvenes que lo apoyaban. Luego el sistema zapatista siguió su camino, construyendo «su propio sistema político», paralelo a las instituciones oficiales, en los confines de las montañas del sureste mexicano.

1. Esta ambigüedad no pasó desapercibida a muchos apoyos libertarios, que quisieron justificar su posición basándose en la existencia de las prácticas ancestrales de democracia de base en las comunidades indias. Los textos de B. Traven sobre el estado endémico de revuelta de esas comunidades son ya una referencia importante. El brillante discurso de Marcos acabó convenciendo a aquellas y aquellos que querían que se les convenciera. La literatura dedicada a la experiencia zapatista es mayoritariamente favorable y poco crítica respecto al EZLN. Ciertas corrientes trotskistas han hecho una crítica del entusiasmo hacia la experiencia zapatista, señalando la existencia concreta de un poder separado y vertical. Véase Franck Gaudichaud (coord.): *Amériques latines. Émancipations en construction*, Syllepse, col. Les Cahiers de l'Émancipation, París, 2013.
2. «Entretien avec Jérôme Baschet sur l'expérience zapatiste et l'autonomie», *Critique Sociale*, n.° 39, septiembre-octubre del 2016; Jérôme Baschet: *La rébellion zapatiste*, Flammarion, col. Champs, París, 2005.

Se trata de un sistema basado en unos consejos municipales llamados «de buen gobierno», «en interacción con las asambleas» y cuyos miembros son a la vez elegidos y votados por la comunidad.[3] En cualquier caso, la energía política que suscitó entre sus partidarios repercutió en los nuevos movimientos, de Europa a Norteamérica.

Al principio, existe un punto común entre los «reformistas radicales» de los nuevos movimientos y las corrientes (no organizadas o imprecisas) que defienden una perspectiva de autogobierno de las luchas. La caída del bloque capitalista de Estado —o si se prefiere una fórmula más confusa, del «comunismo realmente existente»— dejó una ruina material, espiritual e ideológica cuyas consecuencias todavía no hemos superado en su totalidad. Fueron inconmensurables en cuanto a la destrucción de las referencias de la izquierda clásica, en la que la disolución de los partidos comunistas abrió paso a una vieja socialdemocracia en descomposición, trayendo como consecuencia inmediata la parálisis política de la mentalidad colectiva. Sobre las ruinas dejadas por la desaparición del marxismo autoritario, los pensadores del llamado neomarxismo construyeron un conjunto de proposiciones ideológicas.[4] Uno puede estar de acuerdo con la idea de que «esta época pone fin a toda una representación de la acción colectiva, de la sociedad, de la historia, de la revolución»,[5] a condición de subrayar que se trata justamente de una *representación* entre muchas otras. Poner al mismo nivel el fin del comunismo y la hipótesis revolucionaria es una tesis inaceptable. Como también lo es la afirmación según la cual

3. El funcionamiento de esos órganos de base parece marcado por la ambigüedad inicial, por un asambleísmo impuesto desde arriba. Sobre el funcionamiento concreto de los consejos municipales, véase «Entretien avec Jérôme Baschet sur l'expérience zapatiste et l'autonomie», *op. cit.*
4. Nos limitamos aquí a las observaciones de un autor cuyos análisis inteligentes y pertinentes sobre el estado actual de los jóvenes proletarios hemos citado antes. Alain Bertho: *Les Enfants du chaos...*, *op. cit.*
5. *Ibid.*, p. 155.

> *…el capitalismo mundial triunfa sobre las ruinas de la utopías. La caída del comunismo y la mundialización financiera han sentenciado a muerte, en un mismo movimiento, la esperanza de libertad y la esperanza de justicia.*[6]

En el mejor de los casos, hace falta una buena dosis de ingenuidad e ignorancia, y en el peor, hacer prueba de una evidente deshonestidad intelectual, para afirmar que el sistema soviético representó una esperanza de libertad y de justicia y que algo tuvo que ver con la utopía social, sea la que sea. El desmoronamiento del comunismo de Estado ha mostrado claramente que la conciencia política del movimiento obrero organizado se sometió a los principios autoritarios del socialismo, los cuales se impusieron durante varias décadas como única alternativa al sistema capitalista, pretendiendo ser *El* comunismo.

El rasgo dominante de las digresiones neomarxistas es la inexistencia de la historia. Y cuando recurren a ella, lo hacen de manera simplificada. Jacques Rancière, pese a ser uno de los pensadores asociados a esta corriente, invoca una «contrarrevolución intelectual» que va a la par con el triunfo del capitalismo moderno y habla de «la anulación de todo un pasado».[7]

Entre los teóricos neomarxistas, algunos intentan establecer un vínculo entre los nuevos movimientos y el zapatismo, situando en el centro de sus construcciones políticas esta impactante fórmula de los jefes zapatistas: «Cambiar el mundo sin tomar el poder».[8] A fin de cuentas, resulta positivo que la experiencia zapatista haya permitido que algunos recuperen el tiempo perdido, reabran el debate que se produjo en el movimiento obrero desde la Primera Internacional y abandonen la concepción de la toma del poder como condición imprescindible para cambiar el

6. *Ibid*., p. 154.
7. Jacques Rancière: «Interview sur Nuit debout», *op. cit.*
8. John Holloway: *Changer le monde sans prendre le pouvoir*, Syllepse/Lux, París, 2007 (en castellano: *Cambiar el mundo sin tomar el poder*, trad. Marcela Zangaro, El Viejo Topo, Barcelona, 2003); y *Crack capitalism. 33 thèses contre le capital*, Libertalia, Montreuil, 2012 (en castellano: *Agrietar el capitalismo*, trad. Francisco Sobrino Gómez, El Viejo Topo, Barcelona, 2011).

mundo. ¡Más vale tarde que nunca! Citemos a John Holloway, un autor que genera mucho interés en los círculos libertarios: «Las principales polémicas (entre reformistas y revolucionarios) trataban de cómo conquistar el poder del Estado: por la vía parlamentaria o por la vía extraparlamentaria».[9] Como puede verse, las referencias de los neomarxistas son aquellas que se corresponden con el proyecto leninista de la conquista del Estado. Para casi todos ellos, la corriente *revolucionaria* solo ha sido la del vanguardismo bolchevique, ¡como si antes del subcomandante Marcos no hubiese existido una crítica del leninismo! Las concepciones de un socialismo no estatal, las anarquistas y las comunistas antibolcheviques, son obviadas y silenciadas. La crítica del socialismo de la ciencia y de los jefes, el principio de autoridad desvelado por Bakunin, las experiencias de los consejos, los debates sobre la socialización, las colectivizaciones de la Revolución española son páginas en blanco en los manuales del pensamiento neomarxista.

Los nuevos movimientos de los años 2010 se alzaron contra la continuidad de las viejas políticas de los partidos vanguardistas. Podemos señalar fácilmente los límites y las insuficiencias de movimientos como el 15M, Ocuppy, Carré Rouge y también Nuit Debout. No obstante, basta con compararlos con la afonía de las luchas obreras del viejo movimiento obrero para que cobren su verdadera dimensión. De dichas luchas, y con razón, no se desprende la más mínima proposición alternativa, la más mínima idea de un mundo diferente, a no ser sus tímidas resistencias, el deseo apático del regreso a un pasado mitificado, precisamente aquel que engendró el desastre. Ese movimiento se muere y es inútil querer remediarlo. Uno nuevo ha de construirse a partir de las actuales condiciones de explotación y del rechazo de los viejos principios y formas de acción. A ciegas, de forma indecisa, los nuevos movimientos se salen del marco cuantitativo de la reivindicación inmediata, del legalismo a toda costa; plantean la reapropiación de

9. John Holloway: *Changer le monde sans prendre le pouvoir*, *op. cit*.

la vida, otra orientación de la historia. Es difícil decir si representan una *nueva forma* de la lucha de clases, pero, eso sí, son una forma de lucha relacionada con la fase actual de la lucha de clases. Ponen en guardia a la sociedad y a los explotados más rebeldes contra los peligros de la evolución del capitalismo, y contra la necesidad de superar la letanía clásica de la reivindicación inmediata para plantearse los problemas del futuro. «No tememos al futuro, es el futuro el que nos teme», se oyó en las manifestaciones de la primavera del 2016 en Francia contra la *loi travail*. He ahí una incisiva constatación que está muy por delante de las lúgubres reflexiones políticas y sindicales tradicionales.

Un debate sepultado bajo el peso de las derrotas

Para resolver lo que llaman «la ilusión de la toma del poder», los teóricos neomarxistas vinculados a los nuevos movimientos proponen la «disolución del poder», instando a separar el *poder-acción* del *poder-dominación*. Ahí aparece de nuevo «el meollo de la situación histórica contemporánea» de la que hablaba Cornelius Castoriadis después de Mayo del 68.[10] Contra el principio de autonomía, se afirma que cualquier contrapoder está condenado a un destino burocrático. Peor aún, se acaba por considerar como un «cuento» cualquier tentativa de autoorganización,[11] e incluso como inútil cualquier rebelión colectiva. Eso es lo que exponía de manera un tanto desenfadada y sorprendente un pensador a menudo relacionado con las diversas corrientes anticapitalistas de la época contemporánea:

10. Cornelius Castoriadis, prefacio a Jean-Michel Denis: *Les Coordinations*, *op. cit.*, p. 13.
11. Comité Invisible: *À nos amis*, La Fabrique, 2014, pp. 70-80 (en castellano: *A nuestros amigos*, trad. Vicente E. Barbarroja, León A. Barrera y Ricardo L. Fiori, Pepitas de Calabaza, Logroño, 2015, pp. 75-85).

> *Rebelarse, es ir a su perdición ya que la revuelta, si se produce en grupo, vuelve a retomar enseguida una escala jerárquica de sumisión en el seno del grupo, y la revuelta, sola, desemboca pronto en la supresión del rebelde a través de la generalidad anormal que se cree detentora de la normalidad.*[12]

Sin embargo, como muestran algunas experiencias históricas modernas (la revolución de los sóviets en Rusia, el movimiento de los consejos en Alemania, los comités de las colectivizaciones en España, entre otras), la crítica en la práctica de las viejas organizaciones burocráticas implica la creación de nuevas organizaciones espontáneas, las cuales «no están condenadas necesariamente a caer en la incoherencia» y en circunstancias particulares están abocadas a estructurarse y a durar.[13] El rechazo del vanguardismo no tiene por qué significar el rechazo de la organización en sí, ese principio fundamental del combate que han de llevar los propios interesados en pro de la subversión de la sociedad, en definitiva, del combate en pro de la emancipación.

Tras tantos cuestionamientos y revisiones dolorosas, los neomarxistas acabaron por enfrentarse a las cuestiones planteadas por las realizaciones prácticas del socialismo salvaje, retomando el anatema de la socialdemocracia de los años 1920:

> *¿Cómo concebir una organización de la producción y de la distribución que sea ascendente, que parta de las revueltas intersticiales antes que de un cuerpo de planificación centralizado? [...] ¿Cómo organizar un sistema de democracia directa a una escala que supere el nivel local*

12. Henri Laborit (1914-1995): *Éloge de la fuite*, Gallimard, col. Folio, París, 1985 [1976], p. 16.
13. Paul Mattick: «La gestion ouvrière», en *Intégration...*, *op. cit.*, p. 209 (en castellano en la versión en línea, sección I, penúltimo párrafo. Señalamos su ubicación pero, en este caso, hemos considerado más fiel una traducción directa que la de la versión señalada).

en una sociedad compleja? La respuesta clásica consiste en la formación de consejos vinculados entre sí por un consejo de los consejos en el que cada consejo elegiría unos delegados inmediatamente revocables.[14]

O sea, se «descubre de nuevo» lo que ya se descubrió a principios del siglo XX.

Menos trastocados por la caída de los sistemas de explotación que se reivindicaban del marxismo de Estado, el anarquismo y las corrientes antiautoritarias del socialismo han estado muy presentes en la génesis y el desarrollo de los nuevos movimientos. Tras las revueltas de la década de 1960, la Revolución portuguesa y el movimiento Solidarność en Polonia, no habían desempeñado ningún papel social significativo. Después, las concepciones que han venido defendiendo emergieron a la superficie en los nuevos movimientos de principios de los años 2010, mezclándose con las nuevas prácticas políticas y las ideologías del neomarxismo. Sin convertirse en dominantes, las corrientes anarquistas han tenido una influencia y han jugado un papel indiscutible en el desarrollo de los nuevos movimientos y en particular en el proceso de toma de decisiones democrático.[15] Sin embargo, resulta excesivo y reduccionista considerar anarquistas a los nuevos movimientos. Estos se caracterizan precisamente por una diversidad de corrientes, basada en una apertura ideológica, que no puede ser clausurada en un marco anarquista, cosa que nos impediría comprenderlos en toda su complejidad. Por otra parte, no deja de ser un problema que algunos anarquistas se focalicen en el formalismo de la toma de decisiones, en la democracia de las asambleas. Cuando David Graeber afirma que «lo que más me interesa no es decidir qué

14. John Holloway: «Peut-on changer le monde sans prendre le pouvoir?», *Esprit 68*, 2005, bit.ly/39whWdi.
15. Mark Bray: *Occupons Wall Street. L'anarchisme d'Occupy Wall Street*, Noir et Rouge, París, 2014, un libro que relata el papel de los anarquistas en el movimiento Occupy, sobre todo en Nueva York. Mark Bray vuelve a hablar de la experiencia de Occupy en una entrevista: «Retour sur Occupy Wall Street: quelles leçons en tirer?», *Autre futur*, abril del 2016, bit.ly/2wSkxkr.

tipo de sistema económico debería existir en una sociedad libre, sino crear los medios que permitan que los propios ciudadanos puedan decidirlo»,[16] está a punto de caer en el fetichismo de las organizaciones de base. Sin embargo, la teoría anarquista sabe, por experiencia histórica, que no puede haber separación entre medios políticos de toma de decisiones y el sistema económico; sabe que aceptar la separación de las dos esferas introduce, implícitamente, el riesgo de la jerarquía del saber y de la especialización en cualquier proyecto. Sin la existencia de organizaciones unitarias basadas en la práctica de la democracia directa no se puede contemplar la construcción de una sociedad en la que la economía no esté separada de la reproducción de la vida colectiva. En oposición a este fetichismo, algunas corrientes radicales no anarquistas menosprecian de forma dogmática la asamblea y la califican de órgano «para la charla, para la palabra libre» sin objetivo y sin capacidad de decidir.[17] La dinámica contradictoria, y por ende fecunda de cualquier movimiento basado en la democracia directa, invalida el insulso determinismo que pretende que «de una asamblea no puede salir algo distinto a lo que ya se encuentra en ella».[18]

Los trajes nuevos del *sujeto histórico*

Dos ideas importantes emergen de la dislocación de las teorías del antiguo movimiento obrero: el declive de la clase obrera en tanto que sujeto histórico y, consecuentemente, el abandono

16. David Graeber: *Comme si nous étions déjà libres*, trad. Alexie Ducet, Lux, París, 2014, p. 256. David Graeber tiende a sobrevalorar el papel de los anarquistas en Occupy. También es el autor de *Dette: 5000 ans d'histoire*, Les Liens qui Libèrent, París, 2013 (en castellano: *En deuda, una historia alternativa de la economía*, trad. Joan Andreano Weyland, Ariel, Madrid, 2014).
17. Comité Invisible: *L'insurrection qui vient*, La Fabrique, 2007, p. 112 (en castellano*: La insurrección que viene*, trad. Diego Luis Sanromán, Pepitas de Calabaza, Logroño, 2020, p. 123).
18. Comité Invisible: *À nos amis*, *op. cit.*, p. 60 (en castellano, p. 64).

del terreno de la producción para actuar a favor de la transformación de la sociedad. Dicho declive puede identificarse con el de la clase obrera del viejo movimiento, sometida a los principios del socialismo de Estado y representada en el terreno electoral por el partido, y en el terreno de la producción por el sindicato. En efecto, en su búsqueda constante de la rentabilidad, la producción capitalista transforma la estructura productiva y de las clases explotadas; las grandes concentraciones obreras se han desplazado de los viejos centros del capitalismo occidental hacia nuevas zonas periféricas, China, el Sudeste Asiático, la India o Brasil. En los viejos centros, el paro masivo se ha asentado, el excedente de fuerza de trabajo ha sido excluido durante mucho tiempo del proceso productivo, y la precarización y la individualización de la condición asalariada se han convertido en el estado *normal* de los supervivientes de la antigua clase obrera. El propio marco jurídico del trabajador en la empresa también se ha modificado.[19] A la crisis de la representación en el terreno electoral se añade la crisis del sindicalismo, cada vez más impotente ante las nuevas condiciones y sin margen alguno para la negociación.

La juventud que se movilizó en los nuevos movimientos fue la que sufrió en primera instancia los efectos de esas transformaciones. Ajena a los antiguos centros de producción, incapaz de expresar su rebeldía ante las nuevas condiciones de explotación, abandonada o ignorada por las organizaciones del viejo movimiento obrero, intenta, como es natural, crear nuevas situaciones en las cuales puedan expresarse el descontento y la rebeldía. En España, durante el movimiento del 15M del 2011, vimos como se dispararon las consignas como «¡Menos acuerdos, más luchas, rompamos el pacto social!». Hay indignados que se atrevieron a desfilar en una manifestación sindical contra la austeridad tras el lema «¡Olvídate del sindicato y únete a

19. La *loi travail* francesa, que provoca el movimiento social de la primavera del 2016, y las «reformas» del Gobierno Macron van en el mismo sentido de la destrucción del contrato colectivo de las condiciones de trabajo y hacia la individualización de la relación capital-trabajo.

la lucha!». Más tarde, las manifestaciones de la primavera del 2016 contra la *loi travail* en Francia, muy a menudo se escindieron en dos, ya que numerosos asalariados combativos se unían a los militantes radicales procedentes de Nuit Debout. Se puede constatar en todas partes, de Madrid a Nueva York y de Montreal a París o a Rennes, que los nuevos movimientos atraen la simpatía y la participación activa de los asalariados combativos mucho más que las movilizaciones de las direcciones sindicales.

Los nuevos movimientos también muestran que son capaces de cambiar, al menos por un momento, la tendencia a la dispersión y a la atomización de las *resistencias* dirigidas por las viejas organizaciones. Son capaces de unificar en torno a algunas ideas importantes y ofensivas, como la ocupación de los espacios comunes y el rechazo de las enormes diferencias de salario existentes. En los Estados Unidos, donde los conflictos, las huelgas y las movilizaciones estuvieron fragmentados unos de otros en el vasto espacio del territorio/continente durante casi un siglo, Ocuppy, con su rechazo de la desigualdad social, se convirtió en la referencia unificadora de cualquier lucha puntual, local o sectorial. Pasó algo similar en Quebec, con la energía creadora que desprendió el movimiento Carré Rouge. Provocado por las reivindicaciones corporativistas estudiantiles contra la «ley especial» que instauraba un incremento de los gastos de escolaridad, el movimiento se extendió al conjunto de la sociedad, se transformó durante seis meses en una rebelión contra las consecuencias sociales de la orientación neoliberal de las políticas educativas.[20]

Buscando nuevas vías para sobrepasar la crisis del sistema representativo, avanzando con cautela entre los discursos congelados del reformismo y los encantamientos mesiánicos del vanguardismo revolucionario, muchos piensan que la cuestión del sujeto histórico está lejos de estar zanjada, tanto más cuanto que incluye otras cuestiones igual de ineludibles. Si bien

20. Collectif de Débrayage: *On s'en câlisse. Histoire profane de la grève printemps 2012, Québec*, Entremonde, Ginebra, 2013.

la idea de la necesidad de bloquear el sistema parece ser compartida unánimemente, plantea inevitables preguntas. Es cierto: «El primer gesto para que algo pueda surgir en la metrópolis, para que se abran otros posibles, es detener su *perpetuum mobile*».[21] Pero para ello hace falta que ese bloqueo sea dinámico, que se ensamble con la idea de que la vida social ha de estar en manos de aquellas y de aquellos que la producen. Eso implica que hay que discutir y decidir lo que hay que bloquear, cómo hacerlo y quién ha de hacerlo. ¿La acción de bloquear desemboca inevitablemente en nuevas posibilidades, en una subversión de las relaciones sociales, del modo de vida y de producción capitalista? Volveremos sobre el tema.

Sin embargo, parece evidente que no se puede transformar una sociedad solo ocupando un espacio público. Incluso si la creación de un marco para el debate colectivo es indispensable para reflexionar sobre sus propias acciones, para superar la oposición negativa y emprender unas prácticas positivas, para contemplar rupturas y abordar un futuro diferente, no todos los marcos son idénticos. No nos *encontramos* y no nos *contamos* igual en un lugar de trabajo y en el *espacio social*, en una plaza, en una calle o en la celda de una comisaría.[22] Pues esos vínculos colectivos y relacionales, la relación con las jerarquías y los diferentes poderes, las experiencias y la interacción mutua, son distintos. Al fin y al cabo, los debates en torno a todas esas preguntas conducen ineluctablemente a que los participantes distingan las fuerzas sociales que disponen de los medios para bloquear el sistema. En los nuevos movimientos, dos respuestas se están precisando: por un lado, la que llama a una extensión de los movimientos hacia los lugares de producción y de servicios para, a la larga, volver a retomar el proyecto de huelga general, y por otro, la que reivindica la acción ejemplar de unas minorías activas sin obligación colectiva alguna.

21. Comité Invisible: *L'insurrection qui vient*, *op. cit.*, p. 47 (en castellano, p. 53).
22. *Ibid.*, p.127.

Zadismo y resistencia ofensiva

La necesidad de un territorio donde la comunidad de lucha pueda estructurarse sigue siendo imprescindible. Y visto que en los lugares de producción la violencia de las relaciones sociales deja poco espacio a la iniciativa colectiva, la rebelión ocupa el espacio social, la calle, las *zonas*:

> *No podemos sino concebir la revolución como intersticial, como una revolución que ocuparía los intersticios del capitalismo, que ocuparía los espacios en el mundo mientras el capitalismo existe todavía.*[23]

La idea no es nueva, recuerda las prácticas libertarias de los grupos de afinidad de antaño o de los falansterios[24] en los que se vivía siguiendo ciertos principios, o incluso las prácticas vanguardistas de la lucha de guerrillas y de los *territorios liberados* de un pasado más reciente.

Con anterioridad a los movimientos de las plazas apareció, sobre todo en Francia pero también en Italia, otro tipo de organización focalizado en el concepto de zonas ocupadas llamadas ZAD (zonas a defender). La idea se nutre de las experiencias alternativas del ciclo posterior a 1960 y del desarrollo más reciente de los movimientos okupas y de ocupación en zonas urbanas. A partir de los años 1990, esa idea la defendieron escritores libertarios como el norteamericano Hakim Bey, quien habló de zona autónoma temporal (TAZ).[25] En Francia, la larga lucha (1971-1981) que consiguió interrumpir la extensión de un campo militar en el Larzac también es una fuente de

23. John Holloway: «Peut-on changer le monde sans prendre le pouvoir?», *op. cit.*
24. Los falansterios, teorizados por Charles Fourier, eran un ideal de comunidades de vida y trabajo, que buscaban reproducir ideales igualitaristas, socialistas y cooperativistas. Fourier no los planteaba como comunidades cerradas sino como una propuesta de modelo de sociedad superadora del modelo industrial capitalista y de explotación. *(N. de la E.)*
25. Hakim Bey: *TAZ. Zone autonome temporaire*, Éditions de l'Éclat, París, 1997 (en castellano: Zona Autónoma Temporal, trad. Anagal, Anagal, 2005).

inspiración. Pero a partir de principios de los años 2000, son las acciones de ocupación de territorios contra ciertos proyectos de desarrollo capitalista las que estructuran el movimiento de las ZAD.[26]

Se podría ver una cierta similitud entre esas formas de acción y las viejas prácticas de la socialdemocracia de principios del siglo XX. Una importante red de estructuras de vida alternativa, de educación, de salud, de deporte y de ocio en el seno del capitalismo, representó antaño uno de los pilares de esos partidos y fueron un lugar predilecto para la formación de sus militantes y dirigentes. Ese modelo de contrasociedad fue adoptado posteriormente por los partidos comunistas bolcheviques y también por los partidos fascistas y nacionalsocialistas, todos movidos por la idea de la educación y de la formación de un *hombre nuevo*. La similitud se justifica si se hace hincapié en la vocación reformista de las movilizaciones del presente. Es cierto que los ocupantes de las ZAD se organizan sobre unas bases limitadas geográficamente, que evolucionan fuera del marco de la producción, que forman contrasociedades relativamente aisladas. No obstante, para ellos, la contrasociedad no existe en sí misma, no existe sino como comunidad de lucha en movimiento, en oposición al sistema. No es ni la emanación ni la creación de una organización tipo partido a lo que obedece, como en el caso de las comunidades socialistas o bolcheviques. Inicialmente, en las ZAD la ocupación de los territorios se lleva a cabo fuera del marco legal. Se integra como parte de un rechazo más amplio del

26. Las movilizaciones contra la construcción de la línea férrea Lyon-Turin, en el valle de Susa (2003), contra el aeropuerto de Notre-Dame-des-Landes (2012), contra la presa de Sivens (2014) o también contra el proyecto de vertedero nuclear en Bure (2016) son las más famosas. Véase Mauvaise Troupe: *Contrées. Histoires croisées de la ZAD de Notre-Dame-des-Landes et de la lutte No TAV dans le Val Susa*, L'Éclat, 2016. Véase también Serge Quadruppani: *Le monde des Grands Projets et ses ennemis*, La Découverte, París 2018. En cuanto a los debates entre las tendencias que se enfrentaron durante la lucha de NDDL, véanse los textos publicados en los sitios web *Indymedia Nantes* y zad.nadir.org. En Alemania, la ZAD de Hambi, en el bosque de Hambach, cerca de Colonia, se opone, desde el 2012, a la extensión de una mina de lignito al aire libre.

sistema. Los ocupantes no se conforman con una situación de gueto o de separación, aspiran a generalizar su acción, no defienden un proyecto autocentrado, un enésimo oasis socialista sino, más bien, un proyecto de enfrentamiento con los intereses capitalistas y el Estado que los defiende.

Los problemas planteados en el marco de esas luchas tienden a sobrepasar lo local, remiten a una crítica de los fundamentos del funcionamiento capitalista: la irracionalidad y el despilfarro de los recursos por parte de los grandes proyectos, la lógica productivista que conduce al desastre ecológico en general. En la lucha y a través de la lucha, intentan establecer nuevas relaciones sociales. En su origen, por su energía contestataria, el fenómeno de las ZAD se asemeja a las corrientes radicales autoorganizativas de la historia del movimiento socialista, antes que a las sensatas prácticas de las contrasociedades construidas en el seno del capitalismo y sometidas a las estrategias de los partidos.

La lucha de la ZAD de Notre-Dame-des-Landes en Francia, que desembocó, en el 2018, en la interrupción del proyecto de un gran aeropuerto al oeste del país, tuvo un impacto ejemplar. Varias cuestiones planteadas recuerdan, aunque de forma diferente, los viejos debates del movimiento socialista. Inevitablemente, si la lucha va para largo se plantea la cuestión de la relación con el Estado, y las luchas de los territorios ocupados se topan con una represión física o institucional. Entonces aparecen las fracturas políticas, basadas en las diferentes concepciones políticas pero también en la desigualdad de los recursos —materiales, sociales, culturales— de los diversos grupos implicados en los territorios. Y salen a la luz las desviaciones hacia unas prácticas burocráticas y los desacuerdos en torno a la cuestión del legalismo.[27] Se instala una oposición entre las tácticas por etapas y la acción directa maximalista. Una corriente apuesta por preservar los núcleos o los *puntos de apoyo*, si es necesario a través de una estrategia

27. Sobre los procesos de burocratización en la ZAD de NDDL: *Des dynamiques inherentes aux mouvements de contestation*, bit.ly/340IG18.

de compromiso (concebido como provisional) con el Estado; otra pone el acento en la mayor soberanía posible de la colectividad de lucha y en el rechazo de cualquier legalización.

El devenir de esas experiencias depende, sobre todo, del estado global del movimiento social y de las relaciones de fuerza, circunstancias que pueden favorecer una extensión o una caída de la protesta. El compromiso o su rechazo no son una elección política, ambas posiciones son tributarias de un cambio en la relación de fuerzas. A corto plazo, la opción contraria al compromiso y favorable a recurrir a la democracia directa parece poco realista e improbable; apuesta por un resurgir radical del movimiento en unas circunstancias particularmente difíciles de prefigurar. La opción del compromiso táctico para salvaguardar algunos puntos de apoyo podría engendrar una dinámica de movilización y de extensión, pues seduce con su *realismo* de las propuestas positivas. Ahora bien, la experiencia histórica nos dice que cada vez que se llega a un compromiso con el Estado, es este el que controla el compromiso. A largo plazo, ambas corrientes corren el riesgo de sufrir la misma suerte bajo el efecto de la represión o de la normalización que las aísle y las haga retroceder. Las capacidades de integración del sistema y el principio de la eficacia conducen al desánimo y a la delegación pasiva, refuerzan el marco *legalista*. Las colectividades se ven entonces cada vez más arrastradas hacia las prácticas institucionales, a las que hay que consagrar la energía de lo posible en un mundo imposible.

Otras formas de participación, por ejemplo las iniciativas de un municipalismo independiente, seducen incluso a las corrientes libertarias,[28] aun cuando el poder municipal está perdiendo fuerza frente al poder central del Estado.

28. Sobre el municipalismo libertario, el lector puede consultar la obra de Murray Bookchin. En Virus Editorial, Janet Biehl: *Las políticas de la ecología social. Municipalismo libertario*, trad. Los Arenalejos, 2019, y *Ecología o catástrofe. La vida de Murray Bookchin*, trad. Paula Martín Ponz, 2018.

Vuelve el mito de la huelga general

El llamamiento a la huelga general volvió a aparecer espontáneamente en algunos de los nuevos movimientos y una gran mayoría de sus participantes la apoyaron. En los Estados Unidos, donde la integración del movimiento sindical es un hecho evidente, cuando Ocuppy Oakland intentó bloquear los puertos de la Costa Oeste uniéndose a los estibadores, se creó una dinámica que pareció por un instante relanzar y radicalizar el movimiento. Era ignorar el poder burocrático de los sindicatos que, con cautela, aceptaron tímidamente la propuesta de Ocuppy sin comprometerse del todo, pero manteniendo el control de su base. Sin embargo, en Túnez y en Egipto, la intervención de los trabajadores y de la base de los sindicatos en las movilizaciones de la Primavera Árabe incitó al Ejército a derrumbar el poder existente. Finalmente, en Francia, las huelgas iniciadas contra la *loi travail* en la primavera del 2016 coincidieron con Nuit Debout, y los trabajadores más combativos participaron en las acciones directas y callejeras junto con los sectores más radicales y activistas presentes en los espacios públicos. Pero, una vez más, el pasado terminó atrapando al presente. En todas y cada una de esas iniciativas, la dinámica del movimiento sindical acabó por imponerse y por aniquilar los valores antiburocráticos que esos nuevos movimientos manifestaban. El peso de las estrategias y de las tácticas, las relaciones de poder políticas, la lógica integradora del compromiso prevalecieron finalmente sobre las exigencias de los sectores más combativos. Los principios integradores de la democracia representativa y la aceptación de las decisiones de los jefes terminaron siendo aceptados, no sin algún que otro problema. Pero esto demuestra perfectamente que las formas políticas y sindicales del viejo sujeto histórico conservan una fuerza que sería estúpido subestimar.

Hay minorías activas que se alzan contra esas trampas de las que resulta difícil escapar y exploran los medios para superar las concepciones de los viejos partidos y sindicatos. Pero a pesar de ello, los propios individuos y grupos que eligen esa

vía también tienen dificultades para emanciparse del voluntarismo, y llevan a veces los estigmas de un vanguardismo que no reconocen como tal.

El vanguardismo invisible

Hacia finales de 1828, el exiliado Buonarroti expuso, en su *Conspiración por la igualdad*, el proyecto jacobino radical de la Revolución francesa: un nuevo estado de la sociedad en el que la reestructuración radical de la propiedad y del Estado se haría a través de una élite entregada al interés general. Un siglo más tarde, las convulsiones revolucionarias que sacudieron Europa tras la Primera Guerra Mundial —con la descomposición del Estado y de la sociedad así como de los valores que se le asociaban entonces— revistieron unas formas de organización y una extensión sin parangón alguno con las realizaciones conspirativas expuestas por Buonarroti. Sin embargo, la teoría que resultó de esos nuevos movimientos no tuvo la misma suerte que la obra del teórico jacobino, que siguió seduciendo y ganando nuevos adeptos. Los principios del sindicalismo revolucionario y del movimiento de los consejos de 1905-1921 (en Rusia y en Alemania) parecieron haber sido borrados por las contrarrevoluciones totalitarias, sin posibilidad de ser rescatados algún día. No obstante reaparecieron, diferentes en sus formas y en diversas circunstancias, cada vez que un movimiento autónomo trastocó la normalidad del capitalismo.

Uno de los eslóganes de Nuit Debout en París, durante la primavera del 2016, decía: «Ya no creemos en nada, pero no partimos de nada». ¿Y de qué se partía exactamente? Por un curioso cambio de situaciones, mientras el proyecto jacobino materializado en la democracia representativa está hoy en día en crisis, las ideas y las prácticas elitistas siguen expresándose en los propios movimientos que denuncian esa crisis y que buscan nuevas vías para romper con el desastre capitalista. Lo hacen con nuevos contornos y con los colores de la modernidad. Debe

de ser porque la superación no puede realizarse partiendo de la práctica de unos pocos, que resulta necesaria la experiencia colectiva de los movimientos reales, contradictorios y extendidos, creadores de nuevos valores y de nuevas perspectivas. Se trata de un laborioso proceso de emancipación que ha de romper con el lastre de las costumbres y atavismos del pasado que consuelan a la gente y que impiden que se afirme la autonomía de lo colectivo. Esa parálisis nos recuerda la gran exasperación de Razumikhin en *Crimen y castigo*:

> *¿Qué hacemos nosotros en la actualidad? Todos, todos sin excepción, nos hallamos, en lo que concierne a la ciencia, la cultura, el pensamiento, la invención, el ideal, los deseos, el liberalismo, la razón, la experiencia y todo lo demás, en una clase preparatoria del instituto, y nos contentamos con vivir con el espíritu ajeno.*

Durante la primera década del siglo XXI, en los medios activistas que se estaban radicalizando, la idea de la insurrección se impuso poco a poco a la de la indignación. Este cambio corresponde al fracaso de la posición indignada, a las derrotas de la *resistencia*, en una época en la que la violencia del ataque capitalista aniquila las oposiciones tradicionales y sigue haciendo estragos en las sociedades. Es cierto que, en una situación como esta, tomar la decisión de «dejar de esperar es, de un modo u otro, entrar en la lógica insurreccional».[29] Esa lógica que rechaza los compromisos y la negociación ganó adeptos inicialmente en los medios próximos a las ideas anarquistas, y luego se extendió a un ambiente radical más amplio. Entre aquellos y aquellas que asumen dicha posición está el Comité Invisible, grupo que ha firmado tres textos cortos[30] ya mencionados y

29. Comité Invisible: *L'insurrection qui vient*, *op. cit.*, p. 83 (en castellano, p. 93).
30. Comité Invisible: *L'insurrection qui vient*, *op. cit.*; *À nos amis*, *op. cit.*; *Maintenant*, 2017, todos editados por La Fabrique. Anteriormente, el grupo había publicado la revista *Tiqqun* (1999-2001), reeditada también por La Fabrique. Entre las lecturas apreciadas por el grupo, está la revista *Internationale Situationniste* y

que han sido difundidos más allá del ámbito francés, de São Paulo a Hong Kong, de Seattle a Johannesburgo. Esos textos han tenido un impacto indiscutible entre los que participan de forma más combativa en los nuevos movimientos, y también llaman la atención más allá de los pequeños medios radicales. Su éxito es realmente sintomático de la época y es un hecho político que no se puede obviar.

El primer texto, *L'insurrection qui vient*, seduce por su comprometida sensibilidad rebelde, su oposición intransigente a la falta de perspectiva del capitalismo que bloquea la utopía y el sueño de otro mundo. Muchos lectores neófitos de ese tipo de literatura encuentran en ella el reflejo de sus propias reflexiones y desilusiones, en particular la constatación del desmoronamiento de la izquierda y la necesidad de alejarse del terreno de la política para oponerse a la orientación actual del capitalismo. Finalmente, en una época repleta de calamidades capitalistas, no puede desagradar el lado profético que anuncia la tempestad de la insurrección humana. Como a menudo pasa con los oráculos, puede que la realidad de los hechos confirme sus previsiones. Sobre todo porque, en este caso preciso, no faltaban las revueltas contra los ataques capitalistas y podían fácilmente interpretarse como los presagios de una forma de *insurrección*. Por todas esas razones, y por algunas otras,[31] lo que los autores querían decir tuvo una repercusión que trascendía la importancia del texto. En fin, fueron los nuevos movimientos y las diversas revueltas que se expandieron por el planeta desde el 2010 las que propiciaron el éxito de este discurso, más que a la inversa. El movimiento real puede confirmar la pertinencia de una idea,

textos de algunas corrientes de la autonomía italiana. También tienen un cierto interés por algunos conceptos elaborados por personajes poco recomendables como los nazis —también filósofos— Martin Heidegger (1889-1976) y Carl Schmitt (1888-1985), teórico del estado de excepción en beneficio del hombre providencial y del Estado totalitario.

31. El complot construido por la necedad burocrática de la policía francesa, que intentó incriminar a miembros del Comité Invisible en un dudoso asunto de sabotaje fallido, les valió inevitablemente y a su pesar un interés mediático antropofágico.

nunca es la aplicación práctica de esta. De buen grado, se ha descrito al Comité Invisible como un colectivo de vanguardistas que avanzan enmascarados. Sin embargo, resulta simplista reducir la práctica de ese grupo y su amplia esfera de influencia (que reivindica de ahora en adelante muchas de sus ideas políticas) a una actitud vanguardista clásica, cuya pretensión sería dirigir a las masas a la forma y manera de Kautsky o de Lenin. Sus concepciones se asemejan más bien al acto ejemplar o a la acción de afinidad libertaria; se pueden ver como los adeptos de un elitismo ilustrado, de un voluntarismo revolucionario acorde con el espíritu de una época en la que cualquier enfoque explícitamente dirigista puede provocar inmediatamente una férrea oposición, o también pueden asemejarse a los antiguos modelos de sociedad abierta, atraídos por un estado de insurrección permanente. Por si fuera poco, en su primer texto hay una crítica de la revolución centralizadora, a la que oponen una proliferación de comunas insurrectas. El modelo inicial, se entiende, es el del «partido de la insurrección» de Auguste Blanqui antes que el de la socialdemocracia, inclusive en su forma extremista bolchevique.

En el 2006, Michael Löwy y Daniel Bensaïd firmaron un texto en el que hablaban de «la corriente subterránea, herética, marginalizada e inhibida» del socialismo francés a la que supuestamente habrían pertenecido Georges Sorel y también Blanqui.[32] Poco tiempo después, he ahí la corriente inhibida que vuelve a toda prisa y el río subterráneo que vuelve a salir a la superficie de un movimiento que hace suyo el consejo de Blanqui: confiar en la acción de unos pocos para iluminar el futuro.

32. Daniel Bensaïd y Michael Löwy: «Auguste Blanqui, communiste hérétique», en Phillipe Corcuff y Alain Maillard: *Les socialismes français à l'épreuve du pouvoir*, Textuel, París, 2006, bit.ly/3dOUxr9. Sobre Blanqui, véase Miguel Abensour y Valentin Pelosse: *Libérer l'enfermé. Auguste Blanqui*, Sens&Tonka, París, 2014. De Auguste Blanqui: *Maintenant, il faut des armes*, textos elegidos y presentados por Dominique Le Nuz, La Fabrique, París, 2007.

> *La educación es el único verdadero agente revolucionario. [...] Pero si las luces no penetran en las masas para enseñarles el* self government*, la ciencia de gobernarse ellas mismas, pronto en el terreno que permaneció estéril las nuevas tiranías serán aún más abrumadoras; la Revolución carga con la pena de su impotencia.*[33]

Esas ideas de la mitad del siglo XIX estuvieron a medio camino entre las del socialismo jacobino de partido y los nuevos principios procedentes de los movimientos revolucionarios de los primeros veinticinco años del siglo XX. Por un lado, Blanqui siguió siendo un defensor de los principios autoritarios, defendió la idea de una dictadura provisional para después devolverle el poder al pueblo. Sin embargo, algunas de sus ideas pueden estar en sintonía con las inquietudes del presente. Por ejemplo, los propósitos incisivos y rebeldes en cuestiones como la crítica del «fatalismo de la historia», de la «teoría siniestra del progreso»,[34] o también sobre la crisis de la representación:

> *¿Qué es un demócrata, por favor? He ahí una palabra confusa, banal, sin un significado preciso, una palabra elástica. ¿Qué opinión no encajaría con esa palabra? [...] Los astutos se complacen en lo abstracto que tanto les conviene; odian los puntos sobre las íes. Por eso proscriben los términos* proletarios *y* burgueses*. Estos tienen un significado claro y preciso; dicen categóricamente las cosas. Es lo que molesta.*[35]

33. Auguste Blanqui, citado en Miguel Abensour y Valentin Pelosse: *Libérer l'enfermé, op. cit*. Manuscritos de Blanqui, Bibliothèque nationale de France, naf. 9581-82, pp. 17-19.
34. «Una de las profecías más impresionantes de Blanqui no ha llamado hasta ahora la atención de los comentaristas. Estrechamente ligada a su visión crítica del progreso y de la utilización de la ciencia por el capital, denuncia un nuevo peligro: la destrucción del medioambiente natural por la civilización capitalista» (Daniel Bensaïd y Michael Löwy: «Auguste Blanqui, communiste hérétique», *op. cit.*).
35. Auguste Blanqui: «Lettre a Maillard», 6 de junio de 1852, citado en Miguel Abensour y Valentin Pelosse: *Libérer l'enfermé, op. cit.*

Volviendo a lo que constata el Comité Invisible, la insurrección no se transformó en revolución, «parece asfixiarse en el estadio de la revuelta».[36] Así, en función de las dificultades, de los avances y de los retrocesos de las prácticas colectivas, muchos participantes comprometidos con los nuevos movimientos han cambiado sus percepciones y radicalizado sus posiciones. Ha sido una prueba de la vitalidad de los elementos jóvenes y no tan jóvenes que han vislumbrado, en el seno de los nuevos movimientos, la presencia de unos valores y de un deseo de ruptura con el sistema, brindándoles la energía más radical. Pero que existan fuerzas de ruptura en un movimiento no es un factor suficiente para que puedan afirmarse contra el peso del pasado. Aisladas, delimitadas, las radicalidades se asfixian, se convierten en sectas, acaban por reforzar la pasividad y la resignación de las masas.

Los milagros de la estrategia

Las soluciones propuestas por los grupos y los individuos están marcadas por la época, por la incapacidad que tienen las luchas y los movimientos de superar las antiguas ideas de la acción política; también son tributarias de las concepciones del viejo movimiento obrero que sigue vivo entre muchos activistas que se consideran *revolucionarios* y cuya misión consiste en resolver los problemas del movimiento social. Por eso, en la reflexión y en la propaganda aparece de forma recurrente la necesidad de construir un proyecto revolucionario. El partido de la insurrección de Auguste Blanqui se esfuma entonces ante un *nosotros* grupuscular que evoca un concepto rescatado de las cenizas del pasado: el «partido histórico»[37] tan apreciado

36. Comité Invisible: *À nos amis*, *op. cit.*, p. 12 (en castellano, p. 12).
37. La fórmula es de Marx, que la utilizó en los debates sobre el fin de la Liga de los comunistas en 1851. Según Marx, el partido «surge espontáneamente, por doquier, del suelo de la sociedad moderna» (Karl Marx: *Adresse du Comité*

por el ultrabolchevique y sectario Amadeo Bordiga. Lamentar «la inexistencia de fuerzas revolucionarias con suficiente confianza en ellas mismas» desemboca en la necesidad de «construir una fuerza revolucionaria».[38] Sorprendentemente, y tras haber barrido de forma algo arrogante a los «marxistas» del pasado, el Comité Invisible no duda en recurrir a las sabias reflexiones de Lenin, especialista ineludible cuando se trata de subsanar la falta de perspectivas revolucionarias.[39] Por cierto, he aquí resumida en una sola frase una concepción del movimiento social a la que Vladímir Ilich no quitaría ni una sola coma:

> *No es la debilidad de las luchas lo que explica el desvanecimiento de toda perspectiva revolucionaria; es la ausencia de perspectiva revolucionaria creíble lo que explica la debilidad de las luchas.*[40]

Lo que da pie a la confusión en el discurso de esos grupos radicales presentes en los movimientos actuales es que evolucionan hacia posiciones dirigistas y claramente hacia concepciones en las que los *revolucionarios* aparecen como los depositarios de la teoría *creíble* que guía la acción. Esto lo señaló muy bien Jason E. Smith, un observador crítico de esos nuevos radicalismos:

> *La distinción entre la insurrección y la revolución no es sino uno de los indicios de ese aparente regreso a la ortodoxia. La razón que propone* À nos amis *para explicar las derrotas en el mundo de esos disturbios y de esas revueltas confirma este análisis; pues, en su opinión, las energías embriagadoras de los movimientos de masa carecen de una determinada práctica de la estrategia, o dicho de otro modo, de un intento concertado que aspire al desarrollo de una «inteligencia estratégica del presente».*[41]

Se trata efectivamente de una ortodoxia en la medida en que se reactiva la idea del partido, en la medida en que se reivindica la necesidad de construir ese tipo de organización animada por una «teoría revolucionaria», fuerza que engendra la revolución más allá de la fase insurreccional.

Estos núcleos radicales admiran precisamente las experiencias revolucionarias del pasado esencialmente heredadas de las concepciones jacobinas. Ignoran o casi no toman en consideración las experiencias del sindicalismo revolucionario, la de los consejos, la de las colectividades de la Revolución española y tampoco la de los movimientos de base de Mayo del 68, ya que ven esas experiencias con las gafas de la socialdemocracia y del leninismo, que las consideran como movimientos *salvajes* o *infantiles*. Las equiparan a una concepción fetichista de las formas de la democracia directa, a la ideología del *consejismo*. Las teorías fruto de esos movimientos subversivos modernos no responden a las expectativas voluntaristas de la inmensa mayoría de esos individuos y de esos grupos. Para estas teorías, la *inteligencia estratégica* necesaria para la transformación radical del mundo no puede ser sino el propio movimiento de autoorganización, el *espíritu de lucha* que desarrolla la autonomía del pensamiento y de la acción hacia una superación consciente de las relaciones mercantiles, independientemente de la forma que adopte.

Estas dos distintas concepciones, la del autogobierno y la del dirigismo, no han estado realmente confrontadas en los nuevos movimientos. Por ello, el regreso a la ortodoxia vanguardista constituye un refugio reconfortante

central à la Ligue des communistes, *op. cit*, *Œuvres*, p. 1417.) La lectura bolchevique la redujo a un «partido de revolucionarios» profesionales.

38. Comité Invisible: *À nos amis, op. cit.*, pp. 13 y 97 (en castellano, pp. 13 y 104-105).
39. *Ibid.*, p. 97 (en castellano, p. 102).
40. *Ibid.*, p. 95 (en castellano, p. 102).

41. Jason E. Smith: «Since the End of the Movement of the Squares: The Return of the Invisible Committee», *The Brooklyn Rail*, Field Notes, junio del 2015. El texto constituye una crítica pertinente de la evolución dirigista de las posiciones de este grupo.

para los elementos radicalizados. Estos grupos y su esfera de influencia parecen sentirse más seducidos por los acontecimientos de la Gran Revolución que por las experiencias revolucionarias del siglo XX.[42] La idea de revolución sigue asociándose así a la revuelta y a los disturbios e incita a la intervención de la *inteligencia estratégica* de grupos, sociedades, élites y vanguardias.

Estrategia, espontaneidad y organización

La idea de un paso de la fase de la insurrección a la fase de la revolución favorece la reintroducción de la idea de las etapas, de la transición, la de la época dorada del leninismo/trotskismo. La transformación de la sociedad se llevaría a cabo siguiendo una serie de fases cuya progresión supondría una estrategia de la que sería depositario el *nosotros*, el *partido histórico*. Recordemos lo que sobre este tema escribía Cornelius Castoriadis:

> *La idea de una «sociedad de transición» que no sea la sociedad socialista [...] es una mistificación. Eso no significa que no haya problemas de transición; en cierto sentido, toda la sociedad socialista está determinada por la existencia de esos problemas y su actividad aspira a resolverlos.*[43]

En una carta dirigida a la revista *Socialisme ou Barbarie*, Anton Pannekoek estaba de acuerdo en rechazar las etapas: la revolución «no será una convulsión única; formará el contenido de un periodo entero en la historia de la humanidad».[44]

42. En Francia, y desde principios de los años 2010, este interés por las corrientes jacobinas de la Revolución francesa repercute en la novela y el teatro. Un ejemplo, entre otros, la magnífica novela de Leslie Kaplan: *Mathias et la Révolution*, POL, París, 2016.
43. Pierre Chaulieu (Cornelius Castoriadis): «Sur le contenu du socialisme», *Socialisme ou Barbarie*, vol. IV, n.° 22, julio-septiembre de 1957, p. 72.
44. *Socialisme ou Barbarie*, n.° 14, abril-junio de 1954.

Como la época es confusa, puede entenderse que no siempre se puedan tratar ciertas cuestiones con toda la claridad requerida. Es lo que sucede con el viejo debate sobre organización y espontaneidad que hoy vuelve a resurgir. Obviamente no hay oposición entre esos dos enfoques. Cualquier movimiento espontáneo es un movimiento organizado, y la oposición que puede haber se manifiesta entre el movimiento espontáneo y las concepciones vanguardistas. Hay que reconocer que algunas tendencias radicales del momento plantean estas cuestiones de una forma novedosa, aunque a veces de una forma un tanto contradictoria. El Comité Invisible, por ejemplo, reconoce que el voluntarismo es una «tara congénita» de la acción política, que el modelo estatal de organización significa la desorganización y se opone a la acción emancipadora. La crítica del fetichismo de la organización, de una forma ideal de acción, no impide considerar que todas las organizaciones (desde los comités de base hasta los comités de acción) son variantes de la forma *Comuna*, unidad básica de lucha que tiene, en opinión de este grupo, la capacidad de propagar la autoorganización y de «crear territorios», de llevar a cabo el sabotaje y el bloqueo del sistema y de preparar la autodefensa.[45] La insurrección, afirma, puede que «no sea sino una multiplicación de las comunas».[46] En resumidas cuentas, al final de su discurso, los autores de *À nos amis* se alejan de la *Comuna* para buscar respuestas mejor adaptadas a la acción del famoso partido histórico. Al practicar una peligrosa ida y vuelta entre las diversas concepciones, acaban por plantearse una extraña cuestión que no tiene respuesta: ¿cómo construir una fuerza que no sea una organización?

Para las concepciones voluntaristas, la reflexión sobre la organización siempre se hace con respecto a la acción. ¿Y de qué acción se trata? Se trata esencialmente del enfrentamiento físico que tiene lugar fuera de los centros de reproducción: en los bloqueos y los enfrentamientos contra las fuerzas que

45. Comité Invisible: *L'insurrection qui vient*, *op. cit.*, pp. 96 y 107 (en castellano, pp. 106 y 117).
46. *Ibid.*, p. 107. (en castellano, pp. 117)

defienden el orden del sistema. Rara vez la acción tiene por objetivo el descubrimiento consciente de las capacidades de la fuerza colectiva de quienes luchan. Se entiende aquí que la elección de la forma *Comuna* corresponde a una concepción de la revolución focalizada en el control de un espacio que hay que extender mediante una táctica de barricadas. He aquí una visión romántica que abandona el análisis de las transformaciones de las formas del poder capitalista, y que se encierra en el callejón sin salida de los enfrentamientos contra unas fuerzas represivas cada vez más sofisticadas.

LOS *COMUNES* Y SUS IMPASES

Un tema que contrasta con las proposiciones de un nuevo vanguardismo ha surgido en el debate político en torno a los nuevos movimientos. «Los comunes», o «la revolución de los comunes», como algunos la han llamado, seducen a franjas importantes del nuevo activismo que se ha formado en las ZAD y demás espacios de vida y de prácticas autónomas, y ejercen de contrapeso respecto a los discursos que preconizan la insurrección. Mientras el estado salvaje del mundo tiene tendencia a paralizar el imaginario emancipador, mientras se expanden la dureza de las relaciones sociales y la violencia de las formas de gobierno, la atracción de los comunes se explica, sobre todo, por su contenido positivo: revaloriza la acción constructiva a favor de la subversión de las relaciones sociales existentes, que va más allá del sectarismo y de la fría urgencia del enfrentamiento con las fuerzas del poder:

> *La visión de los comunes afirma una dimensión positiva de la acción colectiva en la que los individuos estarían en condiciones de autogobernarse para resolver los*

conflictos relacionados con la accesibilidad y el uso de bienes o de recursos.[1]

Antes de aclarar una noción que abarca proposiciones y corrientes de diferente índole, conviene recordar algunos elementos de un pasado reciente que permiten considerar mejor la cuestión de los comunes en una perspectiva histórica.

En los años posteriores a Mayo del 68, algunos grupos plantearon la cuestión del posible vínculo entre las relaciones sociales creadas a través de las luchas y el contenido de una sociedad anticapitalista. Una idea destacó entre las corrientes que apoyaron el movimiento espontáneo e independiente de los comités de acción: «La alternativa revolucionaria no es un espejismo». Esta idea se inscribe en la lógica de un movimiento consciente de los trabajadores que puede «promover las formas de organización que, al permitir la participación consciente del mayor número posible de trabajadores en la dirección de la lucha, prefiguran las de la sociedad comunista».[2] La ruptura de Mayo del 68 reavivó un debate iniciado bastante antes, en los años de la posguerra mundial. En Francia, la revista *Socialisme ou Barbarie* se interesó por los problemas de la gestión obrera y sus relaciones con el contenido del socialismo, afirmando que las fuerzas susceptibles de construir una sociedad sin explotación se gestaban en las luchas obreras autónomas. En el capitalismo moderno, la lucha por controlar los medios de producción no se limitaba al control del proceso del trabajo, como pensaban los partidarios de la autogestión. Siempre en opinión de *Socialisme ou Barbarie*, esa lucha mostraba, por el contrario, un «impulso hacia la universalidad», hacia el control consciente de las fuerzas y del potencial de la comunidad de clase, hacia un cometido unificado del cómo producir y del qué producir:

1. «La révolution des communs», editorial introductorio al dosier del mismo nombre, *Lutopik*, n.º 10, primavera del 2016, bit.ly/39vFdMn.
2. «Crise du capitalisme et alternative révolutionnaire», *Lutte de Classe* (boletín del GLAT), junio de 1971.

La humanidad asociada es quien controlará la producción, y ese control ya no convertirá cada hombre en un individuo aislado [...] sino en un individuo social que participa en un proyecto social.[3]

Las circunstancias históricas creadas por la caída del bloque capitalista de Estado y los efectos del movimiento del capitalismo sobre la estructura de clase de las sociedades occidentales han modificado los términos del debate. Las nuevas formas de producción y la deslocalización de la producción de masa hacia la periferia de los viejos centros han reforzado la hipótesis de la «desaparición de la clase obrera» como «sujeto histórico» de la subversión del capitalismo. No han faltado otras concepciones sobre la forma de acceder colectivamente al gobierno de la sociedad para cubrir el vacío político creado. La noción de los comunes ha encontrado su lugar entre esas concepciones.

El origen del término data de los inicios del capitalismo cuando, en Inglaterra, a partir del siglo XVII, los *commons* (las tierras y demás bienes inmuebles comunales) fueron sustituidos por la propiedad privada, a través de las leyes de cercamiento: el movimiento de las *enclosures*. Si bien en la época el concepto era claro, hoy en día reaparece envuelto en una gran confusión, que se manifiesta, por ejemplo, en esta proposición:

La reaparición de la noción de comunes *como recursos que se pueden compartir libremente entre la economía privada y pública en función de un modelo de gobernanza colectiva también es sintomática de la búsqueda de alternativas.*[4]

3. Ria Stone: «La reconstruction de la société», *Socialisme ou Barbarie*, n.º 7, agosto-septiembre de 1950, traducido del inglés. Del mismo grupo norteamericano, véase Paul Romano: «L'ouvrier américain», *Socialisme ou Barbarie*, n.º 1 y 5-6. Esos textos, así como los de Daniel Mothé acerca de su experiencia en la fábrica, influyeron en el trabajo del grupo y los desarrollos teóricos de Pierre Chaulieu (Cornelius Castoriadis) sobre el contenido del socialismo.
4. «Révolution et contre-révolution à l'époque des tueries suicidaires», bit.ly/39AipeG.

Ya se vislumbra aquí una bifurcación: por un lado, un camino que conduce al compromiso con el funcionamiento tradicional de la economía, y por otro, la ruptura con la gobernanza capitalista de los recursos. Por si fuera poco, los recursos de la época moderna ya no son los del siglo XVII, son fruto de un modo de producción específico y lo que se plantea hoy en día va más allá de la mera gestión: ahora hay que elegir los recursos y saber cómo producirlos. Separar los recursos distribuibles de su modo de producción implica obviar las actuales relaciones sociales de explotación. A este respecto, el caso de la programación libre es ejemplar. Cuando se discuten las posibilidades y el uso que nos brindan estos programas en las prácticas anticapitalistas, no hay que descuidar la crítica de las tecnologías en las que se apoyan materialmente, la crítica de los efectos ecológicos destructores y la crítica de las condiciones de explotación de su producción.

Actualmente, para algunos autores y activistas, el concepto de comunes reúne —más allá de las huellas extremadamente pequeñas de un pasado comunal que subsiste— todo tipo de actividades y de solidaridades alternativas, de reglas de organización y de explotación de esos *recursos comunes*, desde las cooperativas de producción y de consumo hasta la esfera de los programas libres y los espacios verdes compartidos, iniciativas todas ellas que, instaladas en los intersticios del sistema capitalista, intentan librarse de la crueldad de la economía neoliberal. También pueden calificarse de comunes ciertas actividades que respetan las relaciones de mercado y salariales, incluso las tareas de trabajo no pagado que los poderes pueden utilizar como alternativas a los servicios públicos en proceso de desmantelamiento, particularmente en el ámbito de la ayuda social. Por cierto, hace años que algunos miembros respetados de la profesión de los economistas reclaman una reorganización de la *gobernanza de los recursos* como oportunidad para mejorar la productividad y los resultados del capitalismo en su conjunto, sin por ello alterar sus fundamentos sociales.[5]

5. Es el caso de Elinor Ostrom, premio nobel de economía en el 2009.

Algunos de los que llevan a cabo esas experiencias las asumen como meros arreglos que les permiten vivir mejor el día a día y resistir a la violencia capitalista. Como no amenazan su recorrido dantesco, el sistema las tolera como tales. Puede pensarse que, en sus elecciones relativas a la producción y al consumo, en su organización, contienen elementos que podrían servir de referencia para una futura sociedad. Así sucederá, en particular, cuando se trate de replantear los gigantescos problemas de la producción alimentaria industrial y de la contaminación en general, a condición de integrarlos en un movimiento más amplio de protesta contra el capitalismo. Ya tuvo lugar un debate similar al final del siglo XIX, cuando, en una correspondencia con los socialistas revolucionarios rusos, Karl Marx admitió que, en unas circunstancias históricas particulares, la posesión colectiva de la tierra y en particular la existencia de comunas rurales podían ser los «lugares de encuentro» y «regeneración» para conformar puntos de apoyo en los procesos de ruptura con vistas a la creación de nuevos modos de producción y de vida.[6] Lo que nos interesa en el debate sobre los comunes es precisamente esa búsqueda de esos puntos de apoyo.

Los comunes como principio político de lucha

Tal diversidad nos lleva a clarificar la noción de comunes. *Communs. Essai sur la révolution au XXIe siècle*,[7] de Pierre Dardot y Christian Laval, es una obra exhaustiva que tomaremos como referencia para respaldar nuestros propósitos. Los autores se esfuerzan por relacionar las prácticas heterogéneas de los comunes y sus definiciones; reivindican una perspectiva

6. Véanse Karl Marx: «Lettre à Vera Zassoulitch», en *Œuvres*, *op. cit.*, pp. 1557-1573; y Jacques Baynac: *Les Socialistes-révolutionnaires*, Robert Laffont, 1979.
7. Pierre Dardot y Christian Laval: *Communs. Essai sur la révolution au XXIe siècle*, La Découverte, París, 2014 (en castellano: *Común. Ensayo sobre la revolución en el siglo XXI*, trad. Alfonso Díez, Gedisa, Barcelona, 2015).

de transformación del capitalismo y retoman esencialmente los desarrollos de los autores procedentes del operaísmo italiano, Michael Hardt y Toni Negri en particular, a los que atribuyen la paternidad de la difusión contemporánea de la noción de común en el pensamiento político crítico.[8] Según Dardot y Laval, hay que separar el «común subversivo» de los «seudocomunes del capital», pues el capital puede organizar formas de cooperación y de reparto en provecho propio.[9] Definen el común como un principio político de acción, un terreno de lucha, entre otras cosas contra los efectos del liberalismo y de la privatización de los bienes comunes, como el agua y el aire. Por cierto, dos autores del medio radical norteamericano, Silvia Federici y George Caffentzis, han señalado que el interés por los comunes ha sido inicialmente una reacción contra el proceso continuo de «privatización de lo colectivo» en el capitalismo contemporáneo,[10] los «nuevos cercamientos» (es decir, la apropiación privada, mercantil, de todos los aspectos de la vida en la fase actual del capitalismo). Pero, siempre según Dardot y Laval,

> *… el común no es un bien, y el plural no cambia nada a este respecto, porque no es un objeto […] ya sea para poseerlo o para constituirlo. Es el principio político a partir del que debemos construir comunes para preservarlos, extenderlos y conseguir que sobrevivan. Es, por este mismo motivo, el principio político que define un nuevo régimen de las luchas a escala mundial.*[11]

Dicho de forma más precisa,

> *… ese término común no designa el resurgimiento de una Idea comunista eterna sino la emergencia de una nueva forma de oponerse al capitalismo, incluso de considerar su superación. […] Son búsquedas colectivas de nuevas formas democráticas. […] Común es propiamente el principio que anima esta actividad colectiva y que preside al mismo tiempo la construcción de esa forma de autogobierno.*[12]

George Caffentzis y Silvia Federici comparten esa opinión: «Los nuevos comunes han de ser el producto de nuestras luchas […] los fundamentos de un nuevo modo de producción alternativo». Ellos también advierten contra un uso capitalista de los comunes y proponen que se circunscriba la noción a las relaciones sociales que han surgido y se han desarrollado en las luchas, a las limitadas experiencias de autogobierno que podrían ser «los brotes de un modo alternativo de producción en gestación». Los comunes

> *… tienen por objetivo cambiar las relaciones sociales y crear una alternativa al capitalismo. […] En resumidas cuentas, no son vías de acceso hacia un capitalismo con rostro humano. O los comunes son un medio para crear una nueva y verdadera sociedad igualitaria y cooperativista, o corren el riesgo de participar en el incremento de las divisiones sociales existentes. […] Han de permitirnos tener más poder frente al capital y el Estado, resistir frente a la explotación, y deben prefigurar de manera embrionaria un nuevo modo de producción, ya no en base*

8. Pierre Dardot y Christian Laval se extienden en su libro sobre las concepciones de Michael Hardt y Antonio Negri en *Multitude*, La Découverte, París, 2004 (en castellano: *Multitud. Guerra y democracia en la era del imperio*, trad. J.A. Bravo, Debate, Barcelona, 2004), y en *Commonwealth*, Stock, París, 2012 (en castellano: *Commonwealth: el proyecto de una revolución del común*, trad. Raúl Sánchez Cedillo, Akal, Madrid, 2011). La revista de Boston *Midnight Notes Collective* publicó dos textos sobre los comunes: «The New Enclosures» (1990) y «Promissory Notes: From Crisis to Commons» (2009).
9. «Les communs proposent un nouveau modèle social et économique», entrevista a Christian Laval y David Bollier, *Lutopik*, n.º 10, primavera del 2016, bit.ly/3dHVotn.
10. Silvia Federici y George Caffentzis: «Commons Against and Beyond Capitalism», *Upping the Anti: a journal of theory and action*, n.º 15, septiembre del 2013, bit.ly/3bKsG9F, pp. 83-97.
11. Pierre Dardot y Christian Laval: *Communs…*, *op. cit.*, p. 49 (en castellano, p. 59).
12. *Ibid.*, pp. 16 y 19-20 (en castellano, pp. 21 y 24-25).

a la competencia sino en base al principio de la solidaridad colectiva.[13]

Plantear la cuestión de los comunes de este modo lleva a Dardot y Laval a poner en tela de juicio la experiencia histórica del socialismo autoritario, del capitalismo de Estado del que se desmarcan claramente, y que conciben como un sistema antagónico al de los comunes revolucionarios. Se refieren de buen grado a los trabajos del grupo Socialisme ou Barbarie, y a Castoriadis en particular: «La supuesta "realización" de lo común a través de la propiedad de Estado no ha sido sino la destrucción de lo común por parte del Estado».[14] En esos sistemas, «lo común se identificaba pura y simplemente con la propiedad estatal misma».[15] Dicho de otro modo, el capitalismo de Estado fue, en realidad, una «captura burocrática de lo común».[16]

Dardot y Laval le atribuyen a Marx, de forma muy discutible, un pensamiento determinista. En su opinión, habría «en Marx una forma de desentrañar los brotes del porvenir en el movimiento del capitalismo»;[17] para él, «lo común, lejos de ser espontáneo, es un producto del capital».[18] Por ello, ciertos discursos tienden a considerar los comunes como un «reverso enmascarado del capitalismo»,[19] un conjunto de recursos ya producidos y disponibles que tenemos que reapropiarnos sin más. Un discurso que remite a una concepción según la cual la emancipación social está determinada por el movimiento del capital, y en la que lo común producido es expropiado por el capital depredador. Nos volvemos a situar en el terreno de las viejas concepciones según las cuales la sociedad comunista es una producción indefectible del capitalismo, como

13. Silvia Federici y George Caffentzis: «Commons Against and Beyond Capitalism», *op. cit.*
14. Pierre Dardot y Christian Laval: *Communs...*, *op. cit*., p. 55 (en castellano, p. 65).
15. *Ibid*., p. 83 (en castellano, p. 96).
16. *Ibid.*, p. 93 (en castellano, p. 108).
17. *Ibid.*, p. 223 (en castellano, p. 254).
18. *Ibid.*, p. 191 (en castellano, p. 217).
19. *Ibid.*, pp. 196-197 (en castellano, p. 225).

«necesidad histórica» —concepciones heredadas del determinismo de la socialdemocracia de la Segunda Internacional, y apoyadas después por algunas corrientes leninistas—.

Puntos débiles del debate y trampa del realismo

Más allá de estas digresiones polémicas, la cuestión esencial es la siguiente: «¿En qué medida la concepción de una producción de lo común por el capital permite dar cuenta del paso a un "mundo" poscapitalista?».[20] Dicho con otras palabras, este es el debate que perdura desde sus inicios en el movimiento socialista: ¿está inscrito mecánicamente el proceso de emancipación social en el movimiento del capitalismo o, por lo contrario, exige la intervención consciente y autónoma de los explotados?

La producción de un común subversivo del orden capitalista no puede sino producirse a través del movimiento espontáneo e independiente de aquellos a quienes concierne, aunque necesariamente se produzca a partir de las condiciones materiales engendradas, creadas por el sistema capitalista. Asimismo, la cooperación que produce el capital no es de la misma índole que la cooperación creada en el transcurso de la autoorganización contra la alienación del trabajo, la única que permite la plenitud del individuo como sujeto social. Para comprender correctamente este proceso, hay que volver a abordar las experiencias históricas de socialización y de colectivización.

Ahora bien, los debates sobre los comunes son decepcionantes precisamente en ese terreno. Aunque solo mencionemos a Dardot y Laval, ¿cómo no sorprenderse de sus escasas referencias en la materia? Infravaloran demasiado, incluso ignoran las experiencias históricas de autogobierno y de democracia directa. No mencionan las ideas y las prácticas del sindicalismo revolucionario, de las colectivizaciones de la Revolución española;

20. *Ibid.*, p. 192 (en castellano, p. 219).

del mismo modo, apenas abordan el movimiento de los consejos, y lo hacen citando a un autor bolchevique o la alusión hecha de pasada por Hannah Arendt:[21] «El sistema de los consejos no ha encontrado todavía su teoría, y sigue por entero pendiente de experimentación».[22] Lo que no impide que los autores concluyan de forma tajante:

> *Aunque la vía de los consejos obreros no ha quedado completamente cerrada, sus fases eruptivas son demasiado breves y dispersas como para que se pueda considerar en lo inmediato su continuidad. [...] Pero sobre todo, en condiciones históricas nuevas no tendría sentido esperar una especie de retorno de los «sóviets» o de los «consejos obreros».*[23]

En definitiva, el movimiento de los consejos no sería sino un mero «esbozo de la forma política general de lo común».[24] Esbozo en la medida en que las experiencias de los consejos no son sino «huellas del deseo de democracia económica».[25] Una

21. En un extenso texto erudito y sabio de 600 páginas, la única referencia al movimiento y a las ideas de los sóviets y de los consejos es un artículo de una revista de 1978, firmado por el trotskista Pierre Naville. Pierre Dardot y Christian Laval: *Communs...*, *op. cit.*, p. 400 (en castellano, p. 453).
22. Hannah Arendt: «Réflexions sur la révolution hongroise», en *Les origines du totalitarisme*, Gallimard, París, 2002, p. 923 (en castellano: *Los orígenes del totalitarismo*, trad. Guillermo Solana, Taurus, Madrid, 2001. Este texto, que en la versión originaria del libro de Arendt figuraba como un epílogo, fue eliminado por la propia autora de la edición de 1966, tal y como explica ella misma en el prólogo a la tercera parte del libro: «En la segunda edición yo había añadido un epílogo en el que examinaba brevemente la introducción del sistema ruso en los países satélites y la Revolución húngara. Este examen, escrito mucho más tarde, era diferente en su tono, ya que se refería a acontecimientos contemporáneos y se tornó anticuado en muchos detalles. Ahora lo he eliminado, y este es el único cambio sustancial de esta edición», p. 29 [N. de la E.]), citado en Pierre Dardot y Christian Laval: *Communs...*, *op. cit.*, p. 401 (en castellano, p. 455).
23. Pierre Dardot y Christian Laval: *Communs...*, *op. cit.*, p. 401 (en castellano, p. 454).
24. *Ibid.*, p. 402 (en castellano, p. 455).
25. *Ibid.*, p. 91 (en castellano, p. 105).

vez más, se impone la concepción fetichista de los consejos, vistos como formas relacionadas con la vieja clase obrera. El sistema de los consejos es considerado como una forma con una función económica y no como un espíritu de lucha y de autogobierno que tiende a la abolición de las separaciones, de lo político y de lo económico.

Esperando el gran día, los modernos teóricos de los comunes se dejan atrapar fácilmente en las redes del realismo y se esfuerzan por hacer que la producción de los comunes pueda conciliarse con una valorización de los sectores marginales de la economía, de las asociaciones de cooperativas y autogestionadas «al margen del mercado lucrativo y del Estado»,[26] y que un día podrían jugar un papel primordial en la transición hacia la sociedad poscapitalista. Desvinculado de las perspectivas revolucionarias, el discurso sobre la *producción de comunes* se ha enredado en una mezcla confusa de ambigüedades, como dan prueba de ello afirmaciones como:

> *No se trata [...] de «suprimir» [el mercado] en provecho de un órgano burocrático de planificación y de reparto. Se trata más bien de reencastrarlo [sic] en la sociedad [...] de construir una nueva institución cívica del mercado que uniría el autogobierno de los productos con la soberanía colectiva de los consumidores.*[27]

Y: «No se trata de suprimir la propiedad privada sino de limitarla, de supeditarla a los imperativos sociales y ecológicos».[28] ¿Cómo concebir un mercado sin ley del mercado, sin determinación de los precios, sin alienación de los productores y sin mercancías? Para que haya mercado tiene que haber mercancías, y la producción mercantil implica la separación del productor del producto de su trabajo. Un *mercado cívico*

26. *Ibid.*, p. 504 (en castellano, p. 573).
27. *Ibid.*, p. 496 (en castellano, pp. 563-564).
28. «Les communs proposent un nouveau modèle social et économique», *Lutopik*, *op. cit.*

conscientemente controlado por los productores es una estupidez teórica.

La *producción del común* es una teoría que no deja de ser difusa y confusa, incluso si es susceptible de precisar sus objetivos y sus contenidos en el transcurso de las luchas venideras contra el capitalismo. Asimismo, puede argumentarse que dicha producción siempre se ha situado en el centro del proyecto político de la corriente socialista autoritaria, dirigida por el saber de los jefes y del partido. Reafirmar la necesidad de lo común no dice nada sobre el contenido del acto colectivo, sobre su naturaleza emancipadora o no. Los fracasos del socialismo autoritario, que la inmensa mayoría de los partidarios de los comunes reconocen, muestran que el factor determinante de la emancipación social no es la producción de comunes en sí misma. Lo determinante es cómo se producen los comunes, cómo se construyen. El objetivo forma parte del medio, el principio de autoorganización y de democracia directa.

En los debates que tuvieron lugar después del periodo revolucionario de principios del siglo XX, hay quienes evocaron una diferencia fundamental entre el «terreno pasivo» de lucha (el de la sociedad supuestamente cívica, del ciudadano, del espacio social, del consumo) y el «terreno activo» (el de la producción de la vida social). Esta es una diferencia fundamental desde el punto de vista del contenido de las luchas y de sus posibilidades subversivas. La actual reflexión sobre los *comunes anticapitalistas* evita esa cuestión acerca de los diferentes terrenos de lucha, y la visión de sus partidarios sobre el proceso de subversión del orden capitalista tiende a minimizar la idea de ruptura. Más bien, conciben los comunes como *fragmentos* de un mundo nuevo que está por venir. Esta reflexión se posiciona indistintamente en el terreno de la *sociedad cívica* y en el de la producción.

El feudalismo había podido coexistir con los primeros fragmentos de capitalismo. Sin embargo, hasta que se demuestre lo contrario, el capitalismo no permite la existencia en su seno de brotes, de fragmentos de una formación social que tiene por vocación la subversión de los fundamentos de las relaciones

existentes. La transformación radical de la actual sociedad no puede resultar de un proceso progresivo y acumulativo de creación de *espacios liberados*. Utilizando la dinámica de su fuerza, el capitalismo puede ocupar todos los espacios, absorber e integrar, tolerar y controlar todos los fragmentos que se vayan construyendo en su seno. Esta afirmación no es para nada dogmática. En la vida práctica real, en cuanto una actividad de producción o de distribución supera ciertas configuraciones minúsculas, se ve encuadrada, sometida a las relaciones asalariadas y al mercado. La evolución de las experiencias de cooperativas hacia la forma empresa lo demuestra a la perfección. Además, el capitalismo es un sistema social que puede imponerse al conjunto de la sociedad y desarrollarse incluso si solo explota a una parte de la población en el marco jurídico *normal*. Amplias zonas de actividad pueden coexistir fuera de ese marco sin dejar de reproducir las relaciones sociales capitalistas. Como prueba de ello, la existencia de la economía llamada «informal» que, hoy en día, concierne prácticamente a la mitad de la fuerza de trabajo a escala mundial.[29] También está el ejemplo de la economía del crimen que funciona de manera totalmente *ilegal* dentro del sistema. En relación con esos gigantescos sectores de actividad, las zonas de *economía alternativa*, las *zonas autónomas* o los *comunes anticapitalistas* representan poca cosa y no alteran en nada la producción de beneficios.

Bajo el reino del capitalismo, cualquier poder conquistado a través de la lucha puede ser cuestionado. Como afirmaban las corrientes radicales de la década de 1960, solo las relaciones sociales igualitarias creadas durante las luchas autónomas pueden prefigurar una nueva sociedad y librarse de esa fuerza de integración. Son los únicos *comunes* no integrables y perennes, que desaparecen y vuelven a aparecer en cada periodo de lucha contra el orden social.

29. Mike Davis: *Le pire des mondes possibles. De l'explosion urbaine au bidonville global*, La Découverte, París, 2006 (en castellano: *Planeta de ciudades miseria*, trad. Jose María Amoroto Salido, Akal, Madrid, 2014).

CONCLUSIÓN
LA CRISIS DE LA REPRESENTACIÓN Y LA INTERMITENCIA DE LA EMANCIPACIÓN SOCIAL

Desde la caída del muro de Berlín en 1989, está al orden del día el discurso respecto a los *vencidos* del proyecto revolucionario. Ciertamente, existió una *derrota* para quienes habían asignado a esos sistemas un significado de ruptura con los fundamentos del capitalismo. Quienes, al contrario, siempre habían criticado los valores y los principios de esa forma histórica de relaciones sociales de explotación, pensaron que podrían librarse de la derrota y del duelo revolucionario. Pues pensaban que el desmoronamiento del sistema estatal totalitario basado en la explotación del trabajo y el ascenso de China como potencia del capitalismo agresivo confirmarían su crítica. Esperaban que esas evoluciones fueran percibidas como los momentos de transición en la mutación de ese tipo de sistema hacia una forma más clásica de capitalismo. No sucedió así. Ahora más que nunca, la tarea de los poderes consiste en hacer pasar el capitalismo de Estado como la única forma posible de sociedad no capitalista. Hicieron creer que la mutación de un sistema injusto era el desplome de la idea misma de comunismo.

La aceptación general de esa farsa permitió asfixiar cualquier deseo, aspiración o esperanza de una alternativa al capitalismo actualmente mundial.[1] Con todo, el espíritu de *derrota* también afectó el pensamiento político radical.

Hoy, lo que sabemos es lo que no queremos. La experiencia histórica que heredamos está repleta de proposiciones en negativo. Más allá, todo es más complejo. Nos cuesta imaginar el devenir concreto de las luchas a favor de la emancipación social, y más todavía el mundo del futuro cuyos contornos aparecen borrosos. Con su humor corrosivo, el surrealista revolucionario de la España de 1936, Eugenio Granell, escribía: «En cuanto a cómo hacer revoluciones socialistas, por ahora solo disponemos de una enciclopedia de ignorancia».[2]

En cuanto los dueños del beneficio empezaron a derribar, uno tras otro, los *derechos adquiridos* sobre los que se sostenían los fundamentos del consenso capitalista, la preocupación se instaló en el campo reformista. Enfrentado a su propia impotencia, este apostó por la *indignación* para intentar detener la desmoralización que se estaba imponiendo en sus filas. Lamentándose de la falta de un proyecto revolucionario, de hecho continuó añorando el que acababa de fracasar. Pues el espíritu de *la izquierda* no acaba de emanciparse del fracaso del modelo estatal del socialismo que, a la larga, legitima la imposibilidad de cualquier proyecto de alcanzar un mundo diferente. El único mundo posible acaba siendo el mundo tal y como es. Es someterse por última vez al pensamiento dominante, a la proclamación del fin de la historia.

Si, por el contrario, se reivindica como proyecto humano que las personas controlen su historia, el inicio de una nueva historia, entonces hemos de concebir de otra forma el fracaso

1. Sobre esta cuestión y la relación entre las derrotas del antiguo movimiento socialista y la «melancolía», véase Enzo Traverso: *Mélancolie de gauche*, La Découverte, París, 2016 (en castellano: *Melancolía de la izquierda*, trad. Horacio Pons, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2019).
2. Eugenio Granell: «Una visión viva de la revolución», en *Artículos Políticos (1932-1990)*, Fundación Eugenio Granell, 2009, p. 229.

de los modelos estatales del comunismo. Este fracaso ha sido el ocaso de los principios del socialismo autoritario, del socialismo de los jefes. También ha sido el agotamiento de un modelo cuyas realizaciones forman parte, de ahora en adelante, del catálogo de desastres del mundo moderno. La comprensión crítica de lo que ha sucedido también es una herramienta para comprender lo que hoy acontece, lo cual permite abrir vías para el porvenir. Si bien hemos dejado atrás las ideas del socialismo autoritario, no se podrán construir nuevos proyectos de sociedad sin tener en cuenta las experiencias de las corrientes del socialismo salvaje que antaño reivindicaron la idea de la autoemancipación.

El derrumbamiento del comunismo autoritario coincidió con la llegada de un mundo capitalista más cohesionado. Ese cambio histórico, con sus consecuencias contradictorias, se produjo precisamente cuando el proceso de producción de beneficios se estaba debilitando, cuando la rentabilidad del capitalismo estaba ralentizándose. Paradójicamente, la crisis se convirtió en el estado permanente del sistema por fin mundializado. Nos encontramos ahora en unas nuevas condiciones que alteran las sociedades y las relaciones de fuerza intercapitalistas, y producen reacciones y contratendencias: incremento de las guerras, despertar de los nacionalismos y de las identidades religiosas, regreso a los muros proteccionistas y, sobre todo, endurecimiento del autoritarismo de las formas políticas. Este conjunto de fenómenos libera las fuerzas de la tiranía y de los enfrentamientos, de los conflictos y de la barbarie. Las nuevas dictaduras emergentes aprenden de la vieja democracia parlamentaria. Son primos hermanos que se complementan haciendo creer que se enfrentan. De ahora en adelante, la esencia de la vida política está regida por ese juego.

No obstante, la unificación del mundo capitalista había entreabierto un tanto la perspectiva internacionalista de su subversión. Pero no el internacionalismo virtual del discurso radical del pasado, ni el inter-nacionalismo (suma de nacionalismos), fundamento de la ideología comunista autoritaria, sino un internacionalismo práctico, basado en la solidaridad

entre las luchas concretas centradas en unos objetivos universalmente compartidos más allá de las especificidades locales, regionales, nacionales. A este respecto, el auge de la luchas obreras en la China del *socialismo de mercado* —segunda economía capitalista del mundo, fábrica planetaria— ha sido ejemplar. En pocos años, esas luchas se han vinculado al ciclo de los movimientos sociales de la economía mundial. Por su naturaleza ofensiva y directa, por su espíritu antiburocrático, por tener en cuenta la brutal destrucción del medioambiente, influyen en la evolución del capitalismo chino y, más allá, en los equilibrios inestables del capitalismo en general.[3] El hilo conductor de la autoemancipación social ha aparecido de nuevo, poniendo de relieve, en esas tierras alejadas de los viejos centros del capital, los principios del socialismo salvaje.

En este contexto de estancamiento prolongado, la naturaleza desequilibrada del sistema ha despuntado, entre otras cosas, por el escaso espacio que queda para las reformas. Y lo que es peor si cabe, la propia idea de *reforma* se asocia ya a un estado de regresión social necesario para salvar lo esencial de la familia capitalista.

Las propias bases de los proyectos y de las ideologías de la izquierda han sido socavadas y las consecuencias de su debilitamiento se han sumado a las del «fin del comunismo». La vieja socialdemocracia ha puesto fin a su trayectoria autodestructora amoldándose a la lógica neoliberal moderna, dejando un territorio sin esperanzas de un mundo diferente. Así, tras el comunismo de Estado, es la socialdemocracia liberal la que agoniza sin pena ni gloria. Son desapariciones sucesivas

3. Sobre la naturaleza capitalista del sistema chino, véanse dos textos de los años 1970: Charles Reeve: *Le tigre de papier. Sur le développement du capitalisme en Chine. 1949-1971*, Spartacus, París 1972; y Pierre Souyri: *Révolution et contre-révolution en Chine*, Christian Bourgois, París, 1982; otro más reciente, Mylène Gaulard: *Karl Marx à Pékin. Les racines de la crise dans la Chine capitaliste*, Demopolis, París, 2014. Sobre las luchas sociales en la China contemporánea, véanse Hsi Hsuan-wou y Charles Reeve: *China blues. Voyage au pays de l'harmonie précaire*, Verticales, París, 2008; y Bruno Astarian: *Lutte de classes dans la Chine des réformes (1978-2009)*, Acratie, París, 2009.

que constituyen un nuevo fenómeno histórico que agranda el campo de la barbarie capitalista, pero que también son susceptibles de abrir nuevas esperanzas y utopías.

Este desastre ha trastornado completamente los espíritus moldeados por los principios de la izquierda política de Estado y hasta las diversas variantes de «la izquierda de la izquierda», antaño llamada «izquierdismo». Puesto que, es obvio, de ahora en adelante todo ha de repensarse sobre nuevas bases. Ya se han acabado las elucubraciones retorcidas sobre las degeneraciones comunistas burocratizadas, susceptibles de revisarse, de mejorarse, de transformarse. La idea de una sociedad sin explotación aparece como un sinsentido fuera de la acción emancipadora de los propios explotados, se afirma definitivamente incompatible con el hecho de ser instaurada desde arriba, por un partido, un Estado o un partido-Estado.

Solo las corrientes del comunismo antiautoritario han salido más o menos indemnes de este gran vuelco en la historia moderna. Marginalizadas, minoritarias, como siempre lo han sido por oponerse constantemente a las corrientes autoritarias hegemónicas, en ellas repercute inevitablemente el hecho de que sean menos los que creen en la posibilidad de un nuevo mundo. No obstante, se presentan como las únicas referencias políticas y éticas de un posible futuro emancipador. Siguen siendo las depositarias de la lucidez respecto a las derrotas del pasado, a las que, como recordaba Rosa Luxemburg, no hay que renunciar pues constituyen los cimientos de nuestras fuerzas. La corriente del comunismo llamado *libertario* casi siempre ha sido reducida a la del anarquismo. Sin embargo, está compuesta por un abanico más amplio de concepciones y de proyectos como, por ejemplo, los que proceden de un marxismo disidente que luchó muy pronto contra el reino de la socialdemocracia y del capitalismo de Estado. La historia del movimiento social nos enseña claramente que la verdadera división entre las corrientes del socialismo está basada en la oposición entre el principio de autoridad y el principio de libertad, más que en las diferencias sectarias que casi siempre oponen las ideologías, como marxismo versus anarquismo.

El movimiento de los sóviets y de los consejos ha sido una de las tendencias del comunismo antiautoritario cuyas ideas se alimentaron de los debates y enfrentamientos de la Primera Internacional y adoptaron una forma concreta en los movimientos salvajes de las revoluciones europeas de principios del siglo XX. Sin embargo, solo ha sido un momento específico, histórico, en la afirmación del viejo principio de la democracia directa.

Asimismo, en pleno desastre generalizado, ¿resulta productivo volver a reconsiderar hoy la idea de los consejos, enfrentarla a los problemas y dificultades de los movimientos sociales que intentan superar los fracasos del pasado y del comunismo de partido? ¿Hay que integrarla en una perspectiva, a más largo plazo y más prometedora, que haga hincapié en la necesidad de cuestionar las formas de representación, en particular la democracia parlamentaria del consenso de clase? De hecho, el planteamiento que da origen a este texto se remite al conjunto de la historia del movimiento socialista que se manifestó durante la Gran Revolución francesa, que irrumpió de forma salvaje en todas las épocas revolucionarias desde finales del siglo XVIII, y que surge de nuevo hoy en los movimientos cuyas protestas llegan a resonar en el mismísimo centro de un sistema político y económico violento y destructor. La democracia directa es el principio de autogobierno que se enfrenta, en el seno mismo de las revoluciones, a los principios autoritarios de representación por delegación permanente del poder, y cuya fuerza subversiva proviene de los *excesos* del pasado. Es la afirmación repetida de la mentira del sistema representativo. En la acertada fórmula de Jacques Rancière,

> *…la representación como principio no es la democracia. La democracia no es la elección de los representantes, es el poder de aquellos que no están cualificados para ejercer el poder. […] No es el pueblo quien se representa sino la representación la que produce un determinado tipo de pueblo.*[4]

4. Jacques Rancière: *En quel temps vivons-nous?*, La Fabrique, París, 2017, p. 16.

Siguiendo este hilo conductor de la emancipación social, los sóviets de las revoluciones rusas de principios del siglo XX y los consejos de la Revolución alemana de principios de los años 1920 han representado un momento decisivo. Eso explica la importancia que les damos. La Revolución alemana, más que las revoluciones rusas, está en el centro de nuestra reflexión. En efecto, las cuestiones más prometedoras se plantearon precisamente durante los profundos cambios que se estaban produciendo. Pues si el desenlace de la Revolución rusa paralizó al movimiento obrero durante más de un siglo, vinculando la idea de socialismo a la del totalitarismo de un partido único, la corta pero muy valiosa experiencia de la Revolución alemana se reveló, retrospectivamente, más acorde con los movimientos contemporáneos que se oponen al orden del mundo, desde el movimiento asambleísta del 15M hasta el movimiento Carré Rouge en Quebec y la Primavera Árabe. Desveló trágicamente la naturaleza conservadora de la socialdemocracia, confirmada por la alianza con las fuerzas de la guerra y de la muerte. Esa alianza fue el acontecimiento fundador del destino histórico de la *izquierda* en general, la cual, en nombre de la democracia parlamentaria y de las reformas progresivas hacia el socialismo de Estado, se convirtió en el principal salvavidas del capitalismo. Las corrientes espontáneas, autónomas y emancipadoras del movimiento social fueron rechazadas por los jefes de la socialdemocracia, que las tildaban de *salvajes*. En su época, eran los consejos los que estaban en juego en ese enfrentamiento que finalizó con la victoria de la socialdemocracia, el debilitamiento de la fuerza colectiva de los explotados y la llegada de unas corrientes aún más autoritarias: los fascismos. En unas circunstancias históricas totalmente diferentes, no es casual que la «segunda crisis de la socialdemocracia» que presenciamos hoy en día —con esta corriente sometiéndose al desastre social del liberalismo— abra una vez más las puertas a unas nuevas corrientes totalitarias.

Finalmente, y es uno de sus valores más importantes, los sucesos alemanes mostraron la necesidad de evitar cualquier fetichismo organizacional. Los sóviets y los consejos, creaciones de

una época determinada, muy a menudo se han presentado como la forma más acabada de la democracia obrera y de la autonomía. Sin embargo, tuvieron una existencia, unos límites y un devenir creados por la historia, y no hay que convertirlos en fetiches. Dicho de otro modo, el espíritu que los animó, la idea de autogobierno que era el devenir del socialismo salvaje, no debe reducirse a una forma particular de organización, ya que la función de cualquier organización se transforma según las circunstancias. Una vez más, el análisis de esa transformación muestra cómo la democracia directa tiene que luchar siempre para poder existir, inclusive en el seno de unas estructuras *a priori* consideradas como favorables.

Vivimos una época en la que se acumulan las señales que nos indican lo cerca que estamos del abismo y que nos incitan a hacer todo cuanto podamos para impedir lo irreparable. Nos queda poco tiempo. Participar en las actividades que se oponen radicalmente a la continuidad de la espantosa aventura capitalista es la única tarea, de ahora en adelante, que vale la pena. Sin embargo, en vista del estado desolador del mundo y del peligro que amenaza, los movimientos de rechazo del orden establecido que aparecen aquí y allá parecen irrisorios. Y seguirán siéndolo si no conducen a una reflexión sobre las acciones que hay que llevar a cabo, si no intentan evaluar la situación concreta, si exageran su propia fuerza, presente y futura. La lucidez es un elemento de radicalidad, mientras que las tácticas y estrategias activistas no son sino máquinas que producen un optimismo momentáneo que nubla el horizonte y engendra la desilusión del mañana. Fuera de una situación revolucionaria, el voluntarismo revolucionario no sirve, y durante las revoluciones, es un factor más entre otros. A pesar de todo ello, actualmente podemos discernir una bifurcación en el camino trazado de antemano por los dueños del mundo. Podemos no tomarla y mantener el mismo rumbo, preferir la seguridad pagando el precio de la barbarie, o bien abrirnos a la esperanza y a lo desconocido. Volverá una época en la que podamos decir, citando a los dadaístas: «Se supone que nadie ignora la revolución». Todavía no es el caso. Las fuerzas escleróticas del pasado

dominan aún a las de la imaginación, a las de la creatividad colectiva. La poesía y el color de la subversión de la vida siempre resultan anulados por la oscuridad de la sumisión alienada. Pero eso no da pie a las conclusiones de los pesimistas o decepcionados del *Grand Soir* (La Gran Noche), y menos si cabe a la impaciencia de los partidarios del *Grand Jour* (El Gran Día).

Octavio Paz escribió en un texto sobre el poeta surrealista Benjamin Péret: «Son dignos de esperanza solo aquellos que han perdido sus ilusiones».[5] Esto es: el antiguo proyecto no era el nuestro. El nuestro todavía está en sus inicios. Como decía la consigna de los jóvenes del movimiento Carré Rouge, en Quebec en el 2012: «¡Hemos llegado a lo que empieza!».

5. Octavio Paz: «Benjamin Péret», *Les Lettres Nouvelles*, 7 de octubre de 1959, citado en Barthélémy Schwartz: *Benjamin Péret, l'astre noir du surréalisme*, Libertalia, Montreuil, 2016, p. 219.

Bibliografía

Abensour, Miguel y Pelosse, Valentin: *Libérer l'enfermé. Auguste Blanqui*, Sens&Tonka, París, 2014.

Adam, David: «Marx's Critique of Socialist Labor-Money Schemes and the Myth of Council Communism's Proudhonism» (disponible en: bit.ly/2QVhPli).

Adler, Max: *Démocratie et conseils ouvriers*, Maspero, París, 1976.

Alba, Victor: *Histoire du poum*, Ivrea, 2000 (en catalán: «Història del poum», en *El marxisme a Catalunya*, t. 2, Pòrtic, 1974).

Anderson, Andy: *Hongrie 1956. La commune de Budapest. Les conseils ouvriers*, Spartacus, París, 1976.

Andrieu, Jules: *Notes pour servir à l'histoire de la Commune de Paris*, Libertalia, Montreuil, 2016.

Angaut, J.-C.: «Le conflit Marx-Bakunin dans l'Internationale: une confrontation des pratiques politiques», *Actuel Marx*, n.º 41, 1, 2007.

Anweiler, Oskar: *Les Soviets en Russie. 1905-1921*, trad. Serge Bricianer, Gallimard, París, 1972 (en castellano: *Los soviets en Rusia. 1905-1921*, Zero, Madrid, 1975).

Arendt, Hannah: *Les origines du totalitarisme*, Gallimard, París, 2002 (en castellano: *Los orígenes del totalitarismo*, trad. Guillermo Solana, Taurus, Madrid, 2001).

Astarian, Bruno: *Lutte de classes dans la Chine des réformes (1978-2009)*, Acratie, París, 2009.

Avila, Françoise, Carvalho Ferreira, Jose Maria, Lory, Bertrand, Orsoni, Claude y Reeve, Charles: *Portugal, l'autre combat. Classes et conflits dans la société*, Spartacus, París, 1975 (disponible en: bit.ly/3bAJ9gg).

Avrich, Paul: *The Russian Anarchists*, Princeton University Press, Princeton, 1967 (en castellano: *Los anarquistas rusos*, trad. Leopoldo Lovelace, Alianza Editorial, 1974).

Babeuf: *Textes choisis*, Éditions sociales, 1965.

Badia, Gilbert: *Le Spartakisme*, L'Arche, París, 1967.
—*Les Spartakistes*, Aden, Bruselas, 2008 (en castellano: *Los espartaquistas*, t. 1-2, Mateu, Barcelona, 1971).

Bakunin, Mijail: «Fédéralisme, socialisme et antithéologisme», en *Œuvres*, t. I, Stock, 1895, dir. y pref. James Guillaume (en castellano: *Obras completas*, t. III, trad. Diego Abad de Santillán, La Piqueta, Madrid, 1979).
—*Œuvres*, t. IV.

Baluschi, Marco: «Il movimento degli consigli e la formazione dell'ideologia consiliare», en vv. aa.: *Consigli operai e comunismo dei consigli*, Collegamenti per l'organizzazione diretta di classe, Cuaderno 3, 1981.

Barrot, Jean (Dauvé, Gilles): *Le Mouvement communiste*, Champ Libre, 1972, París.
—(ed.): *«Bilan». Contre-révolution en Espagne. 1936-1939*, 10/18, 1979.

Baschet, Jérôme: *La rébellion zapatiste*, Flammarion, col. Champs, París, 2005.

BAYNAC, Jacques: *Mai retrouvé*, Robert Laffont, París, 1978.
—*Les Socialistes-révolutionnaires*, Robert Laffont, París, 1979.
BENSAÏD, Daniel y LÖWY, Michael: «Auguste Blanqui, communiste hérétique», en Phillipe Corcuff y Alain Maillard: *Les socialismes français à l'épreuve du pouvoir*, Textuel, París, 2006 (disponible en: bit.ly/3dOUxr9).
BERNARD, Émilien y CAZALIS, Ferdinand: «Madrid: les racines du 15-M», *Jeff Klak*, abril del 2016 (disponible en: bit.ly/2R1DoAv).
BERNSTEIN, Eduard: *Socialisme théorique et social-démocratie pratique*, Stock, París, 1900.
BERTHO, Alain: *Les enfants du chaos. Essai sur le temps des martyrs*, La Découverte, París, 2016.
BEY, Hakim: *TAZ. Zone autonome temporaire*, Éditions de l'Éclat, París, 1997 (en castellano: Zona Autónoma Temporal, trad. Anagal, Anagal, 2005).
BIEHL, Janet: *Ecología o catástrofe. La vida de Murray Bookchin*, trad. Paula Martín Ponz, 2018.
—*Las políticas de la ecología social. Municipalismo libertario*, trad. Los Arenalejos, 2019.
BLANQUI, Auguste: *Maintenant, il faut des armes*, textos elegidos y presentados por Dominique Le Nuz, La Fabrique, París, 2007.
BOLLOTEN, Burnett: *La Révolution espagnole. La gauche et la lutte pour le pouvoir*, Ruedo Ibérico, 1977 (en castellano: *La revolución española. Sus origenes, la izquierda y la lucha por el poder durante la guerra civil. 1936-1939*, trad. Ramón Hernández Sol, Grijalbo, Madrid, 1979).
BORKENAU, Franz: *The Spanish Cockpit*, 1937 (en castellano: *El reñidero español*, trad. Tony Cardona Castellà, Península, Barcelona, 2001).
BRACONNIER, Céline y DORMAGEN, Jean-Yves: *La démocratie de l'abstention. Aux origines de la démobilisation électorale en milieu populaire*, Gallimard, París, 2007.
BRAY, Mark: *Occupons Wall Street. L'anarchisme d'Occupy Wall Street*, Noir et rouge, París, 2014.
—«Retour sur Occupy Wall Street: quelles leçons en tirer?», *Autre futur*, abril del 2016 (disponible en: bit.ly/2wSkxkr).
BRENAN, Gerald: *Le Labyrinthe espagnol*, trad. Monique y André Joly, Champ Libre, 1984 (en castellano: *El laberinto español*, trad. J. Cano Ruiz, Ruedo Ibérico, París, 1962).
BRICIANER, Serge: *Pannekoek et les conseils ouvriers*, Études et Documentation Internationales, París, 1969 (en castellano: *Pannekoek y los consejos obreros*, trad. Margarita Latorre y Joaquín Jordà, Anagrama, Barcelona, 1976).
—«Korsch, Karl (1886-1961), un itinéraire marxiste», introducción en Karl Korsch: *Marxisme et contre-révolution*, Seuil, París, 1975.
BRINTON, Maurice: *Les Bolcheviks et le contrôle ouvrier*, *Autogestion et Socialisme*, n.º 24-25, septiembre-diciembre de 1973 (reed. Les Nuits Rouges, 2016).
BROUÉ, Pierre: *Révolution en Allemagne (1917-1923)*, Minuit, París, 1971 (en castellano: *Revolución en Alemania*, trad. Enrique Oltra Perales, A. Redondo, Barcelona, 1973).
BUONARROTI, Filippo: *Conspiration pour l'égalité dite de Babeuf*, Éditions sociales, 1957 [1828].
BURSTIN, Haïm: «Échos faubouriens des journées de Prairial», *Annales historiques de la Révolution française*, vol. 304, n.º 1, 1996.

C., Sandra: *Révolution bourgeoise et luttes de classe en France, 1789-1799* (disponible en: bit.ly/3agB9ko).
CANNE-MEIJER, Henk: *Les Conseils ouvriers en Allemagne. 1918-1921*, Échanges et Mouvement, 2007 (en castellano: *Movimiento de los Consejos Obreros. Alemania 1917-1921*, trad. Manuel Higuero, Zero, Madrid, 1975).
CARROZZA, Gianni: «Il movimento dei consigli in Germania», en VV. AA.: *L'Altronovecento. Comunismo eretico e pensiero critico*, vol. I, *L'Età del Comunismo Sovietico. 1900-1945*, Jaca Book, Milán, 2009.
CASTORIADIS, Cornelius, LEFORT, Claude y MORIN, Edgard: *Mai 68. La Brèche*, Fayard, París, 1968, reed. Complexe, 1988 (en castellano: *Mayo del 68: la brecha*, Nueva Visión, Buenos Aires, 2009).
CHAULIEU, Pierre (CASTORIADIS, Cornelius): «Sur le contenu du socialisme», *Socialisme ou Barbarie*, vol. IV, n.º 22, julio-septiembre de 1957, p. 72.
CHAZÉ, Henri: *Chronique de la révolution espagnole. Union Communiste (1933-1939)*, Spartacus, París, 1979.
CHOMSKY, Noam: *Occupy*, L'Herne, París, 2016.
CHUZEVILLE, Julien: *Militants contre la guerre. 1914-1918*, Spartacus, París, 2014.
COLLECTIF DE DÉBRAYAGE: *On s'en câlisse. Histoire profane de la grève printemps 2012, Québec*, Entremonde, Ginebra, 2013.
COMACK, Martin: *Wild Socialism. Workers Councils in Revolutionary Berlin, 1918-21*, University Press of America, Lanham, 2012.
COMITÉ INVISIBLE: *L'insurrection qui vient*, La Fabrique, 2007 (en castellano: *La insurrección que viene*, trad. Diego Luis Sanromán, Pepitas de Calabaza, Logroño, 2020).
—*À nos amis*, La Fabrique, 2014 (en castellano: *A nuestros amigos*, trad. Vicente E. Barbarroja, León A. Barrera y Ricardo L. Fiori, Pepitas de Calabaza, Logroño, 2015).
CORMAN, Mathieu: *Incendiarios de ídolos. Un viaje por la revolución de Asturias*, Cambalache, Oviedo, 2009.
CRITIQUE SOCIALE: «Entretien avec Jérôme Baschet sur l'expérience zapatiste et l'autonomie», *Critique Sociale*, n.º 39, septiembre-octubre del 2016.
CUNHAL, Álvaro: *Discursos políticos*, Edições Avante!, 1976.
—*A Revolução Portuguesa. O Passado e o Futuro*, Edições Avante!, 1994.
DANIELS, Robert Vincent: *The Conscience of the Revolution*, Harvard University Press, Cambridge, 1960.
DARDOT, Pierre y LAVAL, Christian: *Communs. Essai sur la révolution au XXIe siècle*, La Découverte, París, 2014 (en castellano: *Común. Ensayo sobre la revolución en el siglo XXI*, trad. Alfonso Díez, Gedisa, Barcelona, 2015).
DÄUMIG, Ernest: «L'Idée de conseil et sa réalisation», 1920.
—«Discurso en el I Congreso General de los Consejos de los Trabajadores y Soldados», Berlín, 19 de diciembre de 1918, en Gabriel Kuhn (ed.): *Tout le pouvoir aux conseils!*, trad. Étienne y Monique Lesourd, Jean-Claude Lamoureux y Charles Daget, Les Nuits Rouges, 2014.
DAUVÉ, Gilles: *De la crise à la communisation*, Entremonde, Ginebra, 2017.
DAVIS, Mike: *Le pire des mondes possibles. De l'explosion urbaine au bidonville global*, La Découverte, París, 2006 (en castellano: *Planeta de ciudades miseria*, trad. Jose María Amoroto Salido, Akal, Madrid, 2014).

DAVRANCHE, Guillaume: *Trop jeunes pour mourir. Ouvriers et révolutionnaires face à la guerre (1909-1914)*, L'Insomniaque/Libertalia, Montreuil, 2014.
DENIS, Jean-Michel: *Les coordinations*, Syllepse, París, 1996.
DÍAZ, Ignacio: *Asturias, octubre 1934. La revolución sin jefes*, Muturreko Burutazioak, Bilbao, 2012.
DOMELA NIEUWENHUIS, Ferdinand: *Le Socialisme en danger*, Payot, París, 1975.
DOMMANGET, Maurice: *Les Enragés dans la Révolution française*, Spartacus, París, 1987 [1948].
DOSSE, François: *Castoriadis, une vie*, La Découverte, París, 2012.
DUCLOS, Jacques: *Anarchistes d'hier et d'aujourd'hui. Comment le gauchisme fait le jeu de la réaction*, Éditions sociales, 1968 (en castellano: *Anarquistas de ayer y de hoy*, trad. Alberto Sánchez Mascuñán, Rufino Torres, Barcelona, 1976).
—*Bakunin et Marx. Ombre et lumière*, Plon, París, 1974 (en castellano: *Bakunin y Marx. La oscuridad y la luz*, Grijalbo, Barcelona, 1979).
DUTEUIL, Jean-Pierre: *Nanterre 1965-1968. Vers le mouvement du 22 mars*, Acratie, La Bussière, 1988.
EALHAM, Chris: *Barcelone contre ses habitants. 1835-1937, quartiers ouvriers de la révolution*, trad. Elsa Quéré, Collectif des métiers de l'édition, col. Les Réveilleurs de la Nuit, 2014 (en castellano: *La lucha por Barcelona*, trad. Beatriz Anson Balmaseda, Alianza Editorial, Madrid, 2005).
ESPAI EN BLANC (coord.): *Luchas autónomas en los años setenta*, Traficantes de Sueños, Madrid, 2010.
ETCÉTERA: «A propósito del caminar indignado», Barcelona, marzo del 2012 (disponible en: bit.ly/3c7ZaKw). Publicado en *Courant Alternatif*, n.º 220, mayo del 2012.
FAURE, Sébastien: *Mon Communisme: le bonheur universel*, Édition du Groupe des amis de Sébastien Faure, 1921.
FEDERICI, Silvia y CAFFENTZIS, George: «Commons Against and Beyond Capitalism», *Upping the Anti: a journal of theory and action*, n.º 15, septiembre del 2013 (disponible en: bit.ly/3bKsG9F).
FERGO, José: «Valeriano Orobón Fernández ou la troisième voie de l'anarchisme espagnol», *À contretemps*, n.º 9, septiembre del 2002 (disponible en: bit.ly/2YPmucF).
FERNANDES, Alfredo, GUILLON, Claude, REEVE, Charles y BARTHÉLÉMY, Schwartz: *De Godzilla aux classes dangereuses*, *Oiseau-tempête*, 1998-2005, Ab Irato, París, 2007.
FERRY, Luc y RENAUT, Alain: *La Pensée 68. Essai sur l'anti-humanisme contemporain*, Gallimard, París, 1985.
FIRMINO, Frutuoso: *Da Casa sindical ao Forte de Sacavém*, Afrontamento, Oporto, 1971.
FONSECA, Carlos da: *Introduction à l'histoire du mouvement libertaire au Portugal* (disponible en: vosstanie.blogspot.com).
FREIRE, João: *Les anarchistes du Portugal*, CNT-RP/Nautilus, París, 2002.
FREUD, Sigmund: «Psychologie des foules et analyse du moi», 1921, en *Essais de psychanalyse*, Payot, 1985 (en castellano: «Psicología de las masas y análisis del yo», en *Obras completas*, vol. 18, trad. José L. Etcheverry, Amorrortu, Buenos Aires, 1976).
FREUNDLICH, Otto: «Lettre à Gaston Chaissac», en *Otto Freundlich et ses amis*, Éditions du musée de Pontoise, Pontoise, 2009.

GARCÍA VELASCO, Carlos: «Vitoria: enero-marzo», en *Días rebeldes. Crónicas de insumisión*, Octaedro, Barcelona, 2009.
GASTON-MARTIN: *Les Jacobins*, Presses Universitaires de France, col. Que sais-je, 1949.
GAUDICHAUD, Franck (coord.): *Amériques latines. Émancipations en construction*, Syllepse, col. Les Cahiers de l'Emancipation, París, 2013.
GAULARD, Mylène: *Karl Marx, à Pékin. Les racines de la crise dans la Chine capitaliste*, Demopolis, París, 2014.
GLAT: «Le Comité de liaison inter-entreprises, bilan d'une expérience» (disponible en: bit.ly/2R08TuS).
—«Crise du capitalisme et alternative révolutionnaire», *Lutte de Classe*, junio de 1971.
GOLDMAN, Emma: *Épopée d'une anarchiste*, trad. y adapt. Kathy Bernheim y Annette Lévy-Willard, Hachette, Vanves, 1979 (en castellano: *Viviendo mi vida*, vol. 1 (2014) y vol. 2 (2019), Capitán Swing/Fundación Anselmo Lorenzo, Madrid).
GOMBIN, Richard: *Les origines du gauchisme*, Seuil, París, 1971 (en castellano: *Los orígenes del izquierdismo*, Zero, Madrid, 1977).
GOMEZ, Freddy: «Pouvoir des anarchistes et anarchistes de pouvoir», *Le Monde Libertaire*, n.º 1446, 14-20 de septiembre del 2006.
GORTER, Herman: *L'impérialisme, la guerre et la social-démocratie*, octubre de 1914 (disponible en: bit.ly/39AI6vw) (en castellano: *Contra el nacionalismo, contra el imperialismo y la guerra: ¡revolución proletaria mundial!*, trad. Emilio Madrid Expósito, Ediciones Espartaco Internacional, Barcelona, 2005, p. 118).
—*Lettre ouverte au camarade Lénine. Réponse à: Le Gauchisme, maladie infantile du communisme*, Spartacus, París, 1979 (en castellano: «Carta abierta al camarada Lenin», en *La izquierda comunista germano-holandesa contra Lenin*, Ediciones Espartaco Internacional, 2004).
GOTTRAUX, Philippe: *Socialisme ou Barbarie. Un engagement politique et intellectuel dans la France de l'après-guerre*, Payot, París, 1997.
GRAEBER, David: *Dette: 5000 ans d'histoire*, Les Liens qui Libèrent, París, 2013 (en castellano: *En deuda, una historia alternativa de la economía*, trad. Joan Andreano Weyland, Ariel, Madrid, 2014).
—*Comme si nous étions déjà libres*, trad. Alexie Ducet, Lux, París, 2014.
GRANELL, Eugenio: «Una visión viva de la revolución», en *Artículos Políticos (1932-1990)*, Fundación Eugenio Granell, 2009.
GROEP VAN INTERNATIONALE COMMUNISTEN (GIK): *Fondements de la production et de la distribution communiste*, *La Bataille socialiste*, s.l., 2014 (disponible en: bit.ly/2AcRucV) (en castellano: *Principios fundamentales de una producción y distribución comunista*, Zero, Madrid, 1976).
GROUPE LUTTE DE CLASSE RHÔNE-POULENC: *Des comités de base au pouvoir*.
GROUPE NOIR ET ROUGE: «Témoignage sur trois collectivités anarchistes en Espagne», en *Autogestion, État, Révolution*, Tête de Feuilles/Le Cercle, París, 1972.
—«Les conseils ouvriers en Russie. 1917-1921», en *Autogestion, État, Révolution*, Éditions de la Tête de Feuilles, París, 1972.
GUÉRIN, Daniel: *Bourgeois et bras-nus. 1793-1795*, Libertalia, Montreuil, 2014.

GUERREIRO, Mercedes y LEMAÎTRE, Jean: *Grândola vila Morena. Le roman d'une chanson*, Aden, Bruselas, 2014.

GUILLAMÓN, Agustín: *La guerra del pan. Hambre y violencia en la Barcelona revolucionaria*, Aldarull, 2014.

—*Les Comités de défense de la CNT à Barcelone (1933-1938)*, Le Coquelicot, 2014 (en castellano: *Los Comités de Defensa de la CNT en Barcelona (1933-1938). De los Cuadros de defensa a los Comités revolucionarios de barriada, las Patrullas de control y las Milicias populares*, Aldarull, Barcelona, 2013).

GUILLON, Claude: «"Une histoire de la Révolution française"… pour quoi faire?», *La révolution et nous. Le blogue historien de Claude Guillon* (disponible en: bit.ly/2WDtM2F).

—*Deux Enragés de la Révolution. Leclerc de Lyon et Pauline Léon*, La Digitale, 1993.

—*La terrorisation démocratique*, Libertalia, Montreuil, 2009.

—*Notre patience est à bout. 1792-1793, les écrits des Enragé(e)s*, Éditions IMHO, París, 2009.

GUTIERREZ MOLINA, José Luís: *Valeriano Orobón Fernández. Anarcosindicalismo y revolución en Europa*, Libre Pensamiento, 2002.

HAFFNER, Sebastian: *Allemagne, 1918. Une révolution trahie*, Complexe, 2001 (en castellano: *La revolución alemana de 1918-1919*, trad. Dina de la Lama Saul, Inédita, Barcelona, 2005; en catalán: *La revolució alemanya. 1918-1919*, trad. Montserrat Franquesa i Gòdia, Edicions de 1984, Barcelona, 2005).

HARDT, Michael y NEGRI, Antonio: *Multitude*, La Découverte, París, 2004 (en castellano: *Multitud. Guerra y democracia en la era del imperio*, trad. J.A. Bravo, Debate, Barcelona, 2004).

—*Commonwealth*, Stock, París, 2012 (en castellano: *Commonwealth. El proyecto de una revolución del común*. trad. Raúl Sánchez Cedillo, Akal, Madrid, 2011).

HARMAN, Chris: *La Révolution allemande. 1918-1923*, La Fabrique, París, 2015.

HAUPT, Georges: «La confrontation de Marx et de Bakunin dans la Première Internationale: la phase initiale», en Jacques Catteau (dir.): *Bakunin, combats et débats*, Institut d'Etudes Slaves, París, 1979.

HAZAN, Éric: *Une histoire de la Révolution française*, La Fabrique, París, 2014.

HESSEL, Stéphane: *Indignez-vous!*, Indigène, Bouzigues, 2010 (en castellano: *¡Indignaos!*, trad. Telmo Moreno Lanaspa, Destino, Barcelona, 2011; en catalán: *Indigneu-vos*, Destino, Barcelona, 2011; en euskera: Haserretu zaitezte!, Denonartean, Hualde Alfaro, 2011; en gallego: Indignádevos!, Faktoría K de Libros, Pontevedra, 2011).

HILFERDING, Rudolf: *Le Capital financier*, Minuit, 1970 [1910] (en castellano: *El capital financiero*, trad. Vicente Romano García, Tecnos, Madrid, 1963; en catalán: *El capital financer*, trad. Gustau Muñoz Veiga, Edicions 62, Barcelona, 1991).

HOBSBAWM, Eric J.: *L'Âge des extrêmes*, Complexe, 1999 (en castellano: *Historia del siglo XX*, trad. Juan Fací, Jordi Ainaud y Carme Castells, Grijalbo/Mondadori, Buenos Aires, 1999).

—*Rébellions. La résistance des gens ordinaires*, Aden, Bruselas, 2010.

HOLLOWAY, John: *Changer le monde sans prendre le pouvoir*, Syllepse/Lux, París, 2007 (en castellano: *Cambiar el mundo sin tomar el poder*, trad. Marcela Zangaro, El Viejo Topo, Barcelona, 2003).

—*Crack capitalism. 33 thèses contre le capital*, Libertalia, Montreuil, 2012 (en castellano: *Agrietar el capitalismo*, trad. Francisco Sobrino Gómez, El Viejo Topo, Barcelona, 2011).

—«Peut-on changer le monde sans prendre le pouvoir?», *Esprit 68*, 2005 (disponible en: bit.ly/39whWdi).

HOLTERMAN, Thom: *L'anarchisme au pays des provos*, Atelier de Création Libertaire, Lyon, 2015.

HÖLZ, Max: *Un rebelle dans la révolution. Allemagne 1918-1921*, trad. Serge Cosseron, Spartacus, París, 1988.

HSUAN-WOU, Hsi y REEVE, Charles: *China blues. Voyage au pays de l'harmonie précaire*, Verticales, París, 2008.

I. M.: *Des dynamiques inherentes aux mouvements de contestation* (disponible en: bit.ly/340IGl8).

ISMARD, Paulin: *La Démocratie contre les experts. Les esclaves publics en Grèce ancienne*, Seuil, 2015.

KAMINSKI, Hanns-Erich: *Michel Bakunin, la vie d'un révolutionnaire*, Aubier-Montaigne, París, 1938, reed. Bélibaste, París, 1971 y La Table Ronde, París, 2003.

KAPLAN, Leslie: *Mathias et la Révolution*, POL, París, 2016.

KAUTSKY, Karl: «L'action de masse», *Die Neueu Zeit*, octubre de 1911.

—*Les luttes de classe pendant la Révolution française*, trad. Jacques Hebenstreit, Demopolis, 2015 [1889] (en castellano: *La lucha de clases en Francia en 1789. Los antagonismos de clase en la época de la Revolución Francesa*, Grupo Germinal, Valencia, 2018, disponible en: bit.ly/2wCdQTt).

KORNBLUH, Joyce: *Rebel Voices: An IWW Anthology*, Charles H. Kerr, Chicago, 1998.

— *Wobblies & hobos. Les Industrial Workers of the World. Agitateurs itinérants aux États-Unis. 1905-1919*, L'Insomniaque, Montreuil, 2012.

KORSCH, Karl: «La philosophie de Lénine», 1938 (en castellano: «La filosofía de Lenin», en *La izquierda comunista germano-holandesa contra Lenin*, trad. Emilio Madrid Expósito, Ediciones Espartaco, Barcelona, 2004).

—*Marxisme et contre-révolution*, Seuil, 1975.

—*Notes sur l'histoire*, Smolny, Toulousse, 2011 [1942].

—*Karl Marx*, trad. Serge Bricianer, Champ Libre, 1971 (en castellano: *Karl Marx*, trad. Manuel Sacristán, Ariel, Esplugues de Llobregat, 1975, reed. *ABC*, 2004).

—«Collectivisations in Spain», *Living Marxism*, n.º 6, abril de 1939.

—«Qu'est-ce que la socialisation?», *Gros Sel*, n.º 17, supl., 1971 [1919].

—«Economics and politics in Revolutionary Spain», *Living Marxism*, 3 de mayo de 1938.

KORSCH, Karl, MATTICK, Paul, PANNEKOEK, Anton, RÜHLE, Otto y WAGNER, Helmut: *La contre-révolution bureaucratique,* Union Générale d'Éditions-10/18, 1973.

KRACAUER, Siegfried: *Les Employés. Aperçus de l'Allemagne nouvelle*, trad. Claude Orsoni, Les Belles Lettres, París, 2012 [1929] (en castellano: *Los empleados*, trad. Miguel Ángel Vedda, Gedisa, Barcelona, 2008).

KROPOTKIN, Piotr: *La Grande Révolution. 1789-1793*, Stock, París, 1909 (en castellano: *La Gran Revolución Francesa. 1789-1793*, Libros de Anarres, Buenos Aires, 2015).

—*El apoyo mutuo. Un factor de evolución*, trad. Luis Orsetti, Pepitas de Calabaza, Logroño, 2018.

Kuhn, Gabriel (ed.): *Tout le pouvoir aux conseils!*, trad. Étienne y Monique Lesourd, Jean-Claude Lamoureux y Charles Daget, Les Nuits Rouges, 2014.

La Commune de Cronstadt, recopilación de documentos, Bélibaste, 1969.

Laborit, Henri: *Éloge de la fuite*, Gallimard, col. Folio, París, 1985 [1976].

Laclau, Ernesto y Mouffe, Chantal: *Hégémonie et stratégie socialiste. Vers une politique démocratique radicale*, Les Solitaires Intempestifs, Besançon, 2009 (en castellano: *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, Siglo XXI, Madrid, 2018).

Lacroix, Sigismond (ed.): *Actes de la Commune de Paris pendant la Révolution*, París, 1894-1914.

Landauer, Gustav: *La Révolution*, Sulliver, Cabris, 2006 (en castellano: *La revolución y otros escritos*, trad. Giuseppe Maio, Enclave de Libros, Madrid, 2016).

—*La Communauté par le retrait et autres essais*, Éditions du Sandre, París, 2008.

Lazarévitch, Nicolas: *À travers les révolutions espagnoles*, Belfond, París, 1972.

Le Bon, Gustave: *La psychologie des foules*, Félix Alcan, 1895 (en castellano: *La psicología de las masas*, trad. Emeterio Fuentes, Verbum, Madrid, 2018).

—*Psychologie du socialisme* (disponible en: bit.ly/3d8wanc).

Lefort, Claude: *Éléments d'une critique de la bureaucratie*, Gallimard, París, 1979.

Lehning, Arthur: *Anarchisme et marxisme dans la révolution russe*, Spartacus, París, 1971 (en castellano: *Marxismo y anarquismo en la Revolución Rusa*, Libros de Anarres, Buenos Aires, 2004).

Lenin, V. I.: «El Estado y la revolución», en *Obras Completas*, t. XXVII, Akal, Madrid, 1976.

Leval, Gaston: *Espagne libertaire*, Éditions du Monde Libertaire, París, 1983 (en castellano: *Las colectividades libertarias en España*, Aguilera, Madrid, 1977).

Lieux Communs: «Les mouvements des "indignés": potentialités, contradictions et perspectives», magmaweb.fr, junio del 2011.

Lissagaray, Prosper-Olivier: *L'Histoire de la Commune de 1871*, Maspero, París, 1969 [1876] (en castellano: *La Comuna de París*, trad. Ricardo Marín y Daniel Iribar, Txalaparta, Tafalla, 2007).

López Arnal, Salvador: «No existe la Vida, existe el querer vivir. Entrevista a Santiago López Petit», *El Viejo Topo*, n.º 325, febrero del 2015.

Lorenzo, César M.: *Le Mouvement anarchiste en Espagne. Pouvoir et révolution sociale*, Éditions Libertaires, 2006 (en castellano: *El movimiento anarquista español. Poder y revolución social*, Ruedo Ibérico, París, 1969).

—*Les Anarchistes espagnols et le pouvoir. 1868-1969*, Seuil, París, 1969 (en castellano: *Los anarquistas españoles y el poder*, Ruedo Ibérico, París, 1972).

—*Horacio Prieto, mi padre*, Ikusager, 2015.

Low, Mary y Breá, Juan: *Carnets de la guerre d'Espagne*, Verticales, París, 1997 (en castellano: *Cuaderno rojo de la guerra de España*, trad. Núria Pujol, Virus Editorial, 2019).

Löwy, Michael y Besancenot, Olivier: *Affinités révolutionnaires. Nos étoiles rouges et noires,* Fayard/Mille et Une Nuits, París, 2014 (en castellano: *Afinidades revolucionarias. Nuestras banderas rojas y negras*, trad. Carola Pivetta, Herramienta, Buenos Aires, 2018).

Lozovsky, A.: *Workers&Control*, The Socialist Publishing House, Petersburg, 1918.

Lucas, Erhard: *Märzrevolution 1920*, Verlag Roter Stern, Frankfurt, 1978.

Lucas Coelho, Alexandra: «O que é feito da nossa revoluçao selvagem?», entrevista a Camilo Murtagua, *Publico*, 3 de agosto del 2009.

Lukács, Georg: *Lénine*, Études et Documentation Internationales, París, 1965.

Lutopik: «La révolution des communs», dosier, *Lutopik*, n.º 10, primavera del 2016 (disponible en: bit.ly/39vFdMn).

—«Les communs proposent un nouveau modèle social et économique», entrevista a Christian Laval y David Bollier, *Lutopik*, n.º 10, primavera del 2016 (disponible en: bit.ly/3dHVotn).

Luxemburg, Rosa: *Grève de masse, parti et syndicats*, en *Œuvres*, vol. I, trad. Irène Petit, Maspero, 1969, reed. La Découverte, París, 2001 (en castellano: *Huelga de masas, partido y sindicatos*, trad. José Aricó y Nora Rosenfeld, Siglo XXI, Madrid, 2015).

—*Réforme ou révolution*, Spartacus, París, 1947 [1908] (en castellano: Reforma o revolución, trad. Isabel Hernández, Capitán Swing/Nórdica, 2019.

—«Ein Pyrrhussieg», *Rote Fahne*, 21 de diciembre de 1918.

—«La théorie et la pratique», en Karl Kautsky, Rosa Luxemburg y Anton Pannekoek: *Socialisme: la voie occidentale*, Presses Universitaires de France, París, 1910.

—*La Crise de la social-démocratie*, Spartacus, 1994 (en castellano: *La crisis de la socialdemocracia*, Akal, Madrid, 2017).

Mailer, Phil: *Portugal. A revoluçao impossivel?*, Antigona, Lisboa, 2018 (en castellano: *Portugal: ¿la revolución imposible?*, Klinamen, Madrid, 2015).

Malatesta, Errico (bajo el seudónimo de Israël Renof): *Articles politiques*, Union Générale d'Éditions, París, 1979.

Marcuse, Herbert: *Éros et civilisation*, Les Éditions de Minuit, París, 1963 (en castellano: *Eros y civilización*, trad. Juan García Ponce, Sarpe, Madrid, 1983).

Markov, Walter: *Jacques Roux, le curé rouge*, Libertalia, Montreuil, 2017.

Marx, Karl: *Adresse du Comité central à la Ligue des communistes*, 1850 (en castellano: «Mensaje del Comité Central a la Liga de los Comunistas», en *Obras escogidas*, t. I, Akal, Madrid, 1975).

—*La Guerre civile en France, 1871*, Éditions sociales, 1968 (en castellano: *La guerra civil en Francia*, Fundación Federico Engels, Madrid, 2003).

—«Critique du programme du Parti Ouvrier Allemand» (1875), trad. Maximilien Rubel y L. Evrard, en *Œuvres*, vol. I, *Économie I*, Gallimard, col. Bibliothèque de la Pléiade, París, 1963 (en castellano: *Crítica del programa de Gotha*, Fundación Federico Engels, Madrid, 2004).

—«Deux lettres sur Proudhon», en *Œuvres*, vol. I, *Économie I*, ed. Maximilien Rubel, Gallimard, col. Bibliothèque de la Pléiade, París, 1963.

—*Le Manifeste communiste* (1872), en *Œuvres*, vol. I (en castellano: *Manifiesto comunista*, Akal, Madrid, 1997).

—«Misère de la philosophie. Réponse à la philosophie de la misère de M. Proudhon» (1847), en *Œuvres*, vol. I (en castellano: *Miseria de la filosofía*, trad. Tomás Onaindía, Edaf, Madrid, 2004).

—«Lettre à Vera Zassoulitch», en *Œuvres*, vol. II, *Économie II*, ed. Maximilien Rubel, Gallimard, col. Bibliothèque de la Pléiade, 1968 (en castellano: *Escritos sobre la comunidad ancestral*, Fondo Editorial y Archivo Económico, La Paz, 2015).

—«Les luttes de classe en France. 1848 à 1850», en *Œuvres*, vol. IV, *Politique I*, Gallimard, col. Bibliothèque de la Pléiade, París, 1994 (en castellano: *Las luchas de clases en Francia de 1858 a 1850*, Fundación Federico Engels, Madrid, 2015).
—«Révolution et contre-révolution en Europe» (1848-1849), en *Œuvres*, vol. IV.
—*La Commune de Paris. Adresse du Conseil général de l'ait*, Le Temps des Cerises, 2002 (en castellano: «Manifiesto del Consejo General de la Asociación Internacional de los Trabajadores sobre la guerra civil en Francia», en Marx/Engels/Lenin: *La Comuna de París*, Akal, Madrid, 2010).

Mattick, Paul: «La gestion ouvrière» (1969), en *Intégration capitaliste et rupture ouvrière*, Études et Documentation Internationales, 1972 (en castellano: *Integración capitalista y ruptura obrera*, trad. Lluis Riera, Laia, Barcelona, 1978).
—«Otto Rühle et le mouvement ouvrier allemand» (1945), posfacio en Otto Rühle: *Fascisme brun, fascisme rouge*, Spartacus, París, 1975.
—«Le dépérissement de l'État», trad. Jacqueline Reuss, *L'Échaudée*, febrero del 2017 (publicado originalmente en *The Brooklyn Rail*, 3 de junio del 2016).
—*Le jour de l'addition*, L'Insomniaque, Montreuil, 2009.
—*Marx et Keynes, les limites de l'économie mixte*, Gallimard, París, 2010 [1950] (en castellano: *Los límites de la economía mixta*, Ediciones ryr, Buenos Aires, s. f.).
—*Marxisme, dernier refuge de la bourgeoisie?*, Entremonde, 2011.
—*La révolution fut une belle aventure*, L'échappée, 2013.

Mattick Jr., Paul: «Modernisme et communisme antibolchévique. Les Progressistes de Cologne», *Oiseau-tempête*, n.º 4, invierno de 1998 (disponible en bit.ly/2QX0N6k).

Mauvaise Troupe: «Composition-Indignados et mouvement du 15-M» (disponible en: bit.ly/2Uu4RNk).
—*Contrées. Histoires croisées de la ZAD de Notre-Dame-des-Landes et de la lutte No TAV dans le Val Susa*, L'Éclat, 2016.

Maximoff, Gregori P.: *Syndicalists in the Russian Revolution*, Syndicalist Workers Federation, Manchester, 1970.
—*The Guillotine at Work*, Black Thorn Books, Londres, 1979 [1940].

Mehring, Franz: *Karl Marx. Histoire de sa vie*, Bartillat, París, 2009 (en castellano: *Carlos Marx*, trad. Wenceslao Roces, Grijalbo, Barcelona, 1973).

Menzies, Malcom: *Makhno, une épopée*, L'échappée, 2017.

Michael, Christofferson: *Les Intellectuels contre la gauche. L'idéologie antitotalitaire en France (1968-1981)*, Agone, Marsella, 2014.

Michels, Robert: *Les partis politiques. Essai sur les tendances oligarchiques des démocraties*, Flammarion, París, 1971 (en castellano: *Los partidos políticos. Estudio sociológico de las tendencias oligárquicas de la democracia moderna*, trad. Enrique Molina de Vedia, Amorrortu, Buenos Aires, 1979).

Midnight Notes Collective: «The New Enclosures», *Midnight Notes Collective*, 1990.
—«Promissory Notes: From Crisis to Commons», *Midnight Notes Collective*, 2009.

Mintz, Frank: *L'Autogestion dans l'Espagne révolutionnaire*, Maspero, París, 1976.
—*Autogestion et anarcho-syndicalisme. Analyse et critiques sur l'Espagne. 1931-1990*, CNT-RP, París, 1999 (en castellano: *Autogestión y anarcosindicalismo en la España revolucionaria*, Traficantes de Sueños, Madrid, 2006).

Mouffe, Chantal: *L'illusion du consensus*, Albin Michel, París, 2016.

Mouvement du 22 mars: *Ce n'est qu'un début continuons le combat*, Maspero, col. Cahiers Libres, París, 1968.

Mühsam, Erich: *La République des Conseils de Bavière*, trad. Théodore Zweifel y Pierre Gallissaires, La Digitale/Spartacus, París, 1999.

Munis, G.: *Leçons d'une défaite, promesse de victoire*, Science Marxiste Éditions, Montreuil, 2007 (en castellano: *Jalones de derrota, promesa de victoria: crítica y teoría de la revolución española (1930-1939)*, Muñoz Moya Editores, s. l., disponible en: bit.ly/3hQnwvP).

Nettl, John Peter: *Rosa Luxemburg*, Spartacus, París, 2012.

Nettlau, Max: «Les origines de l'Internationale antiautoritaire», *Le Réveil*, 16 de septiembre de 1922.
—*Histoire de l'anarchie*, Le Cercle/La tête de feuille, París, 1971 (en castellano: *La anarquía a través de los tiempos*, trad. Claudio Lentínez, Júcar, Gijón, 1977).

Neurath, Otto: «Total Socialisation of the two Stages of the Future to Come», en *Economic Writings. Selections 1904-1945*, Kluwer Academic Publishers, Berlín, 2004.

Nin, Andreu: «Le problème des organes du pouvoir dans la révolution espagnole» (19 de mayo de 1937), en Agustín Guillamón: *Espagne 1937. Josep Rebull, la voie révolutionnaire*, Spartacus, París, 2014 (en castellano, en *Viento Sur*, n.º 93, septiembre del 2007, disponible en: bit.ly/2JqItOF).

Noir et Rouge y Informations et Correspondance Ouvrières: *La Grève généralisée en France. Mai-juin 68*, Spartacus, París, 2007 [1968].

Orobón Fernández, Valeriano: «Économie libertaire de la Révolution, la réorganisation de la production», en *De l'autogestion. Théories et pratiques*, Éditions de la CNT-RP, 2017 (en castellano: «Economía libertaria de la revolución. La reorganización de la producción», en Jose Luís Gutierrez Molina (ed.): *Valeriano Orobón Fernández. Anarcosindicalismo y revolución en Europa*, trad. Felipe Orobón Martínez, Libre Pensamiento, Madrid, 2002).

Orwell, George: *La Catalogne libre (1936-1937)*, Gallimard, París, 1955.

Paechter, Henri: *Espagne 1936-1937. La guerre dévore la révolution*, Spartacus, París, 1986.

Pankratova, Anna: «Les comités d'usine en Russie à l'époque de la Révolution. 1917-1918», *Autogestion*, diciembre de 1967.

Pannekoek, Anton: *Lénine philosophe*, Spartacus, París, 1970 [1938] (en castellano: *Lenin filósofo*, trad. Laín Díez, Ayuso, Madrid, 1976).
—*Les conseils ouvriers*, Spartacus, París, 1982 (en castellano: *Los consejos obreros*, Deriva, Santiago de Chile, 2015).

Paris-Luttes.info: «Révolution et contre-révolution à l'époque des tueries suicidaires», 27 de julio del 2016 (disponible en: bit.ly/39AipeG).

Paz, Octavio: «Benjamin Péret», *Les Lettres Nouvelles*, 7 de octubre de 1959.

Peirats Valls, José: *Les Anarchistes espagnols. Révolution de 1936 et luttes de toujours*, Repères-Silena, 1989 (en castellano: *Los anarquistas en la crisis política española (1869-1939)*, Libros de Anarres/Terramar, Buenos Aires/La Plata, 2006).
—*Breve historia de la CNT*, Madre Tierra/Nossa y Jara, Móstoles, 1991.

PITON, Monique: *C'est possible! Une femme au coeur de la lutte de Lip (1973-1974)*, L'échappée, París, 2015.
POUCHARD, Alexandre: «La dégradation de la situation des jeunes en cinq chiffres», *Le Monde*, 1 de abril del 2016.
PRIETO, Horacio: *Posibilismo libertario*, autoedición, Ivry-sur-Seine, 1966.
PROUDHON, Pierre-Joseph: *Du principe fédératif*, 1863 (disponible en: bit.ly/3d903a7) (en castellano: *El principio federativo*, trad. Aníbal D'Auria, Libros de Anarres/Terramar Ediciones, Buenos Aires/La Plata, 2008).
PRUDHOMMEAUX, André et Dori: *Spartacus et la Commune de Berlin. 1918-1919*, Spartacus, 1949.
QUADRUPPANI, Serge: *La politique de la peur*, Seuil, París, 2011.
—*Le monde des Grands Projets et ses ennemis*, La Découverte, París, 2018.
QUARTIM, Pinto: «Oh, a República!...», *Terra Livre*, 24 de abril de 1913.
QUINTANA, Francisco (coord.): *Asalto a la fábrica. Luchas autónomas y reestructuración capitalista*. 1960-1990, Alikornio, Barcelona, 2002.
RANCIÈRE, Jacques: «Interview sur Nuit Debout», *Mediapart*, 30 de abril del 2016.
—*En quel temps vivons-nous?*, La Fabrique, París, 2017.
RAPPE, David: «Les Bourses du travail, une expression de l'autonomie ouvrière», *Cahiers d'histoire. Revue d'histoire critique*, n.º 116-117, 2001.
—*La Bourse du travail de Lyon, une structure ouvrière entre services sociaux et révolution sociale. Histoire de la Bourse du travail de Lyon des origines à 1914*, Éditions ACL, París, 2004.
REEVE, Charles: *Le tigre de papier. Sur le développement du capitalisme en Chine. 1949-1971*, Spartacus, París, 1972.
—*L'Expérience portugaise. La conception putschiste de la révolution sociale*, Spartacus, París, 1979.
—«Le Socialisme made in Bernie», *CQFD*, marzo del 2016.
REEVE, Charles y RUANO BELLIDO, Raúl: *Le suspect de l'hôtel Falcón. Itinéraire d'un révolutionnaire espagnol*, L'Insomniaque, Montreuil, 2011.
RICHARDS, Vernon: *Enseignements de la révolution espagnole*, Acratie, 1997 (en castellano: *Enseñanzas de la Revolución Española*, trad. Laín Díez, Campo Abierto, Madrid, 1977).
ROCKER, Rudolf: «Le système des soviets ou la dictature du prolétariat?», *Spartakus série B*, n.º 52, febrero-marzo de 1973 (disponible en: bit.ly/2TGSXz5) (en castellano: «¿Sistema de los soviets o dictadura del proletariado?», en *Los anarquistas y los soviets*, Anagrama, 1977).
ROITMAN ROSENMANN, Marcos: *Los indignados. El rescate de la política*, Akal, Madrid, 2012.
ROMANO, Paul: «L'ouvrier américain», *Socialisme ou Barbarie*, n.º 1 y 5/6.
ROSS, Kristin: *L'imaginaire de la Commune*, La Fabrique, 2015 (en castellano: *Lujo comunal. El imaginario político de la Comuna de París*, trad. Juan Mari Madariaga, Akal, Madrid, 2016).
ROTH, Gary: *Marxism in a Lost Century. A Biography of Paul Mattick*, Haymarket Books, Chicago, 2015.
—«La surproduction de l'intelligence. Université, précariat et reconfiguration des classes socials aux Etats-Unis» (disponible en: bit.ly/3az507M).
ROUX, Jacques: *Manifeste des Enragés*, Spartacus, París, 1948 [1793].

RÜHLE, Otto: *From the Bourgeois to the Proletarian Revolution*, 1924, traducido en parte en los *Cahiers du Communisme de Conseils*, n.º 7, diciembre de 1970 (disponible en: bit.ly/2UQfGZd).
—*Karl Marx. Vie et oeuvre*, Entremonde, Ginebra, 2011 [1928].
SCHWARTZ, Barthélémy: *Benjamin Péret, l'astre noir du surréalisme*, Libertalia, Montreuil, 2016.
SEIDMAN, Michael: *Ouvriers contre le travail. Barcelone et Paris pendant les fronts populaires*, Senonevero, s. l., 2010 (en castellano: *Los obreros contra el trabajo. Barcelona y París bajo el Frente Popular*, trad. Federico Corriente, Pepitas de Calabaza, Logroño, 2014).
SEIWERT, Franz W.: «L'Art et le prolétariat», *AbisZ*, 1927.
SERGE, Víctor: *Mémoires d'un révolutionnaire*, Seuil, París, 1951 (en castellano: *Memorias de un revolucionario*, Traficantes de Sueños, Madrid, 2019).
SKIRDA, Alexandre (ed. y trad.): *Les Anarchistes russes et les soviets*, Spartacus, París, 1973 (en castellano: *Los anarquistas y los soviets*, trad. Joaquín Jordà, Anagrama, Barcelona, 1977).
—*Nestor Makhno, le cosaque libertaire. 1888-1934*, Les Éditions de Paris, París, 2005.
SMITH, Jason E.: «Since the End of the Movement of the Squares: The Return of the Invisible Committee», *The Brooklyn Rail*, Field Notes, junio del 2015.
SMITH, S. A.: *Red Petrograd. Revolution in the Factories*, Cambridge University Press, Cambridge, 1983.
SOBOUL, Albert: *La Première République. 1792-1804*, Calmann-Lévy, 1968.
SOLANO PALACIO, Fernando: *La revolución de octubre. Quince días de comunismo libertario*, Fundación Anselmo Lorenzo, Madrid, 2020.
SOREL, Georges: *La décomposition du marxisme*, Librairie des sciences politiques et sociales Marcel Rivière, 1908 (en castellano: *La descomposición del marxismo*, trad. Mikael Gómez Guthart, Godot, Buenos Aires, 2014).
—*Matériaux d'une théorie du prolétariat*, Slatkine, Ginebra, col. Ressources, 1981.
—*Textes choisis*, Maspero, 1982.
—*Réflexions sur la violence*, Entremonde, 2013 [1908] (en castellano: *Reflexiones sobre la violencia*, trad. Luís Alberto Ruíz, La Pléyade, Buenos Aires, 1973).
SORIANO, G. y THÉ, Nicole: «Printemps 2016, un mouvement inattendu», 28 de junio del 2016 (disponible en: bit.ly/2UxByd2).
SOUCHY, Augustin: *Beware Anarchist! A Life for Fredom. An Autobiography*, Charles H. Kerr, 1992.
SOUYRI, Pierre: *Révolution et contre-révolution en Chine*, Christian Bourgois, París, 1982.
STEINER, Anne: *Le goût de l'émeute*, L'échappée, París, 2012.
—*Le Temps des révoltes*, L'échappée, París, 2015.
STONE, Ria: «La reconstruction de la société», *Socialisme ou Barbarie*, n.º 7, agosto-septiembre de 1950.
TAIBO II, Paco Ignacio: *Asturias. Octubre 1934*, Crítica, Madrid, 2013. Publicado originalmente en dos volúmenes por la editorial Júcar en 1984.
THALMANN, Pavel y Clara: *Combats pour la liberté. Moscou-Madrid-Barcelone-Paris*, La Digitale, París, 1983.

THOMPSON, Edward P.: *La Formation de la classe ouvrière anglaise*, Seuil, col. Points, 2012 (en castellano: *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Capitán Swing, Madrid, 2012).
—*Misère de la théorie. Contre Althusser et le marxisme antihumaniste*, L'échappée, París, 2015 [1978] (en castellano: *Miseria de la teoría*, Joaquim Sempere, Crítica, Barcelona, 1981).
TILHOU, Nadejda: *Nous, ouvrières de la Sogantal (1974-1977)* [documental], Alter Ego Production, París, 2008.
TOMBS, Robert: *Paris, bivouac des révolutions. La Commune de 1871*, Libertalia, Monteuil, 2014.
TOURAINE, Alain: *Le Mouvement de mai ou le communisme utopique*, Seuil, París, 1968 (en castellano: *El movimiento de mayo o el comunismo utópico*, Signos, Buenos Aires, 1970).
TRAVERSO, Enzo: *Mélancolie de gauche*, La Découverte, París, 2016 (en castellano: *Melancolía de la izquierda*, trad. Horacio Pons, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2019).
TROTSKY, Leon: «Et maintenant?» (1932), en *Écrits*, t. III, Marcel Rivière et C^ie^, 1959 (disponible en: bit.ly/346kzBL).
—*Terrorisme et communisme*, Union Générale d'Éditions, 1963 (en castellano: *Terrorismo y comunismo*, Fundación Federico Engels, Madrid, 2005).
—«Les leçons de la Commune», en C. Talès: *La Commune de 1871*, Spartacus, París, 1971 (en castellano en *Marxixts Internet Archive*, 2001: bit.ly/2WC5Xq5).
—*1905*, Les Éditions de Minuit, París, 1990 (en castellano: *1905*, Ediciones IPS, Buenos Aires, 2009).
VALADAS, Jorge: *La mémoire et le feu. Portugal: l'envers du décor de l'Euroland*, L'Insomniaque, 2006 (en castellano: *La memoria y el fuego. Portugal: la cara oculta de Eurolandia*, trad. Joaquim Sirera Riu, Pepitas de Calabaza, Logroño, 2012).
—«Lettre à mon voisin qui a fait la guerre coloniale», *Jef Klak*, abril del 2017 (disponible en: bit.ly/2ynCyYs).
VĂN, Ngô: *Au pays d'Héloïse*, L'Insomniaque, Montreuil, 2005.
VARELA, Raquel: *Histoire populaire de la révolution portugaise. 1974-1975*, trad. Hélène Melo, Agone, Marsella, 2018.
VARLET, Jean-François: *Gare l'explosion*, 1 de octubre de 1794.
VENZA, Claudio: *L'anarchisme espagnol entre pouvoir et révolution*, trad. Claude Orsoni, Atelier de Création Libertaire, 2011.
VIADIU, José: «Notas a la breve historia de la CNT», posfacio a José Peirats Valls: *Breve historia de la CNT*, Madre Tierra/Nossa y Jara, Móstoles, 1991.
VICTOR, Raoul: «À propos du mouvement des Indignés en Espagne», 24 de junio del 2011 (disponible en: bit.ly/39wJxen).
VOLIN: *La Révolution inconnue*, Verticales, 1997 [1947] (en castellano en *Fondation Besnard*: bit.ly/2UDCYkV).
VV. AA.: *De la misère en milieu étudiant considérée sous ses aspects économique, politique, psychologique, sexuel et notamment intellectuel et de quelques moyens pour y remédier*, Estrasburgo, 1966 (en castellano: *De la miseria en el medio estudiantil*, trad. Luis Sanromán, Pepitas de Calabaza, Logroño, 2018).
VV. AA.: *Une brèche dans le mouvement ouvrier traditionnel*, Mise au point, enero-febrero de 1974 (disponible en: bit.ly/2ynZeYB).

VV. AA.: *L'organisation de la lutte des classes dans la grève des Lip*, Échanges et Mouvement, París, septiembre de 1974 (disponible en: bit.ly/2UOkaPT).
VV. AA.: «Mouvements de gestion directe au Portugal», *Autogestion*, n.º 33-34, enero-marzo de 1976.
VV. AA.: «Décembre 1986. Les coordinations de grévistes ouvrent une ère nouvelle» (disponible en: bit.ly/3aybMLa).
VV. AA.: *Ante la guerra. El movimiento anarquista y la matanza mundial de 1914-1918*, Diaclasa, Barcelona, 2015.
WAHNICH, Sophie: *La liberté ou la mort. Essai sur la Terreur et le terrorisme*, La Fabrique, 2003.
WALTER, Nicolas: «Anarchism in Russia», *Anarchy*, n.º 81, noviembre de 1967.
WRIGHT MILLS, Charles: *Les cols blancs. Essai sur les classes moyennes américaines*, París, Maspero, 1966 (en castellano: *White-Collar. Las clases medias en Norteamérica*, trad. José Bugeda Sanchiz, Aguilar, Madrid, 1973).

Índice onomástico

A

Adler, Alfred 64
Adler, Max 171, 381
Afonso, José 305
Anweiler, Oskar 88-90, 97-100, 102, 108, 122, 128-129, 381
Archinov, Piotr 66, 87, 189-190, 192-193, 219
Arendt, Hannah 366, 381
Ascaso, Francisco 219

B

Badia, Gilbert 153-155, 157, 381
Bakunin, Mijail 39-40, 43, 51-52, 55-61, 63-66, 69-70, 77-78, 83, 87, 128, 333, 381, 384, 386-387
Bebel, August 135
Benjamin, Walter 315
Bensaïd, Daniel 349-350, 382
Berkman, Alexander 109
Berstein, Eduard 177-178
Bismarck, Otto von 132
Bordiga, Amadeo 352
Borkenau, Franz 242, 382
Brecht, Bertold 176
Brenan, Gerald 233, 382
Broué, Pierre 153, 155, 382
Buonarroti, Filippo 34, 382

C

Caffentzis, George 362-364, 384
Carvalho, Otelo de 284, 295, 381
Castoriadis, Cornelius 257, 268, 271-273, 277, 334, 354, 359, 364, 383-384
Chaissac, Gaston 312, 384
Cunhal, Alvaro 283, 304, 383
Cunow, Heinrich 102

D

Dardot, Pierre 361-366, 383
Däumig, Ernst 142, 150, 156, 158, 166, 168, 182, 328, 383
Dietzgen, Joseph 70
Domela Nieuwenhuis, Ferdinand 78, 384
Durruti, Buenaventura 219, 237, 241

E

Engels, Friedrich 40, 42-43, 52, 164, 189

F

Federici, Silvia 362-364, 384
Ferreira de Castro, José Maria 283
Freire, João 284, 384
Freud, Sigmund 63-64, 384
Freundlich, Otto 312, 384
Frutuoso, Firminio 281, 384

G

García Oliver, Juan 219
Gaulle, Charles de 249
Gombin, Richard 268-269, 385
Gorter, Herman 72, 83, 158-159, 311-312, 385
Graeber, David 336-337, 385
Granell, Eugenio 372, 385
Gravronsky, D. 102
Guesde, Jules 73

H

Haffner, Sebastian 65, 132, 135, 141, 144-145, 147, 149, 165, 386
Hardt, Michael 362, 386
Hessel, Stéphane 313, 315, 386
Hilferding, Rudolf 136-137, 142, 169, 386
Hobbes, Thomas 25
Hobsbawm, Eric J. 111, 131, 255, 258, 322, 386
Holloway, John 332, 333, 336, 341, 386

J

Jaurès, Jean 73, 136

K

Kapp, Wolfang 156-157, 168
Kautsky, Karl 22, 24, 65, 80, 85, 91-92, 96, 136, 169, 186, 349, 387, 389
Kérenski, Aleksándr 100
Klee, Paul 315
Kropotkin, Piotr 13, 19-23, 26, 29-31, 33-34, 50-51, 141, 143, 189, 206, 387

L

Laborit, Henri 335, 388
Landauer, Gustav 171-173, 388
Laval, Christian 361-366, 383, 389
Lazarévitch, Nicolas 226, 229, 236-237, 388
Le Bon, Gustave 25, 63-66, 91, 388
Lefort, Claude 257, 268, 272, 383, 388
Legien, Carl 135
Lehning, Arthur 102, 388
Leval, Gaston 230, 233, 238, 246-248, 388
Liebknecht, Karl 65, 143, 152-153
Líster, Enrique 239
Locke, John 25
Löwy, Michael 123, 126, 349, 350, 382, 388
Luxemburg, Rosa 65, 72, 78-80, 83-86, 91-92, 96-97, 133, 136, 140, 145, 152-153, 155, 163-164, 166, 171, 177-178, 190, 208, 389, 391

M

Makhno, Nestor 87, 93, 113, 141, 190, 390, 393
Malatesta, Errico 66, 78-79, 81, 389
Marcos, subcomandante 329-330, 333
Marcuse, Herbert 313, 389
Martov, Yuli 95
Marx, Karl 38-43, 47-48, 50, 52, 55-62, 66, 69-70, 93, 101, 141, 164, 182, 189, 192, 198-203, 211-212, 235, 275, 311, 351, 361, 364, 374, 381, 384-387, 389-390, 393
Mattick, Paul 7, 83, 105, 118, 133, 138, 149, 152-153, 161, 164, 166, 179, 185, 189, 197, 203-206, 210, 221, 227, 243, 247, 275, 320, 335, 387, 390, 392
Mattick Jr., Paul 175, 312, 390
Maximoff, Gregori P. 104, 120-121, 124-125, 390
Michels, Robert 307-308, 320, 390
Monatte, Pierre 79, 226
Munis, G. 230-232, 244-246, 391

N

Negri, Toni 362, 386
Neurath, Otto 181, 190-192, 198, 201-202, 204, 391
Nin, Andreu 218, 240-241, 391
Noske, Gustav 65, 144

O

Orobón Fernández, Valeriano 222-223, 384-386, 391

P

Paechter, Henri 225-226, 233, 391
Pannekoek, Anton 15-17, 70, 72, 78, 80-83, 85, 92, 99, 103, 114-116, 155, 183-189-193, 199, 214, 227, 243, 274-275, 278, 309-310, 314, 354, 382, 387, 389, 391
Parvus, Aleksandr Lvóvich 98
Paz, Octavio 379, 391
Peirats, José 216, 220, 391, 394
Pelloutier, Fernand 75

Péret, Benjamin 231, 379, 391, 393
Pestaña, Ángel 220
Prieto, Horacio 216, 239, 388
Primo de Rivera, José 219
Proudhon, Pierre Joseph 37-40, 51-52, 55-57, 212, 283, 389, 392

Q

Queiroz, Eça de 283
Quental, Antero de 283

R

Rancière, Jacques 325-326, 332, 376, 392
Rebull, Josep 240-241, 391
Ribeiro, Aquilino 283
Richards, Vernon 241, 392
Rocker, Rudolf 87, 89-90, 120-121, 128, 160, 190, 222, 392
Roitman Rosenmann, Marcos 323, 392
Roland Host, Henriette 83
Rühle, Otto 56, 60-61, 138, 140, 142, 159, 161, 243, 387, 390, 393

S

Saramago, José 293
Sedova, Natalia 231
Seguí, Salvador 215, 218
Seiwert, Franz W. 175-176, 393
Smith, Jason E. 352-353, 393
Smith, S. A. 121, 393
Sorel, Georges 62, 64, 77-78, 349, 393

T

Tristan, Flora 182
Trotsky, Leon 44, 64, 89-90, 96-98, 114, 117-119, 123-124, 180, 231, 394

V

Venza, Claudio 225, 236, 394
Viadiu, José 215-216, 394
Volin (Vsévolod Mijáilovich Eichenbaum) 103, 109-110, 116-117, 119-120, 394

W

Weber, Max 307
Weiland, Alfred 184

Z

Zinoviev, Grigori 109, 117

Índice temático

25 de abril de 1975 (Portugal) 285, 290, 297
25 de noviembre de 1975 (Portugal) 285, 293, 295, 304
I Congreso de los Sindicatos (Rusia, 1918) 122
I Congreso Nacional Obrero (Portugal) 279
II Congreso de los Consejos 150
X Congreso del Partido Bolchevique 107-108

A

AAUD-E (Alemania) 159
abundancia, estado de 200, 202-204, 226, 242
Acción de Marzo (Alemania) 156-157, 168
acción directa 23, 71, 74, 76-77, 80, 83, 104, 216, 219, 220, 247, 268, 280, 283, 315, 319, 343
acción sindical 73, 84, 160, 168, 294, 295
  institucional 84
  subordinada al partido 73
actividad política institucional 64, 98, 133, 134, 162, 217
ADGB (Alemania) 135
Alemania imperial 132
Amigos de Durruti, Los 237, 241
anarcocolectivismo 39, 90, 187, 195, 242, 299
anarcocomunismo 50, 73, 78-79, 113, 221, 234-235, 279, 282, 284, 393
anarquismo 12, 21, 50, 52, 56-57, 66, 69, 71-74, 87, 90, 92-94, 96, 101-106, 109-110, 116-117, 120, 124, 126, 133, 141, 146, 153-154, 168-169, 171-173, 186-187, 189-190, 195-197, 208, 216-221, 223, 225-227, 231, 236-240, 242-243, 246-247, 261-262, 282-283, 330, 333, 336-337, 347, 375, 381, 388, 391-393
  alemán 171
  corriente intervencionista del 218
  corriente política del 218, 220
  de Estado 236
anticentralismo 39, 50, 90
antilegalismo 280
antimilitarismo 81, 280
antiparlamentarismo 157-158, 320
aparatos sindicales 143, 252, 260, 262
aristocracia obrera 209
arte proletario 175
autoemancipación 66, 70, 164, 279, 373-374
autoexplotación 178
autogestión 103, 178, 180, 188, 190, 213, 234, 267, 291, 297, 323, 358, 367
autonomía 44, 49-50, 75, 111, 125, 147, 161, 206, 257, 260, 266, 273-274, 276-277, 295-296, 319, 321, 323-324, 334, 347-348, 353, 378
autoritarismo 31, 37, 45, 51-52, 56-57, 61-62, 65, 67, 75, 80, 123, 126-127, 134, 138, 140-141, 149, 155, 180, 195, 216-218, 236, 246, 262, 268-269, 282-283, 285, 287-288, 290, 301-302, 308-309, 322, 331-332, 350, 364, 368, 373, 375-377

B

bancos 323-324
BOC (España) 222
bolchevismo 34, 43-44, 64, 70, 88,

93-97, 100-111, 113-114, 116-128, 145-146, 151, 155, 158-160, 165, 171, 174, 179-180, 183-184, 186, 191, 195-196, 209, 213, 219, 221, 229, 240, 283, 297, 311, 333, 342, 349, 352, 366
bolchevización 195, 283, 311
Bolsas de Trabajo, movimiento de las 73-76
bonos de trabajo 199, 212
bordiguismo 244, 352
burocracia sindical 142, 156
burocratización 83-84, 114, 126, 206, 227, 241, 269, 328, 343, 375

C

cálculo de la producción y la distribución basado en el tiempo de trabajo 182, 198-201, 203-204, 212
Camere del Lavoro 74
capitalismo 11-13, 16-17, 39, 57-58, 73, 75, 79, 82, 86, 104-106, 115, 124, 133-139, 142, 163-164, 166, 179, 182-183, 185, 187-189, 193, 195-197, 205, 213-214, 227, 230, 246, 249-250, 275-278, 285, 287, 291, 293, 296, 300, 303-304, 309-310, 312-314, 317-318, 323-325, 327, 332, 334, 338, 341-343, 346, 348, 358-365, 368-369, 371-375, 377, 387
de Estado 12, 57, 106, 187, 195, 197, 275, 287, 291, 303, 364, 371, 375
de posguerra 250
cárceles de Lisboa 295
Carré Rouge (Quebec) 326, 333, 339, 377, 379
Carta de Amiens 73, 77
centralismo 37-38, 43-44, 50-52, 55, 69, 83, 121, 125, 134, 159, 169, 181, 192, 196, 219, 267
estatal 51-52, 219
socialista 192, 267
cercamientos 362
CGT (Francia) 73, 76-77, 79-81, 252-254, 258-260, 262, 265-268
ciencia marxista-leninista 259
clase 16-17, 22, 34, 39-43, 47-48, 51-52, 56-59, 65, 69-70, 73, 75, 77, 80, 82-84, 89, 94, 102, 105-106, 115-116, 119, 123, 131, 134-135, 137-139, 153, 163-165, 168, 175, 182, 184, 186, 188, 203-205, 207-210, 214, 222, 226, 262, 268, 271, 274-281, 284, 289, 310, 316-319, 322, 327, 337-338, 347, 358-359, 367, 376, 387, 394
colaboración de 83
conciencia de 69, 105, 137, 139
industrial 102, 108, 284
intereses de 51, 106
obrera 34, 40, 42-43, 57, 75, 80, 84, 89, 94, 105-106, 115, 119, 123, 131, 134-135, 137-139, 153, 163-165, 182, 184, 186, 203-205, 207-208, 210, 214, 262, 271, 274-275, 284, 316, 319, 322, 337-338, 359, 367, 394
clases medias 137, 238, 316-317, 319, 395
CNT (España) 66, 215-216, 218, 220-225, 227-232, 234, 237, 240-241, 244-245, 284, 384, 386, 390-391, 394
cogestión 77, 140, 156, 181-182, 210, 267
colectivizaciones
agrarias 216, 233, 244-245
anarcocomunistas 113
de Aragón 233
industriales 244
Comisiones de Trabajadores (Portugal) 286, 289-291
Comité Interempresas de París-Censier (Mayo del 68) 263
Comité Intersindical de Huelga (Mayo del 68) 261
Comité Invisible 334, 337, 340, 347-349, 351-352, 355, 383
comités de acción (Mayo del 68) 142-143, 258-259, 262, 264, 326, 355-358
comités de defensa (Revolución Española) 224, 237, 240
comités de fábrica 106, 114, 120-125, 179
comités de huelga 84-85, 89, 103, 260

Comuna de París 5, 29, 39-40, 44, 46, 50, 58-59, 71, 104, 109, 392
comuna rural (*obchtchina*) 93
comunes 6, 357, 361-363
comunismo 32-33, 35, 57, 106, 112, 118, 128, 146, 158, 171, 175, 192, 197-198, 200, 205-206, 208-211, 213-214, 218, 221, 231, 234-235, 254, 268-269, 271, 275, 283-284, 331-332, 371-376, 381, 393-394
antiautoritario 375-376
antibolchevique 189, 333
de Estado 106, 332, 374
de los consejos 214
libertario 221, 234-235, 284, 393
Congreso Anarquista de Ámsterdam 79
Congreso de Amiens 76, 279
Congreso de Zaragoza (CNT, España, 1922) 215
consejismo 129, 158, 210-212, 353
Consejo de los Diputados Obreros y Soldados (Rusia) 89
consejos 12, 54, 65, 71, 82, 87-89, 100, 101
de la Revolución alemana de 1918 60
de soldados 148
de trabajadores 148, 295
obreros 148, 158, 383
contabilidad pública abierta 192
contrasociedad 75, 134, 174, 342
bolchevique 174
control
de la producción 120, 185, 191, 227
de los precios 27
obrero 5, 104, 116, 118-120, 122-124, 179, 245, 296, 297
cooperativas de consumo y de producción 178
COPCON, unidad militar (Portugal) 295
corrientes proudhonianas 187
corriente tribunista 72
Crítica del programa de Gotha (libro) 189, 199-200, 389
cuerpos francos 153-154, 157
cuestión agraria 30, 233
cuestión colonial 281, 285, 287
cuestión del poder 39, 96, 100, 102, 167, 217, 223-224, 241, 254, 303, 330, 332, 334

D

dadaísmo 175, 192, 378
Decreto sobre el control obrero (Rusia, 1917) 122
delegación 13, 16-19, 37, 45, 49, 78, 119, 134, 138, 172, 188, 264, 270, 308, 310, 322, 376
pasiva 344
delegados revolucionarios (*Revolutionäre Obleute*) 142-143, 148, 151-153, 168, 182
democracia 5, 13, 15-18, 20-21, 25-27, 30-35, 37, 42-46, 49, 53, 59, 67, 74-77, 88, 97, 104, 108-112, 118-121, 125-129, 133, 138, 144, 146, 148-150, 152, 161, 166-167, 170-172, 178, 182, 187, 201-203, 207, 211, 214, 219, 222, 236, 241, 248, 254, 258-259, 277-278, 284-289, 293, 296, 301-302, 304-305, 307-311, 320-323, 325, 330, 335-337, 344-346, 353, 362, 365-366, 368, 373, 376-378, 386, 388, 390
de base 74, 149, 207, 325, 330
directa 13, 20, 26-27, 30, 32-34, 37, 42, 44-46, 59, 67, 75-76, 88, 104, 111-112, 118-121, 125-129, 146, 150, 152, 161, 166, 170, 182, 187, 201-203, 214, 219, 236, 241, 248, 258, 259, 278, 284, 289, 301, 304, 310, 323, 335, 337, 344, 353, 365, 368, 376, 378
económica 53, 133, 178, 366
real 77, 110, 278, 310, 321, 323
representativa 21, 26, 31, 53, 74, 88, 258, 302, 305, 309, 345, 346
desahucios 323-324
desbordamiento 258
desestalinización 252
De Tribune (publicación) 72
dictadura 30, 34, 43, 53, 60-61, 95, 106, 108, 110, 114, 117-119, 128, 170-173, 180, 185, 213, 219, 220, 237, 282, 302, 350, 392
de los consejos 170

del partido 95, 108, 110, 118, 171
del proletariado 43, 95, 128, 171, 173, 237, 392
militar 282
direcciones sindicales 246, 250, 264, 269, 295, 339
distribución de bienes 192, 243
doble poder 29, 42, 95, 100-101, 119, 148-149, 226, 240, 246, 297

E

economía 12-13, 24, 27, 33, 37, 39, 106, 113-114, 122-123, 129, 133, 136-137, 139, 141-142, 169, 173, 175, 178-183, 188, 191, 193, 196-198, 203-204, 212-213, 220, 224, 227, 229-231, 234, 237, 239, 242-243, 245-246, 252-254, 275, 290, 292-293, 296-297, 299, 303, 314, 337, 359-360, 367, 369, 374, 385, 390
de mercado 191
nueva 123, 173, 196, 227, 242, 314
planificada 133
socialista 179-180, 197
Ejército Rojo 104, 113, 118, 126
ejércitos blancos 113
electoralismo 28, 92, 158, 218, 220, 265, 322-326
empresas socializadas 216
espartaquismo 145, 150-155, 168-170, 381
espontaneidad, cuestión de la 22, 57, 71, 73, 80, 84-85, 96, 184, 186, 222-223, 259, 270, 354, 355
Estado 22-23, 35, 38, 41, 51-52, 57-59, 65, 73, 76, 79, 95, 108, 120, 124, 134, 137, 140, 144, 179-181, 217, 223, 225, 237-238, 241, 245, 257, 293-294, 314, 325, 343-344, 363
burgués 40, 42, 51, 85, 95, 137
republicano 76, 168, 170, 216-217, 224-225, 237, 245
social 311
estalinismo 111, 210, 230-232, 240, 251, 262, 283-284, 304
expropiación 93, 104, 116, 119-120, 123, 181, 224, 228, 245, 289, 291, 323-324
EZLN (México) 329-330

F

fábrica Rhône-Poulenc de Vitry (Mayo del 68) 263-265
fases del comunismo
fase superior 200, 202
primera fase 200-201

G

gaullismo 252-255
Generalitat de Catalunya 217
Gestapo 184
gestión 48, 104, 106, 113-114, 116, 118-120, 122-125, 140, 147, 167-169, 178-180, 191-192, 198, 209-210, 212, 224, 227-228, 243, 247, 267, 276, 293, 358, 360
directa 113, 125, 191, 198, 224, 267
obrera 116, 119, 168, 179, 198, 358
giro patriótico (de la socialdemocracia) 71, 140
gobierno de unión nacional 239
gran huelga de 1995 (Francia) 276
gran huelga general de 1968 (Francia) 210
gran huelga general en Rusia (1905) 89
Groep van Internationale Communisten 183
grupos de afinidad 186, 341
guerra 22, 24, 41, 46, 71, 76, 78, 81, 86, 99, 113, 126, 131-132, 134, 136, 139-143, 146, 153, 163, 171, 184, 186, 197, 213, 216, 223-226, 228-234, 236, 239, 262, 285, 310, 312, 316, 327, 377, 382, 385-386, 388-389, 395
leyes de la 139
guerras coloniales 286

H

hombres de confianza 142-143, 151
huelga
de masas 5, 54, 64, 71, 78, 80, 84, 89-91, 94, 98-99, 102, 127, 134, 136, 139-140, 159, 280, 317, 389

general 12, 72, 76-78, 89, 93-94, 99, 142-143, 156, 168, 210, 223, 271, 280-281, 340, 345
insurreccional 221
huelga de Lip (Francia, 1971) 275-276
huelga general de 1902 (Bélgica) 72
huelga general de 1912 (Portugal) 280-281, 298
huelgas de 1968-1969 (Portugal) 284
huelgas políticas entre 1908 y 1910 (Europa Occidental) 76, 90

I

Imperio zarista 93
indígenas 329
indignados
en España 309, 314-315, 318-319, 329
en Grecia 315
en Israel 317
individualismo 57, 300
insurrección asturiana de 1934 113, 216, 221-222, 384, 393
insurrección de Kronstadt (Rusia, 1921) 107-109, 111-112, 117- 118, 126-127
insurrección de noviembre (Rusia, 1905) 89
insurrecciones cantonalistas (España 1873) 60
interclasismo 74, 77
internacionalismo 81, 373
izquierda bolchevique 110
izquierda francesa 252, 314
izquierda socialdemócrata austriaca 171
izquierdismo 161, 268-270, 294-295, 375, 385

J

jacobinismo proletario 112
jefes 12-13, 23, 32-33, 44, 57-58, 62-67, 70-71, 77, 85, 91-92, 107-108, 110, 115, 117, 128, 134, 135, 140, 144, 149-150, 155, 164-166, 169, 174, 179, 181, 221, 252, 269-270, 275, 278, 292, 312, 324-325, 328, 330, 332-333, 345, 368, 373, 377, 384
julio de 1936 (España) 224, 228, 233, 240
juntas municipales revolucionarias (Revolución cantonalista de 1873) 217
Juventudes Libertarias 237
juventud estudiantil 207, 316

K

Kapp, golpe militar de 156-157, 168
KPD (Alemania) 146, 151-152, 155, 157, 162, 165, 172, 220
KAPD (Alemania) 157-160, 183-184

L

La France Insoumise (Francia) 325
La insurrección que viene (libro) 337, 340, 383
La Révolution prolétarienne (publicación) 226, 229
Larzac, campo militar de 341
legalismo 174, 333, 343
leninismo 5, 26, 44, 53, 102, 104, 114-115, 127, 129, 159, 161, 172, 193, 208, 244, 259, 269-270, 296, 329, 333, 353-354
guevarista 329
Les partis politiques. Essai sur les tendances oligarchiques des démocraties (libro) 307, 390
Ley antihuelguística de agosto de 1974 (Portugal) 280
ley del valor 211-212
ley marcial 142
ley Stolypin 93
libre competencia 136, 192
Linha Vermelha (película) 298
loi travail (Francia) 325, 334, 338-339, 345
Los consejos obreros (libro) 15, 83, 184-187, 190, 391
Los Solidarios 219, 222
luchas obreras autónomas 208, 301, 358

M

makhnovismo 93, 113, 141, 190, 390, 393

marxismo 50, 53, 58, 62, 71, 77-78, 80, 84, 92, 114, 126-129, 135, 141, 164, 185-186, 208, 242, 269, 331, 336, 375, 393
leninista 53, 114, 129, 269
reformista 77
socialdemócrata 80, 84, 127
maurasianismo 282
Mayo de 1937 (España) 230-232, 237, 239, 241, 391
Mayo del 68 (Francia) 255
mencheviques 90, 93-97, 100-101, 103-105, 122
milicias
en la Revolución española 224, 226, 230, 234
militarización de las 226
militarización 114, 125-126, 180, 226, 229, 236, 288
de la industria 126
del trabajo 114, 125, 180, 229, 288
modernización 96, 138, 269, 285
motines de noviembre de 1918 (Alemania) 143
movimiento anarquista ibérico 217
Movimiento de las Fuerzas Armadas (MFA, Portugal) 285
movimiento estudiantil de 1986 276
movimiento obrero portugués 279
movimiento sindicalista revolucionario portugués 281

N

nacionalización 32, 122, 125, 169, 195, 238-239, 245-246
de la economía 122, 239
de la producción 125
de los medios de producción 195
del comercio 32
neocolonialismo 285
neomarxismo 11, 321-322, 329, 331, 333, 336
NEP (Nueva Política Económica) 111
Notre-Dame-des-Landes 342-343, 390
Nuit Debout (Francia) 11, 266, 309, 318, 322, 325-326, 333, 339, 345-346, 392

P

paro del 7 de febrero de 1975 (Portugal) 296
partidos comunistas 104, 114, 127, 157, 195, 331, 342
Partido Sindicalista (España) 220
patronal 77, 81, 140, 215, 257, 267-268, 280, 289, 293
paz social 142
PCE (España) 229, 233, 237-238, 302
PCF (Francia) 252-255, 258-259, 262, 303
PCP (Portugal) 283, 288, 292-294, 296, 303
pequeños propietarios 233, 238, 267, 299
periodo de transición 192-193, 202, 211-213, 327
piquetes 260, 288, 292
planificación de Estado 193
plenitud, cuestión de la 202-203, 365
Podemos (España) 324
poder político 17, 38-39, 42, 53, 57, 85, 103, 105, 122, 197, 217, 220, 225, 297, 303, 308, 311
poder vertical 106
populistas rusos 93
«Por qué sociólogos» (folleto) 255
posguerra 174, 207, 209-210, 246, 250, 314-315, 358
posibilismo libertario 216
POUM (España) 231, 237, 239-241, 381
Primera Guerra Mundial 71-73, 81, 281, 311, 346
Primera Internacional 5, 182, 219, 220, 332, 376
Principios fundamentales de una producción y distribución comunista (libro) 183, 196, 198-200, 203, 205-207, 211-213, 385
problema colonial 285
producción 12-13, 47, 57-58, 73, 98, 113, 115, 120-123, 125, 133, 136, 153, 156, 167-169, 178-185, 188-193, 195-199, 201-206, 212-213, 219, 222-224, 227, 229-233, 238, 242-247, 261, 272, 291, 295, 300, 303-304, 311, 327, 335, 338, 340-342, 358-361, 363-365, 367-369, 373, 385, 391
objetivos de la 191
social 181, 191
progreso, idea de 135
proletariado 25, 42-44, 62, 69, 73, 78, 86, 89, 95, 102, 105, 117, 128, 152, 171-173, 175, 205, 230, 237, 283, 298, 312, 392
proletarización de la condición estudiantil 316
propiedad privada 30-32, 47, 56-57, 93, 196-197, 238, 245, 285, 295, 299, 314, 359, 367
PSOE (España) 302
PSP (Portugal) 291, 303

R

RDA (República Democrática Alemana) 155, 209, 288
rebelión espartaquista 145
reparto de tierras 233
representación 6, 15, 19, 33, 39, 41, 53, 67, 74-75, 78, 85, 97, 109, 111, 118-121, 126-127, 137, 146, 155, 167, 170, 251, 277, 307, 309-310, 323, 326, 331, 338, 350, 376
represión 21-22, 28, 32, 52, 81, 85, 106, 110, 126-127, 139, 142, 145, 161, 164, 168, 173, 215, 224, 251-252, 281-283, 285, 287-288, 290, 293, 302, 310-311, 343, 344
policial 76, 81, 104, 153, 175, 228, 249, 252-253, 281, 295, 302, 319, 348
social 22
República austriaca 170
República de los Consejos 154, 170, 173, 181, 202, 222
República de Weimar 153-154, 156-157, 162, 169, 176, 181, 210
República portuguesa de 1910 279
resistencia ofensiva 341
revisionismo 177, 216
anarquista 216
Revolución alemana (1918) 12, 60, 64-65, 80, 134, 139, 146, 149, 154-155, 163-165, 197, 207, 222-224, 253, 377
Revolución cantonalista (España, 1873) 217
Revolución española (1936) 12, 187, 217, 220, 232, 240, 242, 244-245, 267, 333, 353, 365
Revolución húngara (1956) 252, 366
Revolución rusa de 1905 73, 93, 118
Revolución rusa de 1917 88, 94, 98, 119

S

saber revolucionario 258
salario 52, 228, 232, 235, 264, 286, 312, 339
salazarismo 282, 285
Segunda Internacional 69, 365
Shop Stewards 142
sindicalismo 5, 73-83, 85, 87-89, 92, 94, 138, 158, 186-187, 195, 220, 227, 236, 279, 281-282, 289-290, 307, 338, 346, 353, 365
corporativista 257, 288-289
de aparato 158
de clase 73
negociador 81, 289
revolucionario 5, 75, 77-78, 80-83, 85, 87-89, 92, 186-187, 195, 220, 227, 236, 279, 281-282, 290, 307, 346, 353, 365
sistema colonial 284-285
socialdemocracia 34, 54, 62, 65, 69-72, 78, 80, 84-85, 87, 90-97, 101, 105-106, 128, 132-138, 140-143, 146-148, 152-154, 156-158, 161-166, 168-171, 174, 177, 179, 182, 184, 186, 190, 200, 253, 304, 307, 331, 335, 342, 349, 353, 365, 374-375, 377, 389
alemana 72, 93, 179, 200, 307
austriaca 171
Socialisme ou Barbarie (publicación) 210, 257, 272, 354, 358-359, 364, 383, 385, 392-393
socialismo 5-6, 12-14, 34, 37, 52, 56-58, 60, 62-65, 67, 70-71, 77-78, 87, 90, 95, 97, 101-102, 106, 127-128, 134-139, 141, 144, 146, 149, 164-166, 170-171, 174, 176, 178-179, 185, 189, 191, 195, 197, 202, 207, 210, 216-217, 219, 230, 239, 246,

248, 254, 258-259, 267-270, 274-275, 278, 282, 284, 290-291, 294, 301, 303-304, 312, 328, 332-333, 335-336, 338-350, 358-359, 364, 368, 372-375, 377-378
antiautoritario 90, 185
autoritario 62, 149, 217, 246, 364, 368, 373
científico 87
de Estado 65, 71, 106, 170, 189, 239, 275, 290, 338, 377
de guerra 139
de los jefes 13, 65, 67, 144, 270, 373
libertario 78, 282, 303
radical antipartido 60
realmente existente 207
socialistas franceses 136
socialización 123, 137, 142, 153, 168-169, 178, 180-182, 184, 190-191, 195, 205, 207, 213, 220-224, 226, 228, 235-238, 246-247, 290, 328, 333, 365
de la economía 137, 169, 178, 181-182, 220, 224
de la producción 123, 153, 168,
de los medios de producción 168, 180, 223
sociedad de consumo 250
Solidaridad Obrera (publicación) 215, 229, 236, 241
Sorbona, la 265
Sóviets 5, 12, 34, 44, 71, 73, 84, 87-90, 93-102, 104, 107-112, 114, 116-118, 120-123, 125-129, 139, 207, 211, 296, 328, 335, 366, 376-377
Comité Ejecutivo Central de los 126
de soldados 99
SPD (Alemania) 65, 132-136, 138-140, 142-145, 148-150, 165-166, 169-170, 172-173, 253, 307
sublevación de enero de 1919 (Alemania) 65, 146, 151, 165
Syriza (Grecia) 325

T

Tercera Internacional 70, 114, 218, 240
toma del poder 96, 100, 102, 167, 254, 303, 330, 332, 334
Torre Bela, ocupación de 298, 300-301
Torre Bela (película) 298
trabajadores asalariados 260, 275, 281, 291, 323, 326
trabajo intelectual y trabajo manual, división entre 105
tradeunionismo 105
treintismo 222

U

UGT (España) 222, 234, 296
Unidades Colectivas de Produção (Portugal) 299
unidad productiva 191, 243
Union de la Gauche (Francia) 303
Unión Sagrada 72, 75, 132, 134, 139-143
unitarios 160, 175, 289
universidades francesas 249
USPD (Alemania) 136, 143, 148, 150, 152, 169-171, 328
utopismo 47

V

valor 200-201, 211, 213
intercambio de 199, 212
ley del 211-212
mercantil 199
monetario 199
vanguardismo 32, 77, 101, 218-219, 333, 335, 339, 346, 357

Z

zadismo 6
ZAD (zonas a defender) 341-343, 357, 390
zapatismo 6, 330, 332

VIRUS

OTROS TÍTULOS DE ESTA COLECCIÓN

Las políticas de la ecología social
Municipalismo libertario

••

Janet Biehl

ISBN 978-84-92559-86-2 | 232 pp. | 15 €

La sociedad contra el Estado

••

Pierre Clastres

ISBN 978-84-92559-51-0 | 282 pp. | 17,5 €

La convivencialidad

••

Ivan Illich

ISBN 978-84-92559-35-0 | 200 pp. | 15 €

Ilusiones políticas y lucha de clases

Del antifranquismo al postfranquismo

••

Cajo Brendel y Henri Simon

ISBN 978-84-96044-42-5 | 216 pp. | 11 €

Italia más allá del 68

Antes, durante y después del movimiento

••

Diego Giachetti

ISBN 978-84-96044-76-0 | 280 pp. | 17 €

Contra los territorios del poder

Por un espacio público de debates y... de combates

••

Jean-Pierre Garnier

ISBN 978-84-96044-78-4 | 172 pp. | 15 €